

¿Qué es el proletariado? ¿Qué es su historia?

El proletariado, según **Cornelius Castoriadis**, no es una clase definida objetivamente por su situación en las relaciones de producción, o mitológicamente por una misión histórica. El proletariado **se hace** como tal en y por su lucha cotidiana contra las relaciones de producción capitalistas. En este **hacer** del proletariado a través de la historia se produce un trato original de una capa explotada con las relaciones de producción y con el hecho mismo de la explotación; y un trato original de esta capa con el sistema social instituido, ya que su lucha co-determina de modo decisivo, su evolución técnica, económica, política y cultural. Es, por fin y ante todo, un trato original con la sociedad y con la historia como tales, ya que en y por la actividad del proletariado, implícita o explícita, cotidiana o explosiva, se gesta el proyecto de una transformación radical de la institución de la sociedad y del curso de la historia.

Este primer volumen de **La experiencia del movimiento obrero**, titulado **Cómo luchar**, en el que **Cornelius Castoriadis** analiza no sólo el origen del proletariado y su lucha en la historia, sino sus propios medios y métodos, irá seguido de un segundo volumen, titulado **Proletariado y organización**. Al igual que los dos tomos de *La sociedad burocrática (Las relaciones de producción en Rusia y La revolución contra la burocracia)*, publicados ya en esta misma colección, éstos reúnen los trabajos realizados por Castoriadis en la revista "Socialismo o Barbarie" desde 1949 hasta los años sesenta.

Cornelius Castoriadis nació en 1922 en Atenas. Estudió derecho, economía política y filosofía. Hoy amplía sus conocimientos sobre la institución de la sociedad mediante el estudio del psicoanálisis y la lingüística. Junto a sus compañeros, C. Lefort y D. Mothé entre otros, con quienes creó la revista "Socialismo o Barbarie", es indiscutiblemente uno de los precursores de aquellos que hoy se dan a conocer como "los nuevos filósofos". Poco a poco, iremos publicando su extensa obra que, hoy en día, le califica ya como uno de los grandes pensadores de nuestro siglo.

En la cubierta: ilustración extraída del libro *El hombre y la tierra* de Eliseo Reclús, Editorial Maucci.

Cornelius Castoriadis

LA EXPERIENCIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Vol. 1
Cómo luchar

Con todos sus artículos publicados en la revista
SOCIALISMO O BARBARIE



MOVIMIENTO OBRERO VOL. 1 Cornelius Castoriadis

ACTACIA

Cornelius Castoriadis

LA EXPERIENCIA
DEL MOVIMIENTO
OBRERO 1

Cómo luchar

Tusquets Editores
Barcelona

Título original: *L'expérience du mouvement ouvrier 1: Comment lutter*

Índice

1.ª edición: enero 1979

© Union Générale d'Éditions y Cornelius Castoriadis, 1974
Traducción de *Fenomenología de la conciencia proletaria*:
Enrique Escobar
Traducción de los demás textos: Francisco Monge y Enrique
Escobar

P.	7	Nota preliminar a la edición francesa
	9	Introducción: La cuestión de la historia del movimiento obrero (1973)
	89	Fenomenología de la conciencia proletaria (1948)
	103	El partido revolucionario (1949)
	119	La dirección proletaria (1952)
	131	Nota final a <i>El partido revolucionario</i> y a <i>La dirección proletaria</i>
	145	Sartre, el estalinismo y los obreros (1953)
	195	Respuesta al camarada Pannekoek (1954)
	203	Nota final a la <i>Respuesta al camarada Pannekoek</i>
	215	Las huelgas salvajes de la industria automovilística norteamericana (1956)
	233	Las huelgas de los obreros portuarios ingleses (1956)
	253	Los obreros frente a la burocracia (1956)
	269	Las huelgas de la automatización en Inglaterra (1956)
	287	Balance, perspectivas, tareas (1957)
	305	¿Cómo luchar? (1958)

Reservados todos los derechos de esta edición a favor de Tusquets Editores, Barcelona 1979
Tusquets Editores, Tradier, 24, Barcelona - 17

ISBN 84 - 7223 - 727 - 3

Depósito Legal: B. 378 - 1979

Gráficas Diamante, Zamora, 83, Barcelona - 18

Al igual que los dos volúmenes anteriores (La sociedad burocrática 1 y 2), publicados en esta misma colección, los textos de Cornelius Castoriadis están aquí reproducidos sin modificación alguna, salvo alguna corrección de erratas, algunos lapsus calami del autor y la puesta al día, en algún caso, de las referencias. Las notas señaladas por letras han sido añadidas para esta edición.

Para una visión de conjunto de las ideas y de su evolución, se ruega al lector se remita a la «Introducción» de La sociedad burocrática, 1: Las relaciones de producción en Rusia (Col. Acracia, n.º 8). Se designa aquí este volumen por Vol. I, 1; se designa La sociedad burocrática, 2: La revolución contra la burocracia (Col. Acracia, n.º 10) por Vol. I, 2.

A los textos citados con mayor frecuencia corresponden las siguientes abreviaturas:

CFP = «La concentración de las fuerzas productivas» (inédito, marzo de 1948; Vol. I, 1, págs. 329-343).

FCP = «Fenomenología de la conciencia proletaria» (inédito, marzo de 1948; Vol. I, 1, págs. 115-130 de la edición francesa). [Se publica en la trad. esp. en este volumen.]

SB = «Socialismo o barbarie» («S. ou B.», 1, marzo de 1949; Vol. I, 1, págs. 89-143).

RPR = «Las relaciones de producción en Rusia» («S. ou B.», 2, mayo de 1949; Vol. I, 1, págs. 145-241).

DC I y II = «Sur la dynamique du capitalisme» («S. ou B.», 12 y 13, agosto de 1953 y enero de 1954).

SIPP = «Situation de l'impérialisme et perspectives du prolétariat» («S. ou B.», 14, abril de 1954).

CS I, CS II y CS III = «Sur le contenu du socialisme» («S. ou B.», 17, julio de 1955; 22, julio de 1957; y 23, enero de 1958).

RPB = «La revolución proletaria contra la burocracia» («S. ou B.», 20, décembre de 1956; Vol. I, 2, pgs. 213-271).

PO I y II = «Proletariat et organisation» («S. ou B.», 27 y 28, avril y julio de 1959).

MRCM I, II et III = «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» («S. ou B.», 31, 32 y 33, décembre 1960, avril y diciembre de 1961).

RR = «Recommencer la révolution» («S. ou B.», 35, enero de 1964).

RIB = «Le rôle de l'idéologie bolchévik dans la naissance de la bureaucratie» («S. ou B.», 35, enero de 1964).

MTR I a V = «Marxisme et théorie révolutionnaire» («S. ou B.», 36 a 40, avril 1964 a junio de 1965).

IG = «Introduction» al Vol. I, 1 (pgs. 17 a 79).

Introducción
La cuestión de la historia del movimiento
obrero

En un principio, con motivo de la presente reedición, pensaba separar mis textos de «Socialisme ou Barbarie» dedicados a las reivindicaciones y a las formas de lucha y organización de los trabajadores de los referentes a la organización política de los militantes (la «cuestión del partido»). Reflexionando, me pareció que esta solución presentaba muchos mas inconvenientes que ventajas, puesto que ambas cuestiones han estado desde un principio constantemente ligadas en mi trabajo. Pero sobre todo refleja y materializa una posición que desde hace tiempo ya no es la mia. Equivale, en efecto, a aceptar y ratificar la idea de que hay efectivamente dos sectores de la realidad separados, no sólo de hecho, sino también de derecho. En uno, se encuentran obreros preocupados por sus reivindicaciones inmediatas, que buscan la satisfacción de estas mediante formas de lucha específicas y se agrupan para este fin en organizaciones con objetivos muy circunscritos (esencialmente sindicales). En el otro, actúan militantes políticos, distintos de los obreros, no físicamente, sino, lo que es mucho mas grave, cualitativamente, que se definen por una ideología coherente y un programa «máximo» correspondiente y se organizan en función de consideraciones que se refieren únicamente a la eficacia, por ellos mismos definida, de su acción. ¿Cómo puede conseguirse entonces que haya una comunicación entre ambos sectores? Explícitamente, de una sola manera: por el hecho de que las preocupaciones de los obreros son uno de los datos de los diferentes problemas tácticos que los militantes se plantean, problemas tácticos a su vez insertados en el problema de su estrategia. En otras palabras, para los militantes se trata entonces y esencialmente de saber cómo las luchas inme-

diatas de los obreros pueden ser influenciadas por sus ideas y su organización política, cómo pueden ser también inducidas a superar precisamente este carácter «inmediato» y a elevarse al nivel de las preocupaciones «históricas» de la organización.

Como tantas otras ideas que reinan de un modo soberano en la penumbra de lo implícito, pero soportan difícilmente la luz del día, también esta distinción, una vez clara y brutalmente afirmada, sorprende por lo exorbitante de los postulados que pone en juego, por su incoherencia y finalmente por su incompatibilidad mutua. Presupone, en efecto, una serie de separaciones —entre lo «económico» y lo «político», entre estas dos esferas y el conjunto de la vida social, entre lo «inmediato» y lo «histórico»— que sin duda poseen una validez relativa y parcial pero que, tomadas de un modo absoluto, están privadas de sentido, tanto desde el punto de vista teórico como, sobre todo, desde la perspectiva de un hacer revolucionario¹. Tiende necesariamente a encerrar al proletariado en la simple percepción de sus intereses económicos inmediatos y en una preocupación exclusiva por éstos (incluso si no da a esta idea la forma extremada que le dio Lenin en el *¿Qué hacer?*, de una clase obrera que, abandonada a ella misma, sólo podría llegar a una conciencia «tradeunionista») —pero al mismo tiempo se refiere al proletariado como depositario de una misión revolucionaria sin precedentes en la historia. Dicho sea de paso: hasta qué punto esta última antinomia (y la correspondiente reducción del proletariado en ciego instrumento de una Razón histórica, a pesar de lo que se proclame por otra parte) marca profundamente las actitudes de todos los individuos, grupos y corrientes que reivindicán con más o menos fuerza el título de marxistas, lo muestra el ejemplo de todos aquellos que, desde Rosa Luxemburgo hasta los «consejistas» contemporáneos, afirman simultáneamente su fe en la espontaneidad creadora de las masas y quieren demostrar «científicamente» el carácter inevitable de un hundimiento *económico* del capitalismo que desencadenaría la revolución. Que se

1. Véase aquí mismo «Balance. perspectivas, tareas», p. 287 y siguientes.

pueda preferir su «actitud subjetiva» a la de los leninistas no impide que ambas pertenezcan a un mismo universo intelectual, y que la primera sea, además, menos coherente que la de estos últimos. Pues la lógica (burocrática) de la posición de un leninista estilo 1903 es clara: los obreros abandonados a ellos mismos sólo pueden emprender actividades sindicales, la acción del partido sólo puede despertar a la vida política a un pequeño número, *por lo tanto* sólo una crisis del sistema que la reduzca a la miseria y al paro puede hacer comprender a la masa proletaria que el programa del partido es el programa justo. Pero ¿por qué Rosa Luxemburgo se cree obligada a demostrar que la acumulación capitalista, pronto o tarde, encuentra un límite absoluto e insuperable (y algunos de sus émulos, como Laurat e incluso Sternberg, a buscar la fecha precisa en la que se alcanzará este límite)? ¿Cuál es este misterioso privilegio que hace que sólo un hundimiento *económico* del capitalismo puede actualizar las virtualidades revolucionarias, por otra parte consideradas como ilimitadas, de las masas? Si la vida bajo el capitalismo prepara a los trabajadores para el invento positivo de una nueva sociedad, inconcebible sin una transformación inmensa de todas las formas de vida establecidas (y que incluso equivale, precisamente, a destronar lo económico de la posición soberana en que lo ha colocado el capitalismo), los trabajadores han de ser sensibles a todos los aspectos de la crisis de la sociedad instituida; y cualquier ruptura de su funcionamiento regular, cualquiera que sea su causa (económica, política interna o externa, cultural), puede por principio proporcionar la ocasión, el *kairos*, de una irrupción de la actividad revolucionaria de las masas (y es eso lo que muestra, por lo demás, la experiencia histórica). Inversamente, si, cueste lo que cueste, hemos de asegurarnos de que un hundimiento *económico* del capitalismo es ineluctable, es que pensamos que estas mismas masas, aunque por otra parte afirmemos que crearán un mundo nuevo, y por consiguiente querrán y podrán hacerlo, están siempre motivadas únicamente por su situación económica. La contradicción llega aquí a lo grotesco. Pero lo esencial es entonces que tenemos de los trabajadores la misma representación que tienen de ellos (o más bien tenían) los

patronos. En efecto, resulta estrictamente lo mismo decir que un obrero sólo trabaja bajo coacción, o por el incentivo del sobresueldo, y que los trabajadores sólo harán una revolución cuando les fuerce a ello su situación económica.

Mucho más que estas consideraciones, importa sacar a luz el fundamento de esta serie de separaciones y en particular de la que, a la larga, las domina a todas: la de lo «inmediato» y de lo «histórico» —que es también el fundamento de la posición que se arroga el político-teórico cuando se presenta como estratega científico y trata las manifestaciones de la actividad de los trabajadores como datos del problema táctico que la historia le ha encargado, a él, resolver. Este fundamento es el resultado de que la verdad pasada, presente y futura de la evolución histórica pertenece de ahora en adelante a una teoría esencialmente acabada, perteneciente a su vez a una organización política; de lo que se desprende necesariamente que el «papel histórico del proletariado» sólo existe en la medida en que éste hace lo que la teoría sabe y predice que ha de hacer y hará. Lo que aquí está en juego no es pues simplemente, ni siquiera esencialmente, el axioma capitalista de la primacía de lo económico (lo económico más bien está privilegiado en tanto que aparece, de un modo ilusorio, como científicamente teorizante y previsible); sino el axioma, que subyace en toda la historia greco-occidental, de la soberanía de lo teórico-especulativo. «No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda *representarse* en tal o cual momento como meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo» escribía Marx, y el Marx joven (*La Sagrada Familia*). Pero ¿quién conoce y posee teóricamente «lo que es» el proletariado? Marx, en 1845 —y aun mejor, evidentemente, en 1867. ¿*Donde* está este «ser» del proletariado que le «obligará históricamente a hacer» lo que tiene que hacer? En la cabeza de Marx. ¿Qué diferencia hay, a este respecto, entre todos esos filósofos, de los que Marx se burla despiadadamente porque confunden la historia del mundo y su propio pensamiento, y el propio Marx? Ninguna. «Lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado

en su conjunto, pueda representarse», lo «inmediato», digamos la palabra: el fenómeno o la apariencia, también enmascarará aquí, como en todas partes, el ser o la esencia, inseparable claro está de la necesidad —presentada como exigencia «histórica»— y objeto de un conocimiento por razones necesarias. A esta esencia —como a la interpretación de las apariencias más o menos contingentes, como por ejemplo la «representación» que los obreros se hacen de lo que quieren, coordinadas y finalmente subordinadas a ella— sólo puede llegarse gracias a la teoría; sólo ella permite reconocer si, haciendo esto o aquello, el proletariado actúa bajo la influencia de simples «representaciones» o ante el apremio de su ser. ¿En qué momento podemos hablar entonces de autonomía o de creatividad del proletariado? En ninguno, y menos que nunca en el momento de la revolución, puesto que éste es precisamente para él el momento de la necesidad ontológica absoluta, en el que la historia le «obliga» por fin a manifestar su ser —que hasta entonces ignoraba, pero que otros conocían por él. Al decir esto, ¿es, al menos, autónomo Marx? No, sigue de modo propiamente servil a Hegel, Aristóteles y Platón: ve (*theoret*) el ser (*eidós*) del proletariado, examina atentamente su hechura, descubre en él la potencia oculta (*dynamis*) que se convertirá necesariamente en acto (*energeia*) revolucionario. El protagonista de un modo natural, y como las palabras cambian con las épocas, el filósofo-rey de antaño acabará por ser llamado corifeo de la ciencia revolucionaria?

No resulta fácil romper con una actitud que, mucho más profundamente que en opiniones, influencias exteriores o situaciones sociales e históricas particulares, se arraiga en lo que desde hace tres mil años y quizá más estamos habituados a establecer como ser, saber, verdad, y finalmente incluso en necesidades casi insuperables del pensamiento. Me atrevo a decir que hablo de ello con conocimiento de causa; ya que, cuando la crítica de la

2. Es curioso comprobar que cuando Lukács y Gramsci, cada uno a su manera, intentaron teorizar esta posición durante los años veinte, lo hicieron precisamente so capa de un llamado a la *praxis*.

burocracia y de la degeneración de la revolución rusa me condujo a la idea de la autonomía del proletariado y a sus consecuencias directas —que no existe «conciencia» del proletariado fuera del propio proletariado, que la clase obrera no puede ejercer su poder mediante una «delegación» sea cual sea su forma, que si ella no puede dirigirse y dirigir a la sociedad, nadie puede hacerlo en su lugar (v. por ejemplo *SB*, marzo de 1949, pp. 89-143 del Vol. I, 1)— seguí manteniendo durante algún tiempo sobre el partido (o la organización) revolucionaria una posición que siempre lo convertía, a pesar de las múltiples restricciones y reinterpretaciones aportadas a esta idea, en una «dirección» de derecho de la clase. Lo cual era simple consecuencia de la situación filosófica descrita hace un momento. La instancia última de los razonamientos del texto sobre «El partido revolucionario» (mayo de 1949, aquí reproducido p. 103) es ésta: o bien finalmente no sabemos lo que decimos, o bien lo que decimos es verdad —y en este caso, el desarrollo del proletariado hacia la revolución será realización efectiva de esta verdad que, por nuestra parte, elaboramos desde este momento en el plano teórico. La imposibilidad de compaginar esta idea en la forma con la idea de la autonomía del proletariado (que en estas condiciones se convierte efectivamente en puramente formal), y en el contenido con la idea de la revolución como cambio completo de los modos de vida y de racionalidad heredados (por tanto, también de las «verdades» teóricas prerrevolucionarias), fue reconocida bastante pronto (es la «contradicción» descrita en el texto «La dirección proletaria» de julio de 1952, aquí reproducido p. 119); pero no era posible, por las razones ya apuntadas, superar o, mejor, eludir esta antinomia sin poner en tela de juicio la concepción tradicional de la naturaleza, del papel y del estatuto de la teoría (y, consiguientemente, al propio marxismo). Empezada con la primera parte del «Contenido del socialismo» (redactada el invierno de 1954-55), esta puesta en tela de juicio resultó fuertemente acelerada y, en mi opinión, enriquecida por las huelgas de 1955 en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos (analizadas más adelante) y por los acontecimientos de 1956 en Rusia, Polonia y Hungría (v. los textos publicados en *La socie-*

dad burocrática, 2: La revolución contra la burocracia). Las implicaciones que se deducían de ello por lo que respecta a la organización de los militantes revolucionarios estaban claramente sacadas en «Balance, perspectivas, tareas» (marzo de 1957, reproducido en este volumen p. 287), en CS II (julio de 1957) y finalmente en PO I (escrito el verano de 1958).

Por tanto, aquí se encuentran reunidos tanto escritos que se refieren a la organización de los militantes como escritos que analizan la significación de tal o cual lucha obrera. Intentaré, en nuevos textos que aparecerán en otro volumen, volver a discutir el conjunto de estos problemas. Sin embargo, hay una cuestión previa decisiva que es preciso abordar aquí: la cuestión de la historia del movimiento obrero.

*
* *
*

Sorprendente y brutal evidencia, juicio sumario que entristecerá a las almas escrupulosas: la cuestión de la *historia* del movimiento obrero nunca ha estado, hasta el momento, seriamente planteada. Lo que generalmente se presenta como tal no es más que descripción de secuencias de hechos, y en el mejor de los casos análisis de tal o cual gran «acontecimiento» (la Comuna, la revolución rusa, junio de 1936, etc.). En cuanto a la interpretación del conjunto de estos hechos y acontecimientos, en cuanto a la pregunta sobre el sentido de lo que ha ocurrido desde hace dos (e incluso) seis siglos en un número creciente de países y al final en todo el planeta, las opciones de que disponemos son reducidas. Hay la hagiografía estalinista (por ejemplo la *Historia del P.C.U.S. (b.)*), en la que se puede ver a los geniales maquinistas de la locomotora de la historia haciéndola avanzar a pesar de las emboscadas y obstáculos acumulados en los raíles por los capitalistas y sus espías. Hay el melodrama trotskista, de una infinita tristeza, en el que una revolución proletaria objetivamente madura desde hace sesenta años está cada vez a punto de llevarse a cabo —y cada vez fracasa por los «errores» y «traiciones» de los malos jefes que inexplicablemente se ha dado. Tam-

se viene desarrollando, que (al igual que la historiografía general) se orienta hacia el análisis estadístico, económico, sociológico o cultural de las situaciones subyacentes a los acontecimientos y a los movimientos del proletariado; podemos llamarla, a falta de un término mejor, la historiografía analítica. Aun menos que en el caso precedente puede ponerse en duda su interés. Es evidentemente esencial conocer la evolución cuantitativa del proletariado, su proporción dentro de la población total, su distribución geográfica, industrial, profesional, su diferenciación interna y las modificaciones que ha sufrido, la desaparición de antiguos oficios y la aparición de nuevas cualificaciones, la evolución del nivel y del modo de vida, en particular con respecto a los de las otras capas sociales, los cambios en las costumbres, las normas colectivas, el vocabulario, las representaciones, las aspiraciones, la relación de las capas obreras con las organizaciones y las ideologías que apelan a ellas o con las instituciones y las reglas de la sociedad establecida; del mismo modo que es importante relacionar estos fenómenos entre sí, y con la evolución general del capitalismo y sus aspectos que más afectan a la condición obrera (cambios técnicos, ciclos económicos, transformaciones seculares de la organización social, etc.). Sin semejante saber positivo —que por lo demás, nunca hay que olvidarlo, es como todo saber positivo, esencialmente interminable y, más allá de los enunciados protocolares, está en eterno suspenso en cuanto a su validez— no se tiene acceso al objeto, y en este caso, el objeto se presenta precisamente en y por semejante saber.

Pero precisamente, ¿qué «objeto»? ¿Cuál es su estatuto? Dejemos a un lado, por el momento, las respuestas habituales —ya volveremos sobre el asunto— y consideremos que la cuestión siempre viene implicada en la investigación histórica, incluso si los historiadores la ignoran o hacen como si la respuesta fuese evidente de por sí. Cualquiera que sea el campo particular que se considere, el historiador siempre postula la existencia de una entidad histórica que mantiene la unidad de su trabajo. Si se niega a plantearla y a plantearla como cuestión general, la resuelve siempre en los hechos, como cuestión concreta. Verdad es que se le presenta casi exclu-

bien hay las variaciones no sintónicas de algunos filósofos tan ajenos a la revolución como al marxismo y llenos de solicitud tanto para el otro, que ora se interrogan sobre la posibilidad de un desvío de la historia universal desde 1923, ora quieren obtener la verdad de un siglo de historia efectiva como subproducto de una nueva «lectura» de los *Manuscritos* de 1844 o de los *Grundrisse* de 1857 (aunque quizás esta verdad, consiguiente a un cuaderno de 1843, haya sido para siempre destruida por la crítica demolidora de los ratones, y estemos por lo tanto condenados a permanecer irremediablemente ciegos ante lo que nos rodea...); ora, por último, reactivando el cartesianismo bebido con la leche de su director de la escuela, se burlan de la idea de una historia del proletariado y no se interesan más que por los actos de un *cogito* político-moral entrentado al mal absoluto, *cogito* cuyas encarnaciones ejemplares pueden ser Stalin, Duclos, Gomułka o Mao...

Intentamos tomar aquí el término historia en toda su profundidad. Existe, desde luego, una inmensa literatura que se refiere a la «historia del movimiento obrero» en determinado país o durante determinado período. Dejado a salvo escasas excepciones (entre las que está el admirable libro de H. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*), pertenece toda ella a lo que se ha llamado la historia «de acontecimientos» o «episódica». Las fechas de las huelgas y de las insurrecciones reemplazan en ella a las de las batallas, los nombres de los líderes o de los militantes heroicos a los de los reyes y generales; a veces, el acento se coloca en la actividad de las masas, lo cual ya es más satisfactorio, pero apenas diferente desde el punto de vista cualitativo. Resulta superfluo recordar tanto el interés de esta historiografía como sus límites. Existe también una literatura, que desde hace tiempo

3. Gollancz, 1963; edición revisada, Pelican 1968 [trad. esp. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra. 1870-1932*, 3 vol., Barcelona, Editorial Lata, 1977]. Por supuesto, si consideramos los «momentos» priviligeados del movimiento obrero, pertenecen igualmente a estas excepciones los escritos históricos de Marx y de Engels, la *Historia de la Revolución rusa* de Trotsky, *La lucha de clases durante la Primera República* de Daniel Guérin y algunas otras obras.

sivamente como algo que se refiere a las fronteras de su tema particular, la delimitación y la limitación de éste, por tanto como cuestión esencialmente negativa: qué es lo que pertenece a ese campo, dónde acaba tal período. Pero, evidentemente, hay mucho más en el asunto: esta negación no es más que la otra cara de una posición no explícita, y es ésta la que nos importa.

Antes de ir más lejos, conviene abrir un paréntesis. Nos ocupamos aquí de la cuestión de la historia del movimiento obrero: no podemos discutir del asunto sin desarrollar una serie de consideraciones que podrán parecer abstractas, «filosóficas», inútiles, incluso irrisorias, a los que proclaman interesarse tan sólo por la acción y la lucha. Quizá fuera preferible que se detuvieran éstos siquiera un momento en su agitación, e intentaran sopesar la incalculable cantidad de metafísica ingenua que contiene la menor frase de sus octavillas, la idea aparentemente más simple y más sólida que tienen en su cabeza. Ya se ha observado que a los ministros de Hacienda y a los capitalistas les gusta considerarse como «hombres de acción» y creer que sus ideas sobre el liberalismo, el equilibrio presupuestario o el patrón oro son sólidas enseñanzas de la realidad y de la práctica, que les permiten menospreciar las nebulosas teorías de los doctrinarios—olvidando, y más a menudo ignorando, que lo que profesan no es más que la enésima dilución de nebulosas teorías de algunos economistas del siglo XVIII. Igualmente se ha señalado que los científicos menos inteligentes se ríen burlescamente cuando se les recuerda las cuestiones filosóficas fundamento de su actividad— por la simple razón de que están sumergidos en un océano metafísico tan espeso (lleno de construcciones fantásticas como las «cosas», las «causas», los «efectos», el «espacio», el «tiempo», la «identidad», la «diferencia», etc.) que evidentemente no pueden *ver nada* allí. Pero todavía más grave es el caso del militante que habla continuamente de clases, de leyes de la historia, de revolución, de socialismo, de fuerzas productivas, de Estado y de poder, creyendo curiosamente que en estos vocablos, y en su manejo, las ideas no tienen nada que ver, que se trata de extrañas cosas a la vez sólidas y transparentes; con lo cual se encuentra íntegramente esclavizado a concepciones

teóricas y filosóficas pasadas que han fijado sus significados, tanto más esclavizado cuanto que no quiere saber ni lo que estas concepciones son, ni de dónde provienen, ni por tanto, finalmente, *adónde le conducen*. Es de esperar que alguna vez, cuando de nuevo vaya a afirmar que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, tropiece a la mitad de su frase al preguntarse: ¿dónde y cuándo he aprendido lo que es la historia, la humanidad, la lucha y las clases?

Supongamos que nos ha escuchado; y pongamos por ejemplo Roma. ¿Qué es Roma (la «historia romana»)? ¿Cuál es la naturaleza y el origen de esta unidad que se postula necesariamente cuando se habla de la «historia de Roma»? ¿Qué relación puede *reunir* las luchas de la plebe del V al II siglo a. de J.C. y Heliogábalo, la organización de la legión y la *jurisdictio* de los pretores, los discursos de Cicerón, el desarrollo del colonato y el muro de Adriano? Todo esto «pertenece» a la historia de Roma, pero ¿en qué sentido «pertenece»? Por supuesto no en el mismo sentido en que el número 2 pertenece al conjunto de los enteros naturales; ni en el sentido en que la Tierra pertenece al sistema solar; ni siquiera en el sentido en que el sueño de la inyección de Irma pertenece a Freud. Que una combinación heteróclita de criterios externos (la mayoría de las veces simplemente heredados de una tradición «científica») permite bien que mal al historiador circunscribir su trabajo cotidiano, es algo evidente; pero también es evidente que no se puede contentar con ello, a no ser que sólo se interese por el reparto de las cátedras universitarias o (pero esto ya es algo mucho menos simple) por la ordenación de las bibliotecas.

No valdría la pena hablar de estos criterios externos (y de las respuestas habituales a las que aludíamos anteriormente) si su rápida evocación no permitiese sacar a luz algunos aspectos de la cuestión debatida y de la metafísica no consciente que subyace, también aquí, en las actitudes «científicas». Tomadas, por regla general, de las nociones «naturales» y de la conceptualización cotidiana, se basan como ésta en una metafísica ingenua de la «substancia». En cuanto se abandonan los casos triviales, no hay ninguno que, tomado separadamente, sea decisivo, no existe combinación alguna que proporcione las condi-

como organizado y organizándose, se afirma como un formador-formado. El historiador puede tener mucho que decir sobre el carácter verdadero o ilusorio de la unidad del *demos* ateniense, del pueblo romano o del proletariado moderno; lo cual no impide que encuentre en su «material» enunciados como *edoxe té boule kai tò démò* (ha parecido bueno a la *boule* y al *demos*), *senatus populusque Romanus*..., o una muchedumbre que canta: «El mundo va a cambiar de base». De un modo más general, incluso si el análisis muestra que se trata de un engaño, mito o ideología, la referencia a sí es en la realidad *misma* un elemento constitutivo del individuo, de la tribu, del pueblo. ¿Puede, por lo demás, ser simple mito o ideología? Incluso si su contenido es mítico o ideológico, más generalmente imaginario —y también lo es, siempre y necesariamente—, su existencia trasciende este tipo de análisis puesto que sin el hecho de una representación de la pertenencia común a una tribu o a un pueblo (y cualquiera que sea el contenido de esta representación) no hay tribu o pueblo —como tampoco hay individuo sin el hecho de una representación idéntica—, por engañoso que pueda ser su contenido. Pero la referencia a sí de los atenienses, de Roma, o del proletariado, ¿es la referencia de *quien a qué?* En este momento, el filósofo cartesiano y el científico positivo (a quien sin duda la referencia de Juan Pérez a Juan Pérez siempre pareció clara e indudable), para no perderse en complicaciones inútiles, se encogen de hombros, hablan de totalizaciones abusivas y denuncian la fabricación de entidades y de entes de razón.

4. V. MTR IV y V, recogido ahora en *L'institution imaginaire de la société*, Paris, Editions du Seuil, 1975.

ciones necesarias y suficientes para la constitución de un objeto histórico. La identidad de la lengua no funda la unidad del mundo romano, puesto que (además de que la «unidad» de la lengua a través de su historia nos remite a otro enigma) la mitad oriental del Imperio formaba parte de él sin haber sido nunca latinizada; tampoco la continuidad de las estructuras estatales (o, de un modo más general, «institucionales»), puesto que ésta se afirma hasta el final en Bizancio, y Bizancio no es Roma; como tampoco el área geográfica conexa donde se desatrolla esta historia, puesto que es la historia romana lo que crea (o acaba de crear) esta área geográfica como *area historicamente conexa*, y que otros procesos históricos romperán luego su unidad (o en todo caso modificarán profundamente sus caracteres). Si, por otra parte, se quiere establecer esa unidad de encadenamientos de «causas», de «influencias» y de «interacciones», ¿cómo no ver —a menos que se esté ante el caso ficticio de un medio histórico aislado puro— que todo corte en el tejido de las conexiones implica necesariamente un grado de arbitrariedad, y que hay que dar de este una justificación de fondo si no se quiere convertir al objeto histórico en una mera creación artificial del historiador? Es perfectamente legítimo hablar *del mundo mediterráneo* en la época de Felipe II, pero igual de legítimo preguntarse en qué y por qué se trata de *un mundo*.

El reconocimiento de este grado de arbitrariedad conduce muy a menudo a un extremismo pseudocritista (al que llegan, también el positivismo y el pragmatismo): «los hechos están tallados por la conciencia en la materia amorfa de lo dado»; el historiador (como el físico) impondría soberanamente a un material caótico una organización cuyos principios vendrían únicamente de las exigencias de su conciencia teórica. Este punto de vista ya es insostenible cuando se trata de la consideración de la naturaleza, donde la conciencia no puede tallar ni cualquier cosa, ni de cualquier modo, y tampoco garantizar que las formas que construye encontrarán necesariamente un material que les «corresponda». Y se vuelve simplemente absurdo cuando se trata de la sociedad y de la historia. Pues aquí, el propio «material» se presenta

todos los miembros de la formación, sin ser necesariamente conocidas como tales). El análisis teórico podrá efectuar una serie de descomposiciones y de recomposiciones sobre lo que se manifiesta en la superficie de la vida de la formación considerada (indicando, por ejemplo, que las conexiones más importantes no se encuentran allí donde los participantes creen explícitamente que se sitúan); pero lo que encontrará de nuevo, como principio y momento decisivo de la organización latente que descubrirá, será una vez más un magma de significaciones imaginarias, establecido por la formación social-histórica considerada y modificado a lo largo de su historia —de un modo más preciso: cuya modificación continua constituye una dimensión decisiva de esa historia— y a cuyo respecto el análisis *no es libre*. Pues las dificultades que se encuentran cuando se trata de aprehender y describir tales significaciones de otro tiempo y de otra parte en términos comprensibles para nosotros (dificultades que por lo demás conducen a una imposibilidad última), en vez de dejar nuestra reconstrucción «libre», manifiestan precisamente lo que, independientemente de nuestras construcciones, les resiste. Pero basta con recordar que, cualquiera que sea la ingeniosidad del teórico, el material, el propio objeto le impedirá convertir el enriquecimiento y la expansión ilimitados en una significación central de la cultura balinesa tradicional —o la santidad en una significación dominante de la cultura capitalista.

Ningún artificio filosófico o epistemológico puede, por tanto, eliminar el *ser propio* del objeto social-histórico; ninguno puede ocultar el hecho de que Roma, Atenas, la guerra del Peloponeso, el mundo europeo feudal, la música romántica, la revolución rusa *existen* (han existido) tanto, si no más, que las tablas, las Galaxias o los espacios vectoriales topológicos. Los que no pueden ver esto tendrían que abstenerse de hablar de la sociedad y de la historia y ocuparse de matemáticas, cristalografía o entomología (y evitando cuidadosamente, incluso en estos campos, las cuestiones teóricas). Platón hablaba de aquellos para quienes sólo existe «lo que pueden coger con sus manos». El hombre moderno no tiene manos; no tiene más que instrumentos y (seudo) conceptos instrumentales. Por consiguiente, para él sólo existe lo que sus ins-

trumentos pueden captar, lo que se deja conceptualizar en el más pobre sentido del término, formalizar o expresar en forma de ecuaciones. En la actualidad, hay que condenar categóricamente la impostura que presenta como única realidad lo que obedece (parcial, provisional e irónicamente) a algunas indigentes reglas de conceptualización, computación y tabulación «estructural».

Así pues, nos encontramos ante la cuestión que plantea el ser propio del objeto social-histórico, cuestión que empieza del siguiente modo: ¿en qué y por qué esta inagotable serie de hechos pertenece a la historia de Roma?, y desemboca en: ¿qué es lo que, durante diez siglos, *se hace* en tanto que Roma? (Cuestión que no se puede confundir pero tampoco separar totalmente de esta otra: cómo se presenta Roma a otras entidades social-históricas y es aprehendida por ellas, incluyendo por supuesto la aprehensión, científica o filosófica, que hoy en día nosotros tenemos de Roma. Sólo en el terreno creado por esta aprehensión puede existir nuestro discurso, así como su refutación, pero ambos sólo son posibles si algo se nos presenta como Roma). Al mismo tiempo, hemos de preguntarnos: ¿por qué ha sido objeto esta cuestión hasta ahora de una negación encarnizada?

El tipo de ser al que pertenece *lo que*, durante diez siglos, se hace en tanto que Roma, no tiene nombre en ninguna lengua —y, la verdad sea dicha, difícilmente podría tenerlo. Ciertamente, no se trata de una denominación ficticia o un *constructum* científico; ni de una «cosa», un «sujeto» o un «concepto»; ni de un simple agregado de «sujetos», un grupo o muchedumbre —la historia de Roma produce material, jurídica y ontológicamente a los romanos tanto como los romanos producen la historia de Roma; los romanos acceden precisamente a su *quiddidad* mediante la historia de Roma—; ni de un conjunto de instituciones definidas —puesto que éstas se encuentran en perpetua modificación y esta historia se asienta por excelencia en su capacidad de encontrar en sí misma los recursos para modificar sus instituciones, haciendo así posible su continuación. Esta entidad pertenece a la región de los objetos social-históricos, que el pensamiento heredado de hecho nunca ha sabido y podido reconocer en su irreductible especificidad. Que el objeto social-

y es para algo (*eneka timos*), tiene una causa final tanto

en el devenir como en el ser: el individuo (humano: de lo contrario es «animal salvaje o dios», *ibérion é théos*) no puede vivir fuera de la ciudad «que deviene» y no puede vivir bien fuera de la ciudad «que es». La oposición (profunda, oscura y que inacabablemente podría ser examinada) devenir-ser (*gineiai-esti*) no nos interesa aquí por sí misma. Pero la siguiente interpretación difícilmente parece discutible: la ciudad empieza a existir para hacer posible la vida de los hombres (que no pueden vivir en tanto que hombres fuera de ella), por tanto, en el campo del devenir es un *protéron* lógico: la existencia de hecho (bruta, como tal) de la ciudad precede lógicamente a la existencia de hecho de los individuos como humanos; pero la ciudad «es» para hacer posible el vivir bien de los hombres, es imposible (o al menos extremadamente difícil) vivir bien (y ni siquiera seguro que siempre se pueda morir bien) fuera de una buena ciudad. Luego, en el campo del ser, la *calidad* de la ciudad es, para la calidad del vivir de los hombres, un presupuesto a la vez lógico y de hecho (por lo menos si se admite que vivir bien en una mala ciudad es lógicamente contradictorio).

Resulta sorprendente, entonces, constatar la inversión del sentido inmediato del discurso. En el orden del devenir, la ciudad es inconcebible como composición de individuos: los precede. Pero en el orden del ser, la esencia de la ciudad se define, como la de cualquier cosa, por su fin; y la ciudad no es fin de ella misma, tiene su fin en el vivir bien de los hombres individuales (vivir bien, claro está, tiene aquí un sentido ético y no material). El ser de la ciudad se define en referencia a una finalidad, y ésta a su vez se define por la realización (el vivir bien) del sujeto individual. Y a esta consideración han de subordinarse finalmente las otras: el verdadero ser de la ciudad lo define el que ésta sea, en tanto que ciudad de hecho, condición de existencia de individuos de hecho, que a su vez, al igual que el buen orden que hace la buena ciudad, son condición de existencia de los individuos que viven bien. Es la finalidad ética, referida al sujeto de un vivir bien, la que constituye la esencia de la ciudad y fundamenta su ser. Desde el punto de vista más elevado, la ciudad es porque el hombre es, en len-

histórico, cuando no ha sido pulverizado en un montón de determinaciones empíricas, no haya podido ser pensado más que en función de una metafísica ajena a él, no es una deficiencia accidental, sino señal distintiva y característica del pensamiento heredado. Pues éste no conoce y no puede conocer mas que tres tipos primigenios de ser: la cosa, el sujeto, el concepto o idea, y sus reu- niones, combinaciones, elaboraciones y síntesis — y el objeto social histórico en modo alguno puede ser comprendido como cosa, sujeto o concepto, y tampoco como reunión, *universitas* o sistema de cosas, sujetos y conceptos. No puedo discutir aquí la cuestión en sí misma, ni justificar enteramente esta afirmación: trataré de aclararla situándola frente a tres autores cuyas doctrinas puede parecer que la contradicen: Aristóteles, Hegel, Marx⁵.

Desde hace tiempo —y, en cierto sentido, con razón— se ha visto en Aristóteles al padre del «holismo», de la concepción que enuncia el «todo» como algo más que la reunión, el conjunto, la combinación de sus «partes»; concepción que por excelencia se confirma, evidentemente, en la consideración de lo viviente, de lo que los tiempos modernos han llamado el organismo y con todo el peso con que este término ha sido cargado. En cuanto a lo que aquí nos interesa, la *Politica* formula la siguiente idea: la ciudad (*polis*) precede conforme a la naturaleza (*phusai próteron*) a los individuos que la componen. ¿Cuál es esta naturaleza? Aristóteles lo precisa una vez más en esta ocasión: la naturaleza es fin (*é de physis telos estin*). ¿Cuál es pues la naturaleza, es decir, el fin y la plena realización de la ciudad? «La ciudad adviene para el vivir, pero es para el vivir bien» (*gínomené men tou zén eneka, ousa de tou en zén*). La ciudad adviene

5. El lector interesado encontrará una discusión de esta característica del pensamiento heredado en *L'institution man- ginaire...*, *ib.*

guaje moderno, sujeto ético, y *para* que pueda realizarse como tal⁶.

¿Qué instancias rectoras operan en este pensamiento? El carácter indiscutible e indiscutido de la idea de *prioridad* de un término con respecto a otro, luego la exigencia de que siempre pueda establecerse un *orden*, y un orden *jerárquico*, entre los términos pensables; menos aparente, pero aún más poderosa, la consecuencia de que si todo debe ser pensable, *un solo* orden debe abarcar todos los términos, o bien subordinarse los otros; por tanto, en la medida que aparecen varios, y principalmente un orden causal y un orden final, debe abolirse su diferencia, ya sea por la subordinación de uno a otro, ya sea por la demostración de que en verdad no forman más que uno. Hegel (y Marx) seguirá este segundo camino; *Aristóteles* el primero, estableciendo finalmente como suprema a la *casualidad final*; pero la distancia que los separa es infinitamente menos importante de lo que parece a simple vista. Esta finalidad se presenta en este caso como finalidad *ética*, immanente al sujeto individual (que luego será reemplazado por el Espíritu del mundo o por toda la humanidad, al mismo tiempo que se ampliará el *contenido* de esta finalidad); de ello se deduce al punto

6. No puedo entrar aquí en las cuestiones, sin duda muy importantes y no sólo desde el punto de vista de la historia de las ideas, que plantea esta inversión brutal que es forzoso efectuar a partir del propio texto de *Aristóteles*; y aún menos, defender al autor del reproche de «contradicción» (y a mí mismo del de «no saber leer»). Baste con señalar que los diferentes estratos, en parte heterogéneos, de pensamiento depositados en el primer libro de la *Política* resultan evidentes en una lectura atenta, y que en mi opinión *Aristóteles* (como por lo demás *Platón*) trabaja en este caso bajo la exigencia del mantenimiento de una insostenible posición de equilibrio entre esa gran significación imaginaria que es la *polis*, fundadora del mundo griego posthomérico, y el proceso de disolución de este mismo mundo, por lo general imputado a tal o cual evolución «real» y asociado a tal o cual escuela filosófica, pero de hecho iniciado desde el nacimiento de la filosofía, ya que está virtualmente contenido en la posición de un sujeto que investiga de una manera autónoma. Lo importante es la lógica aquí existente y la permanencia de sus efectos hasta ahora.

y en todos los casos que el *hacer* social-histórico nunca puede verse como tal y por sí mismo, sino que siempre ha de ser reducido a un *bien* (o mal) *hacer* (y ya para el propio *Aristóteles*, bien hacer técnico o ético, estando aquél subordinado a éste), que puede ser pensado y juzgado según normas jerárquicas, todas ellas dependientes de Un Bien Soberano (cuya representación e interpretación concreta variarían, evidentemente, a lo largo de la historia).

¿Pero estamos realmente obligados a pasar por estas horcas caudinas? Lo social-histórico no posee semejante relación con una finalidad, cualquiera que sea su definición. Roma no es para algo (y tampoco para sí misma, por supuesto). Roma es, ha sido, esto es todo. Resulta que nuestro mundo no sería lo que es (ni lo que decimos) si no hubiese existido; pero no por ello podemos erigirnos en fin de su existencia —y *Aristóteles*, al que no le gustaba el remontar hasta el infinito, hubiera añadido que semejante razonamiento situaría nuestra razón de ser en la existencia de los que nos seguirán, y así sucesivamente de un modo interminable. Es posible que el vivir bien del hombre individual sea el fin ético y político supremo. Pero no podemos, antes del inicio mismo de la investigación, reducir el ser de lo social-histórico a esta finalidad; ni limitar nuestro intento de comprender lo que *se hace* en la historia a una comparación entre las ciudades efectivas y la norma de la buena ciudad; ni podemos olvidar que la posibilidad *efectiva* de referirse, con razón o sin ella, a semejante norma es a su vez un producto de la historia efectiva, al igual que la idea del vivir bien del sujeto como fin supremo. Y si lo social-histórico tuviera que concebirse siempre refiriéndolo a *una* finalidad, siempre tendría que poder concebirse refiriéndolo a *una* figura global en la que se ordenan todas las finalidades; y que podría ser ésta, como no fuera una comunidad organizada, lo que *Aristóteles* conocía y denominaba como *polis*, lo que podemos llamar pueblo o sociedad determinada, en cualquier caso (tomando de nuevo, precisamente, el término platónico y aristotélico), una colectividad *autárcica* en cuanto a su vida esencial. La comunidad *política* tendría que poder acoger en sí misma, y subsumir bajo su lógica y su ontología, todo

dianate un *para algo*, ya que esta pluralidad existe para la realización progresiva y dialéctica de la Razón en la historia. Verdad es también que la particularidad de la figura de la ciudad es superada, convirtiéndose el pueblo en la figura central de lo histórico; pero esto no sólo se debe a la acumulación de datos empíricos ante los que se encuentra Hegel, sino a consideraciones más profundas, vinculadas a la prolongación y a la generalización de los esquemas aristotélicos. La finalidad ética referida al hombre individual y a su vivir bien ha de ser superada, ya que doblemente limitada (por la particularidad del individuo y la del momento ético), pero para mantenerse en la finalidad universal de la Razón—Razón que, como dice Hegel, es «actividad conforme a un fin». Al no deber ni poder estar limitada por nada exterior a ella, esta razón ha de poder acoger (o, lo que viene a ser lo mismo, estar presente en) todas las manifestaciones de la vida histórica. La organización política, o el Estado, incluso si sigue teniendo un carácter privilegiado, no es más que una de ellas (y por supuesto, la ciudad no es su forma universal); es preciso, pues, una figura intermedia que, en cada etapa histórica, las unifique a todas, y esta figura es el pueblo⁷. Esta permite reintegrarlo todo en el orden te-

7. También es preciso que se trate de un pueblo *histórico*, es decir, cosmo-histórico (*weltgeschichtlich*). Ya se sabe que de esos hay pocos, y resulta difícil ver el fundamento filosófico de la experiencia de los otros, su razón de ser. Quizás haya que recordar, con un párrafo célebre de la *Filosophía del Derecho*, que todo lo que no es realidad asentada por la razón es apariencia exterior, ilusión y error, y decidir-se a contar entre las apariencias ilusorias y falaces la existencia de los incas, de los hunos, de los africanos, de los japoneses, de los indonesios y de algunos otros más. No deja de tener interés notar que cuando al cabo de cuarenta años de filosofía, Husserl se ve por fin conducido por la conjunción de la crisis de la ciencia moderna y la ascensión del nazismo a sospechar la existencia de la historia (pero no, como tampoco Heidegger, la de la sociedad), intentará comprenderla en función del «telos innato de la humanidad europea». Asía no tiene porqué, diría el poeta. Exirraña necesidad innata de una cierta filosofía, que no puede hablar (mal) de una cuarta parte de lo que es más que excluyendo del ser a las otras tres cuartas partes.

lo que aparece en la historia (así, la economía es y ha de ser tratada en la *Política*). Pero esto no es posible. La figura global de la comunidad autárctica y políticamente unificada—ya sea tribu, ciudad, pueblo, imperio o *cosmopoliteia* de toda la humanidad—no es una figura a la que están necesaria y esencialmente coordinadas y subordinadas todas las demás figuras social-históricas. El culto dionisiaco o el budismo, la lengua inglesa o la empresa capitalista, el barroco o la ciencia occidental desde el Renacimiento, el romanticismo o el movimiento obrero no pueden comprenderse como articulaciones o momentos bien jerarquizados e integrables en la vida de una comunidad política o de una pluralidad definida de tales comunidades; y todavía menos, evidentemente, como pensables dentro de una red bien determinada de finalidades éticas u otras cualesquiera.

Hegel no modificó en esencia esta situación teórica fundamental, a pesar de las ampliaciones y los enormes cambios efectuados por el gran pensador, pues éstos en realidad sólo consolidan el marco aristotélico, capacitan-dolo para acoger veinte siglos suplementarios de experiencia. Por lo que respecta a nuestro problema, y desde nuestra óptica, Hegel lleva hasta el límite de sus posibilidades la problemática y las respuestas aristotélicas, llega a lo más lejós posible dentro del marco lógico-ontológico fijado por Aristóteles sin hacerío saltar en pedazos. Verdad es que la comunidad autárctica está explícitamente historizada (y por ello mismo en cierto sentido deja de ser autárctica); así, lo que en el texto y el contexto aristotélicos puede aparecer como simple *juxtaposición* inorgánica, co-existencia o sucesión de ciudades sin relación de orden entre ellas, aquí está *organizado*: el problema que Aristóteles no plantea, por que y *para que* hay *varias* ciudades, se convierte para Hegel en preocupación central. Pero Hegel no hace así sino responder a una exigencia que es en justicia la del pensamiento aristotélico, satisfacer lo que aparece como un déficit de este pensamiento según sus propios criterios, y satisfacerlo siguiendo las normas que este ha establecido: sometiendo la sucesión histórica al esquema del orden jerárquico, incorporando en este orden la idea de finalidad, respondiendo al *por qué* de la existencia de varias ciudades me-

leológico: todas las manifestaciones de la vida histórica se convierten en «momentos de la vida de un pueblo», coordinados y subordinados a su actividad y a su existencia como pueblo histórico, encarnaciones en las que el «espíritu del pueblo» considerado se vuelve visible para él mismo y para todos. Este «espíritu del pueblo», momento del «espíritu del mundo», no es en verdad —no más que este último— «sujeto» en el sentido habitual de la palabra. Ambos, sin embargo, lo son en un sentido mucho más fuerte, en el sentido hegeliano. Debemos recordar, en efecto, que «lo Absoluto es sujeto», y comprobar que lo que importa no es tal o cual interpretación de la categoría ontológica del sujeto, sino esta propia categoría, que aquí suprime toda limitación y se iguala al propio Ser. Que las oposiciones entre realidad y concepto, entre sustancia, sujeto e idea hayan sido «eliminadas» en el seno de una Totalidad dilatada que abarca, sin restos, lo concebible, no impide que ésta sea pensada como instancia activa que reflexiona sobre sí misma y opera en vistas a fines que ella establece —lo cual es a la vez la definición del sujeto y la de la Razón hegeliana⁸.

El ser de lo social-histórico se establece, pues, en referencia a la «vida» de este sujeto ampliado que es el «pueblo histórico» y, finalmente, en referencia al Absoluto-Sujeto, Razón o Espíritu del mundo. Sus manifestaciones son consideradas como las articulaciones de una teleología, como una jerarquía sometida a un buen orden. Esta jerarquía es, y debe ser, al menos doble: jerarquía de los momentos de un pueblo, en la que la economía, el derecho, la religión, el arte tienen un lugar bien definido; y jerarquía de estos mismos pueblos, que induce en la historia longitudinal de cada actividad humana un buen orden, que hace, por ejemplo, que el cristianismo sea necesariamente superior al budismo, la filosofía moderna necesariamente superior a la filosofía griega

8. Lo que aquí se discute es la elevación de la categoría del sujeto en prototipo ontológico, no su legitimidad en su propio dominio. Por tanto, no se debe confundir esta crítica con ciertos ejercicios retóricos a la moda que proclaman la muerte del sujeto después de haber proclamado la del hombre.

—y, como es sabido, la monarquía prusiana la forma perfecta de Estado. En este campo, como en todos los demás —desgraciadamente, sería demasiado largo demostrarlo aquí—, y en contra de lo que se repite constantemente, la lógica aristotélica, en su verdadera potencia, en su *dynamis* profunda, no sólo es mantenida íntegramente por Hegel, sino plenamente realizada. Que por medio y al final de esta plena realización también se haya eliminado (o desterrado del pensamiento explícito, en el mejor de los casos reducido al estatuto del accidente, de la ilusión y del error) lo que, en el Aristóteles de las obras cumbres (de la *Metafísica*, del tratado *Del Alma*), mantenía lo aporético, y el reconocimiento de una división última, de la limitación del *logos*, de la inaccesibilidad de un punto de vista divino, esto igualmente debemos dejarlo aquí a un lado.

Que a su vez, en su *teoría* de la historia, Marx permanece en el marco hegeliano —cualesquiera que sean los profundos cambios que emprende y realiza en su interior— eso es algo que intenté mostrar en otro lugar⁹. Otra cosa ocurre, al menos en parte, cuando Marx *escribe* la historia económica o política. Sin embargo, después de un siglo de literatura marxista y marxológica, la teorización de estos análisis históricos está totalmente por hacer; y aunque estuviese hecha, produciría una teoría del intérprete, no de Marx, y, como veremos, chocaría de frente con la concepción explícita de la historia que ha formulado, de *La ideología alemana* hasta la última de sus obras.

La profunda dependencia de Marx de los esquemas hegelianos decisivos aparece claramente cuando se considera su visión general de la historia universal, y ya en su primera afirmación de una historia universal, en el sentido fuerte, en cuyo seno todo comunica y contribuye a todo; afirmación que recibe de Hegel sin que constituya problema para él, aunque en Hegel esté filosóficamente «fundada» y que este fundamento sea, para Marx, ilusorio. En el seno de esta historia, la figura del «modo de

9. V. MTR I, II y III, recogido ahora en *L'institution imaginaire de la société* (de próxima publicación en esta misma colección).

producción» universal y de las clases que le corresponden desempeña el papel del «pueblo histórico», y las etapas necesarias del desarrollo de la humanidad el de los momentos de realización de la Idea. La doble red jerárquica impuesta por Hegel a la sucesión de los pueblos y al orden que manifiestan los «momentos de su vida» es mantenida integralmente por Marx; y, así como Hegel ve en las formas de vida de las sociedades europeas de su tiempo los «momentos necesarios» plenamente desarrollados de lo que siempre estuvo ahí aunque no desplegado, de igual modo Marx proyectará retrospectivamente estas formas sobre el conjunto de la historia pasada y hasta llegará a afirmar que sus relaciones recíprocas fundamentales eran idénticas a lo que han legado a ser ahora, incluso cuando estas formas no estaban realizadas todavía como formas separadas. Verdad en que invierte los signos algebricos, reemplaza el Espíritu por la materia o la naturaleza, y se enorgullece de haber puesto a la dialéctica hegeliana sobre sus pies. Pero nada de todo esto afecta a la lógica que rigió aquí. La distinción entre el espíritu y la materia está estrictamente privada de sentido si ambos son concebidos como conjuntos de determinaciones racionales perfectamente asignables (siendo éste el caso tanto del espíritu hegeliano como de la naturaleza marxiana), y las matemáticas enseñan que las estructuras inducidas por dos relaciones de orden opuestas son isomorfas, o en otras palabras, que la determinación de la superestructura por la infraestructura o a la inversa vienen a ser lo mismo.

Los esquemas lógicos y ontológicos heredados siguen operando, soberanos, en la organización de los conceptos mas «nuevos» situados por Marx en el centro de su teoría. Así, el «trabajo concreto» tendría que ocupar el sitio del «trabajo espiritual abstracto» dice una de las formulaciones aparentemente mas opuestas al hegelianismo. Sin embargo, ¿cómo piensa Marx *efectivamente* el trabajo? Como operación finalizada de un sujeto sobre una cosa con arreglo a conceptos — o como sistema de operaciones finalizadas de una *universitas sublectorum* sobre una *universitas rerum* con arreglo a un *systema idearum*. «Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que,

antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente *del obrero*; es decir, un resultado que tenía ya existencia *ideal*. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, *realiza en ella su fin*, fin que él sabe que rigiere como una ley las modalidades de su actuación, y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad.» (*El Capital*, T. I, cap. V.) Decenas de jóvenes marxistas sutiles y apasionados han citado esta frase para mostrar que Marx no era simplemente materialista. En efecto, era además racionalista. La cuestión del *origen* de lo que, como representación del resultado, «existe ya idealmente en la mente del obrero» no puede y no debe ser planteada. Si lo fuese, sólo podría recibir una respuesta (puesto que el recurso a la noción de «reflejo» resultaría visiblemente absurdo: uno querría saber de qué son «reflejos» un carro, un piano o un ordenador): la idea previa del resultado es producto de la elaboración racional efectuada por los hombres (dentro de los límites que cada vez se imponen a ellos, que esencialmente son los de su conocimiento) tendiente a conseguir los medios mas apropiados para sus fines. En cuanto a estos, en la medida en que rebasan la técnica y la gobernan, hay los que los hombres se figuran, pero también y sobre todo aquellos a los que los primos están sojuzgados, los fines inmanentes al proceso histórico. Su realización pasa por el desarrollo de las «fuerzas productivas». El «modo de producción» ha de ser cada vez aproximativamente óptimo si se tiene en cuenta las condiciones; cuando deja de serlo, tarde o temprano es derribado y reemplazado por otro (ya parado en y por el precedente) mas apropiado. Apropriado ¿para qué? Para el desarrollo de la capacidad de producción. Los sistemas social-históricos, los «modos de producción», progresan en el ser, adquieren una realidad creciente a medida que aumenta la cantidad de cosas que pueden producir (y que se desarrollan, correlativamente, las facultades que «dormitan» en el hombre en tanto que productor desde sus orígenes). Este aumento define la finalidad, la norma de optimización que es, por tanto, pura y simplemente maximización. Aquí, Marx está total-

mente bajo la influencia de las significaciones imaginarias centrales del capitalismo. Pero éstas no son puras (como tampoco lo son para la propia ideología capitalista). Esta maximización, este progreso ontológico de la sociedad medible por el producto social potencial, corre parejas con la servidumbre del sujeto que ella presupone y genera, sujeto convertido a su vez en cosa y perdido en el océano extraño y hostil de las cosas que no cesa de «producir». Pero esto no es más que un momento, por largo que sea, de un Calvario de la razón: existe una *ratio abscondita* de este desarrollo «negativo» que finalmente engendrará su contrario «positivo». Aquí tenemos el hilo judeo-hegeliano. Pero este contrario final no es judeo-hegeliano, es griego. La finalidad última que orienta al conjunto del desarrollo histórico es un *bien vivir (eu zên)* en este mundo, que presupone un hombre liberado de la producción y del trabajo, que son, diría Aristóteles, *banauoi* (vulgares-serviles), o que siguen perteneciendo, dice Marx, al reino de la necesidad, reino que podemos reducir pero no eliminar ni alterar en su carácter esencial (no existe trabajo *productivo* que pueda ser noble). Como los aparatos mecánicos pueden ahora tejer por sí solos, no hay necesidad de esclavos —pero mientras estos aparatos necesiten de una vigilancia, ésta seguirá siendo el tributo de actividad banáusica y no libre que la libertad tendrá que abonar a la necesidad. Sin embargo, queda algo de la Promesa, y la Razón, al cabo de sus astucias, es Providencia: el reinado último de la libertad nos viene garantizado por la necesidad histórica— a no ser que todo se hunda en la barbarie.

*
* *
*

A esta visión de la historia se opone, evidentemente, el otro gran tema de Marx: «La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases». Presentada como tesis universalmente verdadera que cubre, además, todos los aspectos del hacer social-histórico, la idea no posee desde luego más que una validez parcial y relativa. Sin embargo, al enunciar este tema, Marx entreabre una nueva vía para pensar una entidad social-histórica; vía

que no sigue hasta el final, porque la ontología que ha heredado y que domina su pensamiento se lo impide.

Empecemos por recordar¹⁰ que ambas concepciones —«materialismo histórico» y «lucha de clases»— son profundamente incompatibles, ya que desde el momento que se toma en serio una de ellas, vacía a la otra de su contenido, y que, en resumidas cuentas, es la primera la que queda como fundamento del trabajo teórico de Marx. La clase no es más que un producto del «modo de producción» (a su vez producto del desarrollo técnico); no actúa realmente, es accionada, en el mejor de los casos reacciona ante lo existente, y reacciona necesariamente con ilusión y ceguera. Elaborar la teoría de la economía capitalista es descubrir las leyes objetivas del sistema, cuyo funcionamiento tiene como condición «la inconsciencia de los interesados»; estas leyes son las que aparecen en primer plano y forman la temática de la investigación, y no la lucha entre capitalistas y proletarios. Hay una definición «objetiva» de la clase, en función de la organización de las relaciones de producción en la sociedad considerada, y totalmente independiente de toda *actividad* de esta clase (excepto en la medida en que esa actividad viene implicada por la posición de la clase en las relaciones de producción, lo cual no es indispensable: véase el caso de los señores feudales, por ejemplo): relación de equivalencia entre individuos, resultante de la equivalencia de su situación en las relaciones de producción, que son «independientes de su voluntad» —no de su voluntad de *individuos*, sino de su voluntad de *clase*, ya que están determinadas por el estado de desarrollo de las fuerzas productivas. No sólo no se necesita ninguna referencia a los modos de actividad de estos individuos excepto (llegado el caso) el modo productivo, para comprender su posición de clase; además todos esos modos son, en teoría, rigurosamente deducibles de esta posición (familia, costumbres, organización política, ideología de la burguesía están determinados por el lugar que ocupa ésta en las relaciones de producción).

Al mismo tiempo, sin embargo, las clases, o más exactamente *ciertas* clases con «papel histórico», como la bur-

10. V. MTR II, *loc. cit.*

güesía y el proletariado," son consideradas esencialmente en función de su actividad de transformación de la situación que encuentran al llegar a la escena de la historia. Verdad es que esto está vinculado a aquello, e incluso, en una versión canónica, el segundo aspecto ha de estar rigurosa e íntegramente subordinado al primero (como señalan innumerables pasajes de Marx, empezando por el de *La Sagrada Familia* citado al principio de este texto). Pero esto no es suficiente, y los análisis históricos de Marx nos obligan a ir más lejos. La burguesía, por ejemplo, que tantas fórmulas lapidarias presentan como simple resultado pasivo de una etapa del desarrollo técnico, de hecho no existe históricamente, en las descripciones concretas de Marx, más que en la medida en que se hace cargo de este desarrollo con verdadero furor, lo prosigue y lo amplifica incansablemente, subordina a él todo lo demás, destruye todos los obstáculos que se oponen a él hasta «profanar lo que era sagrado», se desencadena y no para hasta que todo no haya sido cuantificado, reificado, calculado, racionalizado (para Marx, sin comillas), toda la Tierra sometida a una explotación desenfrenada, todos los aspectos de la vida de los hombres sometidos a las exigencias de la acumulación del capital. Hay pues que admitir que la propia burguesía crea activamente, al menos en parte, las relaciones de producción que la determinarían como burguesía. Volviendo al propio objeto, se puede constatar que el «nacimiento» de la burguesía, la formación de los primeros núcleos de artesanos y de comerciantes, no corresponde a ningún cambio tecnológico importante y que pueda ser localizado, sino a un nuevo despliegue de la división social del trabajo respecto a la fase feudal propiamente dicha, a una separación y a un desarrollo de funciones hasta entonces reabsorbidas en el dominio feudal o atrofiadas por el simple hecho de su existencia — en una palabra, que la institución del burgo condicionó una nueva evolución tecnológica acelerada,

11. Del mismo modo que en el sistema hegeliano hay un problema de los pueblos no «históricos» y un forzoso silencio al respecto, en el sistema marxista hay un problema de las clases a las que no se puede asignar un «papel histórico» cualquiera, y un forzoso silencio al respecto.

más bien que a la inversa. Volviendo a Marx, podemos comprobar que nada de lo que dice sobre el nacimiento de la burguesía, cuando habla concretamente de ello, se refiere a cambios tecnológicos, sino a lo que hacen y a la manera cómo se organizan «los siervos evadidos del dominio feudal». Al releer su descripción de otro momento decisivo de la historia de la burguesía, la «acumulación originaria», se constata que la condición esencial del paso al capitalismo, la «liberación» de una gran cantidad de fuerza de trabajo que se vuelve disponible para la contratación en la industria, la «creación violenta de un proletariado sin casa ni hogar», resulta esencialmente de un proceso exterior al desarrollo técnico, exterior incluso a la burguesía propiamente dicha, que «sólo crea directamente grandes terratenientes»; que «la burguesía, que va ascendiendo, pero que aun no ha triunfado del todo, necesita y emplea todavía el poder del Estado» (que se convierte así en instrumento de una clase todavía no dominante); y que la burguesía, por último, cuando se vale «del poder del Estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar a pasos agigantados el proceso de transformación del régimen feudal de producción en el régimen capitalista y acortar los intervalos», es un agente social-histórico cuya acción excede en mucho los marcos trazados por la posición que ya ha adquirido en las relaciones de producción (que hubiera debido obligarla a contentarse con una acumulación «a paso de tortuga»), y trabaja por el advenimiento de nuevas relaciones de producción cuya realización la convertirá por fin en una verdadera burguesía capitalista (aunque esto no impide a Marx el volver a tomar, en esta misma sección séptima del Libro primero del *Capital* del que se han sacado las anteriores citas, el pasaje del *Manifesto comunista* que convierte a la burguesía en «el agente ciego y pasivo» del progreso de la industria).

Esta descripción de la acumulación originaria presenta, pues, a la vez un *deficit* y un *exceso* respecto a toda teorización que pretenda reducir el nacimiento del capitalismo a la reunión de un conjunto canónico de condiciones necesarias y suficientes *intrínsecas* al estado de las fuerzas productivas. Deficit, ya que la creación de un proletariado sin casa ni hogar, condición necesaria para el

paso al capitalismo industrial, es el resultado de un proceso exterior al modo de producción burgués de la época: con respecto a la lógica «inmanente» de éste, es «extrínseca» y accidental. De ello se deduce que la eficacia histórica de este modo, y *a fortiori* de la clase que le corresponde, está limitada por la necesaria concurrencia de otro factor social-histórico, heterogéneo a él. Pero también y sobre todo, exceso, ya que la simple existencia de una burguesía (que quizás habría continuado acumulando «a paso de tortuga») no basta, es preciso que esta categoría social adopte una conducta efectiva y se entregue a una actividad que rebasa con mucho las que le impondría su posición en las relaciones de producción ya dadas, conducta y actividad motivadas por el «objetivo» de un estado de estas relaciones desconocido e inimaginable antes. Ahora bien, precisamente mediante este exceso, mediante esa actividad que emprende «por añadidura», la burguesía *se hace* finalmente burguesía en su pleno sentido, y al superar el papel que corresponde estrictamente a la situación ya adquirida se alza a la altura de su «papel histórico»; si se desarrolla, y desarrolla las fuerzas productivas, es porque está verdaderamente *poseída* por la «idea» de su desarrollo ilimitado, «idea» (en mi terminología: significación imaginaria) que a todas luces no es ni percepción de algo real ni deducción racional. Lo que Monsieur Jourdain habla sin saberlo no es la traducción en prosa de un conjunto de significaciones ya inscrito en la «infraestructura»; o mejor dicho, mientras sólo sepa utilizar esa prosa, seguirá siendo Monsieur Jourdain. Se convertirá en capitalista cuando se ponga a utilizar el lenguaje de una cruel epopeya, de una monstruosa cosmogonía en la que la expansión ilimitada de esta «infraestructura» por sí misma se convertirá, por primera vez en la historia, en algo intelectualmente concebible, psíquicamente cargado, ideológicamente valorizado, sociológicamente posible, históricamente real.

Las descripciones de Marx, por tanto, no presentan la actividad de la burguesía como completamente determinada por el estado de las fuerzas productivas *tal como es*, sino como incompletamente determinante de este estado *tal como será* por medio de ella. La burguesía *se hace*

como burguesía en tanto que su *hacer* transforma la situación social-histórica en la que se encuentra al principio, incluyendo no sólo las relaciones de producción y las fuerzas productivas, sino el *modo de existencia social* de estas fuerzas productivas, el *modo de temporalidad histórica* consubstancial a su continuo cambio, e incluso su *definición* misma. Este hacer sólo puede comprenderse en su unidad refiriéndolo a ese «objetivo», a esa «idea», a esa significación imaginaria del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas. (Que ésta sea no consciente en no escasa medida, y en la medida en que es consciente permanezca envuelta en una ideología que presenta este desarrollo como medio para lograr otros fines, la felicidad y el *bien vivir* de la humanidad, es algo que evidentemente no cambia nada al respecto.) Hacer que sin duda está arraigado en la situación efectiva previa de la burguesía; pero que si no la superase, no produciría otra cosa que la repetición, o todo lo más una lenta modificación de esa situación, y no el cambio histórico que conduce al capitalismo. Esto podemos verlo en los múltiples casos en los que la burguesía, por algún tiempo, por un largo tiempo o para siempre, no llega a asumir su «papel histórico».¹²

Hay que ver también lo que pesa la metáfora del «papel histórico», que evidentemente no es neutra. ¿Existe alguna obra que asigne semejante papel a esta capa social? ¿Y quién es su autor? ¿O estamos más bien ante una *Commedia dell'Arte*? Pero ¿qué tradición ha fijado sus personajes y la trama de su intriga? ¿O esta noche realmente se improvisa, sin texto, sin intriga, sin personajes definidos de antemano? La oposición frontal entre

12. Que siempre se puedan dar explicaciones de este «fallo» invocando otros factores históricos no cambia para nada la cuestión. Además de que estas «explicaciones» siempre son especiosas, se reducen, en los casos menos triviales (en la teoría de la «revolución permanente» de Trotsky, por ejemplo), a señalar la importancia de factores que han inhibido u obstaculizado el desarrollo de la actividad de la burguesía —luego reconocen implícitamente que esta actividad (que no ha sido obstaculizada en los casos «favorables») no es ni reflejo ni expresión trivial y obligada de la situación social histórica, sino agente de transformación de ésta.

dos concepciones irreconciliables, evocada más arriba, llega a ser aquí totalmente manifiesta. O bien hablar de un «papel histórico» es una pura forma retórica, tautológica y vacía, que simplemente significa que el mundo como tal aparece al observador *ex post* no sería lo que es si los acontecimientos anteriores no hubiesen sido lo que han sido y las diferentes capas sociales no hubiesen hecho lo que han hecho. O bien —y esto es evidentemente lo que Marx quiere hacernos comprender— la expresión tiene un sentido no trivial, afirma que el desarrollo histórico se realiza según un orden cuya significación posee el que habla, que todos los acontecimientos y actividades de las capas sociales tienen una función en la realización de un resultado o de un fin que los rebasa pero que, en teoría, está dada desde siempre; y en este caso, tanto la imagen (que por lo demás ya no lo es) como la metafísica que la sostiene son inaceptables.

Pero si observamos más atentamente, veremos el carácter necesario de la antinomia, y del movimiento por el que Marx la zanja en favor de uno de sus términos. El ser social-histórico de la burguesía se le aparece claramente, en parte, como lo que es: el de una capa social que reacciona ante su situación de una manera que excede a los elementos dados de ésta y que se define esencialmente por la actividad de transformación que empuende. De las «ciudades libres» a Manchester; del reloj a la máquina de vapor; de la *kermesse* flamenca a las costumbres victorianas; del monopolio corporativo a la religión del liberalismo; de la Reforma al libre pensamiento; de la invocación de la antigüedad a la pretendida tabla rasa del siglo XVII y de ahí a una nueva invención de la antigüedad; a través, a pesar y más allá de la variedad y la oposición de las condiciones en que la burguesía se encuentra y de las expresiones que da de su actividad —sus actos, sus comportamientos, los tipos y las formas de su organización, sus valores, sus ideas, pero sobre todo los *efectos* de su hacer, a lo largo de varios siglos y en un gran número de países, componen finalmente una figura social-histórica *una*. Pero semejante ser, y semejante unidad, no poseen estrictamente ningún estatuto en los marcos del pensamiento que Marx cono-

ce y al que pertenece; son menos que nubes, acumulación de incoherencias y desatíos absurdos a la unidad conceptual, por «dialéctica» que ésta sea. La unidad de este ser, evidentemente, no puede venir conferida por la identidad de los individuos que lo componen; como tampoco por la similitud de las «condiciones objetivas» en la que se encuentran situados, puesto que éstas varían considerablemente en el tiempo y en el espacio; pero tampoco por las relaciones de producción efectivas, puesto que a este respecto no se pueden analizar artesanos y mercaderes del siglo XIII, grandes banqueros del siglo XVI y dueños de fábricas del siglo XIX; y esto muestra además que no se puede hablar de esta unidad como unidad de una *forma*. Si existe, sólo puede concebirse a partir de la similitud de los *resultados* de esta actividad, con la condición, por supuesto, de no ver en ellos resultados «materiales» (aún infinitamente variables), sino de buscar en ellos *significaciones* similares. Estos resultados muestran en la burguesía una claridad que tiende a unificar el mundo sobre una «base burguesa», es decir, que elimina despidadamente todas las formas anteriores de existencia social para crear una organización regida por el solo imperativo del desarrollo limitado de las fuerzas productivas. Eso es tanto como decir que la unidad de la burguesía le es conferida por la unidad de su hacer, a su vez definida por la unidad del objetivo histórico que llega a realizar. Pero ¿qué puede significar la unidad de un objetivo que sería común a los artesanos de Cataluña, a los armadores hanseáticos, a los Fugger, a los algodoneros de Manches-ter y a los banqueros de la Restauración? ¿Cómo definir el contenido de este objetivo, que no es más que algo indefinible: la continua transformación capitalista del mundo?, ¿qué es, sobre todo, un objetivo sin sujeto del objetivo sino en el peor de los casos una absurdidad, y en el mejor una prosopopeya, un abuso de lenguaje? Estamos en plena fabulación, la tierra sólida del pensamiento se hunde bajo nuestros pies, y es preciso que volvamos a encontrarla cueste lo que cueste.

Hay pues que dar consistencia ontológica y conceptual al ser de la burguesía, y ello implica un cierto número de operaciones que, como siempre, acaban por re-

ducirle a las categorías de objetos, a los tipos de ser ya conocidos y explorados en otros campos. El objeto considerado no puede seguir siendo algo singular, ni puede ser definido como simple suma de diferencias específicas, es preciso un *genus proximum* al que pertenezca. Por tanto, es preciso construir una clase de las clases, un concepto que se refiera a una pluralidad de objetos como la burguesía, objetos que han de poder ser identificados entre sí, e identificados sin más, por sus características esenciales. Burgueses, señores feudales, patricios romanos y mandarines chinos han de ser esencialmente análogos y comparables, y pensables bajo el concepto y mediante la esencia de la clase como tal¹³. Esencia que, a su vez, ha de ser pensable en referencia a otras esencias asignables o a sus colecciones y reuniones, y finalmente por reducción a las esencias primeras: las cosas y los sujetos (las ideas no se tienen realmente en cuenta, puesto que Marx ha decidido que no hacen más que repetir, bien que mal, lo real —al igual que Platón había decidido que lo real no hace más que repetir, más bien mal que bien, las ideas). La clase es pues definida en función de las relaciones de producción, que son, en última instancia, «relaciones entre personas mediadas por cosas». La estructura de la relación ontológica esencia-manifestación garantiza que el conocimiento de la esencia permite conocer sus manifestaciones, ya que la esencia sólo produce esencialmente las manifestaciones propias a ella y, a la inversa, las manifestaciones no determinadas esencialmente son, por definición, accidentales. Decir que las manifestaciones están determinadas por la esencia significa evidentemente que los fenómenos obedecen a leyes; luego, al producir las mismas causas los mismos efectos en virtud del principio de identidad, conocemos, en teoría, y exceptuando lo debido a las imperfecciones de nuestra información y de nuestra capacidad analítica, «lo que es, lo que será y lo que an-

13. Es evidente que de lo que se trata aquí es de mostrar cuáles son las necesidades lógicas que rigen la construcción del concepto de clase en Marx y en el marco de su sistema, y no la génesis histórica efectiva del concepto de clase que, como sabemos, es muy anterior a Marx.

taño fue»; si Zeus ha sido ridiculizado por el pararrayos y Hermes por el Crédito mobiliario, ¿por qué no podría serlo Calcas por nuestro saber? El «ser» de la clase la «obliga históricamente» a hacer lo que debe hacer; conociendo este «ser», conocemos la acción de las clases en la historia, y nos resguardamos tanto de las sorpresas reales como de las sorpresas filosóficas, incomparablemente más graves. Falta por integrar esta serie de objetos en el Todo (que es Uno, y en cuyo seno cada objeto tiene su sitio o su función): éste será el papel del «papel histórico», la función de la «función de la clase». Este objeto recibe así su dignidad final, su existencia está bien amarrada por los dos lados a la totalidad de los existentes: tiene sus causas necesarias y suficientes en lo que ya ha sido, su causa final en lo que ha de ser, concuerda tanto con la lógica que domina los efectos de las cosas como con la que gobierna los actos de los sujetos. Se ha construido pues un bello concepto de la clase —*constructum* ficticio, que logra la notable hazaña de imputar a todas las demás clases históricas características de la burguesía que no poseen, y de quitar a ésta lo que ha formado su ser y su unidad. Lukács consideraba como una desgracia para el movimiento obrero que Marx no hubiese escrito el capítulo sobre las clases que debía concluir *El Capital*; quizás debería preguntarse si hubiera podido escribirlo.

*
* *

En realidad, no podemos comprender el ser de la burguesía más que refiriéndolo a su *hacer*, a su actividad social-histórica. Lo propio de ésta no es garantizar el tranquilo funcionamiento de relaciones de producción dadas y bien asentadas, sino efectuar, sabiéndolo o no, queriéndolo o no, una transformación histórica sin precedentes, empezada hace varios siglos y todavía no terminada. El ser de la burguesía sólo puede aprehenderse refiriéndolo a *lo que adviene* mediante su hacer. Ahora bien, *lo que adviene* en y mediante ese hacer, y su re-

preciso poder sostener que ellas confieren a la burguesía su unidad (o, si se prefiere, que la expresan). Ahora bien, esto es falso, ningún malabarismo con las «relaciones de producción» permitiría considerar como unitarias bajo la égida de este término las características de la situación de los artesanos y de los mercaderes del siglo XIII, de los fabricantes del siglo XVIII y de los directores de las firmas multinacionales del siglo XX. Desde luego, las capas que acabamos de nombrar pueden ser localizadas o reconocidas como tales gracias a ciertas características relacionadas con la producción (o con la economía); pero esto no es una identidad (o similitud) de situación dentro de las relaciones de producción; es una similitud en cuanto a la *relación* de todas estas capas con la producción. Identificar o reconocer a los unitarios como tales por su grado presupone simplemente que todos ellos tienen una relación con el ejercicio, no que tienen la *misma* posición en el ejercicio. Ahora bien, esta relación con la producción (y con la economía) es la propia burguesía quien la crea. Las sucesivas capas cuyo hacer engendra finalmente el mundo capitalista pueden ser localizadas o identificadas en función de su relación con la producción; pero esto forma parte, precisamente, de lo que la burguesía introduce en nuestro mundo. No puedo reconocer como tales las castas hindúes, las «clases» de la antigüedad, los «estados» feudales refiriéndose a su situación en las relaciones de producción (un ciudadano ateniense o romano no es necesariamente, ni ciudadano ateniense o romano en las relaciones de producción válidas para todas las formaciones sociales históricas refiriéndolo a las relaciones de producción, equivale a afirmar que el tipo de relación que, con estas relaciones, mantienen las otras «clases» en la historia es esencialmente idéntico al que mantiene la burguesía—lo cual es pura y simplemente falso, puesto que la burguesía es la «clase» por la que la relación con la produc-

lación con eso en y mediante lo cual adviene, es preciso que lleguemos a verlos en su ser propio, como «objeto» y como «relación» absolutamente originales e irreductibles, sin precedente, análogo o modelo en otra parte, que no «pertenece» a un «tipo» de objeto o de relación ya dado o construido, sino que hacen emerger un «tipo» del que son ejemplares únicos, no sometidos (sino formal y vaciamente) a las determinaciones de lo universal y de lo singular, haciendo aparecer sus propias condiciones de inteligibilidad, sin recibir las de otra cosa. En efecto, aquí no hay ni «fin» perseguido y querido por uno o varios sujetos (aunque el momento parcial del fin intervenga constantemente en las actividades conscientes implicadas), ni «resultado» definido de un conjunto de causas asignables (aunque estén casi por todas partes presentes «relaciones causales» y «motivaciones»), ni producción «dialéctica» de una totalidad de significaciones (aunque a todos los niveles emerjan continuamente significaciones, que remiten unas a otras).

Lo que adviene mediante el hacer de la burguesía es un nuevo mundo social-histórico en devenir, siendo este mundo, este devenir y el modo mismo de este devenir una creación de la burguesía por la que ésta se crea como burguesía: eso que se presenta ahora ante nosotros como mundo capitalista burocrático contemporáneo, con todos los hilos del pasado que a él conducen y en el se anudan (otros se rompieron por el camino), y todos los hilos todavía «irreales» que parten de él (algunos pueden ser ya señalados, otros no), que se tejerán en este futuro que así los modificará y les añadirá otros, al mismo tiempo que continuará modificando retroactivamente en su realidad, es decir, en su sentido, el pasado pretendidamente «ya establecido». Este hacer, sin duda, lo refireremos a grupos de hombres colocados cada vez en situaciones similares, y en particular a una capa social, o más exactamente a una serie de capas sociales. Pero estas situaciones, o las «características objetivas» que les corresponden, aquí sólo son elementos o puntos de referencia o localización y no se unifican en un concepto. Para convertir a estas características, que permiten localizar la serie de capas sociales de las que hablamos, en un concepto (cuya comprensión ellas integrarían), sería

ción adviene en la historia como relación fundamental, la «clase» cuyo quehacer es la producción (*the business of the United States is business*), la «clase» que se define ella misma como esencialmente preocupada y centrada en la producción— lo que ciertamente no es el caso de los señores feudales, de los antiguos ciudadanos o de los déspotas asiáticos y de su «burocracia» —y que en los actos define a los hombres y sus relaciones— luego, la realidad social, luego, la realidad a secas, prácticamente sin residuo alguno —en función de la producción. Entre las numerosas consecuencias de esto, está el que Marx, sumergido en la sociedad burguesa, no pueda ver el conjunto de la historia pasada más que a partir de este punto de vista, el de la producción como quehacer central y determinante de la sociedad. De nada serviría echar mano aquí, como de hecho hace Marx, del conocido tema hegeliano, y decir que esta relación con la producción siempre fue fundamental, siendo la única innovación de la burguesía el haberla explicitado. Lo propio —y, en opinión de Marx, el «privilegio»— de la era capitalista es precisamente el desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y la destrucción de cualquier otro interés, medida, valor, en la vida social; lo que es efectivamente imposible sin una transformación radical de la relación de la «clase» considerada (y de todas las demás) con la producción y con las otras esferas de la vida social, transformación que hace del *Acumulad... la «gran panacea»*. Aun admitiendo la dominación de otras clases en la historia se haya impuesto como resultado de un *estado* de las fuerzas productivas (lo cual es falso), resulta evidente que la burguesía se ha impuesto *al imponer el desarrollo* de estas fuerzas a toda la sociedad. Añadamos que esto, en su situación «objetiva» de un principio, nada *obliga* a la burguesía a hacerlo¹⁴.

14. La «competencia», de hecho, fue creada e impuesta por la burguesía en una etapa muy tardía de su desarrollo; la burguesía nace y crece en un medio que no tiene nada de competitivo, difícilmente hubiese podido nacer de otro modo, y de hecho, desde los orígenes de la burguesía hasta ahora la verdadera competencia económica sólo ha prevalecido excepcionalmente, fragmentariamente y en breves intervalos.

Lo cual quiere decir que el *hacer* y *hacerse* de la burguesía sólo es comprensible refiriéndolo a las significaciones imaginarias que le habitan, que encarna y «realiza, y que són, en él, legibles. En este sentido, altos funcionarios de la monarquía absoluta o incluso monarcas, nobles y terratenientes, reformadores religiosos, ideólogos y científicos pueden «pertener» y han «pertenecido» a la burguesía tanto, y a menudo mucho más, que masas enteras de comerciantes o de pequeños patronos. La transformación social-histórica burguesa no es *posible* en sí misma y *comprensible* para nosotros más que en relación con el magma de significaciones sociales imaginarias que la burguesía engendra y que la convierten en la burguesía. Viene a ser en efecto lo siguiente: que en toda un área geográfica y durante todo un período, el hacer de los hombres vuelve posibles cosas hasta entonces imposibles (socialmente) y lógicas cosas antes absurdas e incomprensibles, se provee de nuevos medios orientados hacia fines privados de sentido según los criterios anteriormente admitidos, inventa nuevas articulaciones sociales en las que se organiza y mitos e ideas explícitas mediante los cuales se orienta, se piensa y se justifica. Ahora bien, este hacer no es lo que es en tanto que desplazamiento de moléculas en un pretendido universo físico absoluto; es lo que es mediante todo lo que no «es», mediante sus relaciones ilimitadas y en parte indefinibles con objetos, pero también con los actos de otros individuos, y más todavía, con la actividad colectiva y anónima en la que está constantemente inmerso, con los fines explícitos que se propone pero también y sobre todo con la cadena interminable de sus efectos que nunca domina, con lo que, en el contexto social dado, lo hace lógico o absurdo, eficaz o vano, loable o criminal. Es lo que es mediante todas las *referencias* a lo que no es: es lo que es por su *significación*. Marx decía que una máquina no es, en sí misma, ca-

La competencia siempre ha sido simplemente un arma de la burguesía más fuerte contra la burguesía más débil; desde las corporaciones y Colbert a Giscard d'Estaing y a las comisiones del Senado americano, siempre fue sólo buena para los otros.

esta terminada— sostiene y unifica la innumerable multitud de instituciones secundarias, de instituciones en el sentido corriente de la palabra, en y por las que se instrumenta: de la empresa capitalista al ejército de Lazare Carnot, del «estado de derecho» a la ciencia occidental, del sistema de educación al arte para Museos, del juez como *Paragraphen-automat* al taylorismo. Sólo en referencia a ella pueden comprenderse, en su especificidad histórica, tanto el modo del instituir como el contenido de las significaciones instituidas y la organización concreta de las instituciones particulares de la era capitalista.

Esta institución es *creación*: ningún análisis causal podría «predecirla» a partir del estado precedente; ninguna serie de operaciones lógicas podría producir a partir de conceptos. Evidentemente, surge en una situación dada, y toma una innumerable cantidad de creaciones del pasado todavía vivas, permaneciendo durante largo tiempo dominada por algunas de ellas. Pero a medida que el hacer instituyente de la burguesía progresa, el sentido de lo que del pasado se conservaba al principio se transforma, gradualmente o a tirones, ya sea de manera «catastrófica» (así el cristianismo con la Reforma), ya sea insensiblemente, por su inserción en una nueva red de relaciones y en una nueva realidad. El más sorprendente ejemplo del segundo caso es el destino de la «razón», devenida «racionalidad», devenida «racionalización»¹⁵ a lo largo de un movimiento del que forma parte Leibniz en igual medida que Arkwright y Georg Cantor en igual medida que Henry Ford. *Cum homo calculat, fiat I.B.M.* Destino que sólo podrá comprenderse cuando la «racionalidad» de los tiempos modernos sea pensada en conjunción con la significación imaginaria central que la burguesía, en y por su hacer, aporta e impone al mundo: el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas. Ahora bien, esta significación es totalmente nueva; sin duda alguna, acumuladores de riqueza y atesadores han existido desde tiempos inmemoriales, y sabemos que

15. Que esta «racionalización» no lo es, es algo que he intentado demostrar en otro lugar; v. en particular CS I, II v III y MTR V.

pital, como el oro no es en sí mismo moneda. Una máquina sólo es capital por su inserción en una red de relaciones sociales y económicas *capitalistas*. Esta es la significación-capital de la máquina, que puede perder (o adquirir) en función de hechos sin relación alguna con sus propiedades físicas y técnicas de máquina. Lo mismo que un gesto, o una serie de gestos, nunca es en sí mismo trabajo. Estas significaciones no forman ni un «conjunto», ni una «jerarquía», no obedecen a las relaciones lógicas habituales (pertenencia o inclusión, relaciones de orden u otras); la única relación que manifiestan siempre es la simple relación transitiva, la *referencia*. Por esta razón, y porque uno no puede tratar las como «elementos distintos y definidos», las llamo un *magma*. Esto ya indica que no se trata de significaciones racionales (en cuyo caso tendrían que poder ser construidas mediante operaciones lógicas y manifestar relaciones en las que podría tratarse de lo verdadero y lo no-verdadero, lo que carece de sentido: la relación *stervo-senor* es lo que es, no puede ser ni «fundamentada», ni «retutada»). Tampoco se trata de significaciones de «lo real», de representaciones abstractas de lo que es, representado, es precisamente mediante ellas, e incluso finalmente, si una cosa cualquiera es socialmente, es mediante ellas.

Lo cual quiere decir, por último, que el hacer de la burguesía engendra una nueva definición de la *realidad*, de lo que *cuenta* y de lo que no *cuenta*— luego, no existe— (poco más o menos: lo que puede ser contado y lo que no puede entrar en los libros de cuentas); *of what does matter and what does not*, como tan bien lo dice el inglés, de lo que *materia* y de lo que *no materia*. Nueva definición inscrita no en los libros, sino en el actuar de los hombres, sus relaciones, su organización, su percepción de lo que es, su afirmación y búsqueda de lo que vale— y también por supuesto, en la materialidad de los objetos que producen, utilizan y consumen. Este hacer es, pues, *institución* de una nueva realidad, de un nuevo mundo y de un nuevo modo de existencia social-histórico. Esta institución— a su vez va desenvolviéndose durante varios siglos, y todavía no

Aristóteles conocía la *crematística* ilimitada, la adquisición por la adquisición, y la crítica en tanto que corrupción de lo económico. Pero sabemos igualmente que de lo que se trata con la burguesía no es de la adquisición ilimitada en general; sino de una adquisición que debe (y puede) realizarse no como extracción de una mayor parte de un total constante, sino como desarrollo y expansión regulares, que resulta imposible sin la continua transformación de las fuerzas productivas ya adquiridas y del modo en que producen valores, que no acepta ningún límite social exterior, que no puede seguir siendo actividad particular de alguno o de algunos sino que ha de convertirse en transformación y cambio de todas las esferas de la vida social sometiéndolas a la «lógica» de la expansión ilimitada de la producción —y por supuesto, transformación y cambio continuos de los instrumentos, de los objetos y de la organización de la propia producción. Todo eso no repite, ni generaliza, ni particulariza situaciones históricas anteriores, como tampoco se deja deducir o «producir» a partir de éstas, ni ha podido ser anticipado o imaginado por un poeta o filósofo de antaño.

El hacer de la burguesía es creación imaginaria visible como institución del capitalismo.

De este objeto histórico que es la burguesía, por tanto, no aprendemos *nada* al subsumirlo en un universal, el pretendido concepto de «clase». Semejante subordinación o bien es formal y vacía (siendo el «concepto» tan sólo una reunión de puntos de referencia o localización) o bien es falaz (por la identificación de objetos no identificables); siendo tanto más falaz cuanto que el concepto marxiano de clase no es más que la abstracción de ciertos aspectos de una realidad que la propia burguesía ha creado históricamente por vez primera. Pensar la burguesía como «clase» en el sentido de Marx o bien es no pensar nada, o bien es encontrar de nuevo, disfrazado de universal, lo que ya (y en parte mal) había sido extraído de ese objeto, y que de hecho corresponde a sus *singularidades*.

*
* *
*

Consideremos, por fin, nuestra verdadera cuestión, siendo todo lo anterior nada más que una preparación para su examen. ¿Qué es la clase obrera, el movimiento obrero, su historia? ¿Qué relación existe entre los «luddistas», los *canuts*, los obreros de Poznan y de Budapest en 1956, la forma de la huelga general, la institución sindical, la F.A.I., los *wobblies*, Marx, Bakunin, las huelgas salvajes? ¿Qué es lo que desde hace siglos —desde los movimientos populares de las ciudades italianas y flamencas de principios del Renacimiento— *se hace* como clase obrera y como movimiento obrero? ¿En qué sentido se puede hablar, de un modo distinto al descriptivo y nominal, de *una* clase obrera, de *un* movimiento obrero?

Dos consideraciones esenciales nos vuelven todavía más compleja la situación teórica.

La primera consiste en que *para nosotros* la clase obrera (como por lo demás, aunque de un modo diferente, el capitalismo o la burocracia contemporánea) no es simplemente un «objeto histórico», como Roma, el imperio inca o la música romántica. La cuestión de la clase obrera y del movimiento obrero coincide ampliamente (en todo caso, ha coincidido durante largo tiempo) con la cuestión de la crisis de la sociedad en que vivimos y de la lucha que en ella se desarrolla, con la cuestión de su transformación, en una palabra, con la cuestión política contemporánea. Nuestro problema, por tanto, no es simplemente el problema epistemológico o filosófico concerniente a la unidad y el modo de ser de ese «objeto». No podemos en modo alguno separar la cuestión: ¿qué es el proletariado?, de la cuestión: ¿qué es la política en la actualidad? Pues ésta, para nosotros, sólo es pensable dentro de la perspectiva de una transformación radical de la sociedad; y el proyecto de esa transformación históricamente se ha manifestado, articulado, formulado en y por la historia del movimiento obrero.

La segunda es que esta ligazón, como sabemos, fue realizada precisamente, y en un sentido muy determinado, por el marxismo, que no sólo pretende estar en posesión de la respuesta a la cuestión —¿qué es una clase y qué es el proletariado?— sino que también asig-

de la historia del proletariado, de la historia del movimiento obrero.

Pero ¿cómo sabemos que ese paso *ha de* efectuarse, o al menos que el proletariado contiene su posibilidad efectiva? Dicho de otro modo, ¿qué podemos decir, en el interior de la concepción marxista, de la *historia* del movimiento obrero? Resulta sorprendente constatar que fuera de esta posesión *a priori* de su sentido, no podemos decir *nada* de ella. (Evidentemente, no estoy hablando de la descripción y del análisis de los acontecimientos.) La «situación objetiva» del proletariado es la de una clase explotada y oprimida; como tal, puede luchar, y lucha efectivamente, contra su explotación y su opresión (hay que señalar, por cierto, que no era en modo alguno necesario *a priori* que esta lucha adquiriera las dimensiones, la potencia y los contenidos que ha tenido; una clase explotada puede permanecer en el estadio de las revueltas pasajeras e impotentes, puede inventar una nueva religión, etc.). Pero ¿por qué esta lucha ha de transformarse necesariamente de lucha «intermediaria» en lucha «histórica»? ¿Por qué ha de rebasar los marcos de la sociedad existente y conducir a la construcción de una nueva sociedad —y *qué* nueva sociedad? En una palabra: ¿por qué el proletariado, por su situación, es, o ha de llegar a ser, clase revolucionaria, y de qué revolución se trata?

En vano se buscará una respuesta a estas cuestiones en la idea de una dinámica (o más bien mecánica) «objetiva» de las contradicciones y del hundimiento del capitalismo. Además de que esa dinámica es una pura ficción, nada garantiza de antemano que un «hundimiento» del capitalismo vendrá seguido automáticamente por la aparición de una sociedad sin clases (podría muy bien llevar consigo «la destrucción de las dos clases en lucha», por tomar una frase de Marx); no se puede concebir esta aparición sin la mediación de la acción de los hombres, aquí pues la del proletariado, y nos vemos conducidos a la cuestión precedente.

En vano se invocará también los efectos del proceso de acumulación del capital, por los que «crecen la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación, pero también la resistencia de la clase obrera,

na a éste la transformación de la sociedad como su misión histórica y así pretende dar una respuesta definitiva a la cuestión de la política en general, no siendo ésta en lo sucesivo más que la actividad que prepara y realiza la acción del proletariado al poder y, con ello, la construcción de una sociedad comunista. En otras palabras: la política (revolucionaria) en la actualidad es lo que expresa y sirve a los intereses, inmediatos e históricos, del proletariado. Ahora bien, el propio marxismo ha ejercido una considerable influencia en el movimiento obrero —y de rechazo ha sufrido de él una no menos considerable; ambos casi han coincidido en algunos países y durante períodos no desdénables, sin que por ello puedan considerarse ni por un instante idénticos. Imposible hablar de ellos como si se tratase de una sola y misma cosa, imposible también hablar de uno sin hablar del otro, ignorar la concepción marxista sobre el proletariado o aceptar su pretensión de ser la concepción *del* proletariado, e incluso imposible rechazarla totalmente puesto que en cierto sentido y en parte, en algunos momentos, efectivamente lo ha sido.

Ante una situación tan intrincada, en la que el que habla esta múltiple y necesariamente implicado, no hay punto de vista que asegure la dominación del campo (si es que existió jamás), ni modo de exposición que se imponga claramente. Parece preferible, pues, empear por los puntos que pueden resultar más familiares al lector.

El proletariado, en la concepción de Marx, es una clase cuya situación está «objetivamente» definida por las relaciones de producción capitalistas en las que se encuentra —clase «en sí», como diría más tarde Trotsky. Al mismo tiempo es clase definida por su «papel», «función» o «misión» histórica: la supresión de la sociedad de clases y la construcción de una sociedad comunista; clase que, por tanto, se convertirá en clase «para sí» y se suprimirá al mismo tiempo como clase. Pero ¿cuál es la vinculación existente entre ambos términos y cómo debe efectuarse el paso de uno a otro —puesto que es evidente que ni en 1847 ni en 1973 el proletariado es «clase para sí»? Si ha de efectuarse ese paso, está claro que ese será el verdadero sentido

cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción» (*El Capital*, tomo I, cap. XXIV). Disciplina, unidad y organización ¿en vistas a qué, con qué objetivos que rebasen la lucha contra la miseria y la explotación? ¿Expropiación de los capitalistas para dejar lugar a qué organización de la producción y de la sociedad?

Que estas cuestiones, en el propio interior del marxismo, no son triviales ni están resueltas, lo muestra el hecho bien conocido de que marxistas como Kautsky y Lenin hayan concedido a ellas «negativamente»: si se considera su situación «objetiva», el proletariado, afirman, *no* es clase revolucionaria, sólo es reformista («tradeunionista»). La conciencia revolucionaria se introduce en el proletariado «desde fuera», por los ideólogos socialistas que, como tales, provienen de la burguesía. Antes de apresurarnos a condenar esta posición, habría que ver lo que en el marxismo se opone a ella y sobre todo lo que *podría* oponerse, y preguntarse si posición y oposición no comparten los mismos postulados y no se mueven en el mismo universo intelectual.

En efecto, difícilmente se puede poner en duda que a simple vista la aplastante mayoría de las manifestaciones *explícitas* de la lucha del proletariado han sido y siguen siendo «tradeunionistas» y «reformistas». Por algunas revoluciones o grandes movilizaciones políticas por siglo, se pueden contar decenas de millares de huelgas reivindicativas por año. Y, cualquiera que sea su contenido y su carácter, la participación de los obreros en los sindicatos (o en los partidos «reformistas») o el sostén concedido a éstos ha sido y sigue siendo incomparablemente mucho más masivo que su adhesión a organizaciones políticas que apelan a la revolución socialista. Se ha objetado a ello que, en numerosos casos, la clase obrera empezó por crear organizaciones políticas, que fueron el principio de la constitución de los sindicatos. Este argumento no vale nada, en la medida en que una vez creados, estos sindicatos y las reivindicaciones correlativas han absorbido casi siempre lo esencial del interés de la clase obrera: la tesis leninista no se refiere a la cronología, sino al *contenido esencial* de

las tendencias «espontáneas» de la clase obrera. Y fácilmente puede invertirse. ¿De dónde surgen estos partidos y estos militantes políticos? ¿Han sido engendrados por la mera espontaneidad obrera? Un leninista consecuente (poco importa, en efecto, si Lenin, como afirma Trotsky, abandonó posteriormente las posiciones del *¿Qué hacer?*) respondería que la refutación más bien confirma lo que él dice: por sí misma y «espontáneamente» la clase obrera no puede elevarse *a lo sumo* más que a una conciencia y a una actividad tradeunionista; a veces ni siquiera puede llegar a eso, y la intervención de organizaciones y de militantes políticos es necesaria para conseguirlo. Estas organizaciones y estos militantes son políticos (cualquiera que sea su origen social «empírico», y aunque sea íntegramente «obrero») en tanto que se definen explícitamente en función de una organización y una actividad permanentes, una búsqueda del poder, un programa de transformación socioeconómica, una concepción general de la sociedad, una ideología. Como tales, son y sólo pueden ser el producto de la cultura de la época —es decir, de la cultura burguesa. ¿De qué sirve invocar el papel de las organizaciones políticas en la constitución de los sindicatos alemanes, puesto que la creación de estas organizaciones ha venido marcada por la decisiva influencia de individuos como Marx, Lassalle y otros menos conocidos, detrás de los cuales ya se sabe que están el idealismo alemán y la economía política inglesa (y aunque añadiésemos el socialismo utópico francés, no parece fácil convertir a las obras de Saint-Simon y de Fourier en productos del proletariado)? En una palabra: sin teoría revolucionaria no hay política revolucionaria —y esta teoría no es el proletariado *como tal* quien la engendra.

¿Y qué se opone a esta concepción? Trotsky, en uno de sus últimos textos, escribía: «El socialismo científico es la expresión consciente... de la tendencia elemental e instintiva del proletariado a reconstruir la sociedad sobre bases comunistas»¹⁶. Hermosa frase que plantea más problemas de los que resuelve. ¿Cuál es el sentido y el

16. *In Defense of Marxism*, Pioneer Publ., New York, 1941, p. 104.

que la infalibilidad del mejor Comité Central; se debe aprobar su intención polémico-política, pero también hay que preguntarse por lo que son estos errores y esta infalibilidad (con o sin comillas, con o sin ironía). Si existe un socialismo científico, como siempre pensó Rosa, no hay estatuto para los «errores» de las masas (salvo, precisamente, el del error), sólo puede haber tolerancia pedagógica: el niño aprenderá mejor si encuentra la solución por sí solo, aunque se equivoque algunas veces en el camino; pero el camino existe y se conoce la solución. Sólo se puede hablar de proceso de ensayos y errores si se conoce eso con respecto a lo cual hay ensayo y error. No sucede de otro modo con Marx. «Las revoluciones proletarias... se critican a sí mismas consistentemente, vuelven a lo que ya parece que ha sido realizado para volver a empeararlo de nuevo, se burlan despiadadamente de las vacilaciones, las miserias y las debilidades de sus primeras tentativas... retroceden ante la infinita inmensidad de sus objetivos, hasta que... todo retorno atrás se hace imposible y las propias circunstancias gritan: *Hic Rhodus, hic salta*».

Pero estos objetivos inmensos, ante los que las revoluciones proletarias se echan atrás, no han hecho retroceder nuestro pensamiento que ya los conoce y que regularmente salta en su Rodas tédica. «Para el saber el objetivo está fijado tan necesariamente como la serie de la progresión», decía ya Hegel. En estas condiciones, la historia del proletariado sólo puede ser, en el mejor de los casos, una novela educativa, el relato de sus años de aprendizaje. En cuanto al contenido de este aprendizaje —y esta es la última paradoja—, ha de ser a la vez absolutamente definido (el materialismo histórico predice el modo de producción que ha de suceder al modo de producción capitalista) y absolutamente indefinido (no se preparan recetas para las marmitas socialistas del futuro; los bolcheviques llegaron al poder, en contra de lo que afirma la mitología comúnmente aceptada, *sin ningún programa de transformación social*, aplicaran medidas opuestas a las que proponían antes, siempre actuarán según las conveniencias del día, y lo que harán será severamente criticado por otros marxistas, como Rosa).

origen de esta «tendencia elemental (el término no se refiere evidentemente a lo «simple», sino al Agua, al Fuego, etc.) e instintiva»? ¿Provedría el proletariado de una mutación genética de la especie, que le habría provisto de nuevos instintos y tendencias? Sin que se llarse por las palabras ¿resulta excesivo preguntar en qué se apoya el «socialismo científico» para afirmarse *científicamente* expresión consciente de las tendencias elementales e instintivas de una categoría social? Y si estas tendencias emergen como respuesta a su situación en la sociedad capitalista ¿por qué exige ésta o induce esta respuesta, que finalmente debe conducir a la reconstrucción de la sociedad sobre bases comunistas? Por último: ¿quién y a partir de qué describe estas tendencias y reconoce en ellas lo «elemental» y lo «instintivo» cuya «expresión consciente» es su propio método *de descubrimiento*?

A falta de poder mostrar y reproducir su propio engendramiento a partir de la situación y de la actividad del proletariado —lo que a todas luces no puede hacer— esta concepción sigue estando en el mismo terreno que la concepción leninista, y manifiesta la misma anti-nomia. En ésta, los «intereses históricos» del proletariado no podían ser comprendidos ni formulados por el propio proletariado, sino por una teoría de origen burgés. En aquella, la «expresión consciente» de la «tendencia elemental e instintiva del proletariado» no ha escapado su trabajo para nacer armada de pies a cabeza. En ambos casos se manifiesta la misma actitud monstruosamente ahistorica: en cierto sentido, durante todo el periodo capitalista y las luchas obreras que lo distinguen, nada ocurre realmente. O bien el partido, ayudado por las circunstancias objetivas, consigue inculcar a los obreros las verdades socialistas a las que desde un principio su ciencia le había permitido llegar; o bien la «tendencia elemental e instintiva» llega por fin a alzarse al nivel de su «expresión consciente» que desde hacía tiempo la había precedido. No sucede diferentemente con Rosa. Se puede admirar la pasión y el impulso que animan su afirmación: «Los errores de un movimiento obrero realmente revolucionario son infinitamente más fecundos y más preciosos, desde el punto de vista histórico,

Ninguna de estas dos concepciones —y de modo general, ninguna concepción marxista— es capaz de pensar una *historia* del movimiento obrero; ésta ha de permanecer ininteligible para ellas según sus propios criterios de inteligibilidad, y esto está profundamente vinculado a las actitudes políticas correspondientes. Así, por ejemplo, en su vulgar realidad empírica, desde hace un siglo el proletariado ha apoyado, la mayoría de las veces, a organizaciones y «direcciones» ya reformistas, ya burocrático-totalitarias (estalinistas). Tanto si se es leninista, como trotskista o luxemburguista, ¿qué se puede decir de este hecho, fundamental en el juego de fuerzas que actúan en la sociedad moderna? Hablar, como tan a menudo se hace, de «errores» y de «traiciones» resulta simplemente irrisorio; a esta escala, errores y traiciones dejan de ser errores y traiciones. Está claro que las burocracias reformistas o estalinistas, al seguir su política, ni se «equivocan» ni «traicionan» a nadie, sino que actúan por su propia cuenta (y pueden «equivocarse» desde *su* punto de vista —lo cual es otra cosa). Reconociendo esto, puede presentarse entonces una interpretación sociológica de la burocracia obrera (interpretación que sigue sin ir muy lejos): capa que ha logrado crearse privilegios (bajo el capitalismo o en el «Estado obrero») que en lo sucesivo defiende, apoyada quizás por la «aristocracia obrera». Pero esto sólo concierne evidentemente a la propia burocracia (y a la «aristocracia obrera»), y la cuestión sigue siendo: ¿por qué el proletariado continua apoyando una política que sirve a intereses ajenos a los suyos? La única respuesta que se obtiene entonces es una frase sobre las «ilusiones reformistas del proletariado». El materialismo histórico se convierte así en un ilusionismo histórico y la historia de la humanidad en historia de las ilusiones de la clase revolucionaria. He aquí, en efecto, una clase destinada a efectuar el cambio más radical, el paso de la «prehistoria» a la verdadera «historia», a edificar «conscientemente», como dice Trotsky, el socialismo —pero que, desde hace más de un siglo, es víctima de tenaces ilusiones y manifiesta una sorprendente capacidad para creer en «direcciones» que la engañan, la traicionan, o en todo caso sirven a intereses hostiles a los suyos. ¿Y por qué tendría que

cambiar esto un día? Unica respuesta posible en este contexto: porque el hundimiento del capitalismo destruirá las bases objetivas de las ilusiones reformistas u otras del proletariado. De ahí proviene la inevitable paranoia de los «marxistas» contemporáneos, que cada trimestre les hace anunciar la «gran crisis» para el trimestre siguiente. ¿Y qué tenemos que hacer mientras esperamos? La lógica obligaría a responder: prácticamente nada. Pero la lógica tiene poco que ver con estos asuntos. Según sus propias concepciones teóricas Trotsky tendría que haber escrito en 1938: La crisis de la humanidad es la crisis de la *clase* revolucionaria. Fiel a su práctica, escribió: «La crisis de la humanidad es la crisis de la *dirección* revolucionaria». Estamos aquí ante la profunda duplicidad de todos los marxistas a este respecto: esta clase revolucionaria encargada de tareas sobrehumanas es, al mismo tiempo, profundamente *irresponsable*, no se le puede imputar lo que le ocurre y ni siquiera lo que hace, es *inocente* en los dos sentidos del término. El proletariado es el monarca constitucional de la Historia. La responsabilidad incumbe a sus ministros: a las antiguas direcciones, que se han equivocado o han traicionado —y a nosotros mismos, que una vez más tenemos que construir, contra viento y marea, la nueva dirección (ésta no se equivocará y no traicionará —damos palabra de ello), y nos hacemos cargo de la historia (y del inocente proletariado). De ahí proviene el inevitable «sustitucionismo» burocrático de estos mismos «marxistas».

Sólo podemos empezar a comprender algo del proletariado y de su historia si nos deshacemos de los esquemas ontológicos que dominan en el pensamiento heredado (y en su último brote, el marxismo), si consideramos en primer lugar las nuevas significaciones que emergen en y por la actividad de esta categoría social, en vez de hacerla entrar a la fuerza en cajas conceptuales que provienen de otras partes y están dadas de antemano. No tenemos que interpretar la actividad del proletariado en función de una finalidad inmanente, una «misión histórica», porque esa «misión» es un puro y simple mito; por el contrario —sin olvidar lo que por otra parte sabemos, pero también sin dejarnos obnubilar demasiado por ello, puesto que aquí tenemos que aprender *algo*

en la existencia de la sociedad capitalista, aunque sin duda de otro modo, puesto que nunca ha sido su objeto puramente pasivo). Podemos encontrar algunas implicaciones análogas en la historia de otras capas sociales, pero esos ejemplos no nos ayudan mucho. Pues no comprendemos nada de la historia moderna, si no vemos que en y por el hacer del proletariado se han creado a la vez instituciones (organizaciones: sindicatos, partidos) *originales* (que por lo demás serán *imitadas* por otras capas, incluida la propia burguesía) y una relación original de una categoría social con «sus» organizaciones —del mismo modo que se ha creado, en y por el hacer del proletariado, una *relación*, sin precedentes en la historia, de las que se encuentra.

Por último, del mismo modo que no podemos aceptar las separaciones entre la «situación objetiva» del proletariado, su «conciencia» y sus «actos» y su recomposición subsiguiente bajo la égida de la causalidad-finalidad, tampoco podemos conceder una importancia en sí al origen «proletario» o «burgués» de las ideas, y mucho menos aun podemos pensar en la existencia de una vinculación rigurosa y unívoca entre el origen y el carácter o la función de las ideas. Las ideas en la historia no son significaciones cerradas, bien distintas y bien definidas (suponiendo que tales significaciones existan en cualquier dominio); su asignación a un origen preciso sólo muy parcialmente nos alumbra sobre su contenido cuando continúan viviendo, son tomadas de nuevo en el hacer social-histórico que las enriquece, las empobrece, las transforma e incluso llega a interpretarlas de modo diametralmente opuestos. Si podemos delimitar las significaciones imaginarias aportadas por la burguesía, correlativas a la transformación social-histórica que efectúa, se debe precisamente a que no son simples «ideas», sino co-extensivas a un proceso histórico efectivo de varios siglos de antigüedad y que abarca a todo el planeta. El hacer del proletariado nace y se desarrolla en este terreno; toma necesariamente, para empezar, ideas «burguesas», mucho antes de que se hable de idealismo alemán o de economía política inglesa —puesto que ha de partir necesariamente de la *definición instituida de la*

nuevo — hemos de absorbernos en la consideración de la *realidad efectiva* del proletariado, preguntarnos en qué medida se manifiesta en su hacer una tendencia (o varias: no concedemos ningún privilegio a lo Uno, y esta cuestión también ha de permanecer abierta) y cuál es su significación. Tampoco tenemos que explicarla reduciéndola a las «condiciones objetivas» en las que se encuentra colocado el proletariado, a su situación en las relaciones de producción (o en el conjunto del contexto social); no es que estas tengan que desdesharse, pero no son *casí nada* fuera de esta actividad del proletariado, fuera de ella no tienen ni contenido ni significación determinadas. En una palabra, no podemos *considerar* el hacer del proletariado *eliminando* por reducción a fines asignables o a causas establecidas. Pero en ese caso, hay que eliminar casi todas las categorías habitualmente utilizadas para comprender ese hacer. La idea de «espontaneidad» y su opuesto, por ejemplo, cualquiera que sea la interpretación que se dé de ellas: si se opone la «espontaneidad» a la «pasividad», de hecho se transpone aquí el equivalente de la pareja actividad-pasividad, simple construcción de la vieja filosofía del sujeto, de una validez ya dudosa en su propio campo de origen, y que en cualquier caso es *secundaria*; el hacer de un sujeto no puede comprenderse ni como alternación, ni como combinación de actividad y pasividad —y aun menos el hacer de una categoría social. Si se opone la «espontaneidad» a la «conciencia», la situación es profundamente análoga puesto que se refiere visiblemente a la construcción quimérica de un «sujeto» (doblemente quimérica, puesto que aquí la «conciencia» es la de una colectividad instituida, organización o partido) cuya actividad sería totalmente «consciente» y «racional». Por esto, tampoco podemos considerar la relación del proletariado con «sus» organizaciones bajo alguno de los modos tradicionales: éstas no son ni expresiones transparentes y puros instrumentos del proletariado, como pretendía Lenin (en *La enfermedad infantil*), ni cuerpos extraños que simplemente introducen influencias hostiles. El proletariado está *implicado* en su existencia, puesto que muy a menudo ha desempeñado un papel en su constitución y siempre en su supervivencia (del mismo modo que está implicado

realidad. Esta, de hecho, puede conservarse en una ideología de apariencia revolucionaria (el mejor ejemplo de ello lo proporciona el propio marxismo), mientras que actividades oscuras y que no se preocupan por la teorización pueden impugnarla profundamente. La separación entre lo que, en este dominio, es «burgués» y lo que es «proletario» no se nos da de antemano, sólo el hacer del proletariado la instaura y sólo él *puede mantenerla* (y sólo así puede comprenderse el problema de la «degeneración» —ya se trate de los sindicatos o de la Revolución de Octubre). Pero esto también nos muestra que tampoco se nos da de antemano la distinción entre lo que es «reformista» y lo que es «revolucionario», puesto que, una vez más, no podemos deducir un concepto de la revolución a partir de una teoría general de la historia, ni a partir de la situación «objetiva» de la clase obrera, sino que hemos de extraer, por nuestra cuenta y riesgo, las significaciones de una revolución radical a partir de la actividad efectiva del proletariado; y esto ya no es un acto teórico, sino un acto político, que implica no sólo a nuestro pensamiento sino también a nuestro propio hacer, y hemos de reconocer la «circularidad» de la situación en la que estamos presos. También aquí hay que denunciar la ilusión de una «fundación» absoluta, puesto que no es nuestra opción lo que puede *fundar* una interpretación revolucionaria de la historia del movimiento obrero (nuestra opción no es libre ante esta historia, no podría interpretarla de cualquier modo —y no habría sido lo que es *sin esta* historia), como tampoco esta historia *impone* tal interpretación (otros no leen ahí más que la impotencia y el fracaso), y tampoco ésta nos *impone* una opción, a menos que retomemos su significación por nuestra cuenta.

En función de esta orientación habría pues que reempezar la tarea del estudio de la historia del movimiento obrero —inmensa tarea, que aquí ni siquiera es cuestión de empezar. Es simplemente útil precisar, a la luz de algunos ejemplos, las consideraciones precedentes.

*
* *
*

Empecemos por algunas trivialidades. Admitamos que los sindicatos alemanes no hubieran podido ser fundados sin el trabajo de organizaciones y de militantes políticos. Estos estaban profundamente influenciados por una serie de ideólogos y de teóricos, entre los que estaba Marx. Pero ¿Marx habría sido Marx sin los tejedores de Silesia, el cartismo, los *canuts*, los «luddistas» —y esos «obrerros socialistas franceses» para los que «la fraternidad humana no es una frase, sino una verdad» y en cuyos rostros «endurecidos por el trabajo, brilla la nobleza de la humanidad» (*Manuscritos de 1844*)? Sin estos movimientos y sin esta experiencia ¿habría podido efectuar (tanto para bien como para mal) la ruptura con el socialismo «utópico» y afirmar que «de todas las clases que subsisten en la actualidad frente a la burguesía, sólo el proletariado forma una clase realmente revolucionaria» y que «la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos»? Curiosa obstinación la que (a partir del propio Engels) ve esencialmente en el marxismo al continuador del idealismo alemán, de la economía política inglesa e incluso del socialismo utópico, francés o no— cuando se puede demostrar fácilmente que lo esencial de los temas social y políticamente pertinentes utilizados por Marx ya está engendrado y explícitamente formulado entre 1790 y 1840 por el naciente movimiento obrero, y muy en particular por el movimiento inglés¹⁷.

17. Daré simplemente dos ejemplos. Lo sociológicamente importante y verdadero en la «teoría del valor-trabajo» era ya sabido desde hacía tiempo por los trabajadores ingleses. «No veo qué pueda ser el capital, como no sea una acumulación de los productos del trabajo... El trabajo siempre es aportado al mercado por aquellos que no tienen otra cosa que guardar o vender y, por consiguiente, han de separarse inmediatamente de él... Estas dos distinciones innatas entre el trabajo y el capital (a saber, que el trabajo siempre es vendido por los pobres y siempre comprado por los ricos, y que el trabajo no puede ser almacenado de ningún modo, sino que a cada instante ha de ser vendido o perdido) bastan para convencerme de que trabajo y capital nunca podrán estar sometidos, con justicia, a las mismas leyes...» (Declaraciones de un tejedor de Manchester ante el *Select Committee on Hand-Loom Weavers Petitions*, 1835, cita según Thompson, *l. c.*, pp. 328-329). También: «...La situación de los tra-

No tan curiosa, sin embargo, si se reflexiona sobre ella; ese olvido no es un accidente, puesto que lo que se ha considerado como importante siempre ha sido el lado pseudocientífico del marxismo (que, efectivamente, procede de Hegel y de Ricardo), y no el núcleo que tomó de la creación obrera, y sin el cual no habría sido más que un sistema filosófico más. Pero esta creación, y este movi-

El proletariado como tal —o hay que decir, al contrario, que reflejan y expresan rigurosamente su situación «objetiva»? Ni una cosa ni otra, ni ambas: estas expresiones aquí carecen de sentido. Los movimientos de este período, y el movimiento inglés más que cualquier otro, se sitúan todos directamente en el surco de la Revolución francesa, están condicionados por la enorme conmoción del orden establecido que ésta provocó, se alimentan tanto de la mezcla sin fin y la circulación acelerada de las ideas que han resultado de ella como de su contenido. Por una parte, no hay ruptura de continuidad cuando nos remontamos del cartismo a los movimientos de «reforma» radical, al Owenismo, a los sindicatos ora legales ora clandestinos que ya proliferan durante las guerras napoleónicas y a los movimientos políticos, principalmente las *Corresponding Societies*, que proliferan en Inglaterra de 1790 a 1798. Ahora bien, la participación de los *labourers* y de los *mechanics* en estas llega a ser rápidamente muy importante; pero el resto del contingente viene dado por burgueses «ilustrados» y «radicales» (e incluso por algunos *gentlemen*) que al principio, y durante largo tiempo, aportan las ideas «explicitas», en las que se ve evidentemente la influencia de la Constitución americana y sobre todo, en un grado creciente, de lo que dice y se hace en París. Ideas «burguesas», ateniéndonos a la interpretación admitida (y algo absurda), que concretizan la influencia directa, de ideas o difusa, de la filosofía de las Luces, igualmente «burguesas»; y que en Inglaterra caen en un campo abonado por múltiples sectas religiosas siempre vivaces, en una población profundamente marcada por el mismo hecho de la existencia de una multiplicidad de sectas, lo que esta presupone y lo que la acompaña, y contribuyen en su evolución hacia el deísmo primero y el ateísmo a continuación¹⁸.

No decimos que el nacimiento del movimiento obrero hubiese sido imposible sin la condensación del sis-

18. Sobre todos los puntos relacionados con esta fase del movimiento obrero inglés, v. el libro de H. P. Thompson ya citado.

El proletariado como tal —o hay que decir, al contrario, que reflejan y expresan rigurosamente su situación «objetiva»? Ni una cosa ni otra, ni ambas: estas expresiones aquí carecen de sentido. Los movimientos de este período, y el movimiento inglés más que cualquier otro, se sitúan todos directamente en el surco de la Revolución francesa, están condicionados por la enorme conmoción del orden establecido que ésta provocó, se alimentan tanto de la mezcla sin fin y la circulación acelerada de las ideas que han resultado de ella como de su contenido. Por una parte, no hay ruptura de continuidad cuando nos remontamos del cartismo a los movimientos de «reforma» radical, al Owenismo, a los sindicatos ora legales ora clandestinos que ya proliferan durante las guerras napoleónicas y a los movimientos políticos, principalmente las *Corresponding Societies*, que proliferan en Inglaterra de 1790 a 1798. Ahora bien, la participación de los *labourers* y de los *mechanics* en estas llega a ser rápidamente muy importante; pero el resto del contingente viene dado por burgueses «ilustrados» y «radicales» (e incluso por algunos *gentlemen*) que al principio, y durante largo tiempo, aportan las ideas «explicitas», en las que se ve evidentemente la influencia de la Constitución americana y sobre todo, en un grado creciente, de lo que dice y se hace en París. Ideas «burguesas», ateniéndonos a la interpretación admitida (y algo absurda), que concretizan la influencia directa, de ideas o difusa, de la filosofía de las Luces, igualmente «burguesas»; y que en Inglaterra caen en un campo abonado por múltiples sectas religiosas siempre vivaces, en una población profundamente marcada por el mismo hecho de la existencia de una multiplicidad de sectas, lo que esta presupone y lo que la acompaña, y contribuyen en su evolución hacia el deísmo primero y el ateísmo a continuación¹⁸.

El proletariado como tal —o hay que decir, al contrario, que reflejan y expresan rigurosamente su situación «objetiva»? Ni una cosa ni otra, ni ambas: estas expresiones aquí carecen de sentido. Los movimientos de este período, y el movimiento inglés más que cualquier otro, se sitúan todos directamente en el surco de la Revolución francesa, están condicionados por la enorme conmoción del orden establecido que ésta provocó, se alimentan tanto de la mezcla sin fin y la circulación acelerada de las ideas que han resultado de ella como de su contenido. Por una parte, no hay ruptura de continuidad cuando nos remontamos del cartismo a los movimientos de «reforma» radical, al Owenismo, a los sindicatos ora legales ora clandestinos que ya proliferan durante las guerras napoleónicas y a los movimientos políticos, principalmente las *Corresponding Societies*, que proliferan en Inglaterra de 1790 a 1798. Ahora bien, la participación de los *labourers* y de los *mechanics* en estas llega a ser rápidamente muy importante; pero el resto del contingente viene dado por burgueses «ilustrados» y «radicales» (e incluso por algunos *gentlemen*) que al principio, y durante largo tiempo, aportan las ideas «explicitas», en las que se ve evidentemente la influencia de la Constitución americana y sobre todo, en un grado creciente, de lo que dice y se hace en París. Ideas «burguesas», ateniéndonos a la interpretación admitida (y algo absurda), que concretizan la influencia directa, de ideas o difusa, de la filosofía de las Luces, igualmente «burguesas»; y que en Inglaterra caen en un campo abonado por múltiples sectas religiosas siempre vivaces, en una población profundamente marcada por el mismo hecho de la existencia de una multiplicidad de sectas, lo que esta presupone y lo que la acompaña, y contribuyen en su evolución hacia el deísmo primero y el ateísmo a continuación¹⁸.

No decimos que el nacimiento del movimiento obrero hubiese sido imposible sin la condensación del sis-

18. Sobre todos los puntos relacionados con esta fase del movimiento obrero inglés, v. el libro de H. P. Thompson ya citado.

tema solar. Señalamos conexiones y encadenamientos directos, precisos, de carne y hueso, que muestran claramente que el nacimiento del movimiento obrero inglés, ni acto puro de una espontaneidad, ni reflejo condicionado por la situación objetiva de la clase, o elaboración racional de las consecuencias de esta situación, es imposible e inconcebible *en su contenido* fuera de esta sinfonía multidimensional en la que contribuyen tanto los cambios técnicos y económicos de la época como la actividad política real de la burguesía, la situación internacional y su evolución, algunas tradiciones nacionales a veces anteriores a la era feudal, los movimientos religiosos, la ideología «burguesa» y la crítica filosófica. Todas estas contribuciones pueden señalarse con certeza, pero en ningún momento se puede realmente aislar, separar, ordenar y recomponer un conjunto de factores que proporcionarían las condiciones necesarias y suficientes del «resultado» estudiado —y eso tanto menos cuanto que *todavía ahora*, en 1973, *no se sabe lo que es* este resultado; y no porque carezcamos de informaciones, sino porque este «resultando» todavía no ha acabado de *resultar*, en la medida en que todavía estamos implicados en el mismo movimiento histórico (del mismo modo que el «resultado» de Octubre de 1917 continuaba haciéndose en 1918, 1921, 1927, 1936, 1941, 1945, 1953, 1956, y continúa haciéndose en 1973).

¿Influencia de las ideas burguesas? Desde luego. Libertad e igualdad se convierten, desde los primeros días, en consignas de lucha para el movimiento obrero inglés. Pero, por supuesto, con un sentido radicalmente opuesto a su sentido «burgués». Los obreros se apropian de la cultura burguesa, pero al hacerlo invierten su significación. Leen a Paine, Voltaire o Volney, pero ¿es en estos autores donde se encuentran la idea de que el capital no es más que trabajo acumulado, o que el gobierno del país no debería ser más que la asociación de las uniones de los productores? Hay que ver, por otra parte, cómo, en el sentido material de la palabra, se apropian de la cultura burguesa. De 1800 a 1840 el proletariado inglés *se alfabetiza prácticamente por sí mismo*, reduce sus noches ya breves y sus domingos para aprender a leer y escribir, y sus salarios de miseria para

comprar libros, periódicos y velas. La clase obrera re-toma en su propio hacer instrumentos y contenidos de la cultura existente y les confiere una nueva significación. Lo que ella toma así, por lo demás, es a veces anterior a la época burguesa. La supresión de los responsables permanentes, de los dirigentes fijos, es una tendencia típica de los movimientos obreros de masas desde el momento que alcanzan un cierto grado de combatividad y de autonomía —tanto si toma la forma de la elegibilidad y revocabilidad en todo momento de los delegados (Comuna, Soviets, Consejos, o *shop-stewards* en Inglaterra) como de la rotación de los participantes en los puestos de responsabilidad, como fue durante mucho tiempo el caso de los sindicatos ingleses antes de que se burocratizasen. Esta rotación se encuentra frecuentemente en los grupos «jacobinos» ingleses de 1790 a 1798; pero también pueden encontrarse, en la *Sheffield Corresponding Society* en 1792 (de composición predominantemente obrera), tipos de organización casi «soviética», que los participantes parecen haber descrito, según el viejo término sajón, como *tythyngs* (asamblea deliberativa de los hombres libres).

¿Y qué clase obrera actúa durante este período? ¿Podemos definirla a partir de su situación en las relaciones de producción? De ningún modo. La vinculación que tradicionalmente se ha querido establecer entre el nacimiento de un verdadero movimiento obrero y la aparición de la gran industria algodonera se revela falaz a la luz de la investigación contemporánea¹⁹; desfigura los hechos para someterlos a un esquema *a priori*. El movimiento cuyo centro de gravedad llega a ser las fábricas se desarrolla *después* de 1830 (e incluso de 1840); pero la mayoría de sus ideas, de sus formas de organización, y lo que puede llamarse su «conciencia de clase» son herencia directa de las luchas del período precedente, dirigidas por capas «plebeyas» de todo tipo, y muy particularmente por *artesanos* —es decir, según la conceptualización marxista, por «burgueses» en potencia.

Consideremos ahora las relaciones de producción en las que se encuentra trabada la clase obrera bajo un

19. V. Thompson, *l. c.*, p. 207 y sig.

acción del trabajo y de la empresa está más o menos en juego en la lucha²⁰. Aunque nos libremos de la idea de la fuerza de trabajo-mercancía y consideremos, como hicé,²¹ que la esencia de las relaciones de producción se encuentra en la división entre dirigentes y ejecutantes, la conclusión no cambia; pues lo que aquí describimos significa exactamente que, más allá de la definición formal, «oficial», de las funciones, la frontera entre el proceso efectivo de dirección y el proceso efectivo de ejecución no es y no puede ser definido de antemano y de una vez por todas, sino que se desplaza constantemente en función de la lucha que se desarrolla en la empresa. La lucha *implícita* e «informal» de los obreros que combaten contra la organización capitalista de la producción significa *ipso facto* que los obreros oponen a ésta, y realmente en los hechos, una contraorganización sin duda parcial, fragmentaria e inestable, pero no menos efectiva, sin la cual no sólo no podrían resistir a la dirección, sino que ni siquiera podrían realizar su trabajo.

Los efectos históricos de esta lucha han sido, y siguen siendo, decisivos. En el plano económico ha sido determinante, tanto y más que la lucha por los salarios explícita, oficial y abierta (en pocas palabras, porque ésta concierne a las «tasas contractuales» de las remuneraciones, que todavía no dicen nada sobre las tasas efectivas); reparto secular de las rentas, ritmo y orientación de la acumulación de capital, nivel de empleo y de paro que reflejan sus resultados. En el plano de la técnica y de la organización de la producción ha desempeñado un papel fundamental en la orientación de su evolución hacia sistemas cada vez más independientes del obrero individual o del grupo de obreros (que esta orientación hasta el momento haya fracasado esencialmente y que ante este fracaso se observen intentos de volver hacia un «entri-quecimiento de las tareas» y de los «equipos autónomos» de obreros no invalida, sino que confirma lo que deci-

20. Sobre todos estos puntos, v. CS III y MRCM II y III.
21. V. RPR.

régimen capitalista típico. Basadas en el hecho de que una categoría social dispone efectivamente de los medios de producción producidos (capital) y otra no dispone más que de su fuerza de trabajo, se concretizan, según la concepción marxista y desde el ángulo que aquí nos interesa en la compraventa de la fuerza de trabajo. Pero ¿qué es lo que, en realidad, se vende y con qué se compra? Una cantidad de la «mercancía» fuerza de trabajo con una cantidad de dinero que es el salario. Pero ¿estas cantidades están definidas? En apariencia, sí: tantas horas de trabajo, tanto salario. En realidad, de ningún modo: la fuerza de trabajo no es una mercancía como cualquier otra, no sólo porque «produce más de lo que cuesta a su comprador», sino porque es indefinible de antemano en su contenido concreto, lo que hace que sólo sea mercancía en el sentido formal y vacío, y finalmente que *no sea mercancía* en absoluto. Cuando el capitalista ha comprado una tonelada de carbón, sabe cuántas calorías puede extraer de ella, el negocio está para él terminado. Cuando ha comprado una jornada de trabajo, el negocio no hace más que empezar. Lo que podrá extraer de ella como rendimiento efectivo será el resultado de una lucha que no se detendrá ni un segundo durante la jornada de trabajo. Ni el estado de la técnica, ni las «leyes económicas» bastan para determinar lo que es una hora de trabajo, la consistencia real de esta abstracción: su determinación sólo se efectúa cada vez —y de una manera constantemente cambiante— por la lucha entre capitalistas y obreros, luego por *la actividad* de los obreros. Con ello vemos inmediatamente que el salario, considerado relativamente —a saber, como tasa de cambio entre unidades de moneda y «unidades de rendimiento efectivo»—, es indeterminado: «10 F. a la hora» no significa nada, si no sabemos lo que significa la «hora». Verdad es que la respuesta del capitalismo consiste entonces en ligar, de una forma u otra, el salario al rendimiento efectivo. Lo cual sólo desplaza, e incluso generaliza, el terreno de la lucha, que en lo sucesivo ha de abarcar la determinación de las normas, el cronometraje, el control de la cantidad, la clasificación y la «cualificación», el reparto de los trabajos entre los obreros, etc. De tal modo que al final *toda* la organi-

mos). Finalmente, no hay ninguna esfera de la vida social que no haya sufrido sus repercusiones²².

El marxismo, en todas sus variantes, ha permanecido ciego hasta el final ante esta lucha²³. La sociología industrial burguesa no tuvo más remedio que «descubrir-la», cuando se vio obligada a preguntarse cuáles eran las razones del fracaso de los esfuerzos de las firmas encaminados a aumentar el rendimiento por la «racionalización» de la organización del trabajo; pero evidentemente no ha podido reconocerla como *lucha*, y menos aún ver que contenía una impugnación radical de la organización capitalista de la empresa y de las relaciones entre los hombres que ésta implica. Esta ceguera no es accidental; actividad colectiva autónoma y anónima, la lucha implícita e informal de los obreros no tiene sitio en la conceptualización tradicional; en el plano práctico, es «inutilizable» por las organizaciones formales, sindicatos o partidos, inasequible por éstos, no «capitalizable»; en el plano teórico, destruye la piedra angular de la «ciencia» marxista, la idea de la fuerza de trabajo-mercancía y, finalmente, la idea misma de «leyes económicas» —del mismo modo que demuele la otra piedra angular de la socioeconomía marxista, la idea de que la fábrica capitalista representa una organización «racional» y «cientí-

22. Sobre estos efectos económicos y generales, v. *MRCM* I, II y III. Sobre la determinación de la evolución de la tecnología por la lucha en la producción, v. *CS* II y III. Sobre la lucha en la producción en los países del Este, v. *RPB* y *CS* III.

23. Ya se sabe que Marx subtrae y aísla de ella la mitad que corresponde a la *actividad del capitalista* (que intenta «tupir más densamente los poros del tiempo de trabajo»), haciendo aparecer al obrero como puro objeto pasivo de esa actividad. La resistencia que éste puede oponer en la producción (y no fuera de la fábrica, mediante la agitación sindical, etc.) no difiere, dentro de esta óptica, de la de un material inerte. La indignación moral de Marx está presente en cada línea, pero la lógica del examen es la misma que se aplicaría a una cosa. Las dos veces en que se menciona una «resistencia» de los obreros en el tomo I de *El Capital* (a propósito del control y de la vigilancia, y a propósito del salario a destajo) está presentada como irremediabilmente abocada al fracaso.

fica» y que la evolución de la técnica es *en sí* óptima y lógica. (Estas consecuencias se extienden inmediatamente a la economía académica y en general a toda teoría económica de las conocidas hasta ahora; toda teoría de este tipo está obligada a postular que el rendimiento, el «producto del trabajo» es una función, en el sentido estricto del término, del estado de la técnica y de la cantidad de capital —postulado que la actividad de los obreros *vuelve falso*, o más exactamente, *priva de sentido*.)

La actividad del proletariado en general sólo ha sido conocida y reconocida en la medida en que ha sido *explícita* o manifiesta, y se ha desarrollado a la luz del día; ello se debe no sólo, y no primariamente, a que este tipo de lucha es, simplemente, más fácil de observar y de constatar (Marx se pasó la vida intentando descubrir la esencia no manifiesta de la economía capitalista). La razón esencial de ello es que, tanto por los objetivos a los que apuntan (reivindicaciones «económicas» y «políticas» en el limitado y tradicional sentido del término) como por las formas que revisten (huelga, manifestación, votación, insurrección), las luchas explícitas corresponden la mayoría de las veces, mal que bien, a los conceptos y a las categorías que el teórico ya se ha construido, a las características y a las variables del régimen instituido que considera como fundamentales, a las formas de acción que valora ya que puede insertarlas en su estrategia. El esquema que opera en segundo plano siempre es el de un sujeto (individual o colectivo) que se propone fines claros y distintos y plantea sus acciones como medios que permiten alcanzarlos. Pero la lucha cotidiana implícita del proletariado es absolutamente incomprendible desde esta óptica —del mismo modo que lo es, por ejemplo, la presión cotidiana, difusa e indirecta, que ha permitido a las mujeres desde hace un siglo, y a los jóvenes desde hace veinticinco años, modificar considerablemente su situación efectiva en la familia y la sociedad, y con respecto a la cual, organizaciones y manifestaciones explícitas no representan más que la pequeña parte emergida del iceberg.

Por último, consideremos lo que está profunda y verdaderamente en juego en la lucha implícita cotidiana de

tanablemente en grupos «informales» que responden a la vez a las exigencias del trabajo y a las afinidades personales que cosa hace sino oponer, no en palabras, sino en los hechos, nuevos principios de organización productiva y social y una nueva visión del trabajo a los principios y a la visión capitalista, para la cual los hombres sólo son una masa de moléculas en reciproca repulsión (competición) movidas exclusivamente por la atracción de la ganancia, que permite aglutinarnos en los diferentes puntos del universo mecánico de la fábrica?

Para la concepción tradicional, el conjunto de estas manifestaciones sólo puede considerarse como «reformas», puesto que no ataca explícitamente al poder instituido en la sociedad, y éste puede acomodarse mal que bien a ello. Pero éste sólo es un criterio formal y al final vacío. Para nosotros, está claro que estas manifestaciones reflejan una actividad tan radical como pueda serlo cualquier otra; no atacan a la exterioridad del poder establecido, pero minan su fundamento que es la definición capitalista de la realidad, es decir, de lo que cuenta y de lo que es importante. Que una transformación revolucionaria de la sociedad implicaría la eliminación de ese poder, apenas vale la pena que lo recordemos; pero sí que esta eliminación como tal (por la que las corrientes revolucionarias siempre han estado obsesivamente) no cambiaría nada si no estuviesen ya en marcha modificaciones a un nivel mucho más profundo, que no pueden realizarse en un día y que son las únicas que pueden conferirle una significación revolucionaria —y en toda la experiencia histórica desde 1917 hay elementos para confirmar, si fuera necesario hacerlo.

No podemos pues reducir el hacer social-histórico del proletariado a los conceptos abstractos de «reforma» y de «revolución» que a la fuerza le impone un pensamiento *estratégico* (luego burocrático), que, en lugar de dejarse educar por él, a cualquier precio quiere medirse con las unidades de medida de sus propios esquemas pseudotécnicos y no puede ver en él más que lo que corresponde a su obsesión del poder. En otro lugar volveré a hablar de la profunda e hipócrita *duplicidad* característica, en esta óptica estratégica, de la actitud tradicional con respecto a las reivindicaciones y a las luchas «in-

los obreros en la producción, que a veces también surge a la luz del día en muchas huelgas «salvajes». Anteriormente hemos indicado su componente y sus efectos económicos. Sin embargo, resultaría absurdo ver en ello su única significación, o incluso su significación esencial. Por una parte, incluso si su motivo exclusivo fuera la defensa o el aumento de las remuneraciones efectivas, ésta pasa por la impugnación de la organización y de las condiciones de trabajo, en el sentido más amplio, impuestas por la firma, es real y lógicamente inseparable de ello, puesto que no se apunta a una remuneración en abstracto, sino a una remuneración relativa a un cierto trabajo (*a fair day's work*, dicen los obreros ingleses). En segundo lugar, estas condiciones de trabajo en el sentido amplio (al fin descubiertas, desde hace algunas semanas, por los sindicalistas y los marxistas de diferentes tendencias, después de haber sido ignoradas durante largo tiempo o agrupadas con condescendencia bajo la denominación metonímica de la «cadena rota de las letrinas» en Francia, de *local grievances* en los Estados Unidos) suscitan, en tanto que tales, luchas cuya significación rebasa con mucho la cuestión de las remuneraciones. Cuando los obreros desencadenaban huelgas salvajes para obtener una pausa-café de un cuarto de hora²⁴, sindicatos y marxistas tendían a considerar esta reivindicación como trivial o que reflejaba el atraso de los obreros. Trivialidad y atraso de los sindicalistas y de los marxistas, en realidad. Mediante esa reivindicación, los obreros atacaban el fundamento de la organización capitalista de la empresa y de la sociedad: que el hombre existe para la producción en torno a las necesidades y a la vida del hombre producto²⁵. Por último, cuando la colectividad del taller hace surgir normas de comportamiento que sancionan, de manera informal, tanto los que «se reventan trabajando» como los que «escurren el bullo»; y cuando se constituye y se reconstruye cons-

24. V. aquí mismo, «Las huelgas salvajes en la industria automovilística norteamericana», p. 215 y sig.
25. Sobre la cuestión de las condiciones de trabajo, véase además del texto mencionado en la nota anterior, la parte final de *MRCM*.

mediatas» del proletariado (en pocas palabras: la organización *sabe*, según su presunta teoría, que la satisfacción de estas reivindicaciones resulta «imposible» dentro del marco del régimen, pero se guarda bien de *decirlo* abiertamente a los obreros; si los obreros pican en el anzuelo de la reivindicación, acabarán por tragar, sin saberlo, la línea revolucionaria; y, al luchar por estas reivindicaciones «imposibles de satisfacer», acentúan la «crisis del régimen»). Pero también hemos de guardarnos de la ilusión de que las significaciones que produce este hacer podrían reducirse a un sistema simple de conceptos, cualesquiera que sean. La actividad del proletariado, desde hará pronto dos siglos, ha modificado profundamente su situación en la sociedad capitalista, y a la propia sociedad. En esta actividad podemos discernir, como acabamos de hacer, un contenido que está en profunda ruptura con el universo capitalista. Pero no podemos desdeñar otro aspecto de la lucha del proletariado —el que aparece en sus *resultados efectivos*. Estos resultados han producido modificaciones del sistema, *que de hecho han permitido su funcionamiento y su supervivencia*: en pocas palabras, han condicionado la expansión continuada de la producción capitalista por la continua ampliación de sus mercados interiores²⁶. Observemos cómo el maquiavelismo de los presuntos estrategas revolucionarios desemboca en resultados totalmente opuestos a los que se buscaban: sostener las luchas reivindicativas porque su éxito conduciría a la ruina del sistema, se convierte en la realidad en: ayudar al éxito de las luchas reivindicativas contribuye a permitir la supervivencia del sistema. En el régimen filosófico hegeliano-marxista, el verdadero objetivo de la operación no es evidentemente lo que el autor se figura, sino lo que efectivamente resulta de ella. En este caso, por tanto, la racionalidad y la finalidad inmanente a los movimientos reivindicativos sería la expansión continuada y la consolidación de la economía capitalista (que se habría hundido efectivamente un incalculable número de veces si los salarios reales hubiesen permanecido al nivel de 1820). O también podría decirse desde ese punto de vista que el objetivo asignado a la

26. V. *MRCM* I y II.

clase obrera, el papel histórico inscrito en su posición en el seno de las relaciones de producción capitalistas, consistía en mantener el capitalismo a pesar y contra todo lo que los capitalistas se figuran y tienen como objetivo inmediatamente. Los que piensan que una «astucia de la razón» está actuando en la historia deberían tener el valor de decir que ésta ha convertido al proletariado no en el enterrador, sino en el salvador del capitalismo. Una conclusión análoga se impone, en el marco hegeliano-marxista, si consideramos la actividad revolucionaria del proletariado: en una palabra, allí donde no ha fracasado esta actividad ha tenido como resultado (por el momento —momento que dura desde hace cincuenta y seis años) el poder totalitario de la burocracia. Pues, por supuesto, «no se trata de lo que este o aquel revolucionario, o incluso los revolucionarios en su conjunto, puedan *representarse* como meta del proletariado. Se trata de *lo que el proletariado es* y de lo que ha estado obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo». Lo absurdo de las conclusiones nos recuerda, una vez más, lo absurdo de la ideología que las hace inevitables. No nos dispensa de tener que reflexionar, cueste lo que cueste, sobre las inmensas cuestiones que plantean, por una parte, la *implicación* del proletariado en la sociedad en que vive, por otra, nuestra propia implicación política (sin la cual la historia del movimiento obrero sólo sería para nosotros, en el mejor de los casos, un objeto muerto del saber), de cuyos efectos ninguna construcción teórica y ninguna «cientificidad» podrá llegar nunca a separar lo que vemos y lo que de ello decimos.

El proletariado determina mediante su actividad, tanto explícita como implícita, el contenido concreto de las relaciones de producción en las que está trabado, tanto y más de lo que está determinado por éstas. Esto, esencialmente diferente de la institución de nuevas relaciones de producción que resulta de la actividad de la burguesía, no es una propiedad general de las «clases», ni de las «clases» explotadas. Esta actividad se apoya en un conjunto de factores específicos, históricamente únicos, característicos del capitalismo²⁷, su efecto viene a

27. Para una discusión de estos factores, v. *CS* II y III y *MRCM* II.

ser el siguiente: que la actividad del proletariado no se ve conducida a un «todo o nada», que el proletariado *puede* defenderse contra la explotación porque puede, día tras día, combatir aspectos «parciales» de la organización de la empresa y de la sociedad capitalista. Esta posibilidad se debe, a su vez, por un lado al carácter intrínsecamente *contradictorio* de esta organización que, simultáneamente, exige y excluye la participación activa del trabajador en la gestión de su trabajo; por otro lado, a la situación social, política e ideológica creada por la burguesía, la cual, mientras accede a la dominación de la sociedad, disuelve las significaciones tradicionales (que santificaban poder y jerarquía social en tanto que simplemente existentes) y pretende que en lo sucesivo sólo la «razón» es soberana. Pero cuando aquí hablamos, a falta de otro término, de posibilidad, no entendemos con ello el ser previo, ideal y plenamente determinado, de lo que se va a llegar a ser realidad efectiva por simple añadidura, que no cambia nada, de una materia (como es posible un doble seis antes de que se echen los dados). A este nivel de consideración de la historia, la distinción entre lo efectivo y lo posible carece estrictamente de sentido; la construcción *a posteriori* de la «posibilidad» de la situación a partir de lo que se ha producido *efectivamente* no añade nada, ni elimina nada de lo que sabemos; es la propia creación efectiva la que hace que la reflexión analítica vea como «idealmente posible» una efectividad que no lo necesita. Lo único que hace así la reflexión analítica, es trasponer ilegítimamente una categoría del actuar del sujeto, que habitualmente se encuentra colocado en el interior de un marco de posibles predeterminados trazado por la institución de la sociedad, al hacer social-histórico instituyente que crea este marco de posibles. Nadie podría ver hoy en día en estos «puntos de apoyo» que el hacer del proletariado encuentra en la sociedad instituida «condiciones de su posibilidad», si este hacer no hubiera adquirido dimensiones y creado significaciones que superan con mucho a las simples «reacciones» de una clase explotada ante su situación. Esto podemos verlo con la misma claridad en el movimiento *político* de la clase obrera. Desde sus orígenes,

tanto en Inglaterra como en Francia, los obreros se apoyan en ideas «burguesas», pero para transformar su significación efectiva y finalmente superarla; la lucha por los «derechos» políticos y sociales no sólo no se ha «vuelto posible» gracias a las condiciones existentes», sino que esas condiciones tienden a hacerla «imposible» y esta lucha es lucha *contra* esas condiciones; además, desde el principio está, por así decirlo, alimentada por su propia superación, pues a este respecto el hecho fundamental es que casi en seguida las capas activas del proletariado ponen explícitamente en cuestión el orden social en tanto que tal, atacan a la propiedad y a la dominación de la burguesía, y apuntan hacia una organización universal de los productores que quieren hacer idéntica a la organización de la sociedad. La crítica formulada anteriormente contra la preocupación *exclusiva* por las luchas explícitas del proletariado no significa en modo alguno que se pueda subestimar ni un solo momento la importancia decisiva de su actividad política: en y por ésta las diversas y profundamente heterogéneas categorías de obreros —las *working classes*, las «clases trabajadoras»— se constituyen efectivamente como clases, se dicen y se pisan explícitamente como *una* clase, en el espacio de algunos decenios, antes de que el capitalismo las haya «unificado» objetivamente; esta constitución, en efecto, se realizó en Inglaterra y en Francia prácticamente antes de 1850. Mediantes esta actividad, los obreros no sólo se afirman como clase *en* la sociedad capitalista, sino *contra* esa sociedad; hacen surgir el objetivo explícito, que intenta ser lúcido y consciente, de una reconstrucción radical de la sociedad y de una abolición de las clases. Objetivo que se traduce concretamente por la institución de nuevas formas de lucha y de organización, como el partido político de masas, o como el sindicato (que adquiere y mantiene durante largo tiempo un carácter revolucionario, y cuya organización, en Inglaterra, sigue siendo durante decenios la expresión del poder de la base y de la democracia directa —lo que con un desprecio condescendiente Lenin llamará, en el *¿Qué hacer?*, «democracia primitiva»), y que culmina en la creación de nuevas instituciones de un poder de las masas, la Comuna, los soviets, los consejos obreros. En una palabra,

en y por la actividad de la clase obrera nace un *proyecto* social-histórico revolucionario. A partir de ese momento, y durante mucho tiempo, estos diferentes aspectos —lucha cotidiana implícita en la producción, luchas explícitas económicas o políticas, proyecto revolucionario— ya no pueden ser separados, ni «objetiva» ni «subjetivamente», a no ser en un sentido derivado y secundario; lo cual también impide trazar una línea de demarcación absoluta entre lo «inmediato» y lo «histórico».

Por el hacer del proletariado en la historia adviene pues una nueva relación de una capa explotada con las relaciones de producción (y por supuesto, con el *hecho* de la propia explotación); también una nueva relación de una capa explotada con el sistema social instituido, en la medida en que la lucha de esta capa llega a ser capaz de co-determinar en un grado decisivo la evolución de éste; por último y sobre todo, una nueva relación de una capa social con la sociedad y con la historia *como tales*, en la medida en que la actividad de esta capa hace surgir la perspectiva explícita de una transformación radical de la institución de la sociedad y del curso de la historia. Sólo si tenemos en cuenta estas significaciones podemos pensar, más allá de los criterios simplemente empíricos, lo que durante todo un período histórico *se ha hecho* como clase obrera y como movimiento obrero.

Permítaseme abrir aquí un paréntesis. La imperiosa necesidad de la cuestión: qué es la historia del movimiento obrero, en qué sentido podemos hablar de una historia (y de una clase) ante la diversidad y la dispersión aparente y real de las manifestaciones de la existencia social y de la actividad del proletariado, se me presentó muy pronto; pero las primeras respuestas eran insatisfactorias, pues permanecían dentro de los marcos del pensamiento heredado. Así, la «Fenomenología de la conciencia proletaria»²⁸ intentaba comprender esta historia como una fenomenología en el sentido hegeliano: desarrollo que realiza figuras que cada vez aparecen como encarnando el objetivo inmanente a la actividad considerada y su verdad, pero permitiendo descubrir en lo

28. V., en este volumen, pág. 89.

realizado un momento particular y limitado de esta verdad, luego su negación, que a su vez ha de ser negado y superado hasta una realización final, un universal concreto, que contiene como superados todos los momentos anteriores y, en tanto que verdad sabida como tal, presenta su sentido. Este punto de vista —que subyace igualmente en la descripción de la historia del movimiento obrero descrita en SB— parece que hace inteligibles los diferentes aspectos del movimiento obrero y su sucesión. Así, por ejemplo, la «etapa», o mejor dicho, el «momento» reformista (pues no se trata, por supuesto, de una evolución simplemente cronológica), al igual que el del «partido revolucionario» que en seguida se transforma en partido burocrático totalitario, pueden concebirse como figuras en las que el proletariado cree poder encarnar su liberación, pero que, una vez realizadas y por el hecho mismo de esta realización, se revelan como la negación de esa liberación y, en la medida en que la lucha proletaria continúe, condenadas a ser superadas y destruidas. La historia del movimiento obrero sería así la dialéctica de una experiencia²⁹ Pero la inteligibilidad que ofrece este punto de vista es una falsa inteligibilidad, o mejor dicho, es únicamente eso: inteligibilidad, ya que, además de que se ocupa casi únicamente de la actividad política, no puede establecer la unidad de ésta más que en función de la idea de un fin, de un *telos* que sería inmanente a ella y que el pensamiento teórico ya ha sabido definir, aunque sea de manera abstracta. Las principales etapas que marcan su superación han sido la introducción explícita de la idea de la circularidad entre proyecto e interpretación («Sartre, el estalinismo y los obreros», más adelante, p. 145); la ampliación de la noción de actividad más allá de la actividad política y la crítica de la concepción tradicional de la teoría (CS I,

29. Claude Lefort, por su parte, ha utilizado la idea de experiencia, tomada en un sentido más amplio, en un texto notable, «L'expérience prolétarienne», «Socialisme ou Barbarie», 11, marzo de 1953, recogido ahora en *Eléments pour une critique de la bureaucratie*, Droz, Genève-París, 1971, pp. 39 a 58. V. también sus artículos contra Sartre, *ib.*, pp. 59 a 108 [trad. esp. C. Lefort, *¿Qué es la burocracia?*, París, Ruedo Ibérico, 1970, pp. 45-78].

La cuestión del movimiento obrero y de su historia —con la que se mezcla inextricablemente la cuestión de las corrientes políticas e ideológicas que lo han influenciado, socialismo llamado utópico, marxismo, anarquismo— no es para nosotros una cuestión simplemente o esencialmente teórica. Ante el quebrantamiento y el desconcierto generalizados que sacuden a la sociedad contemporánea mucho más fuertemente de lo que lo haría una «crisis» económica, claramente percibidos por todos y diariamente reconocidos por los propios representantes del sistema actual, no puede existir hacer y objetivo político verdadero que no comprenda toda la profundidad de la cuestión social y que pueda enfocarlo de otro modo que dentro de la perspectiva de una transformación radical, que, por tanto, pueda concebirse de otro modo que como la continuación o el nuevo comienzo del proyecto revolucionario engendrado por el movimiento obrero. No puede haber política con pretensiones revolucionarias que no intente explicitar y elucidar su relación con su origen y raíz histórica —el movimiento obrero.

La historia del movimiento obrero es la historia de la actividad de hombres pertenecientes a una categoría socioeconómica creada por el capitalismo (y de otros que han luchado a su lado), mediante la cual esta categoría se transforma: *se hace* (y se dice y se piensa como) «clase» en un nuevo sentido de la palabra —se constituye efectivamente en una «clase», y en vano buscaríamos algo siquiera remotamente análogo a esa «clase» en la historia. Se transforma al transformar la pasividad, la fragmentación, la competencia que desea e intenta imponerle el capitalismo, en actividad, solidaridad, colectivización que invierte el significado de la colectivización capitalista del trabajo. Inventa en su vida cotidiana, en las fábricas y fuera de ellas, cada vez nuevas respuestas para resistir a la explotación, engendra principios extraños y hostiles al capitalismo, crea formas de organización y de lucha originales. Intenta unirse por encima de las fronteras, convierte en su himno a un canto que se llama *La Internacional*. Paga a la ignominia capitalista el más fuerte tributo de miseria, persecución, deportaciones, prisión y sangre. En los momentos culminantes de su his-

II y III, y «Balance, perspectivas, tareas», más adelante, p. 287); la nueva discusión de la historia de las luchas y de las formas de organización obreras y la interpretación de la «degeneración» como remanencia o resurgimiento de las significaciones y de los modelos capitalistas en el movimiento obrero (PO I, en la segunda parte de este libro); la crítica explícita de la idea de un proceso en sí de «maduración de las condiciones revolucionarias» tanto «objetivas» como «subjetivas», luego también de la idea de una acumulación en la experiencia del proletariado, en *MRCM*, texto en el que sin embargo se mantenía la idea de una «acumulación de las condiciones objetivas de una conciencia adecuada», criticable todavía en la medida en que afirma tácitamente que hay una solución, y sólo una, que puede definir la «adecuación» de esa conciencia. Pero una respuesta que rompiera realmente con la conceptualización tradicional sólo era posible a partir y en función del trabajo realizado con «Marxismo y teoría revolucionaria» y de las nociones que ahí he intentado formular y elucidar y que sostienen lo dicho anteriormente en este texto. Conviene tener presente aquí una de estas nociones porque facilitará la comprensión de las siguientes páginas, la de proyecto revolucionario: proyecto social-histórico, que no procede ni de un sujeto ni de una categoría definible de sujetos, cuyo portador nominativo siempre es sólo soporte transitorio; que no es encadenamiento técnico de medios que sirven a fines racionalmente definidos de una vez para siempre, ni estrategia basada en un saber establecido y situada en condiciones «objetivas» y «subjetivas» dadas, sino engendramiento abierto de significaciones orientadas hacia una transformación radical del mundo social-histórico, establecidas y sostenidas por una actividad que modifica las condiciones en la que se desenvuelve, los objetivos que se erige y los agentes que la realizan, y unificadas por la idea de *autonomía* del hombre y de la sociedad.

*
*
*

toria, crea nuevas instituciones universales que encarnan su poder colectivo y se muestra capaz de actuar con una audacia y una profundidad política rara vez igualadas por otras colectividades en la historia.

Así transformada por su actividad, de objeto de explotación en fuerza social determinante de la historia desde hace ciento cincuenta años, la clase obrera también ha transformado a la sociedad capitalista, por los efectos directos e indirectos de sus luchas explícitas o implícitas, por su constante presión sobre el sistema, por la necesidad impuesta a los capitalistas de anticipar sus reacciones y tener que contar con ella. Pero el «resultado» provisional de esta transformación (en la que evidentemente han concurrido factores «propios» del capitalismo, aunque tratar separadamente esos factores sea problemático) ha sido la *desaparición* del movimiento obrero en tanto que fuerza social-histórica *originaria y autónoma*³⁰. La clase obrera, en el sentido estricto de la palabra, cada vez más tiende a convertirse en una capa numéricamente minoritaria en los países con capitalismo moderno; y, cosa más importante todavía, ya no se manifiesta ni *se afirma* como clase. Claro es que asistimos paralelamente a la transformación de la casi totalidad de la población trabajadora en población asalariada; pero ¿qué significa esto, sino precisamente que ya no tiene mucho sentido hablar en términos de clases? Aún menos que en la situación «objetiva» del obrero industrial hay en la del asalariado en general una predestinación revolucionaria. A este respecto, lo decisivo no son las características socioeconómicas descriptivas, sino la actividad por la que los hombres, en los lugares sociales donde están situados, viven y actúan en el conflicto social, y más exactamente lo *constituyen* como conflicto *social*, las formas de organización y de lucha que inventan, los contenidos que emergen durante estas luchas y, por último, la capacidad de estos hombres —aunque sea parcial, minoritaria e intermitente— para enfrentarse con el problema de la totalidad social, para afirmarse en la voluntad de hacerse

30. Sobre esta evolución y los múltiples factores que la han condicionado, v. *MRCM* y *RR*.

cargo de la organización y el funcionamiento de la sociedad.

Teniendo en cuenta esos factores, resulta evidente que en la actualidad no se puede ni mantener la idea de una posición privilegiada del proletariado en el sentido tradicional, ni extender mecánicamente las características de éste al conjunto de los asalariados, ni pretender, por último, que éstos se comportan como una *clase*, incluso embrionaria. La alienación de la sociedad capitalista contemporánea, las contradicciones y el profundo desgaste del sistema, la lucha contra éste bajo una infinita variedad de formas, son vividas y actuadas en su existencia cotidiana por todas las capas de la sociedad moderna, a excepción de las cumbres dirigentes. Tanto si se trata de categorías de asalariados distintos del proletariado industrial, como de estudiantes y jóvenes, de partes crecientes de la población femenina, de fracciones de intelectuales y de científicos, de minorías étnicas, encontramos de nuevo lo que era importante en las luchas ejemplares del proletariado industrial: la impugnación de aspectos específicos de la organización opresiva del sistema, que contiene potencialmente su impugnación generalizada. Las luchas obreras en torno a las condiciones del trabajo llegaban y llegan siempre muy lejos, pero no más lejos que la acusación por los estudiantes del sistema de educación y del tipo y función tradicionales del saber, o de la familia patriarcal por las mujeres y los jóvenes. Ante estas diversas luchas, las del proletariado sólo poseerían un cierto privilegio si se pudiese afirmar que, en una transformación revolucionaria de la sociedad, producción y trabajo tienen una importancia desmesurada. Ahora bien, no es éste el caso (lo que no quiere decir que podamos eliminarlos o ignorarlos). La interrelación de todos los aspectos de la vida social y de los problemas que plantearía su transformación excluye el que se pueda definir un punto central y soberano, que dominaría a todos los demás. Aceptar la idea de que existe ese punto, e identificarlo con la producción y el trabajo, pertenece a la metafísica marxista, con su «monismo» y su productivismo, que no es más que la continuación del productivismo capitalista. Que la *empresa* haya sido, y en cierta medida siga siendo, un lugar privilegiado de socialización bajo el

contrario, lo que claramente ha penetrado ha sido el sistema de tesis, el catecismo científico-religioso que ha hecho del marxismo la «correa de transmisión» de las significaciones capitalistas en el proletariado, el medio sutil que asegura la supervivencia y la dominación de los principios capitalistas al nivel más profundo: teorización solemne de la primacía de lo productivo y de lo económico, consagración de la técnica y de la organización de la producción capitalistas como inevitables, justificación de la desigualdad de los salarios, cientificismo, racionalismo, ceguera orgánica ante la cuestión de la burocracia, adoración e importación al movimiento obrero de modelos de organización y de eficacia capitalistas —éstos no son más que algunos de los temas más rotundos en los que a la vez se puede localizar la dependencia profunda del marxismo con respecto a las categorías del universo capitalista, la nefasta influencia que ha ejercido en el movimiento obrero, y lo que le predestinaba a ser la ideología natural de la burocracia. El que pueda tratarse de un marxismo «que deforme» el pensamiento de Marx no tiene importancia alguna (incluso si eso fuese cierto, que no es este caso): es éste, el marxismo histórico efectivo, el otro sólo existente, en el mejor de los casos, entre las líneas de algunos textos³¹. Estos temas —y por excelencia el que los domina y los condiciona a todos: historia y la revolución, que proporciona a los que lo poseen la garantía de la verdad y el derecho a *luzgar* en todos los sentidos del término— han contribuido grandiosamente en reforzar las influencias directas de la sociedad capitalista que el proletariado continuaba sufriendo.

Podemos hoy poner de manifiesto la significación social-histórica de esos temas, y demostrar que pertenecen integralmente al mundo que combatimos. También sabemos que el edificio teórico del marxismo es insostenible, que la inteligibilidad que proporciona del funcionamiento de la sociedad es limitada y finalmente falaz, que su asignación al proletariado una «misión histórica» es mítica, como por lo demás la idea de una misión histórica de

31. V. los textos CS I y II, PO I, RR, RIB, MTR e IG.

capitalismo, es algo sin duda cierto e importante; pero ello no reduce la importancia de los otros lugares de socialización que existen y, lo que es más importante todavía, de *los que están por crear*. Y de todas formas, si consideramos el punto más difícil de una transformación social revolucionaria: la cuestión del hacerse cargo del funcionamiento global de la sociedad, del enfoque explícito del todo social, la experiencia de los últimos veinticinco años en los países con capitalismo moderno muestra que la privatización y la apatía social y política han penetrado aun más profundamente en las capas obreras que en las otras.

Esta situación resuelve también definitivamente la cuestión del marxismo en tanto que concepción teórico-política que se presenta como revolucionaria y en tanto que ideología que pretende resolver el problema de la actividad política bajo el capitalismo. Pues proporciona su última crítica *interna*, independiente de toda crítica simplemente teórica, e incluso independiente del destino histórico final del marxismo como ideología efectiva de la burocracia.

El movimiento obrero ha confluído con el marxismo durante mucho tiempo y en muchos países (no siempre, ni en todos). Esta relación ha desempeñado evidentemente un papel esencial en la evolución de ambos, y a su vez plantea múltiples y difíciles problemas, que no es cuestión de discutir aquí. Pero el movimiento obrero no ha sido el marxismo y el marxismo no ha sido el movimiento obrero. Lo que de fecundo y positivo ha podido aportar el marxismo al movimiento obrero es algo difícil de apreciar. La comprensión de la organización y del funcionamiento de la sociedad capitalista, que, como se ha visto, ya estaba prácticamente constituida en el movimiento obrero durante la primera mitad del siglo XIX, más bien ha sido oscurecida por el al hacerla entrar en el laberinto de una falsa ciencia; la identidad del proletariado y su «autocoscienza», afirmándose, los ha cubierto con el velo metafísico-místico de la «misión histórica». Lo que, en el pensamiento de Marx, era germen, rápidamente congelado, de una nueva orientación, indescifrada e indescifrable para los propios marxistas, apenas ha penetrado, y con motivo, en el movimiento obrero. Por el

quienquiera que sea. Pero lo más importante no es eso. No ya según tal o cual implicación secundaria, sino según la carne y el movimiento de la totalidad de las ideas que lo componen, el marxismo sólo sería admisible como la «expresión consciente» de las aspiraciones y de las actividades de un proletariado que fuese la única clase realmente revolucionaria, animada por el objetivo de abolir la sociedad de clases y de construir una sociedad comunista. Ahora bien, esto el marxismo no lo es ni puede serlo. En primer lugar, porque ya no hay proletariado como única clase realmente revolucionaria; hay un proletariado minoritario en la sociedad, que no se afirma como clase revolucionaria (y ya ni siquiera como «clase») y cuya lucha contra el sistema instituido no es, ni cuantitativa ni cualitativamente, ni más ni menos importante que la de otras capas sociales. Además, porque, de lo que de revolucionario puedan contener estas luchas, del proletariado o de otras capas, el marxismo *no es* expresión consciente, ni simple expresión, siendo a ello, en el mejor de los casos, indiferente y, más a menudo, potencial o abiertamente hostil.

El marxismo ya sólo puede ser, en efecto, ideología en el sentido fuerte de la palabra, invocación de entidades ficticias, de construcciones seudoracionales y de principios abstractos que, concretamente, justifican y encubren una práctica social-histórica cuyo verdadero significado es muy diferente. Hay que ser realmente marxista para ignorar, considerar como anecdótico o racionalizar como accidental, el hecho de que esta práctica sea la de una burocracia que impone su explotación y su dominación totalitaria a un tercio de la población mundial.

*
* *
*

La unión, o mejor, la indistinción que durante largo tiempo ha existido entre el movimiento obrero, las ideologías que a él apelan y el proyecto revolucionario, en la actualidad se encuentra disuelta desde el interior. Si observamos «serenamente» lo que es y lo que se hace, hemos de decir que éste es el resultado provisional de dos siglos de historia y de luchas, prácticas y teóricas.

En una sociedad mundial cuyo armazón en su totalidad se resquebraja, en la que con una acuidad antes nunca conocida se plantea el problema político como problema total, nos atañe más que nunca el proyecto revolucionario engendrado por la clase obrera, aunque su autor se aleje y se confunda entre la muchedumbre de los actores sociales. Nos encontramos en la paradójica situación de entrever cada vez mejor —o al menos, de así creerlo— lo que implica una transformación social-histórica radical, y de ver cada vez menos *quien* puede realizarla.

Pero la situación quizás sólo es paradójica en apariencia. Buscar *un* actor que pueda personificar este proyecto —un hombre, un partido, una teoría o incluso una «clase»— todavía significaría ignorar las exigencias creadas por el desarrollo social-histórico, la amplificación y la profundización requeridas en lo sucesivo por toda actividad revolucionaria. El proyecto revolucionario ha llegado a tal punto que no tendrá sentido, ni realidad, si la aplastante mayoría de los hombres y de las mujeres que viven en la sociedad contemporánea no llegan a asumirlo y a convertirlo en la expresión activa de sus necesidades y de sus deseos. «No hay salvador supremo», y el destino de la humanidad no corre a cargo de ninguna categoría particular.

Julio-septiembre de 1973

1. El «en sí» puramente económico del proletariado

«El proletariado en sí — escribía Trotsky — no es más que objeto sometido a la explotación.» Este momento originario del ser del proletariado aparece históricamente durante la primera fase de su existencia en el seno de la sociedad capitalista, y pese a quedar suprimido por su inclusión en un conjunto más vasto en el curso de la evolución ulterior, no deja por ello de seguir constituyendo el momento fundamental del proletariado a través de todas las fases del desarrollo. En cada momento de su existencia y en cada fase de la sociedad de clases, el proletariado será en primer lugar ese «en sí», objeto sometido a la explotación. Ese «en sí» va a constituir el fundamento de su ser activo, y ello hasta cuando intente superarlo, hasta cuando logre superarlo efectivamente elevándose a otro plano, el plano del «para sí» político: ya que ese «para sí» político sólo adquiere su pleno significado mediante su relación con el «en sí» económico cuya negación constituye (negación que contiene lo que así niega). Sólo la negación de esa negación y de aquello que ésta niega, o sea la superación tanto del «en sí» económico como del «para sí» político, la abolición de toda explotación y de todo Estado, y en definitiva la superación en el seno de la totalidad comunista de la condición misma de proletariado como ser específico, podrá acabar con esa determinación de objeto sometido a la

* [Escrito en marzo de 1948 y publicado por vez primera en francés en *La société bureaucratique: 1, Les rapports de production en Russie*, Paris, UGE, 1973. Recogido en este volumen con la autorización del autor.]

explotación que tiene el proletario, determinación que ha de conservar mientras tanto.

Pero durante la primera fase del desarrollo ese «en sí» sólo nos interesa en la medida en que agota la determinación del proletariado, en la medida en que ser proletariado sólo significa esto: ser objeto sometido a la explotación. En esa medida, el «en sí» ciego agota el ser proletario, y ese «en sí» está desprovisto de toda conciencia. Su «ser en sí» no es por consiguiente más que un «ser para otro», un ser para el capitalista. Si el capitalista es *mediante* el proletario, el proletario es *para* el capitalista durante esa primera fase, y ese «ser para otro» seguirá siendo un momento constitutivo del ser proletario mientras éste continúe existiendo como tal. Insistir en el «en sí» del proletariado, intentar en todo momento reducir totalmente el ser proletario a ese «en sí» ciego, hacer de él pura y simplemente un objeto sometido a la explotación: esa será la orientación general del proceso económico y político en la sociedad capitalista.

2. *La totalidad inmediata de la conciencia proletaria primitiva. El «para sí» inmediato de la rebelión*

Pero ese «en sí» inmediato no es más que una abstracción. El proceso de la producción capitalista tiende a reducir cada vez más al proletario a esa abstracción pero nunca lo consigue plenamente. En primer lugar porque están contenidos (negados y conservados) en el ser proletario todos los elementos del proceso que ha conducido a esa forma, y ante todo el momento de la conciencia, el «para sí» de lo humano. Pero también porque el proletariado ve en su «ser en sí» un «ser para otro», comprende la negación de su ser que constituye ese ser para otro y se alza a la negación de esa negación mediante la rebelión.

a) El punto de partida de ese proceso se encuentra en la negación implicada en el «ser para otro» del proletario. En esa contradicción está ya contenido desde el principio el fracaso del capitalismo como reducción absoluta del proletariado a su «en sí». Por un lado, el capitalismo intenta convertir al proletario en simple ma-

teria bruta de la economía: el proletario ha de convertirse en una pieza más de la máquina. Pero lo que constituye el valor del proletario para el capitalista es precisamente que el proletario es más que una simple pieza de la máquina; el fundamento de la existencia del capitalista es la plusvalía y sólo hay plusvalía porque hoy oposición absoluta entre el hombre y la máquina, entre la repetición y la creación en el proceso de producción. La máquina es el momento de la identidad en ese proceso; sólo hay desarrollo porque hay intervención de lo que se opone fundamentalmente a la máquina o sea del hombre. Por lo tanto, ese «ser en sí» del proletariado sólo puede ser un «ser para el capitalista» en la medida en que contiene un «para sí» elemental. Ahora bien, el capitalismo se ve obligado a afirmar y negar a la vez ese «para sí». A negarlo con su continuo esfuerzo de reducción del proletario a un mero «en sí»; a afirmarlo no sólo por cuanto se ve obligado a conservar la esencia biológica del proletariado como clase, sino también porque se ve obligado a conservar en cierta medida la esencia humana de esa clase, sin la cual pierde precisamente el valor que tiene para él.

b) A partir de ese momento, el capitalismo suscita su propia negación social. Ese «para sí» elemental, ese núcleo de conciencia mantenido a pesar suyo en el proletariado, capta como primer objeto el «en sí» que lo sostiene; adquiere así la certeza inmediata y sensible de su explotación. Pero esa certeza no va más allá de la cosidad; como el «en sí» captado por esa primera conciencia es únicamente el «en sí» físico, la enajenación de ese «en sí» aparece en un plano físico y el «ser para otro» del proletario es captado por su conciencia como un «ser para una cosa»; y esa cosa es la cosa que está ahí en el proceso de producción, esto es: la máquina. La primera negación de la enajenación se afirma pues como negación de la máquina, como intento de destrucción de la máquina. Pero esa conciencia que niega a la máquina está doblemente mistificada; en primer lugar por cuanto hace de una cosa su propio otro —y el otro de la conciencia sólo puede ser otra conciencia— y se rebaja así al nivel de la cosa; mas también en la medida en que su objetivo se presenta como una vuelta atrás, o sea

quiere no ya superar la condición de proletario sino reducir de nuevo esa condición a su expresión más primitiva. Hay pues una doble imposibilidad, interna y externa, en esa primera negación; hay además ignorancia de lo que constituye la fuerza propia del proletariado. El naufragio ante esa doble imposibilidad, la comprensión de lo que es la fuerza propia del proletariado y el paso a la conciencia de la enajenación como enajenación en provecho no de la cosa sino del capitalista como persona, determinan la negación de esa primera negación y el paso a la totalidad de la rebelión.

c) La rebelión es la primera totalidad a la que llega la conciencia proletaria. La rebelión supone que la enajenación es captada como explotación total, como tentativa de reducir tanto el «en sí» físico como el «para sí» consciente del proletario a un «ser para otro»; un otro precisamente determinado de ahora en adelante como capitalista. La rebelión alcanza una comprensión de la totalidad tanto por lo que respecta a su propio sujeto, afirmado no ya como sujeto individual o particular sino como totalidad de la clase desposeída, como por lo que respecta a su objeto, por cuanto esa totalidad de la clase se opone a la totalidad de la otra clase y a su expresión más general que es el Estado. Su contenido mismo es total puesto que exige la supresión de la particularidad, la realización de una igual participación en lo universal económico y la atribución a cada individuo de una fracción real del poder político mediante el pueblo en armas y la Comuna política. En ese sentido, la rebelión constituye la primera exteriorización completa del «para sí» proletario.

Pero ese «para sí» de la rebelión sigue siendo un «para sí» inmediato; la totalidad que pone es una totalidad inmediata por cuanto la realización total de la negación del otro se refiere todavía al otro exterior, a todo lo que se opone al proletariado fuera del proletariado mismo. La clase es afirmada aquí como unidad inmediata, simple y directa, o sea en definitiva como abstracción que ha de conducir forzosamente a la derrota. La derrota de la rebelión es la derrota de la abstracción ante lo concreto negativo del capitalismo como opuesto al proletariado. Es la derrota de la inmediatez ingenua frente

a la mediación desarrollada contenida en lo concreto negativo. El carácter forzoso de esa derrota significa el carácter forzoso del paso a través de una serie de mediaciones durante el cual la conciencia proletaria se profundiza volviendo sobre sí misma, desarrollando su propio otro en el interior de sí misma, para captar y superar su negación no sólo como negación exterior realizada por el capitalismo, sino también como negación interna, oposición intrínseca que tiene primero que llegar a ser explícita, ser captada después como tal, y en definitiva suprimida en la totalidad concreta de la conciencia revolucionaria absoluta.

3. La particularidad de la conciencia reivindicativa. La mistificación de la mediación infinita y el «ser para otro» del reformismo

La derrota de la rebelión no suprime el «para sí» activo de la conciencia proletaria, mas significa la caída en la mediación; pero esa caída es también un ahondar. La totalidad inmediata «para sí» se fragmenta en una serie de momentos particulares. Esa reducción a lo particular se efectúa de dos modos: en primer lugar como fragmentación del objetivo final que se había dado la rebelión (y que parece ahora inmediatamente inaccesible) en una serie de objetivos particulares. Así se constituye la reivindicación como momento central del «para sí» proletario durante esa fase. En segundo lugar como división del trabajo en el seno de la propia clase, una clase que parece haber sido convenida por la derrota de la rebelión de que su acción total es vana y peligrosa y que permite pues que de su acción se haga cargo una de sus partes. Así se constituye la burocracia obrera —sindical y política— como base real del «para sí» proletario durante esa fase.

Da así la conciencia proletaria un gran paso adelante. Realiza parte de los objetivos que se proponía alcanzar primitivamente y que parecen ahora no poder ser realizados en su totalidad. Esa realización aleja a su ser de ese nudo «en sí» al que quería reducir el capitalismo. Limita cuantitativamente su enajenación, tanto por lo que

respecta a la magnitud de la plusvalía como por lo que respecta a la jornada de trabajo. Se alza por último en una de sus partes —esa burocracia obrera que surge y se desarrolla sobre el terreno de la reivindicación— por encima de la condición proletaria, y parece llegar a un «para sí» absoluto.

Pero bajo esa positividad exterior aparece cada vez más claramente el engaño contenido en germen. La base de ese engaño es la presentación de lo particular como idéntico a lo universal: la reivindicación se presenta como la mediación necesaria entre la enajenación presente y la libertad futura, y es efectivamente esa mediación; comienza el engaño a partir del momento en que esa mediación se presenta como un fin, o mejor dicho, a partir del momento en que el paso de la enajenación a la libertad se presenta como una serie infinita de mediaciones que parecen no tener término («el objetivo no es nada, el movimiento lo es todo»). La totalidad del objetivo sería pues el resultado de una simple adición aritmética de los fragmentos particulares de ese objetivo. Al descomponer así una totalidad cualitativa en partes cuantitativas, la conciencia reivindicativa se mistifica a sí misma, por cuanto cree que un movimiento en sentido inverso es igualmente posible, sin tener en cuenta la cualidad del todo, irremediablemente perdida en sus fragmentos cuantitativos. El reformismo es en el fondo esa imposible sustitución de trozos sucesivos de enajenación suprimida por trozos sucesivos de libertad conquistada. Esa concepción cuantitativa se hace añicos ante la realidad de la libertad, que es totalidad o no es nada.

El reformismo implica además una mediación personal entre el proletario y el capitalista: el burócrata obrero. La burocracia se presenta también a sí misma como una mediación necesaria. La mistificación contenida en esa mediación consiste, por lo que se refiere al propio proletariado, en que se pretende suprimir una enajenación substituyéndola por otra. En la medida en que el burócrata se presenta como un elemento necesario de la liberación, y en la medida en que su existencia implica que la liberación sólo es posible gracias a él, una parte de la clase se substituye al conjunto de la clase, presentándose como ese conjunto. Verdad es que la bu-

rocracia está ahí efectivamente en lugar de ese conjunto, puesto que localiza y concentra el «para sí», la conciencia y la dirección de la clase; puesto que, en definitiva, se pone a sí misma como un «para sí», como un fin de sí mismo en la historia. El proletariado se enajena de nuevo, y esa enajenación se añade a la enajenación fundamental a la que le somete el capitalismo.

Pero el «para sí» del burócrata es un falso «para sí», y el propio burócrata está mistificado. Como la razón de ser del burócrata es la reivindicación, y que el único resultado objetivo de la reivindicación es alejar, mediante lo particular que puede ser inmediatamente captado, lo universal constantemente postergado, la conservación del capitalismo se convierte en razón de ser objetiva del burócrata reformista; luego el «ser para sí» del reformista se convierte en «ser para el capitalista», y los propios mistificadores son mistificados. Cuando toma conciencia de esa situación, el burócrata reformista se transforma subjetivamente en agente del capitalismo en el seno del proletariado; y se realiza así completamente la enajenación del propio burócrata, por cuanto se separa de su propia clase. La mistificación reformista se convierte en algo totalmente explícito y visible, como tal, para el proletariado.

4. *La singularidad de la conciencia anarquista*

Al mismo tiempo que cae con una de sus partes en lo particular, la conciencia proletaria se alza, a través de otra parte, hasta el momento de la singularidad. Si la conciencia reformista significa la reducción del fin histórico a una serie de objetivos particulares y la particularización real de la base humana del movimiento (al substituirse la burocracia a la clase), la conciencia anarquista parece mantener la totalidad del objetivo al reducir el sujeto del movimiento al individuo, a lo singular, donde parece haberse refugiado la vitalidad de la clase vencida. En realidad la conciencia anarquista permite mantener durante ese período la totalidad inmediata del objetivo de la rebelión, totalidad ocultada por el reformismo, al presentarse como oposición constante a éste;

pero en ese mantenimiento, que no es más que repetición, hay un doble engaño: engaño porque substituye a la clase por el individuo y hasta afirma que el objetivo puede ser ya realizado individualmente en el seno de la enajenación capitalista; pero también porque, aun cuando se despoje de su individualismo (en el «anarco-comunismo»), presenta el objetivo como objetivo inmediato en su totalidad sin tener en cuenta la mediación, o sea en definitiva intentando saltar por encima de ese «para sí» que todavía no se ha alcanzado. Y ese salto no es en realidad más que una vuelta hacia atrás, hacia la rebelión inmediata.

5. *La síntesis imperfecta de la rebelión revolucionaria y el «partido revolucionario»*

El mantenimiento de una oposición cada vez más radical entre el proletariado y la burocracia reformista y la supresión de la oposición entre la burocracia reformista y el capitalismo determinan a la larga una identificación entre capitalismo y burocracia reformista. A partir del momento en que esa identificación es captada como tal por la conciencia proletaria, la mistificación reformista aparece explícitamente, y se impone la necesidad de la destrucción del reformismo al mismo tiempo, y por los mismos motivos, que el capitalismo. Surge de nuevo la voluntad de negación de la enajenación contenida en la reivindicación, pero sin la mistificación de esa mediación infinita que ha resultado ser mediación para el capitalismo. Surge la reivindicación revolucionaria como concreción de la negación del capitalismo, negación incompatible exteriormente con éste, negación cuya realización supone la supresión de éste. Surge el «partido revolucionario» como concreción, en el seno del proletariado, de la voluntad de supresión del capitalismo y de la conciencia revolucionaria.

De ese modo el proletariado «llega al poder» y destruye exteriormente el capitalismo. Y cuando no «llega al poder», se agrupa en torno al «partido revolucionario», dándose como objetivo explícito la destrucción del capitalismo. Ese momento aparece pues como lo que es en

realidad: una victoria de la conciencia revolucionaria.

Pero esa victoria contiene su propia negación; ya que mantiene, en el plano del sujeto de la revolución, el momento de la particularidad como momento no suprimido. Ese momento de la particularidad está constituido por el «partido revolucionario», que se diferencia de la totalidad de la clase tanto desde el punto de vista de la estructura como desde el punto de vista del contenido. Esa particularización está fundada además en el mantenimiento de un principio eminentemente alienante, el principio de la división del trabajo: división fija y estable entre la «dirección» y la «ejecución», entre el trabajo intelectual y el trabajo físico, distinción y división a la postre entre la «conciencia del proletariado», localizada ahora en el «partido revolucionario», y un cuerpo del proletariado privado de conciencia; privación continuamente agravada por esa «conciencia» que es el partido, que se afirma así ella misma como conciencia irremplazable. La distinción se convierte en división, la división en oposición, y la oposición, por último, en contradicción entre el proletariado y su propio «partido revolucionario».

Por otro lado, la reivindicación revolucionaria que anima durante esa fase la toma de conciencia revolucionaria no es más que una negación exterior del capitalismo; no hay todavía verdadera síntesis, ya que no sólo lo que se niega así es únicamente la exterioridad de la enajenación, sino que, además, esa negación no es todavía la afirmación propia del proletariado por sí mismo; lo que se reivindica es la abolición del poder capitalista; el poder propio del proletariado sólo se afirma como poder del «partido revolucionario», o sea a la postre como negación del poder propio del proletariado.

6. *La universalidad abstracta del burocratismo. Engaño universal de la abstracción burocrática. El «ser para sí» absoluto de la burocracia es en definitiva un «ser para nadie»*

Partiendo de la enajenación de la conciencia, la burocracia revolucionaria realiza rápidamente la enajenación

total; ya que para el proletariado no hay otra alternativa: conciencia total y poder universal o enajenación total y mistificación universal. La expropiación de la conciencia en provecho de la burocracia y la expropiación física corren parejas, ya que el monopolio de la conciencia sólo es posible sobre la base del monopolio de las condiciones de la conciencia. Como esas condiciones son esencialmente materiales, vuelve a aparecer la explotación y con ella la tendencia a reducir al proletariado a su pura materia física. Esa tendencia puede obrar ahora de modo más profundo que en el marco del capitalismo. La explotación capitalista contiene una contradicción a la que ya hemos aludido (2). Esa contradicción está determinada en último término por la búsqueda de la ganancia en su forma capitalista. Pero con la dominación de la burocracia, la ganancia se convierte en ganancia universal abstracta, desaparece la competencia, al menos en su forma económica, y en la producción, que ya no está determinada por su ganancia concreta, puede desarrollarse ahora libremente el intento de reducir al proletariado a una simple pieza de la máquina. De ahí que el paso del «en sí» al «para sí» sea infinitamente más difícil para el proletariado en este caso.

Como la burocracia surge en el terreno mismo de la destrucción del capitalismo y mediante ésta; como la aparición de su oposición al proletariado no significa la supresión de su oposición al capitalismo (como con el reformismo) sino al contrario, agudiza esa oposición; como su llegada al poder, por último, implica la lucha física del proletariado contra el capitalismo y la eliminación de éste, la burocracia aparece como la negación del capitalismo. Pero esa negación no es más que una negación abstracta y el poder de la burocracia no es más que la forma abstracta del poder del proletariado; puede decirse que la burocracia es, en ese sentido, la síntesis negativa del capitalismo y del proletariado. Es la síntesis negativa en la medida en que mantiene (en tanto que *no* suprimidos) la negatividad total del contenido capitalista como enajenación y la negatividad del momento de la conciencia proletaria que es su fundamento, o sea de la universalidad abstracta. La forma en la que esa universalidad abstracta aparece en primer lugar es la forma

de la economía, con la supresión de la posesión singular o particular de las formas productivas y la aparición del Estado como poseedor universal. Pero como el Estado no es más que una abstracción, esa posesión estatal es una universalidad abstracta que oculta la posesión de la burocracia y al mismo tiempo la domina. La universalidad abstracta aparece también en la política, puesto que el Estado o el «pueblo» es presentado como sujeto del poder siendo en realidad ese poder el de la burocracia.

La mistificación que engendra así la burocracia es pues universal. Es un engaño de proporciones infinitamente mayores que la mistificación reformista, que puede ser fácilmente descubierta y denunciada puesto que el reformismo no es de hecho más que una expresión del capitalismo y que esa identidad puede ser ya percibida en la vida en el seno de la sociedad capitalista. Como, por definición, el objeto y el propio ser del reformismo sólo pueden ser parciales, la mistificación que representa sólo puede ser parcial. Pero el objeto de la burocracia es objeto universal, es el Estado y la sociedad en su conjunto; la propia burocracia se afirma como sujeto universal para sí. Su mistificación sólo puede ser universal, engaño de todos y en todo. La esencia de ese engaño es la abstracción, y la presentación de lo universal abstracto, que por cuanto abstracto cubre forzosamente un concreto determinado, como idéntico a lo universal concreto, la presentación de la negación abstracta como idéntica a la negación concreta, única posición positiva. La burocracia presenta pues al proletariado la supresión de la enajenación capitalista como idéntica a la supresión de la enajenación en general y de toda enajenación; presenta la «nacionalización» y la «planificación estatal» de la economía como idénticas a la colectivización y a la planificación comunista; la destrucción del poder capitalista como idéntica a la destrucción del poder de clase; al «pueblo» abstracto como idéntico al pueblo concreto, y el terror como idéntico a la libertad.

Pero si en ese estadio la enajenación es total, y universal el engaño, eso significa que son también enajenación y mistificación de la propia burocracia. La burocracia se pone ante sí misma como «ser para sí» absoluto; mas ese «para sí» se hunde en la abstracción que cons-

ces salvarse tras nuevas mediaciones y nuevos avatares. Hasta aquí puede llegar el conocimiento; en lo que viene después no se trata ya de conocimiento sino de voluntad histórica, voluntad que acepta como supuestos la ambigüedad de todo conocimiento, la victoria y el fracaso, y que ha suprimido unilateralmente esa ambigüedad en su identificación total con su objetivo pensado.

7. El paso a la universalidad concreta. La conciencia revolucionaria absoluta

a) El burocratismo tiende a realizar mucho más completamente que el capitalismo la reducción del proletariado a su pura materia física. La base de esa posibilidad es la supresión de la competencia, que es en definitiva la supresión del motor de la acumulación, y por tanto la reducción de la plusvalía a una función puramente estática: el mantenimiento de la clase parasita. De ahí que, en esa medida, la clase burocrática no esté ya obligada a mantener la creatividad del trabajo. Pero la contradicción que contiene la enajenación de la fuerza de trabajo vuelve a surgir, aunque sea con distinta forma: el intento de suprimir el «para sí» del trabajador (que se manifiesta de modo elemental como creatividad) y de insistir en el «en sí» (o sea de aumentar continuamente la explotación), contiene una contradicción patente que se traduce aquí por la disminución del producto de la fuerza de trabajo y por consiguiente de la propia plusvalía; cuanto más pesa la burocracia sobre el nivel de vida del proletariado, más baja globalmente el valor de los productos, debido al descenso brutal de la productividad cuantitativa. A ese descenso, la burocracia sólo puede responder con un aumento del número de obreros, con una proletarización aun más completa del conjunto de la sociedad. b) Si el paso del «en sí» al «para sí» se convierte en esas condiciones en algo subjetivamente más difícil, es sin embargo muchísimo más fácil objetivamente. Mucho más fácil objetivamente: esto quiere decir que todos los datos del problema y hasta su solución están ahí, pues- tos explícitamente. El papel parasito de la burocracia aparece claramente; de todas las oposiciones, suprimidas,

tituye la esencia de la burocracia. La burocracia se pone como conciencia de la historia, separada del cuerpo de ésta; pero esa conciencia sin cuerpo no es más que una conciencia fantasmagórica que se desvanece por sí misma; privada de cuerpo, la burocracia pierde también rápida- mente la «conciencia» a partir de la cual se formó. Se convierte en cuerpo empujehicido y parcial, y lo que le queda de conciencia se pone al servicio de ese cuerpo; se enajena así ella misma en provecho de su nuda corporeidad, y enmudece. Su intento de reducir al proletariado a no ser sino una pieza más de la máquina de producción se vuelve contra ella misma; ya que la continuidad de lo social, de lo social hecho de abstracciones, hace que todos los medios empleados contra el proletariado tengan un efecto en el seno de la propia burocracia; el terror utilizado contra el proletariado se convierte rápidamente en terror universal; a la explotación física del proletariado, a su reducción a un «ser explotado», corresponde como antitesis simétrica la explotación del burocrata por su propio cuerpo, su reducción a un «ser para la explotación», su destino de parasito social e histórico; y la explotación intelectual a la que es sometido el proletariado se convierte por último en cretinismo e imbecilidad de la propia burocracia. La propia burocracia se convierte a la postre en simple pieza de la máquina social al servicio de la abstracción; ya que su propia corporeidad, a cuyo servicio cree estar, se convierte en pura abstracción a medida que se descubre su total ausencia de significación histórica; ya que resulta que tras esa corporeidad no hay nada, y hasta que, en el marco de la enajenación total, ni siquiera es para sí misma. El «ser para sí» de la burocracia resulta ser un «ser para la abstracción», o sea en definitiva un «ser para nadie».

Ditase pues que la sociedad misma llega a ser algo totalmente vano, y que la historia se hunde en la nada de la abstracción universal. Y es que la ambigüedad que determina todo momento de la conciencia llega a ser aquí totalmente explícita: o la conciencia revolucionaria volverá a afirmarse para pasar a la universalidad concreta, para suprimir la abstracción burocrática y realizar el comunismo; o será vencida por la abstracción y la historia se hundirá en lo monstruoso, del que sólo podrá enton-

sólo queda una: la oposición entre explotadores y explotados; toda falsa mediación —como por ejemplo una reivindicación reformista o una «burocracia obrera» especial— es ahora radicalmente imposible; hasta la forma misma de la solución está puesta ahí; puesto que toda relación individual con los medios de producción ha sido suprimida, al ser el Estado el sujeto de toda propiedad, basta con suprimir ese Estado y substituirlo por el propio proletariado. La sociedad burocrática plantea al proletariado este dilema en sus términos más desnudos, más sencillos y más profundos; le grita a cada recodo: o lo serás todo o no serás nada; entre tu propio poder y los campos de concentración no hay término medio; de ti depende que en la sociedad seas amo o esclavo.

c) La realización del poder de la burocracia, al presentar la forma más brutal y más total de la explotación, es al mismo tiempo el fin del engaño burocrático. La esencia de la burocracia como negación propia del proletariado se pone al descubierto. En la medida en que el proletariado capta esa negación, la capta como conclusión y síntesis de toda la evolución anterior. El proletariado puede ahora liberarse de todo engaño, no sólo exterior sino también interno. Puede comprender que de lo que se trata ahora es, no sólo de oponerse exteriormente a otro, de destruir todo poder fuera de él, sino de realizar positivamente su propio poder. Tiende por tanto a suprimir desde el primer momento en su propio seno toda distinción fija, tanto respecto al poder como en lo que se refiere a los ingresos. Esa conciencia del proletariado, que es conciencia de sí, afirmación de sí misma como objetivo propio, que ha llegado a afirmar todo lo otro, tanto dentro como fuera de sí misma, bajo la forma del *sí mismo*, y cuyo único objetivo es ahora llevar al poder su propio «sí mismo», es la conciencia revolucionaria absoluta, que sólo ha podido realizarse tras la serie de mediaciones y extrañamientos que supone. Pero una vez realizado su objetivo exterior, la conquista del poder, lo suprime y se suprime así a sí misma como conciencia revolucionaria del proletariado; se convierte así en conciencia absoluta a secas, en humanidad comunista, universalidad concreta infinitamente diferenciada en el seno de sí misma.

El partido revolucionario *

1. La crisis actual del grupo es simplemente la expresión más agudizada de la crisis permanente que atraviesa desde que se ha constituido y que ha tomado una forma más violenta cada vez que se han planteado problemas relacionados con sus relaciones con el exterior (salida del P.C.I., primera discusión sobre el carácter de la revista en el otoño de 1948, contenido de la revista cuando la redacción del n.º 1). Como raíz de las divergencias, cada vez hemos podido encontrar la falta de clarificación sobre las cuestiones del partido revolucionario y de nuestra orientación estratégica y táctica.

2. La solución de estos problemas, tanto desde el punto de vista teórico general como desde el punto de vista de nuestra orientación, se ha convertido en una cuestión vital para el grupo. Si una vez más venciese la actitud consistente en rechazar la discusión y la toma de posición sobre estos problemas, bajo el pretexto de que la situación histórica o nuestras fuerzas subjetivas no nos permiten responder en la actualidad, ello significaría la disgregación del grupo. Se ha puesto de manifiesto que desde ahora nos resulta imposible funcionar colectivamente si no sabemos exactamente qué tipo de actividad es la nuestra, en qué marco, tanto histórico como inmediato, se inscribe esta actividad, qué vinculación tenemos con la clase obrera y con la lucha que, incluso en las formas más mutiladas, ésta mantiene constantemente, cuál es por último, nuestra definición organizativa y cuáles son los principios en los que ésta se basa. La aparición de la revista, al hacernos adquirir respon-

* «Le parti révolutionnaire», *S. ou B.* 2 (mayo de 1949). Véase más adelante la «Nota final» a este texto.

sabibilidades públicas, nos impone responder a estas cuestiones de un modo concreto e inmediato.

3. Resulta innegable que el grupo se encuentra actualmente en un momento crucial de su existencia y ha de responder al radical dilema ante el que se encuentra. Este dilema viene definido por la ambigüedad objetiva tanto del grupo en su estado actual como del primer número de la revista. El grupo puede formar el punto de partida para la formación tanto de una organización proletaria revolucionaria como de una agrupación fortuita de individuos que sirvan de Comité de redacción de una revista más o menos académica.

Esto significa que el grupo no ha logrado dar a su trabajo un carácter claramente político. Para hacerlo, hubiese sido preciso *en primer lugar y ante todo que se considerase a sí mismo* como una organización política. Ello implicaría conclusiones teóricas, programáticas y organizativas que hasta el momento no se han sacado o aplicado. Ahora bien, actualmente este carácter político del grupo es objetivamente impugnado, por el cuestionamiento de la idea de la disciplina en la acción, de la necesidad de una dirección efectiva del grupo, de la vinculación entre el programa de la revolución y sus formas organizativas. Si esas concepciones fuesen adoptadas, eliminarían definitivamente toda posibilidad de que el grupo se convirtiera en un núcleo de una organización política revolucionaria.

4. Si esas concepciones, equivalentes objetivamente a la negación del carácter político del grupo, prevaleciesen, el grupo se vería conducido inevitablemente a su desintegración. Y ello porque estas posiciones están en contradicción consigo mismas y porque no pueden servir de base y de criterio a ninguna actividad a no ser la «controntracción», el intercambio de opiniones. Es evidente que los camaradas que pertenecen al grupo (inclusivo los camaradas que han formulado las concepciones aquí criticadas) han llegado a él para ejercer una actividad política y que el grupo nunca podrá reclutar más que sobre una base y para objetivos políticos. La única solución de la crisis es la politización del grupo y de su trabajo.

5. Política es la actividad coherente y organizada

encaminada a apoderarse del poder estatal, para aplicar un programa determinado. No es política, en sí misma, ni la redacción de libros, ni la publicación de revistas, ni la propaganda, ni la agitación, ni la lucha en barriadas, que son únicamente *medios* que pueden desempeñar un enorme papel político, pero que solo se convierten en medios políticos en la medida que están conscientes y explícitamente ligados al objetivo final que es disponer del poder estatal para poder aplicar un programa determinado. Tanto la forma como el contenido de la actividad política varían, evidentemente, según la época histórica en la que ésta se sitúa y la clase social cuyos intereses expresa. Así, la política proletaria es la actividad que coordina y dirige los esfuerzos de la clase obrera para destruir el Estado capitalista, instalar en su lugar el poder de las masas armadas y realizar la transformación socialista de la sociedad. Esta política es la exacta antítesis de todas las que la han precedido *excepto en un punto:*

6. En la medida que se admite que la actividad política revolucionaria en el período actual es la forma superior de la lucha de la humanidad por su emancipación, se reconoce con ello que la primera tarea que se impone a todos los que han tomado conciencia de la necesidad de la revolución socialista es agruparse para preparar colectivamente esta revolución. De ahí se deducen inevitablemente los rasgos fundamentales de toda acción política colectiva permanente, a saber: la base de la coherencia de toda acción colectiva, es decir, un programa histórico e inmediato, un estatuto de funcionamiento, una acción constante hacia el exterior.

Y a partir de estos rasgos puede definirse el partido revolucionario. El partido revolucionario es el organismo colectivo, que funciona según un estatuto determinado y de acuerdo con un programa histórico e inmediato, que tiende a coordinar y dirigir los esfuerzos de la clase obrera para destruir el Estado capitalista, instalar en su lugar el poder de las masas armadas y realizar la transformación socialista de la sociedad.

7. La necesidad del partido revolucionario se deduce simplemente del hecho de que no existe otro organismo

de la clase capaz de realizar estas tareas de coordinación y de dirección de una manera permanente antes de la revolución, y de que la existencia misma de otro organismo de ese tipo es imposible. Las tareas de coordinación y de dirección de la lucha revolucionaria en todos los planos son tareas permanentes, universales e inmediatas. Los organismos capaces de cumplir estas tareas, abarcando a la mayoría de la clase o reconocidos por ella y surgiendo en la base, en las fábricas, sólo aparecen en el momento de la revolución. Además, estos organismos (órganos de tipo soviético) sólo se elevan a la altura de las tareas históricas en función de la acción constante del partido durante el período revolucionario. En cuanto a los otros organismos que puedan surgir en las fábricas agrupando sólo elementos de vanguardia (comités de lucha), en la medida que se planteen la realización de estas tareas de una manera permanente y a escala nacional e internacional, serán organismos del tipo del partido. Sin embargo, ya hemos explicado que los comités de lucha, por el hecho de que no tienen fronteras estrictas y un programa claramente definido, son embriones de organismos soviéticos y no embriones de organismos del tipo partido.

8. El enorme valor de los comités de lucha, en el futuro, no proviene del hecho de que reemplazarán al partido revolucionario —cosa que no pueden ni deben hacer— sino de que representan la forma permanente de reagrupamiento de los obreros que toman conciencia del carácter y del papel de la burocracia. Forma permanente, no en el sentido de que un comité de lucha una vez creado persistirá hasta la revolución, sino en el de que cada vez que los obreros quieran agruparse en torno a posiciones antiburocráticas, sólo podrán hacerlo bajo la forma del comité de lucha. En efecto, los problemas permanentes que plantea la lucha de clases en sus formas más inmediatas y cotidianas hacen indispensable una organización de los obreros, y una dura experiencia ha mostrado a éstos hasta qué punto es esa organización necesaria. El hecho, por otra parte, de que la organización clásica de las masas creada para responder a estos problemas, el sindicato, se haya convertido, y vaya a serlo forzosamente cada vez más, en instrumento de la burocracia y

del capitalismo estatal, obligará a los obreros a organizarse independientemente de la burocracia y de la propia forma sindical. Los comités de lucha han trazado la forma de esta organización de la vanguardia.

Aunque los comités de lucha no resuelven la cuestión de la dirección revolucionaria, del partido, sin embargo son el material básico para la construcción del partido en el período actual. En efecto, no sólo pueden ser para el partido un medio vital para su desarrollo, tanto desde el punto de vista de las posibilidades de reclutamiento como de la audiencia que ofrecen a su ideología; no sólo las experiencias de su combate son un material indispensable para la elaboración y la concretización del programa revolucionario; sino que serán además las manifestaciones esenciales de la presencia histórica de la clase incluso en un período en el que toda perspectiva inmediata positiva falta, como es el período actual. A través de ellos la clase lanzará asaltos parciales, pero extremadamente importantes, contra la losa burocrática y capitalista, asaltos que serán indispensables para que mantenga la conciencia de sus posibilidades de acción.

A la inversa, la existencia y la actividad del partido es una condición indispensable para la propagación, la generalización y el pleno desarrollo de la experiencia de los comités de lucha, pues sólo el partido puede elaborar y propagar las conclusiones de su acción.

9. El hecho de que la clase no puede crear antes de la revolución, para la realización de sus tareas históricas, otro organismo que el partido, no sólo no es producto del azar, sino que responde a profundas características de la situación social e histórica del capitalismo decadente. La clase, bajo el régimen de la explotación, está determinada en su conciencia concreta por una serie de poderosos factores (las fluctuaciones temporales, las diversidades corporativas, locales y nacionales, la estratificación económica) que hacen que su unidad social e histórica, en su existencia real, se vea ocultada por un conjunto de determinaciones particulares. Por otra parte, la alienación que sufre en el régimen capitalista hace imposible que se consagre de modo inmediato a la realización de las infinitas tareas que exige la preparación de la revolución. Sólo en el momento de la revolución supera la clase su

alienación, y afirma concretamente su unidad histórica y social. Antes de la revolución, sólo un organismo estrictamente selectivo, fundado en una ideología y un programa claramente definidos, puede defender el programa de la revolución en su conjunto, y plantearse colectivamente la tarea de la preparación de la revolución.

10. La necesidad del Partido Revolucionario no cesa con la aparición de organismos autónomos de masas (organismos soviéticos). Tanto la experiencia del pasado como el análisis de las condiciones actuales muestran que estos organismos sólo han sido y sólo serán, al principio, formalmente autónomos y de hecho estarán influenciados o dominados por ideologías y corrientes políticas históricamente hostiles al poder proletario. Estos organismos sólo llegan a ser efectivamente autónomos a partir del momento en que su mayoría adopta y asimila el programa revolucionario, que hasta entonces sólo el partido ha defendido sin compromiso. Pero esta adopción nunca se ha realizado y nunca se realizará automáticamente; la lucha constante de la vanguardia de la clase contra las corrientes hostiles es una condición indispensable para ello. Esta lucha exige una coordinación y una organización tanto más extremadas cuanto más crítica es la situación social, y el partido es el único marco posible para esta coordinación y organización.

11. La necesidad del partido revolucionario sólo desaparece con la victoria mundial de la revolución. Sólo cuando el programa revolucionario y el socialismo han conquistado a la mayor parte del proletariado mundial llega a ser superfluo un organismo de defensa de ese programa, distinto de la organización de esta mayor parte de la clase mundial, y puede entonces el partido realizar su propia supresión.

12. Nuestra crítica de la concepción de Lenin según la cual «la conciencia política es introducida desde fuera en el proletariado por el Partido» no implica en modo alguno que abandonemos la idea de partido. Este abandono es igualmente ajeno a la posición de Rosa Luxemburgo, a la que sin embargo tan a menudo se invoca. He aquí lo que declaraba Rosa sobre esta cuestión: «...La tarea de la socialdemocracia no consiste tan sólo en la preparación técnica y en la conducción de esas huel-

gas sino — y sobre todo — en la dirección política de todo el movimiento. La socialdemocracia es la vanguardia más ilustrada del proletariado, la que posee más conciencia de clase. No debe ni puede esperar con fatalismo y las manos cruzadas la aparición de la «situación revolucionaria», ni esperar hasta que el movimiento espontáneo del pueblo pueda descender del cielo. Por el contrario, tanto en este caso como en todos los demás, ha de permanecer a la cabeza del desarrollo de las cosas y ha de procurar acelerar ese desarrollo». De hecho, la concepción de la espontaneidad que en la actualidad subyace frecuentemente en las críticas a la idea de partido es mucho más una concepción anarcosindicalista que la concepción de Rosa.

13. El análisis histórico muestra que en el desarrollo de la clase siempre han desempeñado un papel preponderante e indispensable las corrientes políticas organizadas. En todos los momentos decisivos de la historia del movimiento obrero el avance ha venido expresado por el hecho de que la clase, bajo la presión de condiciones objetivas, ha llegado al nivel de la ideología y del programa la fracción política más avanzada, y, o se ha fundido con esta — como en la Comuna — o ha seguido sus consignas — como durante la revolución rusa. Desde luego, no son estas fracciones organizadas las que han hecho «penetrar» en la clase desde fuera el grado de conciencia más elevado de la época — y esto basta para retar la concepción de Lenin; la clase ha llegado a ello por la acción de los factores objetivos y por su propia experiencia. Pero sin la acción de estas fracciones la lucha nunca habría sido llevada hasta tan lejos, ni hubiera tomado la forma que ha tomado.

Estas fracciones políticas organizadas han permitido a la vez la distinción de etapas en el movimiento obrero, la constitución del movimiento en cada fase de acuerdo con un programa que expresa clara y universalmente las necesidades de la época, y la objetivación de la experiencia proletaria (incluso cuando ésta ha sido negativa) hasta el punto de que pueda formar la base de partida para el posterior desarrollo. Podemos decir, sin vacilar, que cada vez que el movimiento sólo ha sido espontaneidad pura, sin la preponderancia de una fracción política organizada — ya se

trate de junio de 1848, de la Comuna de París, de 1919 en Alemania o de la Comuna de Asturias en 1934— cada vez llegó al mismo punto: la manifestación de la rebelión de los obreros contra la explotación, de su tendencia hacia una organización comunista —y la demostración de su inevitable derrota sobre esta base, derrota que expresaba la falta de una conciencia clara y coherente de los objetivos y de los medios.

La oposición entre las concepciones igualmente falsas de la «espontaneidad pura» y de la «conciencia inculcada desde fuera» sólo puede resolverse si se comprende correctamente, por un lado, las relaciones entre la parte y el todo, la fracción de la clase y la clase en su conjunto, y entre el presente y el futuro por otro, entre la vanguardia que se agrupa desde ahora en torno al programa revolucionario y empieza de inmediato a preparar la revolución y la masa que sólo entra en escena en el momento decisivo.

14. Las concepciones que, tomando como pretexto la posibilidad de burocratización, niegan la necesidad de una organización política previa a la revolución que realice las funciones de dirección de la clase, dan prueba de una completa ignorancia de las características y de las leyes más profundas de la estructura y del desarrollo de la sociedad moderna.

La racionalización de la vida social, la transformación de todos los fenómenos históricos en fenómenos mundiales, la concentración de las formas productivas y del poder político no sólo son las características dominantes, sino las características *positivas* de la sociedad moderna. No sólo resultaría imposible la revolución proletaria sin la constante profundización de estas características, sino que el papel de la revolución consistirá en llevar la realización de estas tendencias hasta el máximo.

La realización de esta tarea, la victoria de la revolución —pero también la simple lucha contra adversarios archirracionalizados, ultraconcentrados y que ejercen un poder mundial— imponen al proletariado y a su vanguardia unas tareas sin precedentes de racionalización, de conocimiento de la sociedad actual en toda su extensión, de contabilización y de inventario, de concentración y de organización. El proletariado no podrá vencer, ni siquiera

luchar seriamente contra sus adversarios —adversarios que disponen de una formidable organización, de un completo conocimiento de la realidad económica y social, de cuadros educados, de todas las riquezas de la sociedad, de la cultura y de la mayor parte del tiempo del propio proletariado— más que si dispone de un conocimiento, de una organización de contenido proletario, *superiores* a los de sus adversarios mejor equipados en este aspecto. Del mismo modo que, en el plano económico, nuestra lucha contra la concentración capitalista no significa el retorno hacia una multitud de «productores independientes», como quería Proudhon, sino el último paso en el camino de esta concentración al mismo tiempo que la transformación radical de su contenido —en el plano político, nuestra lucha contra la concentración capitalista o burocrática no significa en modo alguno un retorno hacia formas más fragmentadas o más «espontáneas» de acción política, sino el último paso hacia un poder mundial, al mismo tiempo que la total transformación del contenido de ese poder.

Con la más elemental evidencia se deduce que la realización de semejantes tareas no se improvisa. Resulta absolutamente indispensable una larga y minuciosa preparación. No podemos imaginar que la solución de estas cuestiones se inventará a partir de la nada por organismos fragmentarios, a menudo sin vinculación entre sí y en cualquier caso extremadamente inestables y variables tanto en cuanto a su contenido humano como en cuanto a su contenido político e ideológico. Ahora bien, la cuestión de la capacidad del proletariado para derribar la dominación de los explotadores e instaurar su poder, e incluso de luchar por éste, no es sólo la cuestión de su capacidad física, ni siquiera de su capacidad política, en el sentido general y abstracto, sino también la de su capacidad en el plano de los medios, de su capacidad organizativa, racionalizadora y técnica. Es totalmente absurdo pensar que estas capacidades le vienen automáticamente conferidas por el régimen capitalista y que aparecerán como por encanto el día D. El desarrollo de estas capacidades depende en gran medida de la lucha permanente que las fracciones más conscientes de la clase explotada llevan ya a cabo en el seno del régimen de explotación

para elevarse al nivel de las tareas universales de la revolución. No existe, ni aquí, ni en ninguna otra parte, automatismo en la historia.

15. Sin embargo, la adquisición de estas capacidades universales no sólo exige una larga preparación, sino que no concierne y, dado el estado de las condiciones sociales del régimen de clase y el peso de la alienación, no puede concernir a la totalidad indistinta de la clase, y sobre todo no puede concernir *únicamente* al proletariado manual. Hay que tener claramente conciencia —y propagar esta conciencia— del enorme papel que los trabajadores intelectuales fatalmente tenderán que desempeñar en la revolución socialista y en su preparación. Si nos hemos separado estrictamente de la concepción del *«Qué hacer?»*, según la cual sólo los intelectuales pueden y deben haber penetrar desde fuera una conciencia socialista dentro del proletariado, con igual fuerza hemos de levantar nos contra los que, en la actualidad, quieren erigir un muro —que la realidad económica hace tiempo que ya ha abolido— entre los trabajadores intelectuales y manuales, separar de hecho unos de otros y propagar un feticchismo del trabajo manual y de los organismos «de las fábricas». Si Lenin decía que separar a los obreros y los intelectuales significa entregar los primeros al tradeunionismo y los segundos a la burguesía, en la actualidad podemos decir con mucha más fuerza y verdad que separar así a los intelectuales de los manuales significa entregar los primeros a la burocracia y los segundos a la rebelión desprovista de universalidad, condenar a los primeros a la prostitución y a los segundos a la detrota histórica.

Lenin cometa el error de asignar un límite objetivo —el tradeunionismo— a la toma de conciencia autónoma de la clase obrera. Igualmente, cometa el error —esencialmente en la práctica— de concebir la dirección de la clase como un cuerpo orgánicamente separado de ésta y cristalizado en función de una conciencia que la clase sólo podía recibir desde fuera. Nosotros nos oponemos a esta concepción porque la experiencia histórica muestra que no existe tal límite en la toma de conciencia de la clase explotada y que el contenido esencial de la revolución proletaria es la abolición de la distinción entre dirigentes

y ejecutantes. Pero nos negamos, también, a levantar un muro que separe a los trabajadores manuales de los intelectuales.

Ello se fundamenta ante todo en una base económica. El error de Lenin era tanto más grave cuanto que en su época el intelectual era esencialmente el literato en el amplio sentido del término, el teórico, el escritor «artesano», que trabaja aisladamente y sin vinculación con la producción social, intelectual y material. Una enorme transformación se ha realizado también en este campo. En efecto, si por un lado los métodos de producción intelectual se han vuelto cada vez más colectivos e industrializados, esta producción intelectual está además cada vez más directamente vinculada a la producción material y a la vida social en general (no sólo en el campo de la técnica y de las ciencias exactas, sino también en el de las ciencias económicas, pedagógicas, sociales en general; e incluso la actividad intelectual «pura» está cada vez más socializada).

16. El intento de separar a manuales e intelectuales y su aplicación a nuestro grupo no va simplemente a contrapelo de la evolución económica, es además contrario a nuestra orientación programática fundamental. La su presión de la oposición entre dirección y ejecución viene a ser idéntica en lo esencial a la supresión de la oposición entre el trabajo manual y el intelectual. Esta supresión no puede realizarse ignorando el problema, pero tampoco separando todavía más radicalmente estos dos sectores de la actividad humana y sus representantes. La fusión del trabajo intelectual y manual y de sus representantes tiene de a realizarse por una parte en el seno de la propia producción por el propio movimiento de la economía, pero ha de constituir también desde ahora un objetivo esencial de la vanguardia consciente, objetivo que ésta ha de empezar a realizar en su seno mediante la fusión de las dos categorías y la universalización de las tareas.

Por consiguiente, es preciso rechazar resueltamente como arcaica y retrógrada toda concepción general que cree una separación objetiva entre manuales e intelectuales, y toda aplicación de esta concepción a nuestro grupo que quiera encontrar en nuestra composición social argumentos sobre nuestra actividad, nuestro carácter his-

tórico o político. Es preciso comprender que una de las funciones más esenciales del partido consiste en que es el único organismo prerrevolucionario en el que la fusión de los manuales y los intelectuales es históricamente posible.

17. Los términos «acción autónoma» y «organismo autónomo» de la clase, a menudo utilizados en nuestro vocabulario, han de ser clarificados so pena de convertirse en una fuente de errores e incluso en un instrumento de automistificación. El simple hecho de que algunos obreros, más o menos espontáneamente y para responder a problemas que plantea la lucha de clases, se constituyan en organismos o emprendan determinadas acciones, por enorme que sea su importancia, no basta para definir a estos organismos o estas acciones como «autónomos» en el pleno sentido de la palabra. Para comprender esto, basta con estudiar el caso más importante, el que se presenta con la aparición, a gran escala, de organismos de doble poder (soviets, comités de fábricas, milicias, etc.). No sólo la experiencia del pasado, sino el análisis de todo posible futuro muestran que en el momento de su constitución y durante todo un período estos organismos están directa o indirectamente dominados o decisivamente influidos por organizaciones políticas históricamente hostiles al poder proletario. Si en el seno de estos organismos no se manifiesta la acción constante de fracciones —a la larga de una fracción— al principio inevitablemente minoritarias, que luchan por todos los medios políticos revolucionarios para conducir a estos organismos a adoptar la ideología y el programa que, dadas las circunstancias, expresan los intereses históricos de la clase, resulta de antemano seguro que estos organismos de masas se verán conducidos o al fracaso total o a la degeneración burocrática.

Por consiguiente, la cuestión de la autonomía de los organismos y de la acción de la clase es idéntica a la cuestión del contenido ideológico y político, de la base programática de estos organismos y de esta acción. Aunque un grado relativo de autonomía se expresa en toda forma de organización proletaria, aunque los comités de lucha, al manifestar la toma de conciencia antiburocrática, representan un grado más desarrollado de esta auto-

nomía, aunque los soviets engloban en una conciencia que tiende a convertirse en completa a la mayor parte de la clase, nunca hay que olvidar, sin embargo, que sólo son autónomos, en el verdadero y completo sentido de la palabra, los organismos y las acciones que expresan concreta y perfectamente los intereses históricos de la clase, a partir de un modo de organización proletario. Sólo esos organismos pueden ser válidamente la indiscutible dirección de la clase.

18. Sólo a partir de esta noción de la autonomía se puede abordar el problema creado por la pluralidad de concepciones políticas que se enfrentan en el seno de la clase. El hecho de que cada vez no exista más que un solo programa, una sola política que exprese los intereses históricos del proletariado, no impide que en la realidad se opongan unas a otras varias concepciones contradictorias y que no haya criterio formal a priori, signo material distintivo, que permita reconocer la organización que defiende la orientación revolucionaria.

Un dilema que se plantea entre, *por una parte*, el hecho de que no existe organismo y acción autónomos, que no existe victoria de la revolución más que de acuerdo con un *solo* programa, que expresa los intereses históricos de la clase, y, *por otra parte*, el hecho de que el portador concreto de ese programa nunca es conocido de antemano (o al menos nunca es *reconocido* inmediatamente por la mayoría de la clase) y de que varias organizaciones pretenden ser la expresión de esos intereses —este dilema fundamental de toda política revolucionaria no puede resolverse a partir de una construcción *a priori*. La solución, la síntesis concreta de estos dos términos, sólo puede elaborarse a partir de la experiencia y modificarse a la luz de ésta.

19. En la actualidad, dos corrientes se presentan ante la historia con la pretensión de aportar una solución *a priori* a este problema: el burocratismo y el anarquismo. La solución de la burocracia estalinista o de la microburocracia trotskista consiste en que el representante histórico de la verdad y de los intereses del proletariado es conocido y designado de antemano: son sus respectivas organizaciones. No existe problema de síntesis entre el programa único de la revolución, la verdad

única y la multitud de diferentes opiniones en el seno del proletariado, puesto que su propio partido es esta verdad encarnada.

Por el contrario, para la concepción anarquista más consecuenta quizás hay una verdad, pero nunca se sabe dónde está. Por tanto, varias concepciones opuestas y contradictorias se sitúan en el mismo terreno, poseen práctica-mente el mismo valor. Tampoco aquí se plantea problema alguno: la historia y la espontaneidad de las masas decidiran. Esta actitud no sólo es simétrica — y en absoluto de un modo decorativo — de la primera, es además su cómplice práctica indispensable. Prácticamente significa entregar los organismos de masas a la burocracia, o al menos, con el pretexto de que hay que confiar en las masas, de no hacer nada contra ésta. En definitiva, la dimisión política y el «sacrificio de la conciencia» poseen exactamente el mismo valor, tanto si tienen lugar ante un Comité Central o ante la «espontaneidad de las masas».

20. Nuestra actitud ante esta cuestión fundamental puede resumirse de la siguiente manera:

a) Rechazamos categóricamente el confuisionismo y el eclecticismo actualmente de moda en los medios anarquistas. Para nosotros, no existe en cada situación histórica más que un solo programa, una sola ideología, que exprese los intereses de la clase; sólo reconocemos como autónomos a los organismos que actúan de acuerdo con ese programa, y sólo éstos pueden ser reconocidos como la dirección de derecho de la clase. Consideramos como tarea fundamental luchar para que este programa y esta ideología sean aceptados por la mayor parte de la clase. Estamos seguros de que si esto no se produce, todo organismo, por «autónomo» que formalmente sea, se convertirá inecluctablemente en un instrumento de la contrarrevolución.

b) Sin embargo, esto no resuelve el problema de las relaciones entre la organización que representa el programa y las demás organizaciones que apelan a la clase obrera, ni el problema de las relaciones entre esta organización y los organismos soviéticos de la clase. La lucha por la preponderancia del programa revolucionario en el seno de los organismos de masas sólo puede realizarse con medios que se deducen directamente del objetivo a al-

canzar, que es el ejercicio del poder por la clase obrera; estos medios, por consiguiente, están dirigidos esencialmente hacia el desarrollo de la conciencia y de las capacidades de la clase, en cada momento y con motivo de cada acto concreto que el partido emprende ante ella. De ahí se deduce no sólo la necesidad de la democracia proletaria, como medio indispensable para la construcción del socialismo, sino también el hecho de que el partido, en cuanto tal, nunca puede ejercer el poder y que el poder siempre es ejercido por los organismos soviéticos de las masas.

c) Teniendo en cuenta estos factores, resulta completamente superfluo — e incluso resultaría ridículo — querer nos delimitar específicamente de la burocracia. Eso es tanto como quererse delimitar de Truman o de Mussolini. Todo el contenido de nuestro programa no es otra cosa que la lucha en todos los planos contra la burocracia y sus manifestaciones. Es evidente que este contenido no sólo no puede ser separado de los métodos de los que se valdrá, sino que es idéntico a éstos. Pensar que se puede luchar contra la burocracia por medios burocráticos es un absurdo que revela que apenas se ha comprendido algo tanto de la burocracia como de la lucha contra ésta. La lucha y la victoria contra la burocracia sólo serán posibles si la mayor parte del propio proletariado se moviliza en torno a un programa antiburocrático hasta en sus más íntimos detalles. La universalidad de nuestra época — y de nuestro programa, ya que éste es su aspecto más profundo — radica en que objetivos de la revolución y modos de organización proletarios han llegado a ser no ya «profundamente vinculados» sino *idénticos*. Nuestro «programa económico», por ejemplo, se reduce de hecho a una forma de organización: la gestión obrera. No necesitamos un programa específico contra la burocracia, ya que todo nuestro programa es éste.

Lo paradójico en este asunto es que ciertas concepciones, con el pretexto de buscar garantías ilusorias contra la burocratización, tienen como resultado objetivo frenar la única lucha posible contra ésta, que sólo puede consistir en hacer el máximo esfuerzo, el más sistemático y el más coordinado, para propagar nuestras concepciones en el seno de la clase, educar a los militantes

obreros y realizar la fusión de los manuales y los intelectuales en el seno de un partido revolucionario.

21. La definición que damos de nuestro grupo como núcleo de la organización revolucionaria se basa en la estimación que realizamos de nuestra plataforma ideológica. Consideramos que ésta:

a) Representa la síntesis de lo que el movimiento obrero ha producido de válido hasta el momento.

b) Es la *única* base a partir de la que podrá realizarse adecuadamente la síntesis y la integración de lo que de ahora en adelante producirá la experiencia proletaria o la de otros grupos políticos.

c) Por consiguiente, debe convertirse en la ideología preponderante en el seno del proletariado, si la revolución ha de vencer.

d) Adquirirá esta preponderancia no milagrosamente, ni por el simple hecho de la «espontaneidad de las masas», sino por un largo y doble proceso: por una parte, por la elevación de la clase, bajo la presión de las condiciones objetivas, a lo esencial de esta ideología, por otra, por nuestro propio trabajo permanente de propagación en la clase, de demostración de la validez de esta plataforma y de educación revolucionaria de la élite proletaria.

De esta caracterización de nuestra plataforma se desprende inmediatamente, como tarea central, la tarea de la construcción del partido revolucionario.

La dirección proletaria *

La actividad revolucionaria inaugurada por el marxismo está dominada por una profunda antinomia, que puede definirse en los siguientes términos: por una parte, esta actividad está basada en un análisis científico de la sociedad, en una perspectiva consciente del futuro desarrollo y, por consiguiente, en una relativa planificación de su actitud frente a la realidad; por otra parte, el factor más importante, el factor decisivo de esta perspectiva y de esta anticipación del futuro es la actividad creadora de decenas de millones de hombres, tal como se desarrollará durante y después de la revolución, y el carácter revolucionario y cosmogónico de esta actividad consiste precisamente en que su contenido será original e imprevisible. En vano se intentará resolver esta antinomia suprimiendo uno de sus términos. Renunciar a una actividad colectiva racional, organizada y planificada, porque las masas en lucha resolverán todos los problemas, significa de hecho repudiar el aspecto «científico», más exactamente el aspecto racional y consciente de la actividad revolucionaria, es hundirse voluntariamente en un misticismo mesiánico. No reconocer, en cambio, el carácter original y creador de la actividad de las masas, o reconocerlo sólo de palabra, equivale a dar un fundamento teórico a la burocracia, cuya base ideológica es el reconocimiento de una minoría «consciente» como depositaria de la razón histórica.

El terreno donde aparece con mayor evidencia esta antinomia es en el de los problemas relacionados con el programa de la revolución —y la cuestión de la dirección

* «S. ou B.», 10, julio de 1952. Véase más adelante la «Nota final» a este texto.

del proletariado (partido) y de sus relaciones con la clase es una cuestión programática por excelencia. Indiscutiblemente, todo lo que podríamos decir sobre el carácter limitado e insatisfactorio de los esfuerzos tanto de nuestro grupo como de otras corrientes, desde hace veinte años, encaminados a resolver la cuestión del partido se reduce a la imposibilidad de resolver *a priori* esta anti-nomía; pues estamos ante el prototipo de la antinomía cuya solución es imposible en el plano teórico, no pudiendo conducir todo intento de solución de ese género más que a mistificaciones, quiebranse o no.

La única «respuesta» teórica que se puede dar consiste en decir que la solución de esta antinomía se da en el transcurso de la revolución porque la actividad creadora de las masas es una actividad consciente y racional, por tanto, esencialmente homogénea a la actividad de las minorías conscientes que actúan antes de la revolución, pero cuya aportación única e irremplazable consiste en un cambio total y una enorme ampliación del propio contenido de esa razón histórica. Aunque de esta manera se nos ofrece una base general para comprender la fusión de la «conciencia» de las minorías y de la razón «elemental» de las masas, aunque podamos afirmar así que la revolución no tropieza con una contradicción insoluble, en cambio no podemos pretender encontrar de antemano las formas prácticas concretas de esa fusión; esta «solución» teórica no las indica, al contrario, hace saber desde ese momento que el contenido concreto de la revolución rebasa todo análisis anticipado, puesto que consiste en establecer nuevas formas de racionalidad histórica.

Por tanto, es esencial para una organización revolucionaria el tener clara conciencia del problema en estos términos, y mantenerse preparada para readaptar su ideología y su acción a la luz de la perspectiva que resulte de ello, en vez de querer resolver artificialmente y a cualquier precio una cuestión de tal magnitud, que sólo la revolución podrá resolverla. Además, ya sabemos, en los casos en que se han dado «soluciones» de diferente sentido, a dónde han conducido.

Estas observaciones no tienen en modo alguno como objetivo repudiar las investigaciones y las discusiones, ni la adopción de soluciones provisionales, que son más que

hipótesis de trabajo: son verdaderos postulados de la acción. Renunciar a ello significaría renunciar a toda concepción programática por poco definida que este, que es tanto como decir a toda acción. La importancia de la delimitación efectuada anteriormente consiste en que da un alcance preciso a toda concepción programática *a priori* que podamos elaborar y, sobre todo, en que tiende a educar a la «minoría consciente y organizada» en la comprensión del sentido y de los límites históricos de su papel. El problema se plantea en términos relativamente diferentes cuando se trata de las formas de organización y de la actividad de esta misma minoría consciente. Ahí, esta minoría ha de dar por sí misma sus soluciones. Una minoría revolucionaria, o un militante revolucionario aislado, actúa bajo su propia responsabilidad. De otro modo, dejan de existir. En la actualidad no podemos pretender zanjear la cuestión del poder proletario, a no ser bajo la forma de un postulado; pero podemos y debemos res-ponder al problema de nuestras tareas y de nuestra orientación.

Resulta evidente que uno de los aspectos más importantes del problema se refiere a la vinculación entre la organización y la actividad actual de una minoría revolucionaria y su perspectiva final en lo que se refiere al poder proletario. Las soluciones actuales han de inscribirse en la línea de desarrollo que define nuestra perspectiva histórica. Más adelante evocaremos las implicaciones de este aspecto del problema.

La dirección antes y después de la revolución

El problema de la dirección revolucionaria se presenta como un nudo de contradicciones. El proceso revolucionario se presenta bajo la forma de una infinidad de personas comprometidas en una infinidad de actividades; a no ser que se apele a la magia, es imposible que este proceso alcance sus objetivos sin una dirección en el sentido preciso del término, es decir, sin una instancia central que oriente y coordine estas múltiples acciones, escoja los medios más económicos para alcanzar los objetivos asignados, etc. Por otra parte, el objetivo esencial

de la revolución es la supresión de la distinción fija y estable —y a fin de cuentas de toda distinción— entre los dirigentes y los ejecutantes. Por tanto, es necesaria la dirección, como también es necesaria la supresión de la dirección.

El objetivo final de la revolución no implica inmediatamente la supresión de la distinción entre las funciones de dirección y las funciones de ejecución (éste es un problema remoto que no consideraremos); pero implica necesariamente la supresión de una división social del trabajo correlativa a esas funciones. Si se admite que la función de la dirección no puede suprimirse inmediatamente, se desprende de ahí fácilmente una conclusión: el mismo proletariado ha de ser su propia dirección. La dirección de la clase, por tanto, no puede ser distinta de la propia clase.

Sin embargo, por otro lado, resulta evidente que la clase no puede ser inmediata y directamente su propia dirección. Es inútil discutir sobre este punto, puesto que de todos modos la clase de hecho no es su propia dirección y no lo ha sido en el transcurso de su historia. Por tanto, si el proceso revolucionario empieza en la sociedad capitalista, si la lucha de clases explícita posee un valor positivo y ha de ser llevada de un modo permanente, sólo una fracción de la clase, un cuerpo relativamente distinto, puede y ha de ser su dirección. La dirección de la clase no puede no ser, pues, distinta de la propia clase.

La solución de esta contradicción se halla, en parte, en el tiempo, es decir, en el desarrollo. Cuando hablamos de la supresión de la distinción entre dirigentes y ejecutantes nos referimos a una etapa posterior, en líneas generales al período que sigue a la victoria de la revolución. La supresión de la explotación, el desarrollo de las fuerzas productivas son imposibles, en efecto, sin la gestión obrera y ésta es inseparable del poder de los organismos de masas. Por el contrario, cuando hablamos de la necesidad de una dirección distinta de la clase, nos referimos a las condiciones del régimen de explotación, bajo las cuales estas funciones sólo pueden cumplirlas una minoría de la clase.

Sin embargo, también es evidente que esta respuesta no zanja la cuestión; pues el paso de una situación a la

otra —de la fase durante la cual la clase explotada, alienada y mistificada no puede ser su propia dirección a aquélla durante la cual se dirige necesariamente a sí misma— este paso aparece como lo que es en realidad: un salto, una contradicción absoluta. Contradicción que, dicho sea entre paréntesis, no es más sorprendente que la propia revolución y que todos los momentos en los que una cosa deja de ser ella misma para convertirse en otra. Resulta imposible explicar de antemano y en términos teóricos cómo se producirá ese paso. Para el marxismo nunca se trató de deducir la revolución, sino de hacerla.

Esto no quiere decir que para nosotros el reconocimiento de la posibilidad de este paso sea un acto de fe. Sin querer ni poder describir las formas que podrá tomar, creemos que podemos fundamentar este paso en algunos elementos existentes ya ahora. Estos elementos son, en primer lugar, el desarrollo de la conciencia y de las capacidades del proletariado, tal como viene determinado por la evolución de la propia sociedad. En segundo lugar, la existencia en el seno del proletariado, mucho antes de la revolución, de capas e individuos que llegan a una conciencia de los objetivos y de los medios de la revolución. En tercer lugar, la acción misma de la dirección revolucionaria bajo el régimen de explotación, que ha de encaminarse constantemente a desarrollar la capacidad de acción autónoma y de autodirección del proletariado.

Este paso del proletariado, de la posición de clase explotada a la posición de clase dominante, corresponde a esta fase de transición habitualmente llamada período revolucionario y que podemos definir como iniciada en el momento en que la clase empieza a agruparse en organismos de masas que se sitúan en el terreno de la lucha por el poder y acabada en el momento en que ese poder es conquistado a escala universal. Esta definición nos permite ver dónde se sitúa exactamente el problema de la dirección de la clase por la clase misma: ciertamente, ni antes del inicio de ese período, ni después de su fin. No antes, porque no existe el problema de la dirección de la clase por la clase misma si la propia clase no se lo plantea; y sólo lo plantea mediante la constitución de los organismos de masas. No después, porque las razones que anteriormente hacían imposible la dirección de la

guardaría en el sentido del desarrollo de la actividad autónoma de la clase obrera y de su conciencia histórica.

La dirección revolucionaria bajo el régimen de explotación

Si el problema de la dirección revolucionaria se nos plantea como un problema permanente—lo que no quiere decir que siempre se resolvía, y menos aún de una manera adecuada—ello se debe a que reconocemos, por una parte, que la misma lucha de clases es permanente y, por otra parte y sobre todo, que el proletariado no puede ser y seguir siendo una clase revolucionaria si no lleva o tiende a llevar constantemente una lucha explícita, abierta, en la que se afirma como clase aparte con objetivos históricos propios, que de hecho son universales. Es este carácter de la lucha del proletariado, como sabemos, lo que diferencia al proletariado de las otras clases explotadas que le han precedido en la historia. Ahora bien, desde el momento que hay lucha explícita, se plantea un problema de dirección de esta lucha.

¿Qué significa dirección? Decidir sobre la orientación y las modalidades de una acción colectiva, de la acción de una colectividad o de un grupo. Dirección es esta misma actividad dirigente; es además—y esto es lo que aquí tratamos—el sujeto de esta actividad, el cuerpo o el organismo que la ejerce. Este sujeto puede ser el grupo o la colectividad en cuestión; también puede ser un cuerpo particular, interior o exterior al grupo, que actúa «por delegación» o motu proprio. En ambos casos, la noción de dirección está vinculada a la noción de poder; pues la aplicación de las decisiones de la dirección sólo puede garantizarse mediante la existencia de sanciones, luego de una coerción organizada.

Una dirección en el pleno sentido de la palabra sólo puede ejercerla, por consiguiente, una clase dominante o sus fracciones. Este será el caso del proletariado en el poder, y hemos visto que durante el período revolucionario surge un problema particular, a causa de la fragmentación del poder—o de la posibilidad generalizada de ejercer la violencia—que lo caracterizan.

En estas condiciones, ¿qué puede ser la dirección de

clase por la clase misma se suprimen con la victoria de la revolución (de otro modo nunca se suprimían).

Cierto es que durante ese período llega a ser decisiva la cuestión de las relaciones entre la dirección revolucionaria y la clase; y también es igualmente cierto que la discusión de esta cuestión en la actualidad no sirve para nada. La constitución de una dirección revolucionaria bajo el régimen de explotación no se opone en modo alguno a la supresión de toda dirección separada durante el período post-revolucionario; por el contrario, creemos que forma una de sus presuposiciones. Desde este punto de vista, todo depende del sentido, de la orientación y de la ideología en las que se desarrolla y educa esa dirección, y de la manera cómo concibe sus relaciones con la clase y las realiza. Además, esta dirección del período pre-revolucionario sólo es dirección en un sentido especial—propone objetivos y medios, pero no puede imponerlos más que por la lucha ideológica y por su propio ejemplo. En este sentido, la cuestión no es si debe haber o no dirección, sino cual ha de ser su programa.

Por el contrario, durante el período revolucionario todo se sitúa en el plano de las relaciones de fuerza. Una minoría constituida y coherente será un factor con un gran peso en los acontecimientos. Podrá—y quien puede afirmar de antemano que en ciertos casos no deberá—actuar bajo su propia responsabilidad, e imponer su punto de vista por la violencia. (¿Hay en el grupo gente para quien la diferencia entre el 49 y el 51 % es la diferencia entre el bien y el mal? ¿O que exigiría un referendum paproletario para decidir la insurrección?) Por consiguiente, podría ser una dirección en el pleno sentido del término. Por otra parte, habrá la clase en su conjunto, organizada y probablemente armada. Si la dirección se ha desarrollado en torno al programa justo, si la clase es suficientemente activa y consciente, la revolución significará la reabsorción de la dirección en la clase. En el caso contrario, y de todos modos si la clase dimitte—ante la dirección o ante el diablo—entonces la burocratización o la derrota es fatal, y la cuestión de saber si la nueva burocracia será la exdirrección revolucionaria, o cualquier otro grupo, presenta poco interés. En cuanto a la dirección, no puede hacer nada más que educarse y educar a la van-

una clase explotada y oprimida? Dado el carácter absoluto del poder en la sociedad actual (y en oposición a lo que podía ocurrir antaño, en las sociedades de castas por ejemplo) no puede haber coerción que venga del interior de la clase —a no ser que el que ejerce ese poder participe ya de un modo u otro en el sistema de explotación (así los sindicatos y los partidos reformistas o estalinistas). El acuerdo entre la dirección y la clase (o fracciones de la clase) sólo puede basarse, por tanto, en la adhesión voluntaria de la clase a las decisiones de la dirección. El único medio de «coerción», en el amplio sentido de la palabra, a disposición de esa dirección es la coerción ideológica, es decir, la lucha mediante las ideas y el ejemplo.

Resultaría estúpido querer establecer límites a esta lucha y a esta «coerción»; las únicas restricciones que se pueden alegar se refieren al contenido ideológico y se trata, por consiguiente, de otro tipo de discusión.

Por tanto, una dirección revolucionaria, en un régimen de explotación, no puede tener otro sentido que éste: un cuerpo que decide sobre la orientación y las modalidades de acción de la clase o de fracciones de ésta y se esfuerza por que se adopten mediante la lucha ideológica y la acción ejemplar.

La cuestión que ahora se plantea es ésta: ¿hay necesidad de semejante dirección —no en el sentido de una actividad dirigente lo que es evidente, sino en el sentido de un sujeto particular de la dirección? ¿No puede ser la clase inmediata y directamente su propia dirección? La respuesta es evidentemente negativa. En las condiciones de la sociedad de explotación, la clase en su totalidad indiferenciada no puede ser su propia dirección. Expondremos si es preciso, sobre este punto, la aplastante argumentación referente a ello.

Resulta imposible concebir esta dirección de otro modo que como un organismo universal, minoritario, selectivo y centralizado. Estas son las determinaciones clásicas del partido, aunque poco importa el nombre en esta cuestión. Sin embargo, la época actual añade a estas determinaciones una nueva, aún más esencial: el partido es en la forma y en el fondo un organismo *único*, en otras palabras, el *único* organismo (permanente) de la clase en

las condiciones del régimen de explotación. No hay y no puede haber una pluralidad de formas de organización a las que pueda yuxtaponerse o superponerse. En particular, las organizaciones que tienden supuestamente a enfrentarse con los problemas económicos en tanto que problemas particulares (sindicatos) son imposibles como organismos proletarios. El organismo político-económico de lucha contra la explotación es un organismo unitario y único. En este sentido, la distinción entre partido y «comités de lucha» (o cualquier otra forma de organización minoritaria de la vanguardia obrera) se refiere exclusivamente al grado de clarificación y de organización y a nada más. Este carácter exclusivo del organismo dirigente se manifiesta claramente en las más modernas condiciones del régimen de explotación (dictadura burocrática o régimen de guerra) en las que una pluralidad de formas de organización o de dirección resulta impensable. E incluso es evidente en las condiciones «caducas» del mundo occidental. En efecto, no es posible, ni desde el punto de vista de los problemas implicados ni desde el punto de vista de las personas que participan en ellas, crear de una manera permanente una organización «de fábrica» y una organización «política» separadas e independientes. Desde este punto de vista, la distinción entre la «organización de los obreros» y la «organización de los revolucionarios» ha de desaparecer al mismo tiempo que la concepción teórica que está en su raíz.

Constitución de una dirección en el período actual

De los tres elementos necesarios para la constitución de una dirección (programa, forma de organización, terreno material de constitución) es el último, es decir, la existencia y la naturaleza actual de una vanguardia potencial, el que debe atraer nuestra atención. Que sepamos, ningún camarada ha impugnado hasta el momento que fuese posible definir un programa y que pudiese haber una forma de organización correspondiente al contenido de ese programa y a las condiciones de la época actual. Por el contrario, existe controversia no tanto sobre

otro lado, la coyuntura mundial y, en particular, la inaudita presión que la actual relación de fuerzas ejerce en todos los individuos de la sociedad—incluidos los miembros de nuestro grupo— y en esta medida sólo representan, por así decirlo, el peso puro y simple de la materia histórica, materia que, por otra parte, está transformándose rápidamente y que en no mucho tiempo será engullida por el pasado.

Verdad es que mientras la vanguardia se sitúe en ese terreno, la cuestión de la constitución de una dirección no puede plantearse como una tarea práctica. Para ello será preciso que la presión de las condiciones objetivas coloque de nuevo a los obreros más conscientes ante la necesidad de actuar.

Papel y tareas del grupo

Esto no significa en modo alguno que el grupo no tenga desde ahora un papel que desempeñar, papel que tiene una importancia histórica. El grupo sólo puede actualizarse—y es el único en hacerlo, salvo error u omisión—proseguir la elaboración de una ideología revolucionaria, definir un programa, realizar un trabajo de difusión y de educación que son preciosos incluso si sus resultados no se manifiestan de un modo inmediato. La realización de estas tareas es una presuposición esencial para la constitución de una dirección, cuando ésta sea objetivamente posible.

La comprensión de estas cosas no es difícil y resultaría sorprendente que estos puntos puedan ser por sí mismos objeto de una discusión. Si no obstante lo son, ello se debe a que el grupo no es un sujeto lógico, a que está formado por individuos que forman parte de la misma sociedad que analizamos tan adecuadamente cuando se trata de los demás, y a que estos individuos sufren la misma y enorme presión histórica que actualmente aplasta a la clase obrera y a su vanguardia. La mayor parte de los camaradas del grupo participan conscientemente o inconscientemente del estado de ánimo descrito anteriormente, y es probable que no vean ya muy claramente las razones de su adhesión al grupo. La consecuencia de ello es que

la naturaleza de la «vanguardia» actual como sobre su apreciación y su significación histórica.

La definición concreta de la «vanguardia» actual en la que el conjunto del grupo está más o menos de acuerdo es que ésta es el conjunto de los obreros conscientes de la naturaleza del capitalismo y del estalinismo como sistemas de explotación y que se niegan a sostenerlos, tanto a uno como al otro, mediante su acción. Ciertamente aún más profundamente, y en particular a través del estalinismo, estos obreros cuestionan todos los problemas, tanto los referentes a los objetivos como a los medios de la lucha de clases. Como ya se ha dicho desde hace tiempo en el grupo, la actitud de esta vanguardia es esencialmente negativa y crítica. En tanto que tal significa indistintamente una superación. Toda la cuestión radica en: ¿una superación de qué?

En nuestra opinión, una superación del contenido tradicional del programa, de las formas tradicionales de organización y, en particular, de las formas de la actividad tradicional de las «direcciones». Esto en cuanto a su valor objetivo. En cuanto a su contenido concreto, es evidente que va mucho más lejos. Es casi seguro que el conjunto de estos obreros no sólo rechazan la solución tradicional de estos problemas, sino que además ponen en duda en general que pueda haber una solución; es seguro, en otras palabras, que no creen, en la actualidad, en la capacidad del proletariado para convertirse en clase dominante.

¿Podemos sacar de esto una conclusión en cuanto al fondo de estos problemas? Quizás, pero entonces hay que sacarla en toda la línea. Si los obreros relativamente más conscientes creen en la actualidad que toda dirección está destinada a corromperse, y si esa creencia prueba que ello es realmente así, el mismo razonamiento puede probar que todo programa es un engaño o que el proletariado nunca será capaz de ejercer realmente el poder; pues eso es igualmente lo que piensan estos obreros.

En realidad, este estado de conciencia y la actitud que resulta de ella reflejan, por un lado, una toma de conciencia—imensamente positiva—del fracaso de las respuestas tradicionales, y en tanto que tales preparan indistintamente el futuro; pero igualmente reflejan, por

su participación en el trabajo del grupo es casi nula, con lo cual el trabajo del grupo y el propio grupo están amenazados con desaparecer. Pero este fenómeno, y las conclusiones que de él se deducen, forman parte de otra discusión. Incluso si la «discusión sobre el partido» sólo conduce a conclusiones sobre tal o cual tipo de tareas, será preciso que haya camaradas que estén dispuestos a sacrificar algo para que esas tareas, cualesquiera que sean, sean realizadas.

Nota final a *El partido revolucionario* y a *La dirección proletaria*

La discusión sobre la cuestión de la organización ha estado presente, bajo formas más o menos agudas, a lo largo de toda la historia del grupo «S. ou B.». Pero los dos textos anteriores quedarían bastante poco claros si no se insertan en el contexto de las discusiones de la época en que fueron redactados. He creído conveniente, para aclararlos, reproducir aquí las notas que los acompañaban en los núms. 2 (mayo de 1949) y 10 (julio de 1952) de «S. ou B.».

He aquí en primer lugar la nota que precedía en el n.º 2 al texto sobre *El partido revolucionario*:

LA VIDA DE NUESTRO GRUPO

1. Desde hace un año, el grupo se reúne dos veces al mes en reunión plenaria. Estas reuniones están consagradas esencialmente a la discusión de problemas políticos generales tanto como actuales. De ese modo se han hecho algunos informes que han servido de base para la discusión de problemas como el sindicalismo actual, el imperialismo de la Rusia burocrática, la huelga de los mineros, la evolución actual de la situación económica y política, etc. Por otra parte, funciona un grupo de educación, que se reúne igualmente dos veces al mes; habiéndose realizado dos series de ponencias: sobre la formación y los aspectos generales del marxismo y sobre la economía capitalista.

2. El domingo 10 de abril, el grupo dedicó la totalidad de su reunión plenaria, mañana y tarde, a la discusión de la cuestión del partido revolucionario y de la orientación de su trabajo hacia la construcción del par-

guardan de intentar imponer las ideas del grupo. Por último, si acaso todo el grupo se integrase en una organización de trabajadores, tendría que desaparecer al momento en tanto que grupo. Carrier, por tanto, caracteriza la organización de los revolucionarios esencialmente como un grupo momentáneo que debe tender a extinguirse. Y concluye diciendo que la organización de los revolucionarios de todos modos debe desaparecer el mismo día en que los soviets se apoderen del poder.

4. A esta estimación de la organización de los revolucionarios y de sus relaciones con la organización de los trabajadores, la camarada Denise se opone haciendo resaltar que la organización de los revolucionarios es indispensable, de modo permanente, para preparar la revolución y que ha de continuar distinguiéndose de todas las demás formas de organización de la clase hasta la revolución, cualesquiera que sean las condiciones objetivas. Pero plantea dos problemas: 1.º ¿Cuál ha de ser la relación entre la organización revolucionaria y la clase? 2.º ¿Qué estructura ha de tener esta organización? Al primero responde afirmando que la organización de los revolucionarios no puede proponerse como fin dirigir a la clase. Por ejemplo, no se trata, para un militante del grupo, de intentar dirigir un comité de lucha; además, no ha de tomar su dirección, sino sólo manifestar sus ideas. En cuanto a la estructura de la organización revolucionaria, no hay que creer que la lucha contra la burocratización depende tan sólo del programa y no de la estructura organizativa. El principio del centralismo democrático ha de ser estudiado a la luz de la experiencia pasada y ha de ser cuestionado; el centralismo democrático, fundado en la dualidad ejecutantes-dirigentes, que reinaba en los partidos de la III Internacional revolucionaria ya era, de hecho, un centralismo burocrático.

5. El camarada Segur, al igual que la camarada Denise, afirma la necesidad permanente de una dirección política, que no se niega a llamar partido. Pero estima que la concepción del partido que se manifiesta en el Informe y que es una concepción clásica, en el fondo muy cercana de la concepción leninista del ¿Qué hacer?, deja completamente a un lado el verdadero problema, que es el de impedir la degeneración burocrática del partido. Ahora

Después de un informe del camarada Chaulien [Castoriadis], cuyo contenido esencial se reproduce en la resolución sobre el partido revolucionario que publica mos más adelante, la mayoría de los camaradas tomaron la palabra bastante ampliamente y todos se expresaron sobre la cuestión discutida.

Tres camaradas se opusieron a la orientación fundamental del informe con posiciones sensiblemente diferentes. Lo esencial de la discusión giró en torno a los puntos planteados por ellos; sin embargo, también se abor-daron varios problemas que, a pesar de no estar directamente vinculados al problema central, no dejan de tener interés y serán el tema de posteriores discusiones (principalmente el problema de la organización socialista de la economía y el de la abolición de las relaciones entre dirigentes y ejecutantes en ese estado).

3. El camarada Carrier se opone a la idea de constituir desde ahora al grupo como ligado por una disciplina colectiva y a la construcción del partido revolucionario como absolutamente necesaria. Si es preciso admitir, dice sustancialmente, una diferenciación en el proletariado, ésta no es la del partido y la clase. Aún menos que el partido, se justifica en la época actual el grupo como cuerpo organizado. La única distinción que se puede hacer es entre la organización de los trabajadores y la organización de los revolucionarios. Una organización de los revolucionarios es necesaria, pero sólo puede construirse partiendo de los lugares de trabajo y no a partir del acuerdo ideológico de individuos. De cualquier modo, esta organización de los revolucionarios ha de estar totalmente subordinada a la organización de los trabajadores y no ha de estar ligada por disciplina alguna que implique una solidaridad de sus elementos en la acción. Los elementos revolucionarios se encuentran y discuten en común los problemas de la revolución, a continuación se separan para actuar cada uno como mejor creen en el seno de la organización de los trabajadores, única representación de la clase. Carrier ve en los comités de lucha que se formaron en 1947 y en las formas de reagrupamiento análogos que pueden producirse ejemplos de organización de los trabajadores. En esos comités, los camaradas del grupo se portan como los otros elementos y se

bien, esta degeneración resulta fatal si el partido se ve atribuir las tareas de dirección política de la clase. El problema consiste en restringir su actividad al campo ideológico y prohibirle intervenir en el campo práctico. El partido ha de ser la dirección ideológica y no la dirección práctica de la clase. Si se propone tareas prácticas, el partido sustituye a la clase, se convierte en una dirección burocrática que, al actuar en nombre de los intereses de la clase, de hecho actúa en lugar de ella. En este sentido, el camarada Ségur dice que hay que estudiar de muy cerca el período de preparación inmediata de la revolución. El momento de la insurrección es el momento en que el partido —si no se limita a su papel ideológico— prepara la toma del poder y constituye —fuera de los órganos autónomos de la clase— los cuadros del poder. La lógica del partido es entonces la de actuar cada vez más en lugar de los soviets y transformarse en burocracia.

6. Los otros camaradas se alzaron contra estas posiciones; reunimos sus intervenciones para extraer más claramente las ideas que se emitieron.

a) De las intervenciones de los camaradas que se oponen al Informe se deduce que éstos están de acuerdo en diversos grados en la necesidad de una organización de los revolucionarios. Negar esta organización sería negarnos a nosotros mismos en tanto que grupo existente en función de una plataforma política común. Pero si se parte de este hecho, hay que extraer todas sus consecuencias, o entonces es que no se piensa con toda su amplitud la idea de una organización de los revolucionarios. Supongamos incluso que no existe un grupo formado en torno a un programa político sino sólo órganos de la clase tales como comités de lucha o sindicatos denominados «autónomos»: no se puede impedir que en esos grupos estén de acuerdo entre sí un cierto número de elementos, que intenten elaborar juntos un programa político que plantee los problemas no a escala local y corporativa sino a escala nacional e internacional y de una manera universal. No se puede impedir que estos elementos, que tienen en común estas ideas políticas, se reúnan aparte para discutir entre sí problemas que se desprenden de sus comunes concepciones; o bien estos elementos no tienen seriedad alguna o bien quieren hacer triunfar sus ideas,

que creen justas; por tanto, no se les puede impedir, si deciden actuar juntos en un mismo medio de trabajo, o cada uno en su medio, en un idéntico sentido, que decidan en su actividad pública poner el acento en su acuerdo subordinando a él sus desacuerdos. De ese modo, la lógica de su situación les conduce necesariamente a constituirse en grupo, organización o partido (según que su programa esté o no suficientemente elaborado).

Decir que un elemento de ese grupo constituido ha de evitar, por ejemplo, desempeñar un papel preponderante en un órgano de la clase bajo el pretexto de que entonces altera la espontaneidad y la autonomía de éste, es de hecho impedirle expresar sus ideas e intentar convencer a los demás; pues ¿no es inevitable, si les convence, de que esté encargado de tareas responsables y de que adquiera una posición preponderante en ese órgano?

b) Animados por el deseo de buscar garantías contra la burocracia, los camaradas no ven que en vez de dar una respuesta al problema que plantean, lo suprimen pura y simplemente. Pues para evitar el peligro burocrático rechazan toda acción organizada y concertada. No son sólo las exigencias propias de la lucha revolucionaria, la necesidad de elaborar un programa político y económico completo, es decir, histórico, la necesidad de pensar y actuar en un plano nacional e internacional, sino los imperativos de toda acción colectiva, en vistas a un fin común, las que exigen una organización en el trabajo y un mando en la acción.

c) La solución no puede consistir en limitar la actividad del partido a una esfera de elaboración teórica o a un papel de orientación política. Todos los análisis del grupo están basados precisamente en la idea de que las tareas teóricas, políticas y prácticas no sólo están estrechamente vinculadas, como demostraron los marxistas en el pasado, sino que se han convertido, a decir verdad, en idénticas, es decir, en diferentes formas de una misma realidad. Tomar políticamente posición ante tal o cual problema, importante para la clase obrera, significa indicar al mismo tiempo una actitud práctica que habría que adoptar en tal o cual situación. Del mismo modo que no podemos limitarnos a problemas prácticos y que las tareas de la revolución implican la superación del

problema práctico y una solución de los problemas teóricos, por mucho que lo sean, las posiciones políticas elaboradas hasta el final son posiciones prácticas. Efectuar una división artificial entre ambos campos es dar un paso atrás. En nuestra época, en la que se identifican las tareas políticas y prácticas, resulta esencial plantear el problema de la lucha antiburocrática, y no negar el carácter de esta época. La identidad de lo práctico, lo político y lo ideológico en cierto sentido es eminentemente proletario, e implica una maduración de la conciencia del

d) La conexión del partido con los órganos autónomos de la clase que puedan surgir desde ahora hasta el momento en que estalle la revolución—como los comités de lucha—, o con los soviets, ha de comprenderse justamente. Nuestro grupo piensa que la constitución del partido revolucionario es la condición necesaria, pero no suficiente, de la revolución; ha afirmado, desde su inicio, que el sentido de nuestra época era la tendencia del movimiento obrero hacia la autonomía. Ha visto en los comités de lucha, que se formaron en 1947, principalmente en el comité de lucha de la fábrica Unic, una manifestación capital de la tendencia de la vanguardia a unirse antes de la revolución, en el plano de las fábricas, en órganos en los que los problemas prácticos están planteados, precisamente, en vinculación con el problema político esencial de la lucha contra la burocracia. Pensemos que, incluso si esos comités no pueden vivir de una manera permanente hasta la revolución, las exigencias de la lucha antiburocrática en nuestra época plantean de un modo permanente las condiciones de su formación. También pensamos que la toma de conciencia antiburocrática, manifestada por esos comités, es la condición de la revolución, o en otras palabras, que la revolución no podría producirse si no se manifestase en el proletariado, de una manera sensible y objetiva, la tendencia a la lucha, no contra los estalinistas en tanto que «artífices de una mala política», sino contra la burocracia en tanto que tal, bajo todas sus formas.

Aunque durante toda una fase de su historia fue determinante en el movimiento obrero la dualidad partido-sindicato, ahora se encamina hacia una dualidad del tipo

partido-comité de lucha; y esta evolución implica una maduración del proletariado, una creciente politización en todos los campos de lucha y de organización, un vínculo mucho más estrecho entre el partido y las organizaciones de clase. Semeyante evolución implica, además, que la formación de los soviets sólo puede situarse a un nivel más elevado que en 1917-1923, los organismos obreros autónomos prefigurando a los soviets y planteando los problemas del poder obrero de una manera embrionaria en el mismo seno de la sociedad burguesa. Por tanto, no se puede plantear el papel del partido revolucionario sin tener bien en cuenta a los órganos autónomos de la clase. Pero no se puede hacer a la inversa y suprimir el partido o limitarlo en sus tareas. Por una parte, como ya se ha dicho, el partido posee un carácter permanente, mientras que estos órganos pueden nacer y desaparecer; por otra parte, estos órganos no tienen por sí mismos un programa político completo y una concepción histórica de los problemas. Expresan de una manera extremadamente profunda la tendencia del proletariado hacia la autonomía, pero no puede decirse que ya hayan conquistado una verdadera autonomía en la medida que no poseen el programa de la revolución, en la medida que, al contrario, siguen luchando en su seno ideologías hostiles al proletariado. En el modo como el partido trate a los órganos autónomos de la clase se revelará su verdadera naturaleza y su capacidad para resolver el problema burocrático. En la medida en que los órganos autónomos forman parte de su perspectiva, es evidente que el partido no puede oponerse a ellos e intentar reducirlos para su beneficio negándose a sí mismo. El partido trata de suscitar tales órganos, ve en ellos embriones de los soviets; su objetivo radica en hacer todo lo posible para que se extiendan, tomen conciencia de su papel y se transformen en comités de fábrica. Por tanto, no tiene sentido alguno el querer anexionárselos artificialmente o incorporárselos.

Para el partido, defender su programa en esos comités y hacer que desarrollen su autonomía es una sola y misma cosa y no dos movimientos que se contradicen. En este ejemplo se ve claramente que la lucha antiburocrática es esencialmente programática. Es al concretizar

el programa en las formas de acción donde se puede luchar contra la burocracia, y no buscando estatutos milagrosos que proporcionen una garantía contra la degeneración.

Cierto es que no hay que luchar contra la burocracia como se lucha contra la burguesía, so pretexto que estas dos formas sociales tienen una existencia objetiva realizada en la economía. La burocracia es, en cierta medida, la fuerza de encuadramiento del trabajo, está mucho más vinculada al proletariado, se ha separado de él en el propio transcurso de su evolución; o sea que la lucha contra ella implica para el proletariado una profundización de su programa y un progreso en sus formas de organización y de lucha. Pero las consecuencias válidas para la lucha y la organización han de deducirse del programa. No es tal o cual elemento de los estatutos, como el rechazo del centralismo democrático, lo que puede dar una solución al problema.

A continuación de la discusión el conjunto de los camaradas aceptó la resolución de orientación sobre el problema del partido que se les propuso —excepto los tres camaradas que habían defendido el punto de vista opuesto. Más adelante publicamos esta resolución bajo la forma definitiva que elaboró el comité responsable del grupo. Igualmente publicamos la resolución sobre los estatutos que se adoptó luego.

Algunos camaradas señalaron, por último, la importancia de la discusión mantenida y de la adopción de la nueva orientación, observando que no podía realizarse ningún trabajo sistemático en tanto el grupo no hubiese tomado una clara posición ante la necesidad de preparar la construcción de un partido revolucionario, y que ahora se trataba de reflejar concretamente esta posición en la actividad del grupo.

[He aquí la Resolución sobre los estatutos a la que se refiere la nota anterior:]

RESOLUCIÓN SOBRE LOS ESTATUTOS

1. Pueden convertirse en miembros del grupo los camaradas que:

a) acepten las posiciones programáticas formuladas en el texto «Socialismo o Barbarie»;

b) paguen regularmente sus cotizaciones;

c) trabajen políticamente bajo el control y la disciplina colectiva del grupo, dedicando a ese trabajo lo mejor de sus fuerzas y orientando su vida en función de su actividad política.

2. Un camarada es admitido como miembro del grupo por cooptación y después de haber seguido los cursos de educación del grupo. Esta última condición puede sufrir excepciones en algunos casos específicos, según la decisión del grupo.

3. Los camaradas del grupo determinan en reunión plenaria, mediante la discusión y la votación, la orientación política y práctica de su actividad.

4. Los miembros del grupo están obligados a ejecutar las tareas que éste les confía. El grupo sólo confía tareas a sus miembros cuando se dan las condiciones materiales para su realización. La no ejecución de las tareas y de las obligaciones por parte de un miembro puede ser motivo de sanciones, que van desde la advertencia hasta la exclusión. El retraso injustificado de dos meses en el pago de las cotizaciones, o la ausencia injustificada en dos reuniones consecutivas o en tres reuniones en tres meses, plantean en principio la cuestión de la exclusión del camarada contumaz.

5. El trabajo del grupo en todos los terrenos está coordinado y dirigido por el Comité Responsable elegido por el grupo, que resuelve todas las cuestiones que se presentan entre dos reuniones plenarias. Todos los camaradas del grupo tienen derecho a participar en las reuniones del C.R. y dar su opinión, pero sólo los miembros del C.R. tienen derecho a voto en ellas. Cada camarada del grupo está obligado a asistir, una vez cada dos meses, a una reunión del C.R.

6. Las reuniones plenarias del grupo deciden sobre la orientación general de cada número de la revista, pero

nuevo con más fuerza, para culminar en la primavera de 1951 y concluir provisionalmente con una primera escisión, la de Claude Lefort y otros camaradas que compartían sus opiniones (escisión que, de hecho, fue de corta duración). Los textos sometidos a discusión eran, por una parte, *La dirección proletaria*, antes reproducido, y, por otra parte, «Le prolétariat et le problème de la direction révolutionnaire» * de Claude Lefort, igualmente publicado en el núm. 10 de «S. ou B.» (y ahora recogido in Claude Lefort, *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, Droz, Genève-Paris, 1971, pp. 30 a 38, bajo el título «Le prolétariat et sa direction»). Iban precedidos de la siguiente Nota:]

Los lectores de la revista saben que el problema del partido revolucionario ha preocupado al grupo desde su constitución, y que una primera discusión organizada de este problema tuvo lugar en 1949, discusión cuyo informe se encuentra en el núm. 2 de «S. ou B.» (pp. 95 a 99). Al final de esta discusión, la mayor parte de los camaradas del grupo votó una resolución sobre la cuestión del partido (ib., pp. 99 a 107). [Aqui, pp. 139-140].

Las concepciones existentes en esa resolución fueron discutidas de nuevo el año pasado por una parte de los camaradas del grupo y en particular por el camarada Montal [Claude Lefort]. Entonces se organizó de nuevo una discusión, y para su preparación sirvieron los textos de los camaradas Chahliou [C. Castoriadis] y Montal que publicamos más adelante.

Las reuniones del grupo en junio del año pasado [1951], durante las cuales se discutieron estos textos, no sólo no permitieron un acuerdo, sino que revelaron importantes y múltiples divergencias en el seno del grupo sobre esta cuestión. Las divergencias entre la posición de Chahliou y la de Montal resultan evidentes a la mera lectura de los textos. Pero estas posiciones no fueron las únicas que se manifestaron y están lejos de haber divi-

* [Trad. esp. «Proletariado y dirección revolucionaria» en C. Lefort, *¿Qué es la burocracia?*, Paris, Ruedo Ibérico, 1970, pp. 79-89 (N. del T.).]

el C.R. tiene la responsabilidad política de la redacción. Si apareciesen divergencias sobre el contenido de los artículos de la revista, el C.R. decide por mayoría. No obstante, si dos miembros del C.R. lo piden, la decisión puede ser confiada a la reunión plenaria del grupo. En este último caso se entiende que han de tomarse medidas para que la aparición de la revista pueda quedar asegurada en los plazos normales.

7. Los camaradas que tienen posiciones divergentes pueden expresarla en tanto que tales a través de la revista, salvo si la totalidad del C.R. se opone a ello. Esta oposición no puede invocar motivos políticos sino tan sólo razones convenientes a la calidad de la revista. También pueden expresarla en su actividad propagandística, con la condición de conceder el lugar principal a la exposición de las posiciones programáticas del grupo y mostrar la subordinación de sus posiciones particulares al acuerdo con las posiciones comunes del grupo. El grupo puede conceder la posibilidad de expresarse en la revista a camaradas que no pertenecen a él.

8. En todos los campos de la actividad práctica, todos los camaradas han de aplicar el principio de la disciplina en la acción con respecto a las decisiones de las reuniones plenas o del C.R., que reemplazan a aquellas o las concretizan. No obstante, y provisionalmente, basta que esté definido el programa de acción del grupo y esté adelantada su consolidación organizativa, el grupo no impone, en problemas de actividad exterior con respecto a fracciones de la clase, una disciplina a los camaradas que persistan en posiciones prácticas divergentes, si estas posiciones se basan en una experiencia de las condiciones concretas que sólo esos camaradas poseen.

9. Esta resolución tiene un carácter provisional. Se-
guirá en vigor hasta que una reunión común de los camaradas de Paris y de las provincias vote una resolución más detallada sobre el funcionamiento del grupo.

[La discusión anterior (a su vez resultado aparente de las discusiones que de hecho habían empezado antes de que el grupo abandonase el P.C.I.) tuvo lugar en abril de 1949. No obstante, poco después empezó de

didó al grupo en dos tendencias exclusivas. Así, por un lado, resultó que el camarada Véga —que criticó violentamente la postura de Montal— concede al partido revolucionario, durante el período de la dictadura del proletariado, un mayor papel que el que le atribuye Chauvieu. Bourt parece estar todavía más cerca de la concepción clásica cuando considera que la tarea del grupo ha de ser la de entregarse inmediatamente a la construcción de una organización que dirija las luchas obreras. Por el otro lado, Chazé, aunque estando de acuerdo con Montal sobre las cuestiones programáticas relacionadas con el partido, se separa de él en cuanto a las conclusiones concernientes al grupo, sus tareas inmediatas y su carácter.

Al final de la discusión, Montal y los camaradas que estaban de acuerdo con él declararon que ya no se consideraban miembros del grupo, pero que estaban dispuestos a colaborar con el grupo y la revista, proposición que fue aceptada por los otros camaradas.

[Ya he indicado brevemente en IG (pp. 22-23 y 38-39 *) en qué seguían todavía prisioneros de las concepciones tradicionales, en puntos no desdeñables, los dos textos reproducidos anteriormente —sobre todo el primero; aunque esto también vale, en cierta medida, para la «Respuesta al camarada Pannekoek» que se leerá más adelante. La separación decisiva la realicé cuando la redacción del CS I durante el invierno de 1954-55; está claramente señalada en «Los obreros frente a la burocracia» y en «Balance, perspectivas, tareas», que pueden leerse más adelante, y en «Balance» y PO I y II, que se reproducirán en la segunda parte de este volumen (v. también CS II, julio de 1957 y MTR III y IV, octubre de 1964 y marzo de 1965). También espero que la *Introducción* del presente volumen ayudará al lector a situar la cuestión en su verdadero terreno.

Resultaría fastidioso volver a emprender aquí de una manera detallada la crítica de textos antiguos que ya ha sido realizada, implícita o explícitamente, en escritos

* [pp. 31-32 y 52 de la trad. esp. en *La sociedad burocrática*, vol. 1, en esta colección (N. del T.)]

posteriores. Añadiré algunos elementos complementarios en un nuevo texto sobre la cuestión de la organización, que se publicará en un volumen ulterior de esta reedición.]

En la primavera de 1947 el partido estalinista salió del gobierno. Se veía obligado a ello por la rebelión de los obreros, que se negaban a seguir aceptando la consigna «lo importante es producir», que conducía a una creciente miseria, y también por la imposibilidad de seguir su doble juego sobre la cuestión de Indochina. El año 1947, marcado por grandes luchas obreras, fue gastado por los estalinistas en readaptar su política. En abierta oposición a las huelgas al principio, a continuación intentaron reducir las desde el interior, pero la rápida profundización de la ruptura U.R.S.S.-U.S.A. y el paso definitivo de Francia al lado americano les obligaron a modificar totalmente su táctica y su estrategia. Las huelgas de noviembre-diciembre de 1947, en las que la movilización general de los obreros fracasó sin que el partido estalinista la haya claramente desecado, pedido u organizado, marcan el fin de esta penosa readaptación. Desde entonces, el objetivo de la política estalinista en Francia ha sido sabotear la economía capitalista (sobre todo en 1948-1949), alzar a la población contra la política atlántica de los gobiernos y, a fin de cuentas, prepararse para desorganizar la retaguardia del frente americano en caso de guerra.

La eficacia de esta política resulta constantemente cuestionada por las contradicciones inherentes al estalinismo en general, y a su situación en Francia desde 1947 en particular. La fuerza del partido estalinista proviene en primer lugar de la adhesión de las masas obreras; incluso si ésta se da en un principio, a la larga no puede mantenerse, y aún menos extenderse e intensificarse, si

* «S. ou B.», 12, agosto de 1953.

los hechos no tienden a justificarla y se oponen a ella en todo momento. Los hechos, a saber, la política estalinista y sus resultados en cuanto a la situación de los obreros. Por tanto, sería preciso que el P.C. aplicase una línea que sirviese a los intereses inmediatos de los obreros y se vinculase sensiblemente a sus intereses históricos. Ahora bien, esa línea no coincide necesariamente, en sus actos concretos, con los imperativos de una lucha ante todo antiamericana; es fácil ver que en la mayoría de los casos diverge o se opone a ella. Una huelga en la que los aspectos reivindicativos son sacrificados a imperativos políticos rara vez puede extender o intensificar la adhesión de los obreros al P.C.; y aún menos cuando los obreros empiezan a preguntarse si los objetivos de los estalinistas o los medios adoptados para realizarlos son los suyos, es decir, de los obreros.

Al mismo tiempo, los estalinistas están obligados a llevar una política «pacifista» que no apela a una clase particular y pretende ser independiente de sus objetivos como partido. Pero el intento de crear un «Frente Nacional» tiende a contradecir, tanto en la fraseología como en la realidad, su pretendida fidelidad exclusiva a la clase obrera o a los explotados en general.

Además, en tanto que parte de la burocracia estalinista internacional, el P.C.F. no sólo no tiene libre juego, sino que ha de soportar las consecuencias de lo que esta burocracia hace o sufre en otras partes. Ha de adaptarse a virajes para él inorgánicos; tiene que explicarse sobre lo que pasa en Yugoslavia o Corea, Checoslovaquia o Alemania Oriental.

Hay que señalar otro factor de dificultades: los errores de la dirección estalinista que, tomados individualmente, son accidentes, pero que por su frecuencia y su contenido recurrente se convierten en accidentes necesarios de la burocracia.

Por tanto, no se precisa una perspicacia excepcional, cuando se han dado los elementos de la nueva situación, para prever que la habilidad, la astucia y el cinismo de la dirección estalinista no podrán impedir que se produzca un alejamiento entre la clase obrera y el P.C.F. De hecho, en esta revista ya se escribía desde su primer número (marzo de 1949):

«Desde las huelgas de noviembre-diciembre de 1947 el movimiento obrero francés parece que ha entrado en un período de fragmentación y de profundo desánimo... Un gran número de obreros todavía sigue a las centrales sindicales, pero sin confianza; el alejamiento de los obreros ante todo lo que está organizado, sindicatos, partidos, y ante la "política" es una señal característica del período actual... Una serie de elementos avanzados son empujados a la reflexión por los acontecimientos actuales y por la política de los partidos obreros tradicionales... Sin embargo, en su mayor parte la clase obrera en la actualidad sigue estando fascinada por los aspectos negativos de su situación; se da cuenta de que no sólo no puede luchar contra sus direcciones sindicales y políticas, sino que incluso no puede luchar independientemente de esas direcciones y sin apelar a ellas, o en todo caso sin estar más o menos "controlada" por ellas¹».

Conocemos las formas que ha tomado este alejamiento del P.C.: pérdida continua de efectivos, bajada de la tirada de los periódicos, creciente incapacidad de movilizar a los obreros para las luchas políticas o incluso reivindicativas. Que el P.C. y la C.G.T., desde 1948, hayan mantenido el número de votos que obtienen en las elecciones políticas o sindicales no se opone en modo alguno a esta constatación: la vinculación entre las masas y las organizaciones burocráticas es ahora tenue como una papeleta de voto. La elección electoral siempre es una elección del mal menor; el obrero piensa que un hundimiento de la C.G.T. daría la señal a una ofensiva de la patronal, la corrupción de la S.F.I.O. elimina cualquier alternativa de cara a las elecciones políticas.

En la lucha total que enfrenta al imperialismo americano y al imperialismo ruso, las contradicciones y los fracasos de cada uno benefician al otro y éste tiende a explotarlos. La burguesía francesa, naturalmente, se regocija cada vez que el P.C. sufre un fracaso con los obreros; pero también los diarios occidentales denuncian la explotación de los trabajadores en el Este, el presidente de la General Motors se declara solidario de los huel-

1. «Socialisme ou Barbarie», 1, p. 60.

guitas de Berlín y el director del F.B.I. se lamenta por la suerte de los encerrados en campos de concentración rusos. La denuncia del régimen capitalista realizada por los estalinistas sólo resulta menos ridícula porque nos es mucho más familiar.

Era pues perfectamente comprensible que Ridgway llegase en mayo de 1952 a París, que los estalinistas invitasen a la población a abuchearle, que el Gobierno prohibiese la manifestación, que los obreros no acudiesen a ella, que Pinay, fortalecido por esta nueva derrota del P.C., hiciese detener a Duclos, que el Bureau Politique no diese pie con bola sobre la actitud a seguir, que la huelga de protesta fuese un fracaso y que la prensa burguesa pusiese en primera plana: «Victoria obrera». La historia, por lo general, no es comparable a un silogismo, pero, en esta ocasión concreta, no había nada en la conclusión que no estuviese ya en las premisas.

Sin embargo, lo inesperado, o si se prefiere, lo irracional, llegó bajo la forma de una serie de artículos de Sartre. Habiendo agotado el saber como Fausto y disipado su juventud como César, se siente cada vez más excitado por el demonio de la acción y más decidido, como Platón, a dejar los prados de Saint-Germain por Sicilia cada vez que hay un Congreso en Viena. Habiendo fracasado hace cuatro años un primer intento de «entrar en la Historia» a través del R.D.R., Sartre aprendió al punto la lección: en política, de «izquierdas» tanto como de «derechas», lo que cuenta por lo visto no son las ideas sino el éxito; y así lo escribirá elegantemente: «La idea verdadera es la acción eficaz». Llenar el Velódromo de Invierno, recoger cinco millones de votos en las elecciones, es lo verdadero, eso es lo eficaz. En virtud de estas consideraciones, Sartre decidió acercarse al estalinismo. Empresa penosa, si uno recuerda cómo le habían tratado los estalinistas hasta entonces; pero ya se sabe que nueve veces de diez un intelectual sólo acepta salir de la torre de marfil si está seguro de recibir puntapiés. Participó, pues, en el Congreso de la Paz y llenó de injurias a su amigo Camus, que estaba realizando el movimiento opuesto. Patético, le hizo observar que ambos eran burgueses, pero al menos él, Sar-

tre, «procuraría pagar»? Severo, le intimó que buscara en *la Fenomenología del Espíritu* las razones de la excelencia del estalinismo y le sugirió volver en octubre. Pero he aquí que las cosas se ponen feas bruscamente. El P.C. llama a los obreros a manifestarse contra Ridgway y los obreros no se mueven; el Sobrino del Pueblo es detenido y el pueblo no hace nada. ¿Qué había ocurrido? ¿Adónde había ido la eficacia? Desde hacía cuatro años, los obreros fracasaban cada vez que hacían huelgas; pero se trataba de vulgares luchas reivindicativas, de lo económico, lo físicoquímico, lo molecular, en una palabra, de algo sin interés. Pero esta vez se trataba de la Historia, se estaba en la praxis hasta el cuello: una manifestación política, organizada por el Partido del Proletariado, fracasaba, el Subjefe del Partido se dejaba detener por la policía ante la indiferencia del proletariado. Que los obreros no consigán triunfar en una huelga para ganar unos céntimos más por hora, no tiene nada de dramático; al fin y al cabo, Sartre «procurará pagar» los filetes que no coman. Pero que no se pongan en huelga cuando se detiene a Duclos, eso merece 180+X páginas de los «Temps Modernes».

Después de haber explicado, en un primer artículo, en julio de 1952, que puesto que la U.R.S.S. es el país de la revolución, es normal que el P.C. haga la política soviética y que la clase obrera le siga, en un segundo artículo publicado cuatro meses más tarde, Sartre abordó lo importante del tema: la explicación del significado del 28 de mayo y del 4 de junio. ¿Qué eran el 28 de mayo y el 4 de junio? Nada. «No se esperaba nada, no se produjo nada y sobre esa nada el Sr. Pinay construyó su gloria» (y se puede pensar ingenuamente que también Sartre sus artículos). Hay que señalar que Sartre tiene horror al vacío. En *El ser y la nada* ha dado una interpretación del deseo sexual como expresión de la angustia del hombre ante los agujeros. Ya se sabe que un agujero es nada rodeado de algo. Ahora bien, ¿no fue justamente eso, el 4 de junio: un agujero en la Historia? Pues ese agujero, esa nada le «ha dado miedo».

2. Ese día la mortalidad infantil descendió en los barrios obreros de París.

¿Por qué? ¿Porque la clase obrera no ha obedecido al P.C.? No, la clase obrera no ha hecho nada de eso, por una simple razón: «El 4 de junio... *no había* clase obrera». Los que se sorprenden de que semejante cataclismo social no haya sido señalado por los diarios de la época no han comprendido nada de la sutilidad de la partida que jugamos. No había clase obrera ya que la clase obrera sólo existe en la medida en que sigue al partido estalinista: «(La clase obrera) no puede no reconocerle (Duclos) sin dejar de reconocerse a sí misma». Y en este caso, ya no hay clase obrera, sólo hay «individuos». «Si la clase obrera quiere separarse del Partido, sólo dispone de un medio: desintegrarse.» Y ello es así, porque «la unidad de la clase obrera es su relación histórica y fluctuante con la colectividad, en tanto que esta relación es realizada por un acto sintético de unificación que forzosamente se distingue de la masa como la acción pura se distingue de la pasión». Esta «acción pura» sería, pues, el Partido; «el Partido es el movimiento que une a los obreros empujándoles hacia la toma del poder».

Todo esto, piensa el lector, quizás sea cierto, quizás falso. Pero ¿qué hay que hacer ahora? Pues bien, puede elegir: en primer lugar puede esperar uno de los próximos números de los "Temps Modernes" donde se publicará el final de los artículos de Sartre. Sin embargo, si su generosidad, su entusiasmo, su impaciencia le llevan hacia la acción inmediata y le impiden esperar la conclusión natural de este estreñimiento ideológico, puede intentar sacar ya las conclusiones de lo que ha leído. No obstante, tendrá que hacerlo por su cuenta y riesgo, y le aconsejamos la mayor prudencia. Si, por ejemplo, de lo que precede ha deducido que hay que inscribirse rápidamente en ese Partido que es «la libertad de los obreros», «la acción pura» que les «empuja hacia la toma del poder», demostrará que no ha comprendido nada de la complejidad y la riqueza del pensamiento de Sartre. Pues éste deja bien claro que no está de acuerdo con el P.C. (sin decir en qué); pero que sin embargo cree que es posible concluir acuerdos con el P.C. sobre puntos precisos y limitados (¿cuáles? y ¿quién sería el segundo contratante?); y, a fin de cuentas, da a

entender que desea «una izquierda independiente y en relación con el P.C.».

Si éste es el secreto del tercer artículo, es acto de caridad advertir al lector que usará mejor sus doscientos francos comprando caramelos, al igual que Sartre su tiempo yéndose a dormir. Desde hace veinte años, en el mundo entero, gente mucho más consistente que Sartre ha intentado fundar esta izquierda independiente y en relación con el P.C. Alguien que había dirigido dos revoluciones, una de ellas victoriosa, y creado el primer ejército proletario, ha pasado sus últimos años tratando de crear una organización proletaria independiente dispuesta a formar un frente único con el P.C., hasta que los estalinistas lo asesinaron; y, pasando de lo trágico a lo ridículo, el P.S.U. también trabaja «por una izquierda independiente y en relación con el P.C.» (a). ¿Por qué fracasan lamentablemente todos estos intentos, unos tras otros, sea cual sea en ese momento la fuerza o la debilidad del P.C.? ¿Por qué los trotskistas siempre son asesinados por los estalinistas, y por qué el P.S.U. está condenado a oscilar entre la flotilla de «submarinos» y la banda de vírgenes inocentes? ¿Quizás se trate de la nariz del Sr. Gilles Martinet? ¿Cambiaría todo si, como la de Cleopatra, hubiese sido más larga? ¿Hemos de esperar que la nariz de Sartre resolverá mejor la cuestión?

Para que una «izquierda independiente» se forme en la realidad, es preciso que la gente, y en primer lugar los obreros, se adhieran a ella. Para que se adhieran a ella en vez de al P.C. es preciso que tengan razones de oponerse a este último. Y es preciso que se trate de razones fundamentales, no de matices o de cuestiones nimias. Pues los problemas están en la actualidad tan vinculados, y la gente es hoy tan lista, que ninguna posición parcial proporcionará jamás una base de diferenciación suficiente, el fundamento ideológico de una izquierda independiente del P.C. Dicho sea de paso, esto Sartre lo sabe, puesto que reconoce que los obreros se adhieren al P.C. y lo juzgan en función de una apreciación de conjunto de la naturaleza de los partidos comunistas y de la U.R.S.S. (es lo que desde 1947 hemos explicado a los trotskistas). Si la U.R.S.S. es efectivamente un Es-

nuevo de la ideología revolucionaria y por la propagación de ésta entre los obreros más avanzados.

Todo esto resulta evidentemente largo, y nada fácil. Se precisa paciencia, mucha paciencia y terquedad. Y siempre ha habido y siempre hay algunos que se han descubierto o se han forjado esa terrible paciencia. Los que empezaron a tiempo, han trabajado en las organizaciones que existen, se han planteado dudas, han intentado interpretar paso a paso los acontecimientos, han conocido la lucha abierta, y han tenido que esconderse de nuevo. Estos han tenido que pagar para conocer la infinita tarea de la que tan alegremente habla Sartre. La conocen lo suficiente como para saber que la mayor parte de las veces trabajan para un lejano futuro, todavía profundamente escondido en la ganga de lo posible, y que los momentos en que por fin se puede hacer lo que se ha vivido para hacer son raros y nunca están garantizados de antemano.

Pero a Sartre eso no le gusta. No puede ser paciente: no tiene tiempo que perder, acaba de llegar, ha de desquitarse, precisa en seguida «acción». Y no quiere acción, no: acción eficaz, acción de gran estilo. Mira de arriba abajo y con desprecio a Lefort, que se contenta con la compañía de «otros intelectuales y de algunos obreros muy cultos». Sartre ha de poder arrear a la muchedumbre, llenar el Velódromo de Invierno. Y para eso, es preciso evidentemente estar en «relación con el P.C.». ¿Quién llenará si no el Velódromo de Invierno? En todo caso, no la izquierda independiente. Lo que permite predecir que, a menos que un día u otro dé de lado a todo eso, olvidará su izquierda independiente y sus divergencias y seguirá fielmente al P.C. Esta contradicción entre la defensa en toda la línea del P.C. y las misteriosas «divergencias» o el púdico deseo de una izquierda independiente no es la única de

3. Lo cual no implica obligatoriamente que se convierta en miembro de él: Sartre es mucho más rentable para el P.C. si no es miembro del partido: «Puesto que alguien independiente, como Sartre, también reconozca, Evidentemente, el P.C. preferiría a Bourvil o Louison Bobet, mucho más populares, pero no siempre se puede elegir.

tado obrero y los P.C. partidos proletarios, las críticas dirigidas a su política se convierten en secundarias e incluso en gratuitas. Y frente a talesseudodivergencias, en el momento que se plantea la posibilidad de la tercera guerra mundial y de la exterminación atómica del género humano, el obrero preferirá militar en el P.C. en vez de perder su tiempo con Sartre y su izquierda independiente.

Por tanto, una organización independiente sólo podrá formarse con la condición de poder mostrar que las divergencias que la separan del estalinismo son fundamentales, es decir, se refieren a la propia naturaleza del estalinismo, tanto en la U.R.S.S. como en los demás países. Sólo podrá llegar a existir en el seno del proletariado si lleva a cabo una lucha permanente e irreconciliable contra la ideología y la política estalinistas (y burguesas, claro está). En estas condiciones ¿podrá estar «en relación con el P.C.»? Incluso resulta ridículo plantearse la pregunta.

Es evidente que una orientación ideológica fundamentalmente opuesta al estalinismo es una condición necesaria pero no suficiente para la reconstrucción del movimiento revolucionario. En verdad, también se precisa que una fracción importante de la clase obrera llegue por sí misma a un grado suficiente de clarificación política para que pueda reconocer en esa ideología la formulación explícita y coherente de su propia experiencia. El alejamiento de los obreros del estalinismo, la negativa a participar en acciones claras o confusamente percibidas como ajenas a los intereses proletarios, constituyen un momento necesario de esta experiencia, que se está desatrollando ante nuestros ojos. Y quitérase o no, largas fases de pasividad e inacción son inseparables de ella. ¿Es ineluctable que esta experiencia concluya en un sentido positivo, mediante la superación de la situación actual hacia la revolución? No, desde luego, nada es ineluctable en la historia. Pero el papel del revolucionario no consiste en quedar fascinado por la ambigüedad de todo estado histórico dado, sino en poner de manifiesto el significado positivo que allí se encuentra potencialmente y luchar para que se realice. Y en una fase como la que atravesamos, esta lucha empieza por la formulación de

los artículos de Sartre; sin embargo, su número se ha multiplicado cuando Sartre ha querido responder a Claude Lefort. En el número de abril de los «Temps Modernes», Lefort había mostrado que Sartre sólo lograba defender y justificar el estalinismo deformando constantemente el marxismo y rebajándolo al nivel de un empirismo racionalista (b). La respuesta de Sartre, dos veces más larga que la crítica, abunda en ineptias, sinsentidos, groserías personales, errores de vocabulario⁴ y se manifiesta sobre todo como una explosión de histeria; pues al seguir las «demostraciones» de Sartre uno se da cuenta que, víctima de una curiosa ataxia silogística, tanto prueba demasiado como demasiado poco. Esta impresión aumenta cuando uno descubre la masa de contradicciones allí contenidas; por ejemplo:

«...Si se quisiese sacar a luz el vergonzoso finalismo que se oculta en todas las dialécticas...» (p. 1.575). «Marx nos ha hecho recobrar el tiempo verdadero de la dialéctica» (p. 1.606). Si toda dialéctica oculta un vergonzoso finalismo ¿cómo es posible que la dialéctica marxista no lo oculte?

Después de haber ironizado sobre la «experiencia acumulativa» del proletariado, impugnado que sus condiciones ya estén dadas en la realidad, pretendido que esa experiencia no conduce a la unidad del proletariado, a lo largo de diez páginas (1.577-1.588), Sartre añade friamente: «Por otra parte, no le reprocho que hable de experiencias acumulativas y pienso en efecto que el proletariado saca provecho de todo...» (p. 1.588).

Podríamos alargar fácilmente la lista de estas contradicciones, pero resultaría superficial limitarse a constatarlas. Pues en cada una de ellas los dos términos no tienen el mismo peso. Esto se ve en primer lugar desde un punto de vista estadístico: Sartre dedica regularmente cinco, diez o veinte páginas, cuyo ardor produce escalofríos, en demostrar que sin el partido la clase no

4. «El hombre es objeto... del sol, del perro» (p. 1.590) (c). Desarrollar «la industria de producción» (p. 1.618). Lo universal es lo que «abarca toda una colección» (p. 1.592). «Las relaciones de producción siguen siendo individuales» (p. 1.574).

es nada, que los obreros están embrutecidos, aplastados, transformados en cosas por la explotación, que son pasión y el partido acción pura —luego, una descuidada frase nos afirma aquí y allá que el proletariado tiene una naturaleza revolucionaria, que saca provecho de todo, que se hace a sí mismo por su acción cotidiana, que se mantiene en movimiento por las consecuencias de sus actos. El mismo indica, pues, que sólo piensa seriamente la mitad de lo que dice y que el resto es puro adorno. Y por una vez debemos creerle, pues no sólo el reparto de sus páginas posee un sentido independiente de él, sino que sobre todo son las tesis en las que defiende a la burocracia las que poseen un valor y un significado objetivos. Un significado, porque coinciden con una poderosa corriente social e histórica, porque corresponden a algo en todas partes presente en la realidad; lo demás, la acción autónoma del proletariado ¿dónde podría verla hoy Sartre? Un valor, porque allí expresa una justificación de la burocracia que la burocracia se da a sí misma, pero claro está sin atreverse a presentarla ella a los demás. Al basar la necesidad del partido en el embrutecimiento de los obreros, Sartre hace torpemente a la burocracia un regalo emponzoñado, pero accede con ello a una dignidad y a una existencia histórica que no poseería a título personal. Por tanto, vamos a considerarlo en su aspecto esencial: un apologista torpe pero ferviente, autodidacta pero aplicado, penitente pero agresivo, con el logos trabado pero con la lengua suelta; en una palabra, el prototipo del Intelectual Moderno que construye con los Materiales de la Razón el Arco de la Oportunidad para atravesar el Diluvio de la Historia.

La gran familiaridad con la teoría inculca al Intelectual Moderno un saludable y realista menosprecio de las construcciones sistemáticas. Platón o Spinoza, Fichte o Marx intentaban concordar su filosofía y su pensamiento político. Eran pedantes, advenedizos discursivos. El Intelectual Moderno tiene en común con ese viejo aristócrata de la práctica, el tendero de la esquina, el con- finar a la teoría a su justo lugar: la teoría es buena para los libros, pero en la vida real no sirve de gran cosa. De ese modo Sartre explicará qué es el proletariado, su partido y cómo se puede salvar «la clase obrera, la co-

lectividad francesa en su totalidad y la paz», sin «hacer o rehacer una teoría del proletariado». Esta teoría, dice, le parece «inútil, peligroso y por otra parte presuntuoso» el hacerla.

Evidentemente, lo inútil, peligroso y sobre todo presuntuoso es charlotear durante docientas páginas sobre el proletariado, el partido, sus relaciones, etc., sin tener una concepción general sobre ello. Esta es la actitud de un charlatan político. Pero Sartre es inocente de este crimen aunque el mismo se abruma, y es más bien de no saber lo que hace de lo que hay que acusarle. Fívidentemente, le hubiese resultado imposible escribir todo lo que ha escrito sin tener una teoría (o varias); y de hecho, teorías sobre el proletariado Sartre tiene muchas, podría sacarse mil de los bolsillos. Lo que ocurre es que como toda teoría que no se sabe como tal su teoría sólo es un amasijo confuso y contradictorio de prejuicios, de rumores y de ideas mal digeridas. No basta con querer hacer teoría para hacer buena teoría; pero no querer hacerla conduce necesariamente a hacerla mala. El propio Sartre había proporcionado la prueba de ello cuatro líneas antes al emitir la siguiente proposición: «Para mí, la clase se hace, se deshace, se rehace sin cesar, lo cual no quiere decir en modo alguno que vuelva al punto de partida». El lector, por poco sagaz que sea, habrá reconocido ahí una proposición teórica general; por otra parte tan general que rebasa el terreno de la clase y puede ser aplicada fecundamente a los cuatro elementos, a los gobiernos franceses, a las expediciones coloniales y a varios tipos de objetos más. Todo ello se hace, se deshace y se rehace sin cesar, y sólo rara vez vuelve al punto de partida.

Pero que el lector tenga paciencia. Sólo estamos aun en la tercera página de la respuesta de Sartre; ¡qué diablos!, en las cincuenta y seis que quedan encontraremos en algún lugar colocada la diferencia específica entre la clase obrera y el ser en devenir en general. Veamos.

En su crítica, Lefort había indicado a Sartre que para el marxismo había factores objetivos (por supuesto, sociales-históricos) que tendían a hacer del proletariado una clase revolucionaria; y había indicado las más importantes: la concentración del proletariado, la cooperación

que le impone la producción capitalista, el cambio continental de las técnicas que sólo puede darse porque el proletariado las asimila. Después de haber dicho que jamás ha «negado los fundamentos objetivos de la clase», Sartre dedicará varias páginas de su respuesta en probar que no es así, que estos factores o no tienen ninguna significación o tienden al efecto contrario, a saber, «aplastar» al proletariado. Por tanto, probará demasado, incluso con respecto a su objetivo que es la «justificación» de la burocracia, la cual en ese caso ya no necesita al proletariado, sino a explotados en general.

En primer lugar, la concentración. La concentración sólo actúa a través de los medios y de las formas existentes», dice en forma sentenciosa Sartre. Pero ¿quién ha dicho que la concentración actuase fuera de los medios y de las estructuras? El marxismo no tiene que ver con la concentración de los espárragos, ni con la concentración de los hombres en general; se ocupa de la concentración de una categoría precisa de individuos —los productores industriales— en el seno de un proceso de terminado —el desarrollo de la gran industria—, en lugares dados —las ciudades y las fábricas modernas—, en el seno de un régimen dado y de una historia dada —el régimen y la historia del capitalismo. ¿Cree seriamente Sartre que para un marxista la reunión por Tamerlán de cien mil caballeros en medio de las estepas tiene la misma acción y significado que la reunión por Ford de cien mil obreros en las fábricas del Rouge? Resulta simplemente estúpido oponer el proletariado de los U.S.A. que la concentración no ha vuelto revolucionario al proletariado francés, menos concentrado pero más politizado, para probar —¿qué, de hecho? ¿Que la concentración no es el único factor que importa? Pero ¿quién ha dicho que era el único? ¿Que la concentración no importa en modo alguno? Esto es lo que Sartre no se atreve a afirmar. ¿Entonces?

Por lo demás, ¿qué permite a Sartre no ver en la historia del proletariado americano más que «los lamentables compromisos del CIO» y «una creciente indiferencia»? ¿Que, sino su horizonte de feligres de Saint Germain-des-Prés y su profunda convicción de que lo que ocurre en Francia es norma universal (ya se sabe que

la «pasión insurreccional» es un artículo de París). Esto es probablemente lo que le impide ver la «creciente indiferencia» del proletariado francés entre 1921 y 1930 o entre 1947 y X y el «lamentable compromiso» por el que sus dos partidos han «sabido terminar las huelgas» en junio de 1936 o encadenarlo a la producción entre 1944 y 1947. Si en la historia del proletariado americano sólo hay «lamentables compromisos» y una «creciente indiferencia», ¿qué explica el poder de sus sindicatos y el nivel de vida de los obreros, tres veces más alto que en Francia? ¿La bondad de los trusts, tal vez? ¿Su «mentalidad social», como explican los periodistas parisinos después de una gira de quince días por el otro lado del Atlántico? ¿Y por qué, frente a esa creciente indiferencia y a estos sindicatos que sólo piden comprometerse lamentablemente, los trusts en vez de disminuir los salarios conceden aumentos? Sin duda, porque no están informados sobre el CIO y el proletariado americano. Eso les enseñará a abonarse a los «Temps Modernes», en vez de mantener generosamente a impostores que se presentan como especialistas de «Labor relations» y que saben de ello menos que Sartre.

Sin embargo, lo esencial no es esto. Pues mediante esta tautología aparentemente inocente —que «la cantidad no podía producir efectos sociales a no ser en el marco de una sociedad ya estructurada y en función de las estructuras ya existentes»— se enmascara una verdad mucho más importante, a saber, que las estructuras son modificadas bajo la presión de las cantidades. Las estructuras no existen eternamente, y en su cambio desempeña un papel fundamental el cambio de las cantidades. ¿Qué es la concentración del capital si no una continua modificación de la dimensión absoluta y relativa de las empresas? Pero esta concentración, al desarrollarse, altera, gradual o brutalmente, una serie de estructuras particulares, económicas y sociales. Marx analizó ampliamente el paso de la cooperación simple a la manufactura primero, y a la gran industria a continuación, y sus efectos en la clase obrera, y no es necesario volver a ello de nuevo.

A continuación, la cooperación. Al atribuir a Lefort la idea de que el capitalismo desarrolla idílicamente un

proletariado que no es más que positividad (no sabemos de dónde ha sacado eso Sartre), Sartre se permite el ridículo de querer probar que «la cooperación no es vivida por el obrero como la feliz señal de la solidaridad», que ahí se realiza «la experiencia de la dependencia». Parece no sospechar lo que se le quiere hacer comprender y se dice desde Marx: que el proceso de la producción capitalista «une, educa e instruye» a los obreros en el sentimiento de su recíproca dependencia y les inculca, quiéranlo o no, tanto la idea de la ineluctabilidad de esta dependencia como el rechazo de la forma alienada que ésta toma en la fábrica y en la sociedad capitalista.

Por último, el continuo cambio de la técnica. Aquí Sartre está «francamente» indignado. ¡Qué infamia, en efecto! ¡La fábrica que lisa al obrero, el trabajo parcelario que arruina la bella «cultura profesional» de antaño, el «conocimiento intuitivo de la materia»! Para ver en todo eso otra cosa que la destrucción y la negrura hay que «carecer de imaginación» y de corazón. A Sartre no le falta y su corazón empuja a su imaginación; así describe ampliamente el «embrutecimiento» de los obreros, sus «psicosis», esa vida vegetativa en la que «se vuelve a casa, se cena, se bosteza, se duerme».

Aquí Sartre nos sorprende. Lefort ha visto obreros. Ha visto muchos más de los que Sartre verá durante toda su vida, y de más cerca. Tiene a Marx en su casa, las páginas cortadas, anotadas. O sea que, ¿no ha comprendido nada de lo que veía, de lo que leía? ¿O bien lo que explica Sartre es un nuevo descubrimiento que por modestia esconde entre citas de Marx y referencias a biólogos y psicotécnicos?

No, por supuesto. Nada de todo eso es nuevo y todo el mundo lo sabe desde hace tiempo. Pero lo relativamente nuevo es la voluntad de no querer ver *más que eso* en las relaciones del proletariado y del desarrollo técnico. Muy relativamente, claro: Sartre tiene precursores. Así un día, hace unos diez años, Burnham anunció su gran descubrimiento: Marx se había equivocado, el proletariado cada día era menos capaz de dirigir la sociedad, las cualificaciones profesionales se perdían en el capitalismo moderno, etc. El papel del sucesor del ca-

pitualismo, reservado por Marx al proletariado, éste era en lo sucesivo incapaz de asumirlo. De ahí la misión histórica positiva de los «gerentes» o directores, es decir, de los burócratas⁵. Premisas y conclusión no difieren de las de Sartre, salvo que éste prefiere una burocracia partidular: la del partido estalinista.

Más adelante volveremos a encontrarnos con este aspecto de la cuestión, como también con la influencia del cambio técnico. Pero ahora denegámonos un momento en la pedantería con la que Sartre apostrofa a Lefort: «...tal vez piensa usted en la influencia "cultural" del trabajo parcelario: en este caso, lamento tener que decirle que las encuestas anglosajonas y alemanas (i) describan su hermoso sueño: la influencia del trabajo parcelario es totalmente negativa, ha liquidado la cultura profesional, etc.». Esta simple frase prueba que Sartre ni conoce ni es capaz de imaginar las cosas de las que habla; sólo un loco podría pensar que el trabajo parcelario pueda tener en tanto que tal una influencia cultural positiva, y las encuestas anglosajonas y alemanas son muy útiles salvo para demostrar que dos y dos son cuatro. Las tonterías que uno atribuye a sus adversarios simplemente indican las tonterías que uno mismo es capaz de producir. Sartre no sospecha que no todo el mundo está en su caso, descubriendo ahora a la clase obrera, el trabajo parcelario y lo demás, que hay gente —como Lefort— que se pasan la vida reflexionando sobre estas cuestiones, que quizás reflexionan mal, pero que no se les enseña nada diciéndoles que las partes están contenidas en el todo, que un perro tiene cuatro patas y que el trabajo parcelario tiene una influencia negativa en la cultura profesional.

Sin embargo, ¿tiene el trabajo parcelario una influencia «totalmente negativa» en la clase obrera? Dejemos un momento al Wagner de los «Temps Modernes» y pasemos a Marx.

Después de haber descrito a los obreros del período artesanal, Marx concluye: «...todavía encontramos en los artesanos medievales para ejercerlo, destreza que especial y por su destreza para ejercerlo, destreza que

6. *L'Idéologie allemande*, p. 206 de la ed. Costes (Tomo VI). [Damos la trad. esp., *La Ideología Alemana*, publ. por Grijalbo, Barcelona, 1970, pp. 58-59 (N. del T.).]

el hecho de ser tratado como un accidente y cada día aprende que en la producción moderna no puede ser tratado más que como un accidente; y no puede salir de ello más que convirtiéndose en un bruto o apoderándose de la producción y reduciéndola a su verdadero significado de actividad subalterna del hombre. Al mismo tiempo, la intercambiabilidad de las tareas le indica en la práctica que todos los modos de producción particulares pueden ser dominados por el individuo moderno, aunque por el momento éstos le dominen.

¿Qué comprende de todo esto Sartre? Aparentemente nada, aunque cueste creerlo. Habiendo hablado Lefort de intercambiabilidad *de las tareas* ¿Sartre le responde que la intercambiabilidad de los *individuos* engendra sobre todo el miedo al paro! Aunque fuera Sartre «notablemente inteligente», como afirma él mismo amablemente que lo es Lefort, hubiera debido intentar saber de qué habla. La intercambiabilidad de las tareas es ese fenómeno típico de la industria moderna que hace que un O.E.-máquina sea capaz de trabajar prácticamente con cualquier máquina que produzca en serie, después de una puesta al corriente que varía de algunos minutos a algunos días, y cuya base objetiva-técnica consiste en que la inmensa mayoría de las máquinas modernas son derivaciones o especializaciones de dos o tres tipos de máquinas universales. He ahí la universalidad devenida objeto —objeto *histórico*—, y se intenta hacer comprender a Sartre que ésta implica un corolario en el sujeto que ha inventado esos instrumentos, los adapta y los utiliza⁷. ¿Pero es Sartre «notablemente inteligente»? Si lo fuese, incluso en su ignorancia, no confundiría la intercambiabilidad de los individuos con la intercambiabilidad de las tareas. Aunque fueran siempre a la par, no habría que confundir los dos *aspectos* que expresan en el fenómeno, de donde emergen diferentes significaciones. Pero no es forzoso que así sea, y la intercambiabilidad de los individuos existe independientemente de la de

7. Puede encontrarse un interesante desarrollo de esta idea en «L'Ouvrier américain» de P. Romano y R. Stone, publicado en los números del 1 al 8 de «Socialisme ou Barbarie».

las tareas. Los sastres, los zapateros, los maestros son intercambiables en el seno de su corporación (intercambiabilidad de los individuos) pero no unos con respecto a otros (intercambiabilidad de las tareas). Y resulta deshonesto, para colmo, insinuar que Lefort ya ve realizado en el obrero parcelario «el universal concreto del individuo en integral desarrollo», cuando éste dice que la automatización «hace *vislumbrar* al obrero una universalidad que *sólo podría conquistar efectivamente mediante la abolición de la explotación*».

Sartre quiere demostrar, por tanto, en algunas páginas, que la situación objetiva del proletariado *no puede tener significado*. ¿Y qué queremos probar, nosotros, con Marx? Que el proletariado, colocado en esa situación, tenderá a tener una experiencia común de ella, y que esa experiencia es uno de sus momentos constitutivos en tanto que clase. Ahora bien, Sartre, tan a gusto en el terreno de la filosofía como en el de la economía, rechaza esta idea: no se puede probar «la unidad del proletariado por la de su experiencia», pues «la unidad de la experiencia, incluso si se realizara progresivamente, supone la unidad del proletariado».

Esta frase no tiene el menor sentido. Pues no se trata, en este caso, de teoría del conocimiento, ni del Yo como principio de la unidad sintética de la percepción. Se trata de saber si los obreros en tanto que obreros tienden a participar en una experiencia común y si en esa experiencia, que se despliega en el tiempo, se da una sucesión significativa, en otras palabras, si el «después» tan sólo se yuxtapone al «antes» o lo supera. En una palabra, se trata de saber si se puede hablar de una historia del proletariado.

¿Es necesario suponer la unidad ontológica o trascendental de un grupo para hablar de la unidad de su experiencia? ¿Cuál es el principio de unidad de la experiencia de esa veintena de muchachos que han frecuentado la misma escuela y han jugado en los mismos solares durante toda su infancia (experiencia parcial, por supuesto)? ¿Cuál, de no ser justamente esa identidad de la escuela, de los maestros, del barrio, de la edad? La unidad de la experiencia, en la medida y en los límites en que existe, la establece la identidad o la simi-

un mal retruécano. El capitalismo crea obreros y les impone una experiencia común, incluso les impone la idea de pertenecer a una clase. Sartre repite continuamente que no es un obrero; pero no ha sido nunca *asalariado*? Cuando el empresario o la administración dice: bajo o aumento *los salarios* en tanto, aumento o disminuyo *las horas de trabajo* en tanto, ¿qué hacen sino coger por el cuello a esa masa de individuos y gritarles en la oreja: para mí, usted no es Dupont, Durand o Sartre, usted es un ejemplo accidental de la categoría de los asalariados y si eso no le gusta, ahí está la puerta? Y si el asalariado encuentra que la situación se le hace insupportable ¿será preciso que tenga un carnet del partido en su bolsillo o las obras completas de Maurice Thorez en su casa para que llegue a pensar que los que se encuentran a su derecha o a su izquierda han de encontrarla igualmente insupportable, para discutir sobre eso con ellos, para que lleguen a la idea de una reacción común? En todo eso se realiza simplemente la experiencia «de la dependencia» o se realiza la experiencia de la dependencia *en común* y de la reacción común como única reacción posible? El proletariado en sí es en primer lugar materia a explotar por el capital. Este «en sí» ya es superado en tanto que tal desde el momento que existe experiencia de la explotación, desde el momento que uno no se limita a ser explotado, sino que se sabe explotado (y en las condiciones capitalistas, uno se sabe explotado inmediatamente en tanto que participante en una categoría social). Esta experiencia ya es un «para sí» elemental, «para sí» plenamente afirmado desde el momento que la experiencia ya no es aceptada pasivamente, sino que se convierte, por la acción común contra la situación común, en práctica activa, huelga, rebelión o revolución. Y en lo sucesivo, el proletariado será esto, la posibilidad permanente que tienen los proletarios de afirmarse en la práctica «para sí» en tanto que clase. Que en las condiciones del capitalismo esto les conduzca a intentar hacer del poder su objeto y a darse como objetivo el comunismo, es ya otro problema; volveremos después sobre el asunto. Pero a partir de este momento, lo cierto es, no ya que la unidad del proletariado al realizarse

8. Por supuesto, aquí hacemos una elección. Decidimos que ser un asalariado de la industria, por ejemplo, es una relación esencial, mientras que tener o no primos no lo es.

litud de las condiciones objetivas en las que se encuentra situado el grupo. Decir que cada individuo que pertenece al grupo percibirá esas condiciones y las traducirá en una experiencia según estructuras propias es cierto al nivel de una microsociología puntual, pero se convierte en una fuente de sofismas si cambiamos de escala y consideramos masas en la historia. Si el «grupo» considerado se reduce a dos individuos que asisten a un mismo y rápido acontecimiento, incluso puede ser dudoso que tengan «la misma percepción» del acontecimiento (que traduzcan de la misma manera en el lenguaje la descripción material de los hechos); los elementos percibidos diferentemente por cada uno serán numerosos e importantes y de todos modos será diferente el significado que cada uno atribuya a los hechos. Pero si el grupo en cuestión comprende millones de individuos que durante generaciones, desde el nacimiento a la muerte y en todas las relaciones esenciales, hacen frente a condiciones idénticas o similares, se puede apostar que la unidad de su experiencia llegará muy lejos. Los rasgos comunes aparecerán, gradualmente o por intermitencias, y cada individuo tenderá a reconocer en el otro un portador de una experiencia esencialmente similar. La unidad de la experiencia «del proletariado» es en primer lugar la unidad de la experiencia de estos millones de individuos que el capitalismo coloca en idénticas condiciones, y por consiguiente no supone al principio más que la unidad del sistema capitalista (y también, por supuesto, el hecho de que los explotados sean posibles sujetos de una experiencia en general, es decir, hombres). Este solo es, desde luego, el inicio de una larga historia, y pasan años o siglos antes de que esa experiencia común de los individuos sea reconocida recíprocamente, elevada a la certeza de la pertenencia definitiva e inexorable a un conjunto que rebasa a los individuos, transformada de solidaridad pasiva en acción colectiva. Volveremos a ello dentro de un momento. Pero esto no impide que la circularidad pseudo dialéctica planteada por Sartre sea

realice la unidad de la experiencia, sino que la historia del proletariado es la historia de los esfuerzos de estos hombres en afirmarse «para sí» y en conquistar el poder.

Pero esto no marcha, dice Sartre: «El proletariado está aplastado por un presente perpetuo». Literatura. Esto, que quizá fuera cierto si habláramos de los animales, no lo es desde luego si hablamos de los proletarios. Y si lo fuese, la historia (la Historia) estaría concluida en este momento. Para apoyar este absurdo, Sartre cita a Marx, que decía: «Esta revolución continúa en la producción, esta constante perturbación de todo el sistema social, esta agitación y esta perpetua inquietud distinguen a la época burguesa. Todas las relaciones sociales tradicionales y fijas se disuelven; las que las reemplazan envejecen antes de que hayan podido osificarse»; pero concluía este mismo pasaje con una frase que Sartre escamotea en su cita: «Todo lo sagrado es profanado, y en resumidas cuentas *el hombre se ve forzado al fin a considerar sin ilusiones sus condiciones reales de vida y sus relaciones recíprocas*» (el subrayado es nuestro).

Se trata pues de una falsificación. Para Marx, la «revolución continua» que el modo de producción capitalista impone en las relaciones sociales es, por supuesto, lo que obliga al hombre a desembarazarse de lo sólido, de lo petrificado, de lo tradicional y de lo sagrado, y a considerar «sin ilusiones» sus condiciones de vida y sus relaciones con los otros. Lo que le obliga a ver en lo que simplemente está ahí algo necesariamente condenado a la destrucción; lo que destruye la dominación ejercida por lo meramente heredado y, luego, accidental. La revolución continua, quiere decir Marx, somete al hombre a un doble aprendizaje; destruye las mistificaciones que encubren la realidad de las relaciones sociales, pero también, y mucho más profundamente, demuestra la relatividad de esas relaciones y de todo lo dado, incluso en la realidad. Obliga al hombre a ver que la realidad es el producto —hasta ahora ciego— de la acción del hombre, y que por tanto puede transformarla. Y es porque la clase obrera está situada en el centro de este proceso de perpetua destrucción, de revolución permanente en la realidad que domina a todas las demás, la

realidad de la producción, por lo que tiende a ser clase revolucionaria y clase universal.

Marx, por tanto, decía: la clase obrera realiza la experiencia de este cambio perpetuo, luego está obligada a comprender y superar la relatividad del presente. Sartre le hace decir: la clase obrera realiza la experiencia de este cambio perpetuo, y eso la deja completamente desconcertada. Sartre hace algo peor que falsificar a Marx, le atribuye su propia superficialidad.

«Los nuevos obreros que surgen hacia 1910, continúa Sartre, ¿cómo podemos imaginarnos que van a recoger las tradiciones aristocráticas (!) del sindicalismo revolucionario y de los profesionales? Cambio, sí; cambio *histórico* (el subrayado es nuestro) y acumulativo, seguro que no.» Ahora se comprende lo que quiere decir la historia para Sartre: es lo que crece lentamente y con seguridad, al igual que una barba. Lo histórico, por tanto, será lo sedimentado, lo gradual, lo aditivo. Las barbas y los archivos de notario, y no, como creían algunos, las guerras, las revoluciones y las bombas atómicas.

Pero la palabra en sí no tiene importancia, no es más que una de las cincuenta y nueve expresiones particularmente poco afortunadas del artículo en cuestión. Hay en efecto cambio histórico (en el verdadero sentido) del proletariado, es decir, cambio total, entrada en masa de nuevas capas en la industria, nuevo inicio de la lucha después de largos períodos de inacción. ¿Y qué se quiere probar con eso? Haya o no una historia de la humanidad, no es desde luego la existencia de catástrofes, guerras, invasiones y revoluciones lo que permitirá probar que no hay una historia. Los que han intentado demostrar que no hay historia en general no han apelado para probarlo a este tipo de acontecimientos, sino a un análisis de las diversas culturas históricas que pretende encontrar en cada período significaciones sin verdadera y orgánica vinculación de unas con otras. Se trata, evidentemente, de una empresa que se contradice a sí misma, pero Sartre hubiese podido intentar demostrar sin contradicción que los sentidos que pueden extraerse de cada fase de la existencia del proletariado no son coherentes, no se implican mutuamente; para ello, hubiera

precisado analizar al menos dos etapas del movimiento obrero y mostrar que no tienen ningún tipo de comunicación o, peor aún, que ninguna tiene significación, que sólo son caos e incoherencia.

En vez de eso, convierte al cambio en lo nuevo absoluto y caricaturiza a Marx como Crátilo caricaturizaba a Heraclito: No entrarás dos veces en el mismo río. Ya que la «revolución continua» es una revolución en los modos de producción, en las relaciones sociales, en la organización y las ideas, pero no es desde luego un cambio continuo del personal de las fábricas: nunca ha querido decir que a intervalos regulares las fábricas son totalmente limpiadas de su personal y que individuos caldos del cielo se instalan en ellas. Es como tener que explicar a un niño que echar sal a la carne no quiere decir vaciar el salero en el plato. Incluso en los momentos en los que el capitalismo crea una afluencia de nuevas masas en las fábricas —por ejemplo en Estados Unidos entre 1940 y 1945— la mayor parte sigue compuesta por individuos que ya estaban ahí antes, que continúan, y con los que se mezclan los nuevos.

Además, ahí están, en efecto, los partidos. No se trata, desde luego, del Partido Absoluto, la Idea del Partido, el Partido Uno, Estérico e igual en todo a sí, en el que cree Sartre, sino de los partidos contingentes y mortales, compuestos de individuos perecederos que provienen de la clase y a ella retornan. En los partidos y mediante la acción de los partidos se forman militantes que no sólo están en primera fila en la acción sino que tienden además a reflexionar sistemáticamente sobre la experiencia de las luchas, y pasan luego a otras organizaciones llevando consigo esa experiencia y esa reflexión. Pero ya vemos que es preciso generalizar; no se trata ya de partidos, en tanto que tales, se trata de militantes y más generalmente de la vanguardia de la clase, de la que Sartre, evidentemente, no dice ni una palabra, es decir, de obreros que más a menudo que otros tienden a participar en las luchas económicas o políticas o a tomar su iniciativa, a reaccionar sobre ellas, a pensar siempre en la perspectiva de las futuras luchas. La clase obrera no tiene otra memoria que la de los individuos que la componen, pues no es ni un individuo ni un grupo con

instituciones que guarden su memoria, y la respuesta al problema de la unidad histórica de la acción proletaria se encuentra en otro lugar. Sin embargo, en la medida que algo así como una «memoria» de la clase existe, puede ser localizada en esa vanguardia. «Todos los obreros han señalado que los jóvenes obreros no saben casi nada sobre las huelgas de 1936», dice Sartre. ¡Vaya con los observadores! ¿Cómo pueden ser tan perspicaces? Ciertamente es que antes de meterse en estos arduos trabajos hubiesen podido pensar que los jóvenes obreros de hoy tenían tres años en 1936 y que desde entonces han tenido otras cosas más importantes con que verse las que leer sobre las huelgas de junio de 1936 libros que por otra parte casi no existen. Pero ¿qué ocurre si estalla ahora una huelga? Durante la última huelga en la fábrica Renault, los sindicatos hicieron como de costumbre de esquirols (con mates, por supuesto), y los obreros estaban profundamente asqueados. Y durante días y días, a medida que la continuación de la huelga en el departamento de los 4 CV planteaba el problema del qué hacer ante el conjunto de los obreros, en toda la fábrica se ha discutido una cosa: las huelgas de junio de 1936. No es nada del otro jueves comprender que si en un departamento de dos o trescientos obreros hay un tipo que ha participado en una experiencia como esa, los demás siempre le escucharán, si las condiciones se prestan a ello. La vida de un obrero se extiende a lo largo de cuarenta o cincuenta años: de la Comuna a la Primera Guerra Mundial, de 1910 a hoy día. En cada fábrica, en cada taller se encuentran algunos obreros que han participado en las grandes luchas del pasado. Son el fermento en la clase, los que para sus camaradas representan de un modo vivo el vínculo entre el pasado y el presente. Que sean un 5% o un 50% no tiene mucha importancia. Uno de cada mil bastará, el día que sea preciso.

Pero esto no existe para Sartre. ¿Dónde va a poder él encontrar a la vanguardia? Para él, lo que existe es esta dicotomía: la clase obrera, entidad abstracta e incluso imaginaria, que no se ve en ninguna parte; y luego el Partido (estalinista, por supuesto) que se ve continuamente: periódicos, militantes, carteles, mítines, papeletas

de voto. Si uno quiere encontrar al Partido, sabe dónde hay que ir. Pero nadie nos indicará qué autobús hay que tomar para encontrar a «la clase obrera»; es «polvo». Sin embargo, este polvo a veces se aglomera; en el Velódromo de Invierno o de la plaza de la Nation a la de la Bastilla, el 1º de mayo. Se trata de obreros, al menos en su mayor parte, y están haciendo algo juntos. Pero si uno observa con más cuidado, se da cuenta de que no han ido allí por sí solos: alguien les ha convocado, reunido, encuadrado, les ha dado pancartas, dictado consignas. ¿Quién? El Partido, claro. He aquí por fin la célebre unidad de la clase. ¿Y por qué detenerse en tan buen camino? ¿Por qué limitarse al 1º de mayo? ¡Hablemos de la Historia, de los anchos horizontes! ¿Quién garantiza la «unidad de la experiencia», la continuidad a través de las peripecias? El Partido.

Todo esto, que a Sartre le parece a la vez evidente y profundo, no resiste el examen más superficial. El partido, en la medida que y cuando existe, es una expresión de la continuidad del proletariado, no su presuposición. En primer lugar, las aventuras que se describen como sucediendo al proletariado, suceden al partido por decuplicado. Hay que tener la limitada visión de Sartre y estar tan exclusivamente preocupado como él por los problemas que le plantea su integración en el estalinismo *hic et nunc*, en Francia y en 1953, para no darse cuenta de ello. El partido —o más bien los partidos, pues *el partido* es un objetivo y no una realidad—, los partidos, pues, se crean, se destruyen, son exterminados por la policía, abandonados por la clase, reaparecen, se escinden, existen por multiplicado, se acusan mutuamente de traición, modifican su programa, lo convierten en papel mojado, lo vuelven a tomar, sufren la entrada en masa de nuevas generaciones; en una palabra, tomando la profunda expresión de Sartre, se hacen, se deshacen y se vuelven a hacer sin cesar, y están sometidos al mismo proceso de cambio continuo que la clase, mucho más intensamente además, ya que están mucho más estructurados y definidos, son mucho más «sólidos y fijos», luego se ven necesariamente mucho más sacudidos y barridos. La continuidad que esos partidos pueden garantizar a la clase obrera es una continuidad de diez o

veinte años, y esa continuidad cada generación obrera la tiene por sí misma. La idea del partido como garantía de la continuidad, como principio de unidad en el tiempo y en el espacio, podría discutirse si el partido existiese efectivamente como unidad; pero no existe como tal.

Pero es que esta unidad, quizás diga Sartre, por supuesto no está dada; se trata de una tarea que hay que reemprender continuamente. Muy bien, por fin salimos del catolicismo estalinista. ¿Y *quién* ha de reemprenderla? ¿A partir de *qué*? ¿Orientándose hacia *qué*? ¿No será quizá la vanguardia proletaria, a partir de su experiencia, orientándose hacia objetivos que ella misma intenta definir? Entonces todo queda claro, pero Sartre habrá gastado papel para nada; pues eso querría decir que entonces reconoce que el partido sólo es un momento en esa larga lucha durante la cual el proletariado tiende a definirse un papel histórico y a realizarlo, y que esta lucha —y no el partido— es el principio de unidad del proletariado y de su historia.

Y además, aunque la unidad del partido existiera en los hechos, esto no probaría en modo alguno lo que Sartre quiere probar. Este ha superado tan bien la filosofía, que continuamente pasa del ser al deber ser, del hecho al valor y de la explicación a la justificación. Continuamente repite: puesto que el P.C.F. está ahí, eso prueba que *debe* estar ahí. Del mismo modo, se esfuerza en mostrar contra ese pobre Germain [Ernest Mandel], trotskista, que si la U.R.S.S. y la política estalinista son tal como son, lo son necesariamente —lo cual es una tautología—, *luego* representan un Estado revolucionario y una política revolucionaria —lo cual es una estupidez. Pues Germain, Malenkov, Sartre, Bourdet, Gull Mollet, Mendès France, Bidault, Pinay, Laniel y de Gaulle, todos ellos son necesariamente lo que son, lo sabemos *a priori* y más o menos podemos demostrarlo *a posteriori*. ¿Y luego? ¿O es que Malenkov es un caso aparte porque está en el poder? ¿Y Laniel, entonces? ¿O es porque dice que su poder es obrero? ¿Y Tito, entonces? ¿O porque Sartre, al examinar y reflexionar sobre su poder, ha sacado la conclusión de que Malenkov dice la verdad y Tito miente? ¿Lo contrario, pues, no es *a priori*

impensable? Y para sacar esa conclusión, de dónde toma sus criterios? No del propio Partido, por supuesto; el Partido no es la Razón, que lleva consigo sus propios criterios. De la historia y la experiencia de las luchas proletarias? Pero entonces ¿por qué lo que hace Sartre no podría hacerlo un obrero? Y por qué no podría llegar a la conclusión opuesta?

¿Que es lo que funda teóricamente esa mediación que es el partido? Por qué ha de ser el partido por definición la expresión verdadera de la continuidad proletaria y no su expresión necesariamente mistificada, como han pretendido algunos? O simplemente una de sus expresiones, ora verdadera, ora mistificada? De dónde proviene su estatuto de mediación verdadera?

A esto Sartre responde tranquilamente: es que el proletariado lo reconoce como tal. Vaya: ¿ahora podemos presuponer la unidad del proletariado, y éste detenta el criterio de la verdad? No, el partido unifica al proletariado y éste a su vez reconoce en el partido su verdadera expresión. Entonces el proletariado ¿ya no está aplastado por un presente perpetuo? No, el partido «le hace ver» su pasado. Pero ¿qué medios posee un americano para controlar el relato que se le hace de su historia?

Y ¿qué proletariado? ¿Qué partido? ¿Cuándo? ¿Dónde? Ya que para Sartre el problema es demasiado fácil. De golpe le han entrado ganas de jugar con la praxis; se ha encontrado con un partido «reconocido» por los obreros (más o menos reconocido, aunque intentente precisamente escamotear el «menos» para simplificar el problema). Como no se ocupa de lo que ocurre más allá de las fronteras del reino más hermoso de la tierra y como dentro de un cierto tiempo o será completamente estalinista o retornará a sus ocupaciones habituales, no parece sospechar que existen momentos en que hay que elegir entre dos partidos que se oponen. Pero los obreros y los militantes revolucionarios saben que éstos son justamente los momentos cruciales de la acción. Qué había que hacer, por ejemplo, en 1914? Por un lado estaban el partido —la Internacional—, la continuidad, los cuadros, los líderes honorables y con experiencia, y la clase obrera, que los consideraba como

sus jefes o no los desautorizaba y, por el otro, una banda de chiflados, o considerados como tales por los Sartre de la época, que acusaba a la Internacional de ser «un cadáver maloliente» e invitaba a los obreros a absurdas y utópicas empresas —como transformar la guerra en revolución. ¿Qué tenía que hacer un militante alemán en 1918? ¿Un militante ruso en 1923? ¿Un militante español en 1936? ¿Un obrero de Berlín-este en 1953? ¿Dónde estaba la unidad, la mediación, la continuidad en esos momentos que han decidido lo que iba a ser la historia durante decenios? ¿Dónde estaba el criterio?

El criterio, Sartre lo tiene en su bolsillo: «La idea verdadera es una acción eficaz». Sartre sin duda cree que llega a las cumbres del marxismo con esta afirmación, pero de hecho no expresa más que un pragmatismo vulgar, que por otra parte es la filosofía orgánica de la burocracia.

Pues si Marx ha hecho más profunda la revolución copernicana empezada por Kant, al mostrar que no sólo todo es conocimiento para el sujeto, sino que ese sujeto es un sujeto histórico, luego esencialmente práctico-activo, no pretendía con ello en modo alguno ofrecer un nuevo criterio trascendente de la verdad, un nuevo modo de lo —la práctica— con el que se compararía lo que se piensa para ver si es cierto. Pues la práctica no lleva consigo su propia interpretación, y remite a una nueva reflexión; si la reflexión «antes» sólo puede existir conectada a una práctica, la práctica sólo tiene sentido referida a una idea. Y sólo ese movimiento es verdad histórica, verdad que a su vez es una tarea infinita. Todo esto, por otra parte, todavía es abstracto, pues la sociedad está dividida en clases, cada una de las cuales tiene una «verdad» y una «eficacia» propias. ¿Dice usted que la idea verdadera es la acción eficaz? ¿Estaba Hitler, por tanto, en la verdad? No era eficaz puesto que fue derribado. ¿Y antes de que lo fuese? ¿Y Franco? ¿Y, un día u otro, no es derribado todo? Me está hablando usted de fascistas y de burgueses. Muy bien. Hablemos pues de Scheideemann y de Noske. Estamos ante ministros obreros, marxistas, muy eficaces: han probado mediante la praxis que la revolución alemana era

imposible en 1919. ¿Tenían, pues, razón? ¿Y Stalin al asesinar a Trotsky? Falló varias veces; quizás se debiera a que todavía no estaba totalmente en lo verdadero. Pero el día en que Stalin accedió a la plena conciencia revolucionaria, probó la validez de lo que pensaba «antes» al asesinar eficazmente a Trotsky (¿o bien es la eficacia del asesinato de Trotsky lo que ha llevado a Stalin a la verdad revolucionaria? Debió tratarse probablemente de una acción recíproca).

En el contexto en que Sartre la coloca y aclarada por su «demostración», la idea de que «es la praxis quien decide» no es más que la expresión del más cínico oportunismo. Pues la praxis, si decide algo, decide *después* de la acción, tanto más tarde cuanto más capital es lo que ha de ser decidido. La praxis sólo habrá «decidido» sobre la verdad de lo que decimos unos y otros el día siguiente de la instauración sobre todo el planeta del comunismo integral e incapaz de degenerar —y esa verdad entonces tendrá muy poco interés. De 1914 a 1917 la praxis decidía día tras día que Lenin no tenía razón; luego todo cambió: Lenin estaba en lo cierto, puesto que hacía la revolución que había predicho y exigido. ¿Estaba en la verdad a partir del 26 de octubre de 1917? Esto es lo que piensa la gente que al día siguiente se incorporan a las revoluciones victoriosas: hay que estar con el tiempo, es la praxis la que decide. Y es probable que si un día una revolución proletaria toma el poder en Francia, Sartre entonará sus alabanzas. Pues si el papel del poeta, como decía Rilke, es decir lo que es, el del intelectual, podemos añadir, es glorificarlo. Pero ¿demostró Lenin definitivamente mediante la praxis que tenía razón? La revolución degeneró a continuación y los mencheviques, que estaban contra la revolución antes de que se hiciese, pensaron probar que se había equivocado, puesto que esa degeneración demostraba que Rusia no estaba «madura» para el socialismo. ¿Nos orientaremos en todo eso guiados por «la praxis que decide» y por la «acción eficaz»?

¿Y «eficaz» respecto a qué? Sartre se desvive en mostrar que el P.C.F. es eficaz, y olvida que el juicio sobre la eficacia supone en primer lugar una extrapolación en el tiempo y a continuación una definición del objetivo

con respecto al cual la acción es o no es eficaz. Alguien a quien resulta cruel compararlo —es como oponer a Beethoven al compositor de «Viens poupoule»*— pero no hay más remedio que hacerlo, puesto que llena la plaza pública con sus cacofonías, alguien pues que se ha pasado la vida haciendo revoluciones, quiero decir León Trotsky, ha escrito volúmenes para demostrar que la política estalinista no es eficaz, que conduce a la ruina al Estado soviético y al proletariado mundial, y que un día u otro la burocracia estalinista se desmoronará bajo el peso de sus crímenes y sus faltas —crímenes y faltas sin duda necesarios, pero *históricamente* ineficaces. Sartre ha decidido que la burocracia siempre es eficaz, que siempre estará ahí: que lea a Trotsky —o que lo relea, como le gusta decir bondadosamente— y quizás descubrirá que ha calculado mal.

Pero hay algo más importante. Nosotros pensamos que Trotsky se equivocaba al juzgar ineficaz a la burocracia, pues la juzgaba con respecto a un objetivo, el comunismo, que *no es* el objetivo de la burocracia. Ciertamente es que todo lo que hace la burocracia tiende a suprimir la posibilidad de una revolución comunista, pero también es cierto que al hacerlo así la burocracia *es* eficaz; lo es respecto a sí misma y a su objetivo, que no es el comunismo, sino la consolidación y la extensión de su poder y su régimen. Y el día de suprema eficacia, cuando desde el balcón del «Figaro rouge» Sartre tenga el privilegio de aplaudir al Mariscal Poppof y a Maurice Thorez bajando por los Campos Elíseos, la praxis habrá decidido para él que el estalinismo es verdadero, y para los obreros que no es más que una nueva forma de explotación. Pues la eficacia es eficacia con respecto a un objetivo, y el objetivo del obrero no es el del burócrata, como no es el del burgués.

Sin embargo, no es sólo la adhesión de los obreros al estalinismo (en Francia y en Italia) lo que por lo visto convierte a éste en el partido revolucionario (a escala mundial). También cuenta el poder realizado del esta-

* [Canción popular francesa, más o menos equivalente desde el punto de vista de la riqueza melódica a «La raspera» o «Con una cuchara...» (N. del T.)]

ción del proletariado ruso —de la que depende todo lo demás— no podría instaurarse por el simple hecho de que los dirigentes rusos dejaran de creer en la revolución, ni podría abolirse si Malenkov alcanzado por la gracia empezase de nuevo a «crear» en ella.

Además, el argumento de Sartre sobre la imposibilidad de una «demonstración» es el viejo y trasnochado argumento de los criptoestalinistas. Si a un criptoestalinista se le dice que el proletariado está explotado en la U.R.S.S., no se pone furioso; pone una voz lo más neutra y más científica posible, y responde que no hay informaciónes para demostrarlo. Pero entonces tampoco hay informaciones para demostrar lo contrario, o para creerlo. A no ser que uno pertenezca a esta categoría de imbéciles que eran según Lenin los que creían a los demás bajo palabra; los demás, es decir, en este caso, la burocracia estalinista y su propaganda.

A esto Sartre respondería probablemente (esto es al menos lo que indica su argumentación contra los trotskistas) que hubo una revolución socialista en Rusia en octubre de 1917, que la clase obrera tomó el poder y que luego no hubo restauración burguesa. Pero la cuestión no radica en lo que ocurrió en Rusia en octubre de 1917, sino en lo que ocurre en ella en 1953; no se trata de saber si la clase obrera rusa se apoderó del poder, sino de si lo ha guardado. El postulado de que *sólo* podría perderlo mediante una restauración de la burguesía clásica es insostenible en el plano teórico. Y la lección de la polémica sobre el «socialismo en un solo país» es simplemente que en ausencia de «informaciones» y pruebas en contra, un marxista ha de rechazar *a priori* la idea de un poder obrero que se mantiene en un país aislado durante treinta y cinco años —e incluso el propio Stalin ha «justificado» la posibilidad de edificar el socia-

9. De todos modos es discutible, ha sido discutido y a fin de cuentas fue abandonado por su sostenedor más encendido, el propio Trotsky, que algunos meses antes de su muerte escribió que, en el caso de un fracaso de la revolución mundial, las formas que tomaría la barbarie estaban indicadas, por una parte, por el fascismo y, por otra, por la degeneración del Estado soviético (*In defense of Marxism*, p. 31).

En primer lugar en Rusia. La política concreta de los P.C. está constantemente explicada y justificada por Sartre (ya hemos mostrado que para él viene a ser lo mismo) en función de la naturaleza revolucionaria de la U.R.S.S., que es el postulado fundamental del sistema. Así, por ejemplo, el abandono de la lucha antitrotskista por el P.C. americano durante la guerra se basaba en la necesidad de «no proporcionar argumentos a la propaganda nazi (!)» mientras durase la guerra y Rusia estuviese en peligro. La salvación de Rusia es la ley suprema, y ello porque Rusia es un Estado obrero. Por tanto, vemos que si en realidad Rusia *no es* un Estado obrero, la política de los P.C. se convierte en doblemente reaccionaria, en sus medios y en sus objetivos. Podría pensarse que Sartre iba a examinar con más detenimiento su postulado antes de lanzarse a hablar de todo lo demás, tanto más cuanto que este postulado cada día es más atacado desde todas partes, que incluso ha sido atacado en su propia revista desde hace años por Lefort, que en la actualidad todavía es atacado indirecta pero claramente por los artículos de Pétu sobre el proceso de Stansky. ¡Qué ingenuidad! Examinar sus postulados es sin duda «falso rigor», «doctoral y simplista». De ese modo, Sartre se desentiende rápidamente de la «cuestión rusa», que es la piedra de toque para la comprensión de los problemas del movimiento obrero desde hace treinta años. Que los intereses de los obreros franceses estén siendo sacrificados a los de la U.R.S.S., dice, es algo que sólo puede afirmarse si se puede «demostrar que los dirigentes soviéticos ya no creen en la Revolución rusa o piensan que la experiencia ha fracasado. Es evidente que incluso si el hecho fuese cierto, cosa que Y promete volver sobre ello «en la segunda parte» de su texto, lo cual no ha hecho hasta el momento, a no ser que se trate de una discusión con el Sr. Germain, trotskista, en la que Sartre demuestra que los dirigentes rusos son revolucionarios... ¡ya que no pueden hacer otra cosa que lo que hacen!

En primer lugar, un niño de doce años diría a Sartre que lo que los dirigentes soviéticos «creen» o no creen no tiene nada que ver con el asunto. La explota-

lismo en Rusia apelando a características *singulares* y *excepcionales* del país.

Pero Sartre lleva el cinismo mucho más lejos que los «cripto» vulgares. En la «Respuesta a Lefort», increpa severamente a éste; ¿dispone usted, le dice, de documentos de primera mano para emprender el estudio de la «clase obrera» en la U.R.S.S.? «Y si no dispone de ello, ¿qué puede decir? ¿Que el obrero *está* explotado en la U.R.S.S.? Bajo esta forma, se refiere usted sobre todo al sistema económico. La discusión está abierta; pero no es esto lo que nos ocupa en este momento. ¿Que la clase obrera [esta vez sin comillas, C. C.] *se opone* a la explotación? Sí, *éste* es nuestro tema. Pero la única prueba que usted puede proporcionar es que se opone a ella porque no puede dejar de hacerlo sin quitarle a usted la razón.»

¡Así que el hecho de que el obrero *está* explotado en la U.R.S.S. se refiere *sobre todo* al sistema económico! Este «sobre todo» es delicioso (o nauseabundo). ¿Se refiere pues eso, que sólo sea un poco, a otra cosa? En el contexto, diríase que no. Para Sartre, el hecho de que el sistema económico esté basado en la explotación de los obreros no tiene nada que ver con los demás. La explotación no determina a una sociedad, no nos dice nada sobre su naturaleza de clase. En Alemania, los obreros son rubios; en Toulon, les gusta el anís; en Rusia, están explotados. Pues bien, ¿qué? Telefónee a un antropólogo, a un higienista, a un economista, dice Sartre; este no es mi asunto. Y esto, después de haber expuesto en decenas de páginas la idea, convertida en lugar común desde Marx, de que la explotación determina de un cabo a otro a la realidad social, y al ser inmediato del proletariado en primer lugar.

Nuestro asunto, dice sin pudor Sartre, no es si la clase obrera está explotada en Rusia, sino si *se opone* a la explotación. Así el burgués paternalista proclama: mis obreros están contentos con su suerte y saben lo que necesitan mucho mejor que los agitadores como usted. Aquí también se comprueba lo fácilmente que se descomponen los mecanismos lógicos de un individuo si su situación real es falsa. Pues el propio Sartre ha explicado en su artículo anterior que el objetivo esencial del sistema de

explotación es destruir en el explotado la oposición a la explotación¹⁰. Y en efecto, la idea de que la clase obrera rusa no se opone a la explotación —si se admite que ésta existe— no sólo prueba lo contrario de lo que Sartre quiere probar, sino que ha sido *utilizada* para probar efectivamente lo contrario. Ha sido utilizada por los que sostienen que el capitalismo burocrático ruso *es* la barbarie puesto que ha destruido en los proletarios rusos hasta la posibilidad de oponerse a la explotación, transformándolos así en una especie de esclavos industriales modernos¹¹.

¿Y de qué oposición se trata? ¿De la oposición abierta, en plena luz, mediante la huelga, el mitin, la manifestación en la calle? Todo esto es prácticamente imposible bajo el régimen totalitario, y su ausencia no prueba nada; la ausencia de estas manifestaciones bajo Hitler y Mussolini ¿probaba que el proletariado alemán o italiano bendecía a sus explotadores? ¿Qué pensar del verdugo de una víctima amordazada que os dice: «Ve usted, no protesta, en el fondo le gusta?»

¿O se trata de la sorda, silenciosa, cotidiana y multiforme oposición que en todos los países del mundo y en toda circunstancia mantienen los obreros contra la explotación, rechazando en la medida de lo posible colaborar con los explotadores y adherirse a la producción? Pero si esta oposición no existiese en Rusia ¿por qué los «crímenes económicos», el stajanovismo, el pago a destajo, la denuncia de las chapucerías en la producción llenan constantemente las páginas de la prensa rusa? ¿Manifiesta todo eso la adhesión de los obreros al régimen que los explota? El análisis económico y social no tiene la precisión de la astronomía; pero a partir de la simple existencia de normas de producción definidas por el Estado se puede establecer desde París la explotación de los obreros en Rusia y su oposición a la explotación con

10. Objetivo ideal, por supuesto, que el sistema de explotación sólo puede realizar de una manera fragmentaria y transitoria.

11. Esta es más o menos la posición de G. Munis en Francia y mucho más claramente la de Shachtman en los Estados Unidos.

a) La desigualdad de la distribución de la renta ha

de ser comparable o peor que en los países capitalistas.

b) El nivel de vida de los obreros ha de elevarse tan lentamente como en los países capitalistas, o incluso más lentamente.

Pues es evidente que si la burocracia pudiese mostrar efectivamente o que en Rusia el reparto de la renta es más igualitario que en Occidente o que el nivel de vida de los obreros se eleva más rápidamente que otras partes, no oíríamos hablar más que de eso. Que eso no es así lo prueba claramente la línea de defensa adoptada por los «cripitos» más sagaces (como Bertelheim). Estos admiten explícitamente (en la medida en que un «cripito» puede hacer algo explícitamente) la enorme desigualdad en el reparto de las rentas y la constante reducción del nivel de vida obrero, e intentan «justificar» la situación en función del bajo nivel de las fuerzas productivas (! en 1913!) y de la penuria de personal calificado (la cual, si nos atenemos a la creciente desigualdad, por razones desconocidas debe agravarse constantemente). En otro lugar se han refutado estos lamentables sofismas¹².

Sartre recoge evidentemente estos sofismas más o menos bien; «la forma actual de la experiencia rusa» quizás viene dictada, dice, «por la necesidad vital de intensificar la producción», de «desarrollar la industria de producción (!)», por el «peligro mortal» que «impone una disciplina de hierro». ¿Desde cuándo es necesario para intensificar la producción o para la defensa militar, no ya limitar el consumo, sino aniquilar el consumo de los productores y elevar monstruosamente el de los parásitos? Y si la explotación del hombre por el hombre es indispensable para desarrollar la producción ¿en qué se convierte la perspectiva del socialismo? O es que resulta que ahora es falso que la supresión de la explotación sea en lo sucesivo la condición para el desarrollo de las fuerzas productivas, «y de la mayor fuerza productiva, la propia clase revolucionaria»? ¿Y por qué el «peligro mortal» era más apremiante en 1927 que entre 1917 y 1921,

12. «Las relaciones de producción en Rusia», «Socialisme ou Barbarie», 2 (reproducido en *La sociedad burocrática*, vol. 1, en esta misma colección).

tanta certeza como Levrier estableca la existencia de Neptuno a partir de las perturbaciones de la trayectoria de Urano.

Por lo demás, esta sorda oposición se transforma en oposición explícita desde el momento que se produce una grieta en el caparazón totalitario, como lo prueban los últimos acontecimientos en la Alemania Oriental y en Checoslovaquia.

Pero hagamos astronomía. Supongamos que no existe ninguna información material sobre lo que sucede en Rusia. ¿Quién no puede ver que este mismo hecho, la ausencia de informaciones, es una mina de informaciones? Por qué no hay informaciones? Porque las tempestades han destruido las comunicaciones o porque nadie en París entiende el ruso? No, porque la burocracia rusa no las proporciona. ¿Y por qué? Por razones militares? Pero entonces ¿por qué los U.S.A., Francia, Inglaterra, las proporcionan? ¿Y qué habría que ocultar desde el punto de vista de la seguridad militar? Las nuevas armas, los procedimientos de fabricación, el emplazamiento de las fábricas, el número de personas que esta en filas? Pero no pedimos esto. ¿Si acaso el potencial económico global, la producción de carbón, de acero, de petróleo, de tractores? Pero esto se publica! A partir de las informaciones publicadas, los servicios logísticos americanos conocen hoy el potencial militar ruso con un error aproximado de un 5%. Lo que la burocracia intenta ocultar en la medida de lo posible es otra cosa: el poder de compra y la distribución de la renta. Y esto son en efecto armas de guerra; pues en la guerra que se prepara, con sus aspectos sociales e ideológicos, esa verdad es un arma; y el hecho de que sea ocultada significa que es un arma *contra* la burocracia rusa. De lo contrario, esta la utilizaría.

¿Y bajo qué condiciones las informaciones sobre el poder de compra y la distribución de la renta en Rusia se convertiría en un arma contra el régimen? Si estas tendiesen a establecer que no existe diferencia esencial entre ese régimen y el régimen capitalista en lo que respecta a la situación de la clase obrera. Luego, si la burocracia se calla sobre estas cuestiones, estos dos puntos han de ser simultáneamente ciertos:

años de intervención militar extranjera y de guerra civil, en los que la democracia en los Soviets y en el Partido mal que bien nunca dejaron de funcionar? ¿En qué es económicamente más eficaz el cretinismo burocrático que la planificación de las masas puesto que, como decía Lenin, «sólo ellas pueden planificar realmente ya que sólo ellas están en todas partes a la vez»?

Si todo esto quiere decir que factores concretos y universales han conducido juntamente a la instalación en el poder de una clase explotadora, la burocracia, y que al racionalizar después la historia explicamos esa instalación como un fenómeno necesario, magnífico. Pero llamar a lo que resultó de todo eso «socialismo» o «Estado obrero» no refleja más que la glorificación del hecho consumado típica del intelectual contemporáneo.

Por supuesto, la historia de las «informaciones» que faltan es en realidad una broma de mal gusto. Sartre, a pesar de lo que quiere hacer creer, no es un ingenuo y sabe que las informaciones que demuestran la explotación de los obreros y de los campesinos existen; la burocracia, evidentemente, no puede organizar el secreto absoluto ni impedir que todo lo que se trasluce de su régimen concurra a establecer la misma significación. Sabe que la pirámide de las rentas es extremadamente elevada en la U.R.S.S., y que si viviese allí sería millonario (o purgado). Está capacitado para resolver el siguiente problema para párvulos: Tengo cien individuos, tomo quince y les doy a cada uno diez manzanas; si sólo doy una manzana a cada uno de los ochenta y cinco restantes ¿cómo he repartido las manzanas que tenía entre los quince y los ochenta y cinco? Ha tenido que leer, en Ciliga o en Victor Serge (que dejaron Rusia mucho después de la llegada de la burocracia al poder), la descripción de la condición obrera y la de la mujer del pueblo, obrera o campesina, que, llena de inmensa esperanza durante los años de la revolución, ha vuelto a caer en la secular servidumbre, y en su vida de mugre y miseria no tiene otro auxilio que hacer «kilómetros en chancletas, en el polvo, el barro o la nieve, para ir a arrodillarse en la única iglesia que no está cerrada y que siempre está muy alejada, terriblemente alejada...». ¡Oh!, por supuesto, el Padre de los Pueblos ha acabado

por sentir piedad por esas pobres mujeres. Les ha abierto más iglesias, donde pueden aprender la buena nueva: que a falta del de la tierra, el reino de los cielos les pertenecerá y que mientras tanto hay que dar al César lo que es del César y tender la otra mejilla. Pero todo esto se refiere sin duda «sobre todo» al sistema religioso —como las exhibiciones de alta costura moscovita se refieren «sobre todo» a las costumbres industriales, como los campos de concentración se refieren «sobre todo» al sistema penitenciario, como la censura y el cretinismo cultural se refieren «sobre todo» al sistema ideológico, como la dominación y la explotación de los países satélites se refiere «sobre todo» a las relaciones exteriores—; en una palabra, como todo lo particular se refiere «sobre todo» a la particularidad. Muéstrénnos al vergonzante organicista, al miserable hegeliano, al viscoso determinista que se atreve a pretender que todo esto no puede organizarse más que en torno a una sola idea, un solo principio —la explotación y la alienación. Muéstrénnos a este Tomás incrédulo que no quiere creer que todo esto prueba que en Rusia se va hacia el comunismo, ¡incluso cuando se le dice!

En su artículo, Lefort había mostrado que se puede (y, en una perspectiva revolucionaria, se debe) comprender el desarrollo del proletariado como una historia que tiende hacia el comunismo. Y lo mismo habíamos hecho en esta revista desde su primer número¹³. Y esta idea parece tan importante como poco impugnabile. Pues si existe una relación entre el proletariado y el comunismo, esta relación ha de poderse encontrar a través de las diversas fases de existencia del proletariado en la sociedad capitalista; luego ha de poderse considerar el desarrollo del proletariado como una historia desde este punto de vista.

Esta idea provoca en Sartre un profundo aunque muy comprensible estupor. Lo más sólidamente anclado en el alma del burgués, lo que en su opinión le salva, es la idea de que los obreros pueden refunfunar o armar gres-

13. «Socialisme ou Barbarie», 1, pp. 23 a 46 (reproducido en *La sociedad burocrática*, vol. 1 en esta misma colección, pp. 89-143).

mo como sepulcero del capitalismo». «El obrero se produce al producir.» Por tanto, todo es para bien, dice sarcásticamente Sartre, ya no hay por qué quejarse de la explotación, puesto que es inseparable del capitalismo, presuposición a su vez de la revolución. «Si yo fuese un joven patrono, sería lefortista.» Y nos informa que esta idea monstruosa, de que la clase obrera se desarrolle en tanto que clase revolucionaria en y por el capitalismo, Lefort la ha inventado para poder justificar su futura inserción en la burguesía intelectual. Por muy «opaco» que sea Lefort, Sartre le ha «localizado» en seguida.

Ahora nos toca a nosotros manifestar nuestro asombro. ¿Es tan ignorante Sartre, y lo que lee —lo que cita— de Marx le es tan opaco? Y si es así ¿por qué diablos, en vez de charlotear sobre el Partido, no sigue durante un par de meses un cursillo de formación en cualquier partido «marxista»? Ahí se le enseñará en un lenguaje esquemático y claro —que a continuación podrá volver todo lo opaco que quiera— que el capitalismo conduce al socialismo porque desarrolla a la vez las «condiciones objetivas» y las «condiciones subjetivas» de la revolución y en particular al proletariado como clase revolucionaria. Y si cree que ya no tiene edad para ir a un cursillo de formación, que ahora ha de entrar directamente en el Comité Central, que abra *El Capital* por la página 273 del tomo IV de la traducción francesa de Molitor* y se aprenda de memoria el siguiente pasaje. Lo que ahí se dice quizás es cierto, quizás no, pero es la clave para la comprensión del marxismo, teoría de moda en estos últimos tiempos entre la gente progresista e incluso entre otra gente:

«Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada,

* [Damos la versión castellana de W. Roces en la edición de Ed. Venceremos, La Habana, 1965, t. I, pp. 699-700 (N. del T.)]

ca, pero son incapaces de apoderarse del poder y aún menos de administrar la sociedad. Y el burgués tiene perfecta razón, hasta el momento los obreros no han sido capaces de ello. Sartre es burgués (!) lo ha repetido bastantes veces. No, como cree, porque «vive de las rentas del capital». Esta es la exterioridad burguesa, ser burgués por accidente, como uno es alto o bajo, rubio o moreno. Sartre es burgués porque ha interiorizado a la burguesía, porque ha elegido ser burgués. Y lo eligió el día que aceptó definitivamente esta convicción constitutiva de la burguesía: la incapacidad de los obreros para realizar el comunismo. Se lamenta como una dama de la beneficencia sobre su suerte; piensa que merecen algo mejor, que incluso merecen el poder; pero ¡qué quiere usted!, los sentimientos son una cosa, pero la realidad es dura: los obreros no sirven para eso. Alguien ha de hacer el bien para ellos. Si hubiese poseído una fábrica a principios de siglo, Sartre hubiese sido un burgués paternalista; como no posee en 1953 más que sus derechos de autor, será estalinista. Esta comisseración, unida a la conciencia de la propia superioridad, le proporcionará la pasarela que le permitirá abandonar la nave burguesa que se hunde por la nave burocrática que parece mantenerse bien en el mar. Y cuando se siente atacado en esta abyección y justificada certeza, cuando Lefort le muestra que en la historia del proletariado se puede ver algo más que derrotas, polvo y «pasión»¹⁴, se detiene y mezcla. Se burla, mezclando en su turbación citas de Marx y citas de Lefort (hasta el punto de que uno llega a no saber de quién se burla), del «inmanentismo de clases», bajo el que se oculta «como bajo todas las dialécticas... un vertiginoso finalismo». El inmanentismo en cuestión es, a grandes rasgos, la idea de «que al producir el capital, el proletariado se produce a sí mis-

14. Esta expresión es un verdadero hallazgo. No de Sartre, sino de todas las clases explotadoras que han existido o han de existir. El obrero es «pasión», pues debe ser «puramente pasivo. Pero un objeto puramente pasivo no puede ser explotado; son los esclavos, no los bueyes, los obreros, no las máquinas, quienes producen la plusvalía. Ahí empieza la tragedia de los explotadores.

más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. (...) La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.»

Y el propio Marx cita, en una nota, este pasaje del *Manifiesto Comunista*:

«Los progresos de la industria, cuyo agente ciego y pasivo es la burguesía, sustituyen el aislamiento de los obreros por la concurrencia por su unión revolucionaria mediante la asociación. (...) La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. (...) De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía sólo una: el proletariado, es una clase verdaderamente revolucionaria. (...) El proletariado es el producto más genuino [de la gran industria] (...).»

De esta página, Sartre ha leído la mitad que precede a nuestro extracto, ya que la cita. En su lectura apresurada de Marx, debe caer siempre en las malas mitades. En cualquier caso, ahora que puede comprobar el «inmanentismo» y el «vergonzoso finalismo» de Marx, convendría que discutiera sobre el propio marxismo y dejara de importunarnos con citas mutiladas de Marx presentadas como argumentos.

Sin embargo, si Sartre no tiene el valor de criticar a Marx, se desquita con Engels. Es Engels, dice, quien apunta monstruosidades a los oídos de Lefort, un Engels arteramente culpable de desviación «economista», un Engels que sin duda también intentaba lograr su inserción en la burguesía, aunque a decir verdad poco tenía que conseguir al respecto: ¿no pasó su vida a la cabeza de una fábrica?

Se ha puesto de moda desde hace algunos años, entre los aficionados al marxismo y las vírgenes alocadas de «izquierdas», el oponer a Engels y Marx. Lo que se encuentra —o se cree encontrar— de mecanicista, naturalista, de «siglo XIX» en el marxismo pertenece a Engels. Marx, ¡ah!, no, Marx es los manuscritos del 44 y nada más. Esta actitud refleja a la vez estupidez y cobardía. Todo lo que Engels publicó en vida de Marx

o fue aprobado por Marx antes de su publicación —como *El Anti-Dühring*, precisamente— o Marx lo leyó, sin nunca desautorizarlo. Además, lo que se puede reprochar a Engels, también se encuentra en Marx¹⁵. Esto en cuanto a la estupidez.

La cobardía consiste en que estos señores, que al mismo tiempo declaran no ser marxistas, no se atreven a decir —y a juzgar por Sartre, ni siquiera se atreven a pensar— que uno no está obligado a aceptar en bloque todo lo que Marx pudo decir o escribir.

La intervención de Engels en la demostración de Sartre conduce a resultados lo suficientemente divertidos como para que le dediquemos algunas líneas. La cita de Engels que ha de probar a la vez tanto su propio «economismo» como el de Lefort dice en resumidas cuentas que el simple funcionamiento de la ley del valor basta para producir el capitalismo —lo cual no tiene nada que ver, ni de cerca ni de lejos, con lo que dice Lefort. Por supuesto, lo que dice Engels no es cierto y Marx ha mostrado en *El Capital* que, aunque el capitalismo funciona según la ley del valor, ésta no basta para crearlo, que se precisa una ruptura violenta: la acumulación originaria. Sin embargo, el error de Engels no tiene nada que ver con el «economismo» ni con la descripción de la explotación «como un proceso físicoquímico», pues para Engels, al igual que para Marx, el valor es evidentemente una relación humana social (tanto como el capital) y no una propiedad físicoquímica de las cosas; y según Marx, tras la relación fundamental de la sociedad capitalista, la explotación del trabajo, encontramos la igualdad de los valores intercambiados¹⁶.

15. Un ejemplo entre otros: los pasajes del prefacio a *El Capital* en los que Marx habla de «ley natural de la evolución de la sociedad», o bien compara el análisis económico al análisis químico.

16. Las desventuras de Sartre en parte se explican por su crasa ignorancia de la economía política. Debe leer *El Capital* como una novela histórico-filosófica, huyendo ciegamente ante lo esencial, a saber, la idea de que en una etapa dada la filosofía ha de convertirse en economía so pena de caer en la abstracción. Los pasajes de su primer artículo en los que se enfrenta con la cuestión del salario son particular-

Pero aún hay algo más divertido. Pues este mismo pasaje de Engels, que ahora prueba la ignominia físico-química de éste, había sido citado por Sartre en su primer artículo precedido de una calurosa aprobación: «Y además, como claramente ha demostrado Engels...»¹⁷. Comprendemos ahora que el proletariado tenga que esperar desprovisto de memoria; ¿por qué había de quedar sólo Sartre en su triste suerte?

Dejemos ahora a Sartre y su amnesia y volvamos a cosas serias. En el pasaje citado anteriormente, Marx muestra cómo se desarrollan de un modo paralelo el proceso de concentración del capital y el crecimiento numérico del proletariado. Marx, evidentemente, no era mecanicista; tanto y más importante que este crecimiento era, para él, el proceso de educación al que estaba sometido el proletariado por el capitalismo. Proceso ambiguo y contradictorio, desde luego; Marx nunca vio la historia del capitalismo como un desarrollo idílico de la economía y de la cultura, en el que un día obreros perfectamente cultos accederán pacíficamente —o mediante una «revolución» instantánea, que romperá el cascarón— a la gestión de la sociedad. El capitalismo impone al proletariado «la miseria, la opresión, la degeneración», al mismo tiempo que lo «disciplina, une y organiza»; ambos aspectos se condicionan recíprocamente y juntos son la fuente de la revolución, o de la barbarie. Marx nunca vio este proceso de desarrollo como una ascensión lineal. En un pasaje, en que manifiesta una aterroradora capacidad de anticipación histórica, ha descrito cómo las revoluciones proletarias «interrumpen continuamente su propio curso... retroceden constantemente ante la infinita inmensidad de sus propios objetivos, hasta que por fin se haya creado la situación que haga imposible todo retorno atrás...».

Desde entonces ha transcurrido un siglo. Lo que Marx genialmente anticipaba, ahora podemos estudiarlo en su realización efectiva, pero no acabada. Y esta realización

mente divertidos. Recuerdan a ese crítico del que Kant decía que había leído a Euclides como si se tratase de un manual de dibujo.

17. «Les Temps Modernes», julio de 1952, p. 45.

ción efectiva ha enriquecido el proceso con un elemento como ha aparecido: la evolución propiamente política del proletariado. El proletariado ha creado diversas formas de organización: partidos, comunas, sindicatos, soviets. Ha seguido organizaciones provistas de diferentes ideologías: marxistas a secas, anarquistas, reformistas, leninistas, estalinistas. Las formas de organización se han derrumbado o se han vaciado de su contenido; los partidos políticos han desaparecido o han «traicionado». En resumidas cuentas, la historia del movimiento obrero aparece en primer lugar como una serie de derrotas, exteriores o interiores. ¿No nos obliga todo esto a poner en entredicho la perspectiva de la revolución? Podemos encontrar un sentido en todo esto y hablar de un proceso o de una historia, o todo no es más que accidente, error e ilusión, una historia llena de ruido y furor, que no significa nada?

Se puede responder que estas derrotas se deben a una relación de fuerzas entre la burguesía y el proletariado hasta el momento desfavorable. Si así fuese ¿por qué tendríamos que ser favorable en el futuro? ¿Y cómo no ver que esta relación de fuerzas concierne en primer lugar a la clase obrera? En 1918 la burguesía alemana, por así decirlo, no existía; en 1936 la burguesía francesa casi tampoco. En ambos casos —podríamos multiplicar los ejemplos— son los propios partidos de la clase obrera quienes la han masacrado o la han detenido en su camino. ¿Por qué han actuado de ese modo estos partidos? A ello los trotskistas responden con dos palabras: traición, errores. Niñadas, por supuesto. Haría, pues, un siglo que las direcciones que el proletariado acepta, traicionan o se equivocan, al menos en los momentos decisivos, que son los que cuentan. ¿Y por qué traicionan o se equivocan constantemente? Se trata de una mal-dición divina? ¿Y por qué ha de desaparecer en el futuro?

Lenin para el reformismo y Trotsky para el estalinismo han dado respuestas más serias. Se puede decir, si se quiere, que el reformismo o el estalinismo «se equivocan» o «traicionan», pero esto es mera taquigrafía. En realidad, la política reformista y la política estali-

nista se explican por factores sociológicos. Lenin interpreta el reformismo a partir de la aristocracia obrera y la burocracia política y sindical, combinadas con la posibilidad objetiva de reformas durante la fase floreciente del imperialismo. Trotsky explicará la política estalinista como la política de una capa burocrática que ha usurpado el poder en el primer Estado obrero.

Estamos ante una explicación sólida. Resulta cierto que existe, en efecto, una adecuación entre la política de esas organizaciones y los intereses de las capas sociales que las dominan; y estas mismas capas corresponden a fenómenos y fases fácilmente descriptibles de la economía capitalista.

Pero esta explicación no basta. Deja fuera al principal interesado: el proletariado. Pues lo que nos preguntamos no es sólo por qué los dirigentes reformistas o estalinistas hacen la política que hacen, sino por qué les sigue el proletariado. No se puede simplemente decir que *engañan al proletariado*, pues no se puede engañar siempre totalmente, sin dar nunca nada a cambio; no por mucho tiempo, en todo caso. Y desde el punto de vista práctico, volveremos a caer en la misma cuestión: ¿por qué el proletariado no ha de ser eternamente engañado?

Sólo nos queda una explicación: el proletariado sigue esas direcciones porque hasta un cierto punto y durante un cierto tiempo se adhiere a su política y a su ideología. ¿Por qué se adhiere a ellas? Porque estas ideologías y estas políticas en parte le expresan; porque constituyen tanto respuestas a la situación concreta en la que se encuentra el proletariado frente a la burguesía durante la etapa considerada como definiciones provisionales de su objetivo, momentos en esa búsqueda de la forma concreta de su emancipación en la que vuelve a sumirle constantemente el capitalismo. ¿Por qué deja un día de adherirse a ella? Algunas veces porque toda lucha se vuelve imposible y cesa; más a menudo porque la situación concreta ha cambiado o porque esta forma ideológica es superada, o por ambas razones a la vez.

Sin embargo ¿podemos hablar de «momentos en una búsqueda» y de «superación» al referirnos al proletariado? ¿No somos víctimas del lenguaje? ¿No presupo-

nen esta búsqueda y esta superación un sujeto en el verdadero sentido de la palabra, que se refiere a estructuras lógicas y criterios homogéneos y permanece en el tiempo, y por tanto está dotado de «memoria»?

La respuesta puede parecer paradójica, aunque de hecho sea casi una perogrullada. Es justamente porque el proletariado es objetivo por lo que es un sujeto posible. Ya hemos visto que la unidad del proletariado como sujeto —como experiencia y como criterio— viene establecida por las condiciones objetivas del capitalismo, en primer lugar, por la reacción de los obreros contra esas condiciones, después. Asimismo, la unidad de la historia del proletariado en tanto que encadenamiento de significaciones encuentra una expresión objetiva en la realidad social actual. El proletariado no necesita recordar sus luchas anteriores, pues sus resultados están ahí, incorporados en la situación. Los resultados de su acción precedente se han convertido en parte integrante de la experiencia actual y son perceptibles en el presente sin que sea necesario recurrir a la reflexión sobre el pasado. En este sentido, cada gran acción del proletariado tiende a superar las anteriores ya que las contiene en su objeto actual, la realidad social, modelada por las luchas precedentes. El proletariado no necesita memoria para comprender la lección resultante del fracaso del reformismo, la tiene ante sí: he aquí lo que el capitalismo puede dar con reformas pacíficas, he aquí el 5 % de más que, si fuese necesario, todavía podría dar. El proletariado ruso no tendrá necesidad de revivir la historia de la degeneración de la Revolución de octubre, ni de leer a Trotsky o incluso «Socialisme ou Barbarie» para llegar a la distinción entre formas de propiedad y relaciones reales de producción, a la comprensión de la explotación existente en la estatización burocrática, a la visión de la dictadura del partido como dictadura sobre el proletariado y no del proletariado. Las formas superiores de la conciencia de clase están potencialmente ante él como lo negativo de su acción pasada, y se volverán necesariamente explícitas el día en que vuelva a emprender la lucha¹⁸.

18. En este sentido, la expresión de Lefort «no existe

hace algunos años: «...no es culpa nuestra si el P.C. ya no es un partido revolucionario. Ciertamente es que, en la actualidad y en Francia, apenas se puede llegar a las clases trabajadoras si no es a través de él; pero hay que ser muy superficial para asimilar ambas causas». Y añadía: «El nazismo era una mistificación; el gaullismo es otra, como el catolicismo; hoy en día, no cabe la menor duda de que el comunismo francés es otra más». «¿Qu'est-ce que la littérature?» («Les Temps Modernes», julio de 1947, pp. 93 y 107).

(a) Se trata del P.S.U. de la época, sin apenas relación con el de hoy.

(b) «Le marxisme et Sartre», recogido ahora en *Éléments...*, pp. 59-79 [trad. esp. en *¿Qué es la burocracia?*, Paris, Ruedo Ibérico, 1970, pp. 45-69].

(c) Debía tratarse de una vaga reminiscencia de Marx, que escribía en los *Mauscritos* de 1844: «Ser objetivo natural, sensible, es lo mismo que tener fuera de sí objeto, naturalidad, sentido, o que ser para un tercero objeto, naturaleza, sentido (...). El sol es el objeto de la planta, un objeto indispensable para ella, confirmador de su vida, así como la planta es objeto del sol, como *expresión* de la fuerza vivificante del sol, de la fuerza esencial *objetiva* del sol» (Ed. de la Pléiade, vol. II, p. 130). [Damos la trad. castellana de F. Rubio Lorente: K. Marx: *Mauscritos: Economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 194-195. (N. del T.)] Sin embargo, aunque comprensibles en el contexto de una metafísica hegeliano-naturalista, como la de los *Mauscritos* («El hombre es inmediatamente ser natural», escribe Marx algunas líneas antes del pasaje citado), esos enunciados no tienen sentido en una filosofía del *cogito* y de la libertad absoluta (en la que el «partido» ha tomado el papel de la conciencia), como la que subyace en los textos de Sartre discutidos aquí, y en todos los demás.

(d) Este texto parecerá, quizás, injusto a los que sólo conocen de Sartre algunas intervenciones de después del mayo de 1968. Por desgracia, no basta un mayo del 68 para cambiar a alguien. Veamos lo que hace algunos meses declaraba Sartre («Actual», 28 de febrero de 1973): «Por supuesto, me opongo a todo lo que pueda parecerse a los procesos de Moscú. Pero la revolución implica violencia y la existencia de un partido más radical que se imponga en detrimento de otros grupos más conciliadores. ¿Podemos concebir la independencia de Argelia sin la eliminación del M.N.A. por el F.L.N.? ¿Podemos reprochar al F.L.N. su violencia, habiendo estado durante años y cotidianamente enfrentado a

?Merece la pena añadir que, del hecho que cada partido represente en un momento dado de su existencia una etapa necesaria de ese desarrollo del proletariado, no se deduce en modo alguno que siempre se tenga que sostener al partido «obrero» más fuerte en el país donde uno se encuentra? Sólo un espíritu de lacayo o de parlamentario podría sacar semejante conclusión.

Antes de terminar, demos una vez más la palabra a Sartre: Todo esto es arbitrario, dice; ésta es vuestra opinión, vuestra interpretación; y si encontráis un sentido en la historia del proletariado, es porque habéis empezado decidiendo que existía uno. Reconstruís la historia del proletariado como una dialéctica y olvidáis que la verdad de un movimiento dialéctico se prueba o porque se está en la praxis o porque uno ya se encuentra situado en el final de la historia.

Todo esto es, en efecto, opinión nuestra; ¿qué otra cosa puede ser? El hecho de que no es arbitraria resulta de que es una de las dos opiniones posibles. La otra —la suya y la de Camus, la de Malenkov y de McCarthy— consiste en no encontrar sentido en la historia del proletariado, porque han empezado decidiendo que no podía haberlo. Reconstruimos la historia del movimiento obrero como una dialéctica, porque es la única manera de comprender algo de ella y con ella poder hacer algo. Y su dilema sobre la praxis y el fin de la historia prueba una vez más que no sabe de lo que habla. Pues estar en la praxis significa, precisamente, presentar el fin de la historia —de esta historia— como proyecto de acción y mantener, gracias a un sentido posible, contenido en el presente, una perspectiva práctica que a su vez aclara ese sentido.

Por lo demás, desde ahora no es con Sartre, sino de Sartre de lo que se puede discutir¹⁹ (d).

ningún factor objetivo que garantice al proletariado su progreso» resulta incompleta; a no ser que todo el énfasis se sitúe en el «garantice», en cuyo caso es cierta para todo lo que es histórico, y por ende no tiene mucho interés. A Sartre eso no le preocupa; todo está garantizado por Thorez, tiene el contrato del seguro en su bolsillo.

19. Desde ahora; pues veamos lo que Sartre escribía

la represión del ejército francés, a sus torturas y a sus masacres? Resulta inevitable que el partido revolucionario ataque igualmente a algunos de sus miembros. Creo que ahí se da una necesidad histórica ante la cual no podemos hacer nada. Encuéntrame un medio de escapar a ello y lo aceptaré al momento. Pero yo no lo veo. — «Actuel»: ¿Es preciso resignarse tan fácilmente a eso? Uno puede plantearse el problema antes de la revolución e intentar escapar a esa necesidad. — Sartre: Esto no serviría de mucho. Durante la revolución cada cual está determinado por la revolución misma. Todo lo más pueden encontrarse protagonistas heroicos que sean capaces de intervenir para hacer respetar el debate democrático entre las fuerzas revolucionarias y mantener una libre discusión. No se puede decir ni desear nada más.» (p. 77). Este texto no necesita comentarios. Constatemos simplemente que el Sartre maoizante sigue siendo fiel al Sartre estalinizante: la adoración del hecho consumado (la «necesidad histórica», que ya no lo sería si se presentase un «protagonista heroico»), la justificación anticipada de todos los posibles crímenes de una dictadura burocrática (a los que, «por su puesto», el «alma noble» se opone *una vez que se han producido* y cuando ya nada puede hacerse) mediante los sofismas más lamentables (porque el ejército francés ejerce la represión, los revolucionarios han de exterminarse entre sí; pero ¿decían otra cosa los abogados de Stalin cuando invocaban el peligro nazi para justificar los procesos de Moscú?), siguen estando ahí, y siguen cumpliendo la misma función.

Respuesta al camarada Pannekoek *

Querido camarada Pannekoek,

su carta (a) ha proporcionado gran satisfacción a todos los camaradas del grupo; satisfacción por ver nuestro trabajo apreciado por un camarada tan respetado, que ha dedicado toda su vida al proletariado y al socialismo; satisfacción por ver confirmada nuestra idea sobre la existencia de un profundo acuerdo entre usted y nosotros en los puntos fundamentales; satisfacción, en fin, por poder discutir con usted y enriquecer nuestra revista con esa discusión.

Antes de discutir los dos problemas que aborda usted en su carta (naturaleza de la revolución rusa, concepción y papel del partido), querría subrayar los puntos en los que se manifiesta nuestro acuerdo: autonomía de la clase obrera como medio y como objetivo de su acción histórica, poder total del proletariado en el plano económico y político como único contenido concreto del socialismo. Por otra parte, y a este respecto, quisiera disipar un malentendido. No es exacto que restrinjamos «la actividad de estos organismos (soviéticos) a la organización del trabajo en las fábricas después de la toma del poder...». Pensamos que la actividad de los organismos soviéticos —o consejos obreros— se extenderá, después de la toma del poder, a la organización total de la vida social, es decir, que en tanto sea necesario un organismo de poder, su papel lo cumplirán los consejos obreros. Tampoco es exacto que limitemos el papel que puedan desempeñar los consejos al período siguiente a la «toma del poder». Tanto la experiencia histórica como

* «S. ou B.», 14, abril 1954.

(a) Reproducida en la *Nota final* a este texto.

La reflexión muestran que los consejos no podrán ser organismos que expresen verdaderamente a la clase si son creados, por así decirlo, mediante decreto al día siguiente de una revolución victoriosa, que sólo serán algo si son creados espontáneamente por un profundo movimiento de la clase, por tanto, *antes* de la «toma del poder»; y si es así, es evidente que desempeñarán un papel primordial durante todo el período revolucionario, cuyo inicio viene marcado precisamente (como decía en mi texto sobre el partido del n.º 10) (b) por la constitución de los organismos autónomos de las masas.

Donde existe una verdadera diferencia de opinión entre nosotros es en la cuestión de saber si, durante este período revolucionario, esos consejos son el *único* organismo que desempeña un papel efectivo en la conducción de la revolución y, en menor medida, la de saber qué papel y qué tareas corresponden mientras tanto a los militantes revolucionarios. Es decir, en la «cuestión del partido».

Usted dice que «para conquistar el poder no necesitamos un "partido revolucionario" que tome la dirección de la revolución proletaria». Y más adelante, después de haber recordado con mucha razón que a nuestro lado hay una media docena de partidos o grupos que apelan a la clase obrera, usted añade: «Para que (las masas en sus consejos) se decidan de la mejor manera posible, han de ser instruidas por opiniones bien constituidas y proviniendo del mayor número posible de lados». Temo que esta visión de las cosas no corresponda en nada a las características a la vez más fehacientes y más profundas de la situación actual y previable de la clase obrera. Pues estos otros partidos y grupos, de los que usted habla, no representan simplemente opiniones diferentes sobre la mejor manera de hacer la revolución, y las sesiones de los consejos no serán tan guías reuniones de reflexión en las que, después de las opiniones de sus diversos consejeros (los representantes de los grupos y partidos), la clase obrera se decidirá a seguir una vía más bien que otra. Desde la constitución de los organismos de la clase obrera, la lucha de clases

(b) V. *La dirección proletaria* en este mismo volumen.

pasará al seno mismo de esos organismos: allí la trasladarán los representantes de la mayoría de esos «grupos o partidos» que apelan a la clase obrera pero, en la mayoría de los casos, representan los intereses y la ideología de clases hostiles al proletariado, como los reformistas y los estalinistas. Incluso si allí no se presentan bajo su forma actual, se presentarán bajo cualquier otra, es-temos seguro de ello. Con toda probabilidad, al principio tendrán una posición dominante. Y toda la experiencia de los últimos veinte años —de la guerra de España, de la ocupación e inclusive de la experiencia de la más infame reunión sindical actual— nos enseña que los militantes que tengan nuestras opiniones tendrán que conquistarse por la lucha incluso *el derecho a la palabra* en el seno de esos organismos.

La intensificación de la lucha de clases durante el período revolucionario tomará inevitablemente la forma de la intensificación de la lucha de las diversas fracciones en el seno de los organismos de masas. En estas condiciones, decir que una organización revolucionaria de vanguardia se limitará a «instruir mediante opiniones bien consideradas» a los consejos es, creo, lo que en inglés se llama un «understatement»¹. Desde luego, si resulta que los consejos del período revolucionario son asambleas de sabios en las que nadie turba la tranquilidad necesaria para una reflexión bien sopesada, seríamos los primeros en felicitarnos por ello; estamos seguros, en efecto, que nuestro parecer prevalecería si las cosas sucediesen de ese modo. Pero sólo en este caso podría el «partido o grupo» limitarse a las tareas que usted le asigna. Y este caso es con mucho el más improbable. La clase obrera que formará estos consejos no será una clase diferente de la que existe en la actualidad; habrá dado un enorme paso hacia delante, pero, tomando una expresión célebre, todavía llevará en sus costados los estigmas de la situación de la que procede. Todavía estará dominada en su superficie por influencias profundamente hostiles, a las que en un principio sólo se opondrán su voluntad revolucionaria todavía confusa y una vanguardía minoritaria. Esta, con todos los medios compatibles

1. Expresión que peca por exceso de moderación.

con nuestra idea fundamental de la autonomía de la clase obrera, tendrá que aumentar y profundizar su influencia en los consejos, y ganar para su programa a la mayoría. Incluso quizás tenga que actuar *antes*, ¿qué tendrá que hacer si, representando a un 45 % de los consejos, llega a su conocimiento que un partido neoestalinista cualquiera se prepara para tomar el poder al día siguiente? ¿No tendrá que intentar apoderarse de él inmediatamente?

No creo que usted esté en desacuerdo con todo esto; creo que a lo que usted apunta sobre todo en sus críticas es a la idea del partido «dirección revolucionaria». Sin embargo, he intentado explicar que el partido no podía ser la dirección de la clase, ni antes, ni después de la revolución: ni antes, ni después, porque la clase no le sigue y porque todo lo más sólo podría dirigir a una minoría (y aún así, «dirigirla» en un sentido muy relativo: influenciarla mediante sus ideas y su acción ejemplar); ni después, ya que el poder proletario no puede ser el poder del partido, sino el poder de la clase en sus organismos autónomos de masas. El único momento en que el partido puede acercarse a un papel de dirección efectiva, de cuerpo que intenta imponer su voluntad incluso por la violencia, puede ser en una cierta fase del período revolucionario que precede inmediatamente al desenlace de éste; algunas decisiones prácticas importantes pueden tener que ser tomadas en otro lugar distinto a los consejos si los representantes de organizaciones de hecho contrarrevolucionarias participan en ellos, y el partido puede comprometerse bajo la presión de las circunstancias en una acción decisiva incluso si no es seguido en los votos por la mayoría de la clase. El hecho de que actuando de ese modo el partido no actúe como un cuerpo burocrático cuyo objetivo es imponer su voluntad a la clase, sino como la expresión histórica de la propia clase, depende de una serie de factores, sobre los que ya se puede discutir ahora en abstracto, pero cuya apreciación concreta sólo podrá manifestarse en aquel momento; qué proporción de la clase está de acuerdo con el programa del partido, en qué estado ideológico está el resto de la clase, cómo se desarrolla la lucha contra las tendencias contrarrevolucionarias en el seno de los

consejos, qué perspectivas ulteriores hay, etc. Establecer desde ahora una serie de reglas de conducta para los diversos casos posibles sería sin duda pueril; podemos estar seguros de que los únicos casos que se presentarán serán los casos no previstos.

Hay camaradas que dicen: trazar esta perspectiva es dejar el camino abierto a una posible degeneración del partido en el sentido burocrático. La respuesta es: no trazarla significa aceptar desde ahora la derrota de la revolución o la degeneración burocrática de los consejos, y ello ya no como una posibilidad, sino como una certidumbre. En resumidas cuentas, negarse a actuar por miedo a transformarse en burócrata me parece tan absurdo como renunciar a pensar por miedo a equivocarse. Del mismo modo que la única «garantía» contra el error consiste en el ejercicio del propio pensamiento, la única «garantía» contra la burocratización consiste en una acción permanente en un sentido antiburocrático, luchando contra la burocracia y demostrando en la práctica que es posible una organización no burocrática de la vanguardia, y que a su vez puede organizar relaciones no burocráticas con la clase. Pues la burocracia no nace de concepciones teóricas falsas, sino de las propias necesidades de la acción obrera en una cierta etapa de ésta, y es en la acción donde hay que demostrar que el proletariado puede prescindir de la burocracia. En resumidas cuentas, permanecer sobre todo preocupado por el miedo a la burocratización es olvidar que en las condiciones actuales una organización sólo podrá conseguir una influencia notable en las masas si es capaz de expresar y realizar sus aspiraciones antiburocráticas; es olvidar que un grupo de vanguardia sólo podrá lograr una verdadera existencia si se modela perpetuamente sobre estas aspiraciones de las masas; es olvidar que ya no hay espacio libre que pudiera ocupar una nueva organización burocrática. Y esto es lo que explica en última instancia el permanente fracaso de los intentos trotskistas por crear de nuevo pura y simplemente una organización «bolchevique».

Añadiré para concluir lo dicho sobre el asunto que tampoco creo que se pueda decir que en el período actual (y de ahora a la revolución) la tarea de un grupo de

también es —es sobre todo— de lucha y de organización. Pues la lucha de clases es permanentemente, a través de sus alzas y bajas, y la maduración ideológica de la clase obrera se realiza a través de esa lucha. Ahora bien, el proletariado actualmente está dominado por las organizaciones (sindicatos y partidos) burocráticas, con lo cual las luchas se vuelven imposibles, son desviadas de su objetivo de clase o conducidas a la derrota. Una organización de vanguardia no puede asistir indiferente a ese espectáculo, ni limitarse a aparecer como el pájaro de Minerva al anochecer, que deja caer de su pico octavillas que explican a los obreros la razón de su derrota. Ha de ser capaz de intervenir en esas luchas, combatir la influencia de las organizaciones burocráticas, proponer a los obreros modos de acción y de organización: e incluso a veces ha de ser capaz de imponerlos. En ciertos casos, quince obreros resueltos de la vanguardia pueden poner en huelga una fábrica de cinco mil, si están dispuestos a arrollar a algunos burocratas estalinistas, lo cual ni es teórico, y ni siquiera democrático, ya que esos burocratas siempre han sido elegidos por los propios obreros con una mayoría de votos bastante confortable.

Antes de terminar esta respuesta quería añadir dos palabras sobre nuestra segunda divergencia, que a simple vista sólo tiene un carácter teórico: la relativa a la naturaleza de la revolución rusa. Creo que caracterizar a la revolución rusa como una revolución burguesa es violentar los hechos, las ideas y el lenguaje. Que en la revolución rusa hubo varios elementos de una revolución burguesa —en particular, la «realización de las tareas burguesas democráticas»— es algo que siempre ha sido reconocido e, incluso antes de la propia revolución, Lenin y Trotsky los utilizaron como base de su estrategia y de su táctica. Pero en aquella etapa precisa del desarrollo histórico y con la configuración de las fuerzas sociales en Rusia, esas tareas sólo podía abordarlas la clase obrera que, al hacerlo, no tendría más remedio que plantearse al mismo tiempo tareas esencialmente socialistas. Usted dice: la participación de los obreros no basta para definir el movimiento. Por supuesto, desde el momento que un combate se convierte en un combate de

masas, los obreros están presentes, ya que son las masas. Sin embargo, el criterio no es éste; se trata de saber si los obreros se encuentran allí como la pura y simple infantería de la burguesía o si combaten por sus propios objetivos. En una revolución en la que los obreros luchan por la «Libertad, Igualdad y Fraternidad» —y cualquiera que sea el significado que subjetivamente dan a esas consignas—, son la infantería de la burguesía. Cuando luchan por «Todo el poder a los soviets», luchan por el socialismo. La revolución rusa fue una revolución proletaria porque el proletariado intervino en ella como fuerza dominante con su propia bandera, a cara descubierta, con sus reivindicaciones, sus medios de lucha, sus propias formas de organización: no sólo constituyó organismos de masas que tendían a apropiarse de todo el poder, sino que incluso llegó a la expropiación de los capitalistas y empezó a realizar la gestión obrera de las fábricas. Todo esto convierte a la revolución rusa en una revolución proletaria, cualquiera que haya podido ser su suerte posterior, del mismo modo que ni sus debilidades, ni su confusión, ni su derrota final impiden que la Comuna de París haya sido una revolución proletaria.

Esta divergencia puede parecer a simple vista teórica; sin embargo, creo que tiene una importancia práctica en la medida que manifiesta una diferencia de metodología con respecto a un problema actual por excelencia: el problema de la burocracia. El hecho de que la degeneración de la revolución rusa no haya dado lugar a una restauración de la burguesía, sino a la formación de una nueva capa explotadora, la burocracia; que el régimen que dirige esta capa, a pesar de su profunda similitud con el capitalismo (en tanto que dominación del trabajo muerto sobre el trabajo vivo), difiera de él en una gran cantidad de aspectos que no se pueden desdeñar so pena de condenarse a no comprenderlo; que esa misma capa, desde 1945, esté extendiendo su dominación en el mundo; que en los países de Europa occidental esté representada por partidos profundamente arraigados en la clase obrera, todo esto nos obliga a pensar que limitarse a decir que la revolución rusa fue una revolución burguesa equivale a cerrar los ojos voluntariamente ante las

características más importantes de la situación mundial hoy día.

Espero que esta discusión proseguirá y se profundizará, y creo inútil repetirle que acogeremos con profundo placer en «Socialisme ou Barbarie» todo lo que tenga a bien enviarnos.

Fraternalmente.

Nota final a la *Respuesta al camarada Pannekoek*

La *Respuesta*... que se ha leído anteriormente estaba precedida, en el n.º 11 de «S. ou B.», de la carta de Pannekoek y de una nota introductoria que a continuación reproducimos.

Desde entonces, ha llegado a mi conocimiento, para mi mayor entretenimiento, que por lo visto yo he «suprimido» una segunda carta de Pannekoek, «del mismo modo que Stalin suprimió el testamento de Lenin» (¡sic!); las razones por las que yo habría hecho tal cosa siguen pareciéndome oscuras, incluso después de la lectura de esa segunda carta, y el lector interesado podrá intentar descubrirlas en un libelo publicado en el n.º 8 (mayo de 1971) de los «Cahiers du communisme des Conseils» (cuya lectura le permitirá además aprender, si acaso no lo sabe, que la mentira, la insinuación, la acusación gratuita y la hostilidad ciega no son en modo alguno privilegio de los estalinistas, y que hay gente que se proclama dispuesta a morir por la verdad y la autonomía de la clase obrera que es también capaz de utilizar tales armas y de dejarse llevar por tales sentimientos). Sobre la única cuestión que, por mi parte, exige una puntualización, la de la no publicación de esa segunda carta, simplemente tengo que señalar esto:

1.º Era materialmente imposible que yo (que nunca recibí personalmente el correo de la revista), o cualquier otro, haya suprimido esa carta —o cualquier otra—, pues ese correo era llevado a la reunión del grupo y su contenido comunicado a éste (como sabe perfectamente el autor del libelo en cuestión, por haber asistido él mismo a numerosas reuniones).

2.º Semejante «supresión» hubiese exigido, por tanto, la complicidad de todos los camaradas del grupo, y en

Hemos recibido del camarada Anton Pannekoeck la carta que más abajo publicamos con la respuesta del camarada Chauvieu. Es sin duda supérfluo recordar a nuestros lectores la larga y fecunda actividad de militante y teórico de A. Pannekoeck, su lucha contra el oportunismo en el seno de la II Internacional ya antes de 1914, la actitud decididamente internacionalista durante los años 1914-18 del grupo animado por él y Gorter, su crítica al naciente centralismo burocrático del partido bolchevique desde 1919-20 (conocida en Francia sólo por la revista de Lenin en *La enfermedad infantil del comunismo*; la *Respuesta a Lenin* de Gorter también ha sido publicada en francés). Esperamos que pronto podremos publicar en esta Revista algunos extractos de su obra *Los consejos obreros*, publicada en inglés después de la guerra.

8 de noviembre de 1953

Querido camarada Chauvieu.

Le agradezco mucho la serie de los once números de «Socialisme ou Barbarie» que dio al camarada B... para mí. Los he leído (aunque todavía no íntegramente) con extremo interés, a causa de la gran concordancia de puntos de vista que revelan entre nosotros. Probablemente usted habrá llegado a la misma comprobación con la lectura de mi libro *Los consejos obreros*. Durante muchos años me había parecido que el pequeño número de socialistas que desarrollaban estas ideas no había aumentado; el libro fue ignorado y silenciado por la prensa socialista (salvo, recientemente, en el «Socialist Leader» del I.L.P.). Fue pues una gran satisfacción para mí ver que otro grupo había llegado a las mismas ideas por una vía independiente. El dominio completo de los trabajadores sobre su trabajo, que usted expresa diciendo: «Los propios trabajadores organizan la gestión de la producción», yo lo he descrito en los capítulos sobre

particular de Mothé, Vivier, Lefort, Guillaume, Vega, Carros, Simon, René Neuvil, G. Pétro, etc. Como la «cuestión de la organización», objeto de esta correspondencia, ha engendrado constantemente vivas discusiones, tensiones y dos escisiones en el seno del grupo, semejante complicidad hubiese sido imposible. Además de ser gratuitamente injuriosa para esos camaradas (algunos de los cuales estaban mucho más cerca de la posición de Pannekoeck sobre la cuestión de la organización que yo mismo), esa suposición del autor del libelo presenta una imagen calumniosa del funcionamiento del grupo «S. ou B.», que, aunque no haya sido un modelo de organización, siempre ha estado muy celoso de su independencia y ha sido ultrasensible a todo lo que podía aparecer como gérmen de un «poder» cristalizado en su seno. (Lo poco que yo «dominaba» al grupo lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que dos de mis textos más importantes a mi parecer, «Sur le contenu du socialisme» y «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» sólo fueron publicados tras varias controversias y con la mención de que «abrirían una discusión» y que las ideas que expresaban no eran «compartidas necesariamente por el conjunto del grupo».)

3.º Por último, parece curioso que «haya suprimido» la carta de Pannekoeck y no haya suprimido, ya en este camino, la carta de otro camarada holandés del grupo «Spartacus», Théo Maassen, que recoge los argumentos de Pannekoeck (publicada en el n.º 18 de «S. ou B.» en enero-marzo de 1956).

Por mi parte, ya no me acuerdo, veinte años después, de las circunstancias que rodearon a la no publicación de la carta. Pero estoy seguro de una cosa, que esa no publicación sólo pudo ser decidida por el conjunto del grupo (y podemos observar que el propio Pannekoeck señala, al final de esta segunda carta, que «no contiene argumentos nuevos»). En todo caso, la reproducción aquí sin el permiso de los «Cahiers du communisme des Con-seils» (nueva manifestación de mi arbitrariedad burocrática) y en la traducción existente en el número citado anteriormente. Al leerla, quizás algún lector consiga comprender por qué, sintiéndome incapaz de contestar, he podido decidir «suprimirla».

«la organización de los talleres» y «la organización social». Los organismos que los obreros necesitan para liberar, formados por asambleas de delegados, que ustedes llaman: «organismos soviéticos», son los mismos que los que nosotros llamamos «consejos obreros», «Arbeiterräte», «Worker's councils».

Por supuesto existen diferencias; las trataré, considerando esto como un intento de contribución a la discusión en su revista. Mientras que usted restringe la actividad de esos organismos a la organización del trabajo en las fábricas tras la toma del poder social por los trabajadores, nosotros los consideramos como siendo igualmente los organismos mediante los cuales los obreros conquistarán ese poder. Para conquistar el poder no necesitamos un «partido revolucionario» que tome la dirección de la revolución proletaria. La idea del «partido revolucionario» es un concepto trotskista que encontró adeptos (desde 1930) entre numerosos ex-partidarios del P.C. decepcionados por su práctica. Nuestra oposición y nuestra crítica se remontaban ya a los primeros años de la revolución rusa y se dirigían contra Lenin, estando suscitadas por su giro hacia el oportunismo político. O sea que nosotros hemos permanecido fuera de las vías del trotskismo; nunca estuvimos bajo su influencia y consideramos a Trotsky como el más hábil portavoz del bolchevismo, que tendría que haber sido el sucesor de Lenin. Sin embargo, tras haber reconocido en Rusia un naciente capitalismo de estado, nuestra atención se dirigió principalmente hacia el mundo occidental del gran capital, donde los trabajadores tendrán que transformar el capitalismo más altamente desarrollado en un comunismo real (en el sentido literal de la palabra). Trotsky, por su fervor revolucionario, cautivó a todos los disidentes que el estalinismo había echado fuera del P.C. y al inocularles el virus bolchevique los hizo casi incapaces de comprender las nuevas grandes tareas de la revolución proletaria.

Dado que la revolución rusa y sus ideas todavía poseen una enorme influencia en las mentes, es necesario comprender más profundamente su carácter fundamental. En pocas palabras, se trataba de la última revolución burguesa, pero realizada por la clase obrera. Revo-

lución burguesa¹ significa una revolución que destruye el feudalismo y abre el camino a la industrialización con todas las consecuencias sociales que ésta implica. La revolución rusa, por tanto, está en la misma línea que la revolución inglesa de 1647 y la revolución francesa de 1789 con sus continuaciones de 1830, 1848, 1871. Durante todas estas revoluciones, los artesanos, los campesinos y los obreros han proporcionado el potencial masivo necesario para destruir al antiguo régimen; luego, los comités y los partidos de los hombres políticos que representaban a las capas ricas que constituían la futura clase dominante, se pusieron en primer plano y se apoderaron del poder gubernamental. Era la solución natural ya que la clase obrera todavía no estaba madura para gobernarse a sí misma; la nueva sociedad también era una sociedad de clases en la que los trabajadores estaban explotados; semejante clase dominante necesita un gobierno compuesto por una minoría de funcionarios y de hombres políticos. La revolución rusa, en una época más reciente, parecía ser una revolución proletaria, ya que los obreros eran sus autores mediante sus huelgas y sus acciones de masas. Luego, sin embargo, el partido bolchevique poco a poco logró apropiarse del poder (la clase trabajadora era una pequeña minoría frente a la población campesina); de ese modo, el carácter burgués (en el más amplio sentido del término) de la revolución llegó a ser dominante y tomó la forma del capitalismo de estado. Desde entonces, por lo que respecta a su influencia ideológica y espiritual en el mundo, la revolución rusa se convirtió en lo exactamente opuesto a la revolución proletaria, que ha de liberar a los obreros y hacerlos dueños del aparato de producción.

Para nosotros, la tradición gloriosa de la revolución rusa radica en que, en sus primeras explosiones de 1905 y 1917, fue la primera en desarrollar y mostrar a los trabajadores del mundo entero la forma organizativa de su acción revolucionaria autónoma, los soviets. De esta

1. En el texto: «Revolución de las clases medias» (*Middle-class revolution*) en el sentido inglés de «clases medias», es decir, burguesía.

experiencia, posteriormente confirmada aunque a menor escala en Alemania, hemos extraído nuestras ideas sobre las formas de acción de masas, propias de la clase obrera, que tendrá que aplicar para su propia liberación.

Exactamente al contrario vemos las tradiciones, las ideas y los métodos surgidos de la revolución rusa cuando el P.C. se apoderó del poder. Esas ideas, que únicamente sirven de obstáculo para una acción proletaria correcta, constituyeron la esencia y el fundamento de la propaganda de Trotsky.

Nuestra conclusión es que las formas de organización del poder autónomo, expresadas con los términos «soviets» o «consejos obreros», han de servir tanto para la conquista del poder como para la dirección del trabajo productivo tras esa conquista. En primer lugar, porque el poder de los trabajadores sobre la sociedad no puede obtenerse de otro modo, por ejemplo, por lo que se denomina un partido revolucionario. En segundo lugar, porque que esos soviets, que más adelante serán necesarios para la producción, sólo pueden formarse a través de la lucha de clases para la conquista del poder.

Creo que en este concepto desaparece el «nudo de contradicciones» del problema de la «dirección revolucionaria». Pues la fuente de las contradicciones radica en la imposibilidad de armonizar el poder y la libertad de una clase que gobierna su destino con la exigencia de que obedezca a una dirección formada por un pequeño grupo o partido. Pero ¿podemos mantener esa exigencia? Decididamente contradice a la idea más citada de Marx, a saber, que la liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. Además, la revolución proletaria no puede ser comparada a una rebelión única o a una campaña militar dirigida por un mando central, y ni siquiera a un período de luchas semejante, por ejemplo, al de la Revolución Francesa, que no fue más que un episodio en el ascenso de la burguesía al poder. La revolución proletaria es mucho más vasta y profunda; es la accesión de las masas del pueblo a la conciencia de su existencia y de su carácter. No será una convulsión única; pasará a ser el contenido de todo un período en la historia de la humanidad, durante el cual la clase obrera tendrá que descubrir y realizar sus pro-

prias facultades y su potencia, como también sus propios objetivos y métodos de lucha. He tratado de elaborar algunos de los aspectos de esta revolución en mi libro *Los consejos obreros*, en el capítulo titulado «La revolución obrera». Por supuesto, todo ello sólo proporciona un esquema abstracto, que podemos utilizar para emitir una opinión sobre las diversas fuerzas en acción y sus relaciones.

Ahora, es posible que usted pregunte: pero entonces, en el marco de esta orientación, ¿para qué sirve un partido o un grupo y qué tareas tiene? Podemos estar seguros de que nuestro grupo no llegará a gobernar a las masas trabajadoras en su acción revolucionaria; a nuestro lado existen media docena o más de otros grupos o partidos, que se llaman revolucionarios pero que difieren todos ellos en su programa y en sus ideas; y comparados al gran partido socialista no son más que ilipitenses. En el marco de la discusión contenida en el n.º 10 de su revista, se afirma, con razón, que nuestra tarea es fundamentalmente una tarea teórica: encontrar e indicar, mediante el estudio y la discusión, el mejor camino para la acción de la clase obrera. Las lecciones que de ahí puedan sacarse, sin embargo, no han de dirigirse solamente a los miembros del grupo o del partido, sino a las masas de la clase obrera. Sólo ellas tendrán que decidir, en sus mítines de fábrica y sus consejos, la mejor forma de actuar. Sin embargo, para que se decidan de la mejor manera posible, han de ser instruidas mediante opiniones bien consideradas y provienen del mayor número de lados posible. Por consiguiente, un grupo que proclama que la acción autónoma de la clase obrera es la principal fuerza de la revolución socialista, considerará que su tarea primordial es llegar a los obreros; por ejemplo, mediante octavillas pulpares que aclararán las ideas a los obreros al explicar los cambios importantes en la sociedad y la necesidad de una dirección de los obreros por ellos mismos en todas sus acciones como en futuro trabajo productivo.

Estas son algunas de las reflexiones que me ha suscitado la lectura de las discusiones altamente interesantes publicadas en su revista. Además, he de declararle cuanto me satisficieron los artículos sobre «El obrero ame-

ricano» (a), que clarifican en gran parte el enigmático problema de esta clase obrera sin socialismo, y el instructivo artículo sobre la clase obrera en Alemania Oriental (b). Espero que su grupo todavía tendrá la posibilidad de publicar otros números de su revista.

Excúseme el haber escrito esta carta en inglés; me resulta difícil expresarme en francés de un modo satisfactorio.

Muy sinceramente, suyo

Ant. Pannekoek

SEGUNDA CARTA DE ANTON PANNEKOEK

Querido camarada Chaulieu,

He comprobado con mucho placer que ha publicado en su revista «Socialisme ou Barbarie» una traducción de mi carta, anotada con observaciones críticas, de tal modo que puedan participar sus lectores en una discusión sobre cuestiones fundamentales. Como expresa el deseo de proseguir la discusión, le envió algunas observaciones sobre su respuesta. Naturalmente, sigue habiendo divergencias de opinión que pueden manifestarse con mayor claridad en la discusión. Esas divergencias normalmente son el resultado de una apreciación diferente de lo que se considera como puntos más importantes, lo que a su vez está relacionado con nuestras experiencias prácticas o con el medio en el que uno se encuentra. En lo que a mí respecta, se trató del estudio de las huelgas políticas en Bélgica (1893), en Rusia (1905 y 1917), en Alemania (de 1918 a 1919); estudio con el que intenté llegar a una clara comprensión de las características fundamentales de esas acciones. Su grupo vive y trabaja entre la agitación de clase de los obreros de una gran ciudad industrial; por consiguiente, su atención está totalmente concentrada en un problema práctico: cómo podrían desarrollarse métodos de lucha eficaces más allá

(a) «S. ou B.», 1 al 8.

(b) «S. ou B.», 7 y 8.

de la lucha ineficaz de los partidos y de las huelgas parciales de la actualidad.

Naturalmente, no pretendo que las acciones revolucionarias de la clase obrera se desarrollarán todas ellas en una atmósfera de apacible discusión. Lo que pretendo es que el resultado de la lucha a menudo violenta no viene determinado por circunstancias accidentales, sino por lo que está vivo en el pensamiento de los obreros, como la base de una conciencia sólida adquirida por la experiencia, el estudio o sus discusiones. Si el personal de una fábrica ha de decidir hacer o no una huelga, la decisión no se toma dando un puñetazo sobre la mesa, sino normalmente mediante discusiones.

Usted plantea el problema de un modo totalmente práctico: ¿qué tendría que hacer el partido si detrás de él tuviese el 45 % de los miembros de los consejos y temiese que otro partido (neoestalinista que se esfuerza por conquistar el régimen) intentara tomar el poder por la fuerza? Su respuesta es ésta: habría que tomarle la delantera haciendo lo que tememos que él va a hacer. ¿Cuál será el resultado definitivo de semejante acción? Contemple lo que ha pasado en Rusia. Allí existía un partido, con buenos principios revolucionarios, influenciados por el marxismo, y con la seguridad, además, del sostén de los consejos ya formados por los obreros; no obstante, estuvo obligado a tomar el poder y el resultado fue el estalinismo totalitario (si digo «estuvo obligado» quiero decir que las circunstancias no estaban bastante maduras para una verdadera revolución proletaria. En el mundo occidental en el que el capitalismo está más desarrollado, las circunstancias sin duda están más maduras; dánoslos la medida de ello el desarrollo de la lucha de clases). Entonces, debemos plantearnos la cuestión: ¿podrá salvar a la revolución proletaria la lucha del partido tal como usted la propone? Me parece que más bien se daría un paso hacia una nueva opresión.

Sin duda, siempre habrá dificultades. Si la situación francesa, o mundial, exigiese una lucha en masa de los obreros, los partidos comunistas en seguida intentarían transformar la acción en una demostración pro-rusa en el marco del partido. Es preciso llevar a cabo una lucha enérgica contra esos partidos. Pero no podemos vencerlos

siguiendo sus métodos. Esto sólo es posible practicando nuestros propios métodos. La verdadera forma de acción de una clase en lucha es: ¡la fuerza de los argumentos, basada en el principio fundamental de la autonomía de las decisiones! Los obreros sólo pueden prevenir una opresión proveniente del partido comunista mediante el desarrollo y el fortalecimiento de su propio poder de clase; es decir, mediante su unánime voluntad de tomar bajo su control y dirigir los medios de producción.

La principal condición para la conquista de la libertad para la clase obrera es que la concepción del autogobierno y autogestión del aparato de producción esté arraigada en la conciencia de las masas. Ello concuerda, en cierta medida, con lo que escribió Jaures sobre la Cons- tituyente en su *Histoire socialiste de la révolution fran-*

çaise:

«Esa asamblea, totalmente nueva, que discutía sobre temas políticos sabía, apenas reunida, desbaratar todas las maniobras de la Corte. ¿Por qué? Porque tenía algunas grandes ideas abstractas, larga y seriamente mantenidas, que le proporcionaban una visión clara de la situación.»

Por supuesto, ambos casos no son idénticos. En lugar de las grandes ideas políticas de la revolución francesa, se trata de las grandes ideas sociales de los obreros, es decir, la gestión de la producción por una cooperación organizada. En lugar de 500 diputados duchos en sus ideas abstractas adquiridas por el estudio, los trabajadores serán millones guiados por la experiencia de toda una vida de explotación en un trabajo productivo. Esta es la razón por la que veo las cosas de la siguiente manera.

La más noble y útil tarea de un partido revolucionario radica en enriquecer, mediante su propaganda en miles de pequeños diarios, folletos, etc., el conocimiento de las masas en el proceso de una conciencia siempre más clara y más vasta.

Ahora, algunas palabras sobre el carácter de la revolución rusa. La traducción de la expresión inglesa: «middle class revolution» por revolución burguesa no expresa exactamente su significado. Cuando en Inglaterra las llamadas clases medias tomaron el poder, se compo-

nían en gran parte de pequeños capitalistas, o de hombres de negocios, propietarios del aparato industrial de producción. La lucha de las masas era necesaria para expulsar a la aristocracia del poder; pero a pesar de ese hecho, esas masas todavía no eran capaces de apoderarse por sí mismas del aparato de producción; la capacidad espiritual, moral y organizadora para hacerlo, los obreros sólo pueden conseguirla a través de la lucha de clases en un capitalismo bastante desarrollado. En Rusia no existía una burguesía de cierta importancia; la consecuencia de ello fue que, de la vanguardia de la revolución, nació una nueva «clase media» como clase dirigente del trabajo productivo, gestionadora del aparato de producción, pero no como un conjunto de propietarios individuales que poseen cada uno de ellos una cierta parte de ese aparato de producción, sino como propietarios colectivos del aparato de producción en su totalidad.

En general podemos decir: si las masas trabajadoras (puesto que son el producto de las condiciones precapitalistas) todavía no son capaces de tomar la producción por su propia cuenta, entonces una nueva clase dirigente se convertirá inevitablemente en dueña de la producción. Es esta concordancia la que me permite decir que la revolución rusa (en sus características esenciales y permanentes) era una revolución burguesa. Sin duda, el poder del proletariado en su acción de masas era necesario para destruir el poder del antiguo sistema (y esa fue una lección para los trabajadores de todo el mundo). Sin embargo, una revolución social no puede obtener nada de más de lo que corresponde a las características de las clases revolucionarias, y si fue necesario el mayor radicalismo posible para vencer todas las resistencias, más tarde fue preciso volver hacia atrás.

Esta parece una regla general de todas las revoluciones habidas hasta nuestros días: hasta 1793 la revolución francesa se fue volviendo cada vez más radical, hasta que los campesinos llegaron a ser definitivamente los amos libres del suelo y los ejércitos extranjeros fueron rechazados; en ese momento, los jacobinos fueron masacrados y el capitalismo se presentó como nuevo amo. Cuando se miran las cosas de este modo, el curso

de la revolución rusa fue el mismo que el de las revoluciones precedentes, que en Inglaterra, Francia, Alemania vencieron todas ellas al poder. La revolución rusa no fue en modo alguno una revolución proletaria prematura. La revolución proletaria pertenece al futuro.

Espero que esta explicación, aunque no contenga argumentos nuevos, podrá ayudar a clarificar algunas divergencias en nuestros puntos de vista.

Saludos fraternales de su

Anton Pannekoek

Las huelgas salvajes de la industria automovilística americana *

La propaganda burguesa y reformista europea gusta de hacer referencia a la situación del proletariado norteamericano. Con ese ejemplo, pretende mostrar cómo la «ausencia de lucha de clases» y la «colaboración amistosa» entre obreros y patronos —con una «actitud social» de éstos y el apoyo a los intereses de la empresa de aquéllos—, conduce a la felicidad de todos los interesados al permitir el aumento de la producción y la elevación del nivel de vida de la clase obrera. Y así, al concluirse los acuerdos entre los sindicatos del automóvil con la Ford, primero, y la General Motors después, los periodistas franceses más «serios», no dudaron en hablar del fin del capitalismo en los Estados Unidos y de la nueva era de la historia social que estaba a punto de iniciarse.

Evidentemente, la realidad norteamericana es muy distinta de la que pinta esta conmovedora estampita. Es cierto que, durante más de un siglo, el capitalismo norteamericano ha podido desarrollarse sin obstáculos interiores ni exteriores en un continente virgen y dotado de riquezas naturales, llevando la producción a unos niveles que ninguna otra economía capitalista ha podido alcanzar. Esta facilidad le ha permitido conceder salarios relativamente elevados, al tiempo que la existencia de tierras libres hasta principios de este siglo le forzaba a ello¹. Pero el nivel relativamente elevado de los

* «S. ou B.», 18, enero de 1956.

1. El famoso «cierre de la frontera» no tuvo lugar, de forma efectiva, hasta un poco antes de la primera Guerra Mundial; hasta entonces, la existencia de abundantes tierras libres y ricas, abiertas a la emigración interior, significaba que

ciones humanas» destinado a inventar técnicas capaces de «callar silenciosamente» puesto que no se puede hacer con brutalidad— la rebelión constante de los obreros contra las relaciones de producción capitalistas, no es un desarrollo casual⁴.

Hay que decir, sin embargo, que frente a este conjunto de condiciones y a la combatividad creciente del proletariado, el capitalismo norteamericano se ha inclinado a seguir una política que puede esquematizarse diciendo que, cuando se ve forzado a hacer concesiones, está mucho más dispuesto que el capitalismo europeo a ceder en las cuestiones salariales, buscando la compensación en el aumento de la producción y el rendimiento a ultranza.

En esta política, cuenta además desde la guerra con la absoluta complicidad de la burocracia sindical. Incapaz de defender las reivindicaciones obreras en el terreno de las relaciones de producción, de la organización y de las condiciones de trabajo—dado que esas reivindicaciones consisten, en suma, en impugnar el poder capitalista en la fábrica y no pueden tener a la larga otra solución que la gestión obrera de la producción—, la burocracia las utiliza para intentar penetrar en las instancias de control de la producción. Y trata de transferir a los obreros «satisfaciendo» sus reivindicaciones salariales. Pero toda su política termina conduciéndola, cada vez más, a esta contradicción: tratar de mantener su influencia sobre los obreros—sin el cual toda vía no es nada—compensando su incapacidad para satisfacer sus demandas esenciales con la obtención de ventajas económicas más o menos reales, pero que, de todos modos, se van haciendo menos importantes a medida que se va elevando el nivel material y cultural. Así es como la burocracia sindical norteamericana ha obtenido sucesivamente de los capitalistas una especie

4. El documento de Paul Romano «El obrero norteamericano», y el estudio de Ria Stone «La reconstrucción de la sociedad», aparecidos en los números 1 a 8 de «Socialisme ou Barbarie», muestran con gran fuerza estos aspectos de la lucha de clases en los Estados Unidos, y su enorme importancia futura.

salarios está lejos de constituir el único rasgo característico de la situación de los obreros norteamericanos, ni siquiera el más importante. Dejando de lado ese «tercio inferior» de la nación tristemente famoso—cincuenta millones de norteamericanos que viven en la miseria, incluso medida con normas europeas—, basta recordar que el obrero norteamericano paga su salario mediante una explotación mucho mayor de su fuerza de trabajo en la producción, un ritmo de trabajo embrutecedor, una sumisión absoluta a la máquina y a la cadena de montaje. Pero, también, y en contra de las afirmaciones de la propaganda burguesa—que se une a veces a la de los estalinistas²—, en Estados Unidos, como en cualquier otra parte, los patronos no han cedido nada que no les haya sido arrancado a la fuerza, o impuesto mediante amenaza de lucha; la historia del proletariado norteamericano está llena de combates que, si bien no han alcanzado hasta ahora el nivel político de los del proletariado europeo, algunas veces los han sobrepasado en violencia y en eficacia organizativa³. Pero, desde el punto de vista de una perspectiva a largo plazo, lo más importante es, sin duda, que la lucha de clases al nivel de la producción misma, la rebelión del proletariado contra la estructura de la empresa capitalista, sus métodos de organización de la producción, y las condiciones de trabajo que implican, resulta más viva y profunda que en ninguna otra parte. Si, después del taylorismo, se ha desarrollado en los Estados Unidos un movimiento llamado de «rela-

el salario real de un obrero industrial no podía ser inferior a los ingresos reales de un propietario independiente poseedor de toda la tierra que él y su familia pudieran cultivar.

2. Los propagandistas estalinistas y criptoestalinistas han invocado con frecuencia, sobre todo en tiempos del apogeo de la guerra fría, la «pasividad» de los obreros norteamericanos, para crear una psicología antiamericana que englobase a toda la población de los Estados Unidos, igual que durante la segunda Guerra Mundial su propaganda se dirigía contra los alemanes en cuanto tales, y presentaba al proletariado alemán completamente integrado en el sistema nazi.

3. Las grandes huelgas, con ocupación de fábricas, de 1935-1937, que llevaron a la formación del C.I.O., no son más que un ejemplo entre muchos.

de escala móvil que liga los salarios al coste de vida, y luego al aumento de la productividad, un «plan de pensiones» y, por último, en junio de 1955, el «salario anual garantizado».

Por supuesto que todas estas reformas están lejos de contener realmente la totalidad de lo que su denominación implica. Pese a que ésta sea una cuestión secundaria, trataremos de aclararla brevemente a propósito del «salario anual garantizado», cuya obtención vino provocada por las huelgas a las que se consagra, esencialmente, este artículo.

Los obreros norteamericanos están ligados a sus patronos mediante unos convenios colectivos o «contratos» de duración determinada que, además del nivel de salarios, especifican muy detalladamente la correspondencia entre la calificación del obrero y los empleos que pueden desempeñar, y el conjunto de las condiciones de trabajo. Estos convenios, renegociados a cada vencimiento por dirigentes sindicales y patronos, suelen excluir el recurso a la huelga durante su plazo de vigencia; en los casos en que sigue siendo posible, debe estar patrocinada por el sindicato, ser «legal» u «oficial». Si no es así («wildcat», huelga salvaje), los huelguistas quedan entregados a sus propias fuerzas: el sindicato no les ayuda financieramente, los tribunales prohíben los piquetes de huelga, etc.

La renovación periódica de esos contratos da ocasión a arduas negociaciones entre los sindicatos y los patronos, durante las cuales la amenaza de huelga en caso de fracaso de las negociaciones y expiración del convenio vigente, pende sobre los empresarios.

Durante el año que acaba de terminar (a), los contratos de los sindicatos del automóvil (U.A.W., Union of Automobile Workers) con los «tres grandes» de la industria (Ford, General Motors y Chrysler) expiraban, y el presidente de la U.A.W. (presidente también del C.I.O., Congress of Industrial Organizations), Walter Reuther, colocó como punto central de la negociación su plan de un «salario anual garantizado», es decir, una caja de paro alimentada con contribuciones patronales y

(a) 1955.

que daría a los trabajadores en paro el equivalente a la paga completa durante un año. El Estado concede actualmente un subsidio de paro de un tercio de la paga aproximadamente, durante veinticinco semanas; los patronos, según Reuther, debían contribuir para que el subsidio alcanzase el 80 % de la paga, durante un año. Suponiendo que la mitad de los obreros esté en paro uno de cada seis años, el plan suponía un aumento de los gastos salariales de la empresa (o de las sumas globales cobradas por los obreros) del orden del 6 %.

Esta propuesta no fue aceptada por las empresas, y lo que, a fin de cuentas, obtuvo Reuther, fue una contribución patronal limitada a veintiséis semanas e inferior a la solicitada, dado que el obrero cobrará en total el 65 % de la paga durante cuatro semanas y el 60 % durante las veintidós restantes. El «salario anual garantizado» se compone así de un «salario garantizado de menos de dos tercios durante seis meses», financiado una mitad por los patronos y el resto por los fondos públicos. En la hipótesis anteriormente considerada (la mitad de los obreros parados uno de cada seis años), el aumento de los costos salariales de la empresa sería del orden del 1,5 %⁵.

El sindicato cedió pues, exactamente, tres cuartas partes del terreno sobre el que él mismo se había asentado,

5. La hipótesis que se hace en el texto sobre la duración del paro y la proporción de obreros afectados por él, equivale a suponer un nivel medio de paro permanente de 1/12 de la mano de obra total, es decir, de un 8 1/3 %, proporción que es mucho más alta de la que puede realmente observarse. En esa medida, el salario anual garantizado representa un costo efectivo menor para los patronos. Los porcentajes de aumento de los gastos salariales de la empresa que se dan en el texto se basan en un cálculo muy simple. Antes del convenio, la empresa gastaba 5 años y medio de salario, 286 semanas, cada seis años. Después del convenio, gastará además un 35 % de 4 semanas, más un 30 % de 22 semanas: $4 \times 0,35 + 22 \times 0,30 = 7,8$ semanas, que divididas por dos (la mitad de los obreros están en paro) nos dan un poco más de un 1,5 % de aumento en relación a 286 semanas. Recordemos que el Estado daba y un subsidio de paro del 30 % de la paga completa durante veintiséis semanas.

sin pedir ni una sola vez la opinión de los obreros, pese a lo cual Reuther hizo sus comunicados victoriosos y, además, trató de convencer a los obreros de la importancia «histórica» del nuevo convenio.

Reuther y su burocracia habían decidido, sin consultar a nadie y menos que a nadie a los interesados, que lo que los obreros necesitaban no era aumento de salarios, ni disminución del ritmo de trabajo, ni media hora diaria de alto en la jornada, ni esto ni aquello, sino lo que él, Reuther, *sabía* que necesitaban, su plan «histórico» del salario anual garantizado. Y a esto, la respuesta de los obreros fue una explosión de huelgas salvajes, dirigidas tanto contra la burocracia sindical como contra los patronos, que demostraron la falacia de Reuther al hablar «en nombre de los obreros».

La descripción de estas huelgas que se hace en las páginas siguientes, procede de testimonios de primera mano publicados en dos periódicos obreros norteamericanos «Correspondence» y «News and Letters», ambos de Detroit, centro de la industria automovilística norteamericana.

La estrategia de Reuther y la actitud de los obreros

La estrategia que Reuther puso en marcha para obtener el salario anual garantizado consistió en negociar sucesivamente con cada uno de los «tres grandes» de la industria automovilística norteamericana, Ford, General Motors y Chrysler. Únicamente se pidió a los obreros que cotizasen 5 dólares mensuales, hasta reunir un fondo de huelga de 25.000.000 de dólares, y que estuviesen dispuestos para el caso de que «los sindicatos tuviesen necesidad de ellos». Las negociaciones, por su parte, se desarrollaban, en secreto, entre la dirección del sindicato y la de la Ford. Al mismo tiempo, Reuther hizo un llamamiento a los obreros para que, en caso de ruptura de las negociaciones, votasen por la huelga. En todos los casos analógicos anteriores, los obreros habían votado siempre la huelga con el fin de fortalecer la posición del sindicato en las negociaciones. Pero esta vez estallaron discusiones interminables en las fábricas.

En la fábrica de Rouge (Ford), con 48.000 trabajadores, la mayoría de los obreros consideraban que no tenían más opción que votar en favor de la huelga: «Si no, la compañía podrá aplastar al sindicato». Otros obreros constataban que no podían votar por la huelga, pero que tampoco podían votar contra el sindicato; decidieron, en consecuencia, abstenerse de votar. Es preciso hacer resaltar aquí una notable diferencia con el pasado: en ocasiones anteriores, los obreros que no votaban sentían vergüenza por ello, y buscaban algún pretexto para justificarse.

Hubo algunos obreros de vanguardia (ni estalinistas ni trotskistas) que llegaron más lejos: dijeron que votarían en contra de la huelga. No estaban contra el «salario anual garantizado», pero tampoco estaban a favor. Rechazaban el programa de Reuther y su estrategia de punta a cabo. Decían que estaban hartos de las condiciones del sindicato en las cuestiones de las condiciones de trabajo y de su política que llevaba al deterioramiento de los poderes de la dirección de la empresa. A partir del «plan de pensiones» de 1950 y el contrato de trabajo de cinco años que lo acompañó, los obreros del sector del automóvil habían aprendido lo que significaban para ellos las «grandes victorias económicas» de Reuther. Cada obrero de menos de cincuenta años había comprendido que el «plan de pensiones» de Reuther le encadenaba a 15, 25 o 45 años de trabajo de iguales características en la misma fábrica. Esos obreros desaban que se les garantizasen las condiciones de trabajo, y no que tuvieran que trabajar de la misma manera el resto de su vida. Y por ello se oponían tanto al «salario anual garantizado» como a la estrategia de Reuther, que consistía en que parase una fábrica, mientras las demás continuaban trabajando. La mayoría de los obreros de Ford pensaba que una huelga no podía ser eficaz si no entraba en la lucha todo el C.I.O.

Como decían algunos obreros: «La compañía y el sindicato deciden lo que nos darán, y es lo único que podemos votar. Si el sindicato nos representase de verdad, nos habrían preguntado lo que queremos y habrían ido a negociar para conseguirlo». Estaban hartos de un sindicato que decidía por qué debían de luchar.

Sin embargo, al acercarse el día de votar, algunos obreros que pensaban votar contra la huelga, cambiaron de parecer. Una de las razones fue un folleto publicado por el sindicato y titulado «Trabajamos en Ford», que recordaba la situación de los obreros en la Ford antes de que el sindicato fuese reconocido. La demagogia habitual de la burocracia. En 1955 el problema no tenía nada que ver con las condiciones de antes de 1935, y además esas condiciones no habían cambiado más que por la fuerza de las grandes luchas obreras de 1935-1937. Y sin embargo, muchos obreros fueron influenciados por esa demagogia. Más de uno dijo que había cambiado de opinión y que votaría a favor de la huelga puesto que «trabajaba para semejantes cerdos».

La mayoría de los obreros de Rouge no confiaban en Reuther ni en sus burócratas, pero entre votar a favor o en contra de la huelga no tenían más remedio que votar a favor, para expresar claramente su oposición a la compañía. La votación dio un resultado de 45.458 votos a favor, 1.132 en contra, y unas 10.000 abstenciones.

Pocos días antes de la fecha límite de las negociaciones, la dirección de la Ford formuló una contrapropuesta al «salario anual garantizado», que consistía en ceder a los obreros acciones de la compañía, a mitad de precio.

La propuesta fue acogida por los obreros con multitud de chistes e ironías. Se llamaban unos a otros «querido accionista», y mandaban a paseo a los jefes de taller pretextando una «junta general de accionistas». Habían visto claramente la trampa de la dirección, que por ese medio podría justificar una elevación de la cadencia y el ritmo de producción «en beneficio de los propios obreros», ahora convertidos en accionistas.

Reuther tenía sus buenas razones para haber elegido a la Ford en vez de la General Motors como su primer interlocutor. Henry Ford II y sus directivos pertenecían a la misma generación de «planificadores» que el propio Reuther. El «salario anual garantizado» tenía que parecer tan lógico a un Ford como se lo parecía a él. En vez de luchar para lograr o evitar un aumento de cinco centavos en los salarios, tanto Ford como Reuther preferían guardar esos cinco centavos y reservarlos para la

«seguridad» de los obreros; de ese modo, el obrero no «malgastaría» su dinero.

Al aceptar el «salario anual garantizado», Henry Ford II continuaba la tradición de su padre de controlar la vida de los obreros de la empresa. La única diferencia estriba en que el viejo Ford ejercía el control mediante soplones a su servicio y una policía particular, dirigida por Bennett, mientras que Reuther y el joven Ford pretenden ejercerla gracias a un cuerpo de administradores del sindicato, de la empresa y del gobierno, en estrecha colaboración entre sí.

Reuther había reunido ya de antemano un personal de 250 administrativos, en las tareas preparatorias del «salario anual garantizado». Para elaborar los aspectos económicos, había recurrido a las universidades y reclutado a algunos de los mejores sociólogos y economistas. Paso a paso, Reuther iba alejando el sindicato de los obreros y consolidando un aparato de administrativos y burócratas destinado a hacer la competencia al de la industria y al del Estado.

La huelga salvaje de Rouge

El acuerdo entre la Ford y la U.A.W., el sindicato C.I.O. del automóvil, se firmó el 6 de junio. Mientras Reuther y Bugas, subdirector de Ford y principal negociador de la compañía, posaban triunfalmente para los fotógrafos y contaban cuántas horas de sueño habían perdido y cuántas tazas de café habían bebido, felicitándose y alabándose mutuamente por su inteligencia, en todas las fábricas de Ford del país estallaban huelgas salvajes.

La huelga fue iniciada por los 4.300 obreros especialistas de Rouge, y de inmediato, los 6.000 obreros de mantenimiento los secundaron, para apoyarlos. Los obreros decían que no les interesaba el «salario anual garantizado» y pedían un aumento de 30 centavos a la hora. Pero la extensión de las huelgas salvajes demostró rápidamente que se trataba de algo más que de esos treinta centavos. La Ford Motor Company tiene fábricas repartidas por veintitrés ciudades importantes de los Estados Unidos. En el momento culminante de las huelgas, los

donde los dirigentes sindicales distribuían sus octavillas invitando a los obreros a volver al trabajo e informándoles de que los estatutos del sindicato les obligaban a trabajar hasta que el convenio fuese aceptado o rechazado por votación. Los obreros cualificados se manifestaron gritando: «Acabemos con Reuther», «Reuther y Stellato nos han vendido por el salario garantizado». La revuelta de los obreros especializados tiene particular importancia porque, después de que Reuther perdiese la confianza de los obreros de las cadenas de producción (b), había tratado de encontrar una base entre los profesionales especializados. Los obreros especializados publicaron una declaración en la que decían que no llevaban una lucha limitada y egoísta por su propio interés, sino que esa «lucha se trasladaba a un nuevo terreno, una campaña contra la adopción del nuevo convenio». Y llamaban a «todos los obreros de Ford a unirse a esa campaña».

La vuelta al trabajo en la Ford dependía de la actitud de los hombres de mantenimiento. Hubo vivas discusiones entre ellos. Unos decían: «No queremos el actual sistema». Los obreros cualificados acabaron por volver al trabajo el 8 de junio. El voto a favor o en contra del nuevo convenio con Ford tuvo lugar los días 20 y 21 de junio, en la fábrica de Rouge. Se aprobó el convenio por 17.567 votos a favor por 8.325 en contra; pero hubo 30.000 obreros que no votaron porque se oponían al contrato pero no veían ninguna solución positiva. El convenio fue aprobado, pues, de hecho, por menos de un tercio del total de obreros.

Stellato acogió el voto en favor del convenio como «la demostración definitiva de que los miembros del (b) Los *semi-skilled production workers*, esencialmente obreros especializados en las máquinas y en las cadenas de montaje.

días 7 y 8 de junio, había treinta y siete fábricas para 74.000 de los 140.000 obreros de Ford no trabajaban. En muchos casos, la huelga se concretó en unas «revindicaciones locales» (seguridad, limpieza, descanso, desigualdades salariales, etc.), expresión que por primera vez se usó entonces, y que en pocos días iba a extenderse por todo el país gracias a los obreros de la General Motors.

El presidente del sindicato local de Rouge, del «Local 600», Carl Stellato, ha adquirido cierta reputación como miembro de una oposición «de izquierda» a Reuther, pero su política en cuestiones huelguísticas no se diferencia demasiado de la suya. A medianoche del 5 de junio, Stellato hizo un llamamiento a los dirigentes sindicales del «local» para que «mantuviesen a sus hombres en el trabajo».

El discurso de Stellato del 6 de junio merece pasar a la historia. Ante miles de obreros que le gritaban y abuchebaban, Stellato dijo: «No me abuchéis a mí. Abuchead a Ford... No podéis abuchear vuestra seguridad. Este convenio pasará a la historia».

La televisión permitió ver a todo el país esa reunión. Las cámaras fueron haciendo un *travelling* sobre los miles de obreros, deteniéndose sobre algunos rostros que gritaban su descontento y su desaprobación, hasta entrar el estrado en el que hablaba Stellato. Pero su discurso, impresionantemente de por sí, perdía sentido contra aquel telón de fondo. No era sino un hombre solo. Sin embargo, cuando alguno de la masa llegaba hasta el micrófono de la televisión y decía que los delegados sindicales estaban vendidos a la compañía y que habían pasado por encima de los obreros, se veía que él sí que era uno de entre la multitud, y todos los que estaban a su alrededor gritaban que estaban de acuerdo con él. Durante las emisiones nocturnas, los discursos de los obreros de base fueron cortados con frecuencia, se atenuó el sonido de los abucheos, etc., pero la imagen dominante, aquellos miles de obreros que se alzaban contra un jefe sindical, no podía falsearse.

Todas las esquinas de las calles que rodean la fábrica de Rouge se convirtieron en lugares de reunión

sindicato no escucharon el canto de sirena de los elementos que trataban de explotar políticamente la situación a expensas de los obreros de la Ford y de sus familias». Y fue precisamente ese político ambicioso el único que osó insinuar que los políticos eran los instigadores de la huelga. Al contrario de lo que ha sucedido en las otras acciones importantes de la clase obrera en los últimos tiempos, esta huelga fue la primera en la que nadie se atrevió a hablar de la presencia de «agitadores comunistas».

Pocos días después de la firma del convenio, Henry Ford II propuso que la siguiente etapa consistiese en negociar sobre la situación del conjunto global de la industria automovilística. Reuther contestó que ese sería el medio de transformar las crisis pequeñas en grandes crisis. Desde entonces, el fantasma de la huelga general es la pesadilla de Reuther y de las compañías fabricantes de vehículos.

Las huelgas de la General Motors

Indudablemente, el «éxito» de Reuther con la Ford suavizó a la General Motors. Reuther se preparaba, pues, para una nueva «victoria».

La General Motors tiene ciento diecinueve fábricas en cincuenta y cuatro ciudades, y emplea unos 350.000 obreros (pagados por horas). Durante la semana del 6 al 13 de junio, la semana de las negociaciones con la General Motors, tuvieron lugar las huelgas de la Ford, que dieron lugar a una explosión de huelgas salvajes en una docena de fábricas de la G. M. en varios estados (Massachusetts, Pennsylvania, New Jersey, Missouri, Kansas, Michigan y California). La mayoría de ellas tenían como objetivo «reivindicaciones locales».

En la fábrica Buick-Oldsmobile-Pontiac de Southgate, California, los huelguistas afirmaron que el sindicato no discutía con la compañía lo que ellos querían.

Un obrero declaró: «Aquí queremos cuatro cosas. Un descanso por las mañanas, de quince minutos, y otro por la tarde, para tomar un café. ¿Es mucho?».

»Queremos un sistema decente de sustituciones, de manera que un tipo pueda satisfacer sus necesidades físicas cuando tiene ganas. No lo creerán ustedes, pero la gente tiene que esperar durante horas hasta que pueden ausentarse dos minutos de la cadena de montaje.

»Queremos ropa protectora a cargo de la empresa.

»Queremos unos minutos a cargo de la empresa para lavarnos las manos y ordenar las herramientas.»

El presidente del sindicato local y el director regional trataron de hacer entrar a los obreros, pero ellos votaron por la continuación de la huelga en proporción de 10 a 1. El presidente del sindicato local tuvo que admitir que la base controlaba la situación. «Los miembros están llevando adelante el asunto —dijo—, me han dicho que seguirían en huelga hasta que se les satisficiera.» El sindicato del automóvil envió un representante especial desde Detroit para tratar de convencer a los obreros de que volviesen al trabajo. Entonces los obreros decidieron, por votación, publicar un anuncio en los periódicos de Detroit formulando sus reivindicaciones. De ese modo, los obreros de California intentaban establecer contacto con los obreros de Detroit al margen de la estructura sindical.

Enfurecidos Reuther y Livingston (dirigente del sindicato U.A.W. de la General Motors) enviaron el 8 de junio un telegrama a los responsables de los sindicatos locales, acusando a los huelguistas de la G.M. de «sabotear las negociaciones a escala nacional». Reuther exigía lealtad a su aparato administrativo. «Principios del sindicalismo, trabajo colectivo y responsabilidad recíproca están en cuestión —escribía—. Ninguna justificación para dirigentes que abandonan esos principios en el momento actual, cualquiera que sea la situación existente. Dirigentes locales por consiguiente tienen orden conforme estatutos notificar miembros instrucciones anteriores y trabajar sin descanso terminación interrupciones trabajo no autorizadas.»

Ante esta obstrucción de los dirigentes sindicales, los jefes locales de la fábrica Chevrolet de Cleveland publicaron una circular en la que pedían a los obreros que volvieran al trabajo. «Sabemos que os manifestáis contra las malas condiciones de trabajo en la fábrica —decían—.

Si la G. M. no cede a nuestras justas demandas, iremos a la huelga de forma regular, legal y autorizada.» Estas huelgas de la General Motors anteriores a la conclusión del convenio terminaron el viernes, 10 de junio, a excepción de la de la fábrica B.O.P. de Southgate, California. En Southgate, los huelguistas no regresaron al trabajo hasta el día 14, tras haber llevado a cabo una reunión en la que la discusión duró una hora y media.

El convenio con la G. M. se firmó el 13 de junio. El convenio con la G. M. se firmó el 13 de junio. Reuther y Livingstone publicaron inmediatamente un comunicado de victoria que terminaba de la siguiente manera: «El mérito de esta victoria pertenece, claro está, a los obreros de la base de las fábricas de la G.M., cuya madurez y cuya determinación en defensa de los principios en los que creen han sido la fuerza principal con que contaban los negociadores del sindicato.»

La respuesta de los obreros de base a Reuther fue inmediata: 125.000 obreros de la G. M. pararon ese mismo lunes, día 13. Por todas partes, los obreros formulaban «reivindicaciones locales» relacionadas con las condiciones de trabajo. En Detroit, la huelga más importante fue la de la fábrica Cadillac y la de la Fleetwood, que fabrica las carrocerías para los Cadillac. Los obreros de Fleetwood presentaron treinta y cuatro reivindicaciones locales, entre ellas el suministro de guantes, botas y monos a cargo de la compañía, descansos para el café, tiempo para lavarse, etc.

En una declaración que firmaban Anthony Kassis, presidente del sindicato local de Fleetwood, y el Comité ejecutivo, se hacía saber a Reuther que «no saldrá ninguna carrocería de las cadenas de montaje mientras no se satisfagan nuestras reivindicaciones locales». Los cuarenta y ocho dirigentes del sindicato local dijeron que dimitirían, a no ser que el sindicato nacional reconociese su huelga como legal. Un dirigente del sindicato nacional respondió que si los dirigentes locales dimitían, el sindicato nombraría, probablemente, un administrador que dirigiese la sección local. Durante una reunión de los miembros del sindicato local, algunos huelguistas propusieron que se inhabilitase, mediante piquetes de huelga, la Casa

de Solidaridad, es decir, la sede de la dirección del Sindicato del Automóvil. Esta proposición fue rechazada, pero mientras los dirigentes locales presentaban las reivindicaciones de la fábrica a la dirección nacional, ciento cincuenta huelguistas se reunieron ante la Casa de Solid-gate, California. En Southgate, los huelguistas no regresaron al trabajo hasta el día 14, tras haber llevado a cabo una reunión en la que la discusión duró una hora y media.

Los dirigentes del «local» invitaron a Reuther. Livingstone y otros dirigentes nacionales a que acudiesen a la sede del sindicato local. Reuther no apareció por ninguna parte, salvo ante las mesas de negociación con la compañía, las oficinas del sindicato nacional y la portada de la revista «Time»⁶.

En la fábrica vecina, Cadillac, se presentaron treinta y dos reivindicaciones locales, contra la aceleración del ritmo de producción, contra las desigualdades salariales, pidiendo más tiempo para lavarse y para el almuerzo, etc. Los huelguistas de Cadillac enviaron una delegación a los de Fleetwood. Mientras que los sindicatos no hacen otra cosa que mandar órdenes y representantes de sus estados mayores nacionales a las unidades de base, éstas, por el contrario, procuran constantemente organizar los contactos de unas con otras.

Durante la semana del 13 al 17 de junio, los obreros de la G.M. de todo el país estaban en huelga. Y todo ese tiempo, la prensa capitalista no podía hacerse a la idea que, sin embargo, se deducía claramente de los acontecimientos: Reuther ya no representaba a los obreros del automóvil. Se vio completamente superada y sorprendida por la ola de huelgas. El diario «Detroit Free Press» publicó un largo artículo de su experto en cuestiones obreras, con enorme titular en primera página, en el que decía que «el salario anual garantizado significa que las grandes huelgas del sector del automóvil han muerto»⁽¹⁾.

El lunes, 20 de junio, el sindicato había forzado ya a una mayoría de huelguistas a volver al trabajo. Sin embargo, estalló un nuevo conflicto en la fábrica de la G.M. de Willow Run, cerca de Detroit. Se trata de una

6. Revista americana «seria» de gran circulación.

fábrica donde se hacen las transmisiones automáticas para todos los coches de las marcas Pontiac, Oldsmobile y Cadillac. La huelga se centraba, nuevamente, en «reivindicaciones locales». El viernes 24 de junio, en una reunión local, los huelguistas abuchearon a los dirigentes nacionales y locales que les ordenaban volver al trabajo. Votaron y decidieron continuar la huelga, advirtiendo que colocarían piquetes en torno a la Casa de Solidaridad y ante la fábrica, porque el sindicato «pretende hacernos tragar el convenio por la fuerza». Exigían que se les explicase «qué había sucedido con las cotizaciones de cinco dólares mensuales para la huelga».

Tras esta reunión el sindicato nacional convocó otra para el domingo siguiente porque «estaban seguros de que la expresión de la verdadera voluntad de la mayoría de los miembros supondría la inmediata vuelta al trabajo». Los obreros de Detroit seguían atentamente los acontecimientos y esperaban que el sindicato recurriera a sus habituales trucos, que llenara la sala de matones profesionales y que la convocara en un lugar y a una hora que no fueran cómodos para los obreros. Pero en la reunión del domingo había más de un millar de obreros, y la votación dio un porcentaje de 9 votos a 1 a favor de la continuación de la huelga; más aún: el convenio con la G.M. era rechazado por 514 votos contra 367. El lunes 27, los obreros invadieron la fábrica, cobraron la paga y se marcharon. La G.M. comprendió que la dirección sindical había perdido el control de la base y recurrió a los tribunales, obteniendo la prohibición de los piquetes de huelga. La dirección del C.I.O. apoyó a la G.M. y se presentó, por primera vez en su historia, ante un tribunal en contra de una huelga. Algunos huelguistas fueron citados individualmente ante el tribunal, como acusados. Los abogados del sindicato alegaron ante el tribunal la falta de responsabilidad de los dirigentes nacionales y locales del sindicato en aquella huelga. «Repudiamos a quienes participan en esos piquetes. No somos sus representantes. Lo único que hacen es manifestar su propia locura.»

Por fin, en una tormentosa reunión que se celebró el 28 de junio, triunfó la votación en favor de la vuelta al trabajo. Livingston amenazó a los especialistas, que ha-

bían sido los primeros en la huelga, con echarlos del sindicato y llevarlos a juicio. Los huelguistas gritaban que podían ganar «sin necesidad del sindicato». El voto decidió la vuelta al trabajo por 1.259 a favor, 513 en contra y 1.400 abstenciones.

Cuando la huelga de Winslow Run estaba terminando, los obreros de la fábrica Ternstedt, en Flint, que fabrica accesorios para los vehículos de la General Motors, se pusieron en huelga, siguiendo la iniciativa de los profesionales. En la reunión del «local», fue rechazado el convenio con la G.M., y los dirigentes locales tuvieron que organizar otra reunión para volver a votar.

A partir de las huelgas, 2.000 obreros cualificados de Michigan, Indiana y Ohio se reunieron en Flint para preparar una posible retirada de la U.A.W. y del C.I.O. y la formación de un sindicato nuevo.

Citemos, para terminar, una de las conclusiones de uno de los periódicos obreros norteamericanos de los que hemos tomado toda esta información: «Actualmente, está en marcha un movimiento —escribe “Correspondence”—, que pretende romper las ataduras burocráticas del C.I.O., y establecer nuevas formas de organización. Nadie sabe lo que pasará ni las formas que puede desarrollar esta rebelión. Los obreros del automóvil saben, desde ahora, que pueden llevar a cabo una huelga a escala nacional sin ayuda de la máquina burocrática».

Las huelgas de los obreros portuarios * ingleses

De octubre de 1954 a julio de 1955, las luchas obreras inglesas afectaron sucesivamente a los más diversos sectores de la economía capitalista. En octubre de 1954, los obreros portuarios habían hecho una huelga de cinco semanas. A finales de marzo de 1955 estallaba la huelga de los electricistas y maquinistas de los talleres de prensa que dejó a Londres durante tres semanas sin periódicos. A finales de abril, 90.000 mineros de Yorkshire paraban durante varias semanas. En plenas elecciones, a finales de mayo, 67.000 maquinistas y mecánicos de ferrocarriles dejaban de trabajar durante 17 días. Casi al mismo tiempo, el 23 de mayo, 18.000 obreros de los principales puertos del país (Londres, Liverpool, Birkenhead, Hull, Manchester) volvían a ponerse en huelga, resistiendo hasta principios de julio. A los pocos días de iniciarse la huelga de los portuarios, los marineros de las líneas trasatlánticas paraban también.

Esos no son más que los momentos principales de una creciente oleada de luchas, cuya progresión es constante desde 1950, que ha llevado el total de las «jornadas perdidas por huelgas», según estadísticas oficiales, de 1.600.000 en 1951 a 2.460.000 en 1954 y a casi 3.000.000 solamente en los seis primeros meses de 1955. Los portavoces de la burguesía inglesa vienen dando habitualmente la interpretación de que esa combatividad creciente nace del pleno empleo, conseguido prácticamente sin interrupción desde la guerra, que ha hecho que los obreros pierdan el sentido de lo posible y les

* «S. ou B.», 18, enero de 1956.

1. «The Economist», del 16 y del 30 de julio, y del 20 de agosto de 1955.

hace presentar reivindicaciones abusivas. Algunos sacan la consecuencia de que una «pequeña» crisis de empleo vendría muy bien para devolver a los obreros el sentido de la realidad y recordarles que no tienen valor sino cuando hay demanda de fuerza de trabajo en el mercado. Otros, más realistas, saben que el capitalismo inglés no puede permitirse el lujo de una deflación, ni desde el punto de vista interior ni desde el exterior, e insisten en la necesidad de una nueva reglamentación de la huelga que considere «ilegales» algunas de ellas, en las que se pueda perseguir judicialmente a los «organizadores»². Con términos apenas un poco más sutiles, mister Herbert Morrison, dirigente del partido laborista, declaraba, a propósito de la huelga de estibadores de otoño de 1954: «Los beneficios del pleno empleo comportan el poder y la tentación de una actitud egoísta, a la que es preciso oponer resistencia»³.

Que el pleno empleo crea condiciones favorables a las luchas obreras es una cosa; y el carácter, el contenido y la orientación que tengan, es otra. Toda esa literatura sobre el pleno empleo, incluyendo la cínica frase de Morrison sobre el egoísmo de los obreros, dan a entender que los obreros se están entregando a una carrera de exorbitantes reivindicaciones salariales. Pero la sorprendente realidad es, precisamente, que los obreros luchan cada vez menos por reivindicaciones de esa clase. ¿Significa eso que están satisfechos de los salarios actuales? Claro que no. Según los índices oficiales, entre 1947 y 1954 los salarios crecieron un 42 %, mientras que el coste de vida, en el mismo período, aumentaba un 43 %. Gracias a las primas, horas extraordinarias, etc., las remuneraciones efectivas en términos reales han aumentado un poco, probablemente, en estos siete años; pero sin duda alguna mucho menos que el rendimiento efectivo de los obreros, que ha crecido más del 30 % entre 1947 y 1954. Y sin embargo, pese a esa situación, *apenas una*

2. Por ejemplo, «The Economist» del 18 de junio de 1955, dedica un editorial de tres páginas a proponer nuevas medidas legislativas en este sentido, insistiendo en la necesidad de eliminar las huelgas «no oficiales» o salvajes.

3. «The Observer», 7 de noviembre de 1954.

*quinta parte de los obreros en huelga durante el primer semestre de 1955 lo estaban por reivindicaciones de aumento de salario*⁴.

Lo primero que llama la atención es, precisamente, que las luchas conciernen cada vez más a cuestiones referentes a las condiciones de trabajo y al control o la organización de la producción.

El segundo hecho importante, íntimamente unido al primero, es que las huelgas se desarrollan a menudo independientemente de la burocracia sindical, o en abierta oposición a ella. Tanto la huelga de impresores como la de ferroviarios se hicieron sin el reconocimiento de los sindicatos respectivos. Y las más importantes de todas ellas, las de los portuarios del otoño de 1954 y el verano de 1955, se produjeron, podríamos decir, contra la burocracia sindical misma.

Este es un aspecto que inquieta cada vez más a la burguesía inglesa, que comprende que su situación se haría insostenible si la pantalla protectora que la burocracia sindical coloca entre el sistema actual y la rebelión obrera se derrumbase. Un editorial del «Financial Times»⁵ sobre la huelga de los marineros de trasatlánticos, que no necesita ningún comentario, merece ser citado.

«Comparada con la huelga de los ferroviarios y los portuarios —escribe el órgano de la City de Londres—, la de los marineros parece de menor importancia, y ha recibido menos atención de la que merece. Sin embargo, como ejemplo —uno más— del malestar estructural que, según todas las apariencias, se ha vuelto endémico en el movimiento sindical, merece un atento examen.

»Las circunstancias en que ha tenido lugar la huelga comportan algunos rasgos ya habituales. Se celebraron recientemente negociaciones sobre salarios y condiciones de trabajo en la marina mercante; se llegó a un acuerdo que entraba en vigor el día antes de estallar la huelga. Huelga que es, de hecho, absolutamente no oficial; el sindicato apremió a los hombres para que ejecutasen los acuerdos; los armadores se negaron a discutir con los

4. «The Economist», 30 de julio de 1955, p. 375.

5. 7 de junio de 1955.

«Sin duda alguna, la situación de los marinos es bastante especial; una organización sindical normal es casi imposible, dadas las condiciones en que se mueve. Pero, incluso teniendo en cuenta, hay síntomas evidentes de conflicto entre los grupos locales y la organización central, y del sentimiento de frustración que se deriva del sistema actual de negociaciones, sentimiento que puede ser explotado por intereses ajenos. Se hace cada vez urgente volver a examinar, discutir y, si es preciso, revisar la estructura del sistema sindical.»

Y sin embargo son, sin la menor duda, las dos huelgas de los portuarios las que han iluminado más intensamente esos dos aspectos, cuya importancia histórica sería difícil exagerar, de las luchas obreras actuales: el paso del plano de las reivindicaciones puramente económicas al de las reivindicaciones que plantean la cuestión misma de las relaciones de producción capitalistas, de un lado; la oposición creciente entre los obreros y la burocracia sindical, del otro.

Las condiciones y organización del trabajo en los muelles ingleses

La primera huelga de portuarios, que tuvo lugar en octubre de 1954 y duró cinco semanas, giró en torno a la cuestión de las horas extraordinarias. Los huelguistas pedían que las horas extraordinarias realizadas por los estibadores fueran «facultativas» y no «obligatorias». Tras estas palabras de significado aparentemente menor, se encontraba implícito el problema de la gestión de la producción.

Los portuarios no estaban, ni podían estar, en contra de las horas extraordinarias. No solamente porque esas horas son completamente indispensables para completar una paga que permita vivir, sino también porque la propia naturaleza del trabajo en los muelles hace que las horas de trabajo no puedan fijarse ni regularse de antemano. La llegada y la salida de los buques depende de las mareas, y el trabajo tiene que adaptarse a ellas continuamente. El que organiza las «horas extraordinarias» organiza pues, de hecho, toda la actividad de los puertos (y

portavoces de los huelguistas. Estos, por su parte, declararon que no reconocían al sindicato, pretendiendo que estaba controlado por los armadores. Formaron su propio comité local y enviaron delegaciones a otros puertos.

«La huelga comenzó a orillas del Mersey, el epicentro de la revuelta de los portuarios, y ciertos indicios muestran que hay ciertos factores especiales que juegan en esa región. Parece ser que hay un fuerte estado de rechazo emocional, muy extendido, de todas las direcciones oficiales (incluida la del partido comunista), junto a ciertos desacuerdos entre los dirigentes de los huelguistas, especialmente a propósito de su actitud ante la huelga. Al mismo tiempo, se han producido violencias, e individuos no marineros jugaron papeles importantes en las reuniones de los huelguistas. Insinuar que intereses privados ajenos a la huelga son los responsables absolutos, sería una simplificación excesiva». En el Mersey hay factores especiales que influyen, como los hay en todos los puertos en general, factores verdaderamente complejos y tal vez poco agradables de contemplar de cerca.

«Sin embargo hay otro aspecto en el problema. El sindicato nacional de marinos es relativamente pequeño. El mismo hecho de que sus miembros pasen la mayor parte del tiempo en el mar y se muevan constantemente de un puerto a otro hace que sea casi imposible celebrar reuniones sindicales. La dirección no tiene contacto con sus hombres, y hace ya cierto tiempo que crecía la insatisfacción. La huelga actual se centra en el tema de las horas de trabajo y en la pretendida insuficiencia del número de tripulantes, pero la causa fundamental es que los miembros del sindicato no tienen confianza en la dirección.

6. Así, «The Economist» escribía pocos días después a propósito de los marinos: «Estos hombres están en huelga contra la comunidad nacional. Su acción ha sido cronometrada minuciosamente por alguien que pretendía hacer el mayor daño posible al turismo en este país» (25 de junio de 1955, p. 1.114). Cuando no es la mano de Moscú, es la del malvado competidor la que provoca las huelgas. Para el bur-
gues resulta inconcebible, evidentemente, que los obreros puedan actuar por sí mismos.

no es necesario recordar lo que significan los puertos para Inglaterra).

Tenemos que abrir aquí un paréntesis sobre la organización del trabajo en los muelles ingleses.

Tradicionalmente, el trabajo de los portuarios era «eventual»; lo que hacía que se encontrasen, prácticamente, siempre a disposición de los contratistas; esperaban en patios de ganado llamados «salas de espera», e iban siendo contratados a medida de las necesidades de los patronos, para un trabajo concreto de una duración determinada, reclutados según el criterio del patrón; las horas extraordinarias a realizar las determinaba también el patrón. Tales condiciones de trabajo creaban conflictos constantes que culminaron en 1945, inmediatamente después de la guerra, en una serie de grandes huelgas (a).

A la llegada al poder del Partido Laborista en 1945, el dirigente del «sindicato de los obreros generales y los transportes» (T.G.W.U.) —al que están afiliados la mayoría de los portuarios— y ministro importante del gobierno laborista, Ernest Bevin, preparó un proyecto de «normalización» del trabajo en los muelles, con la pretensión de «pacificar» las relaciones laborales y, al mismo tiempo, hacer que la burocracia sindical del T.G.W.U. participase en la organización de la producción. El proyecto se convirtió en ley en 1947, con el nombre de «Plan de trabajo en los muelles» (Dock Labour Scheme), y contiene, entre otras, las disposiciones siguientes:

a) Los obreros que se presentasen dos veces al día a trabajar y no encontrasen trabajo, recibirían una «indemnización de presencia» equivalente a un 40 % del salario mínimo. Esta indemnización equivale, actualmente, a 55 chelines por semana.

b) Se instituía una Oficina Nacional del trabajo en los muelles, compuesta por representantes de los patronos y de los sindicatos. La Oficina actuará, de hecho, como la auténtica contratadora de trabajo de estibadores; la que toma los hombres para cada trabajo e impone san-

(a) El lector puede consultar ahora sobre el tema M. Brinton, «Theory and Practice: 1945-1951», «Solidarity», vol. III, 4, 1964; reeditado en separata con el título *The Labour Government versus the Dockers* por el grupo «Solidarity» de Londres.

ciones disciplinarias, por medio de sus Comisiones de puerto.

c) Referente a las horas extraordinarias, la ley se limita a disponer que cada portuario debe «trabajar el tiempo que se considere razonable en cada caso particular».

Aparte del enorme aumento de los poderes de la burocracia sindical, la nueva reglamentación no cambió nada esencial en las condiciones de trabajo de los puertos.

Veamos, por ejemplo, lo que dice sobre el sistema de espera y contratación individual de los trabajadores, un estudio publicado en 1954, tras unas detalladas encuestas realizadas en 1950-51 por el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Liverpool:

«...Es un sistema que deteriora las relaciones entre los mismos obreros portuarios.

»En primer lugar, el procedimiento de llamamientos sucesivos tiene que conducir a una competencia excesiva, y provocar, incluso, conflictos entre los obreros de los muelles. La lucha que surge así entre ellos se ve, además, exacerbada por las condiciones físicas en que tiene lugar, que no facilitan un comportamiento ordenado ni cooperativo, y los obreros consultados han mostrado que eran perfectamente conscientes de ello. Hicieron numerosas consideraciones sobre las «salas de espera», siendo la más frecuente que la situación en que estaban en ellas se parecía demasiado a la de un mercado de ganados...»⁷.

La participación de los representantes sindicales en la Oficina Nacional de muelles y en las Comisiones de puerto, tuvo como resultado el agravamiento de la situación de los obreros; los burócratas sindicales se sentían mucho más independientes de la base y asumieron completamente las «responsabilidades» inherentes a sus nuevas funciones, transformándose en auténticos cómitres. El estudio universitario mencionado antes, da cuenta de un incidente acaecido a un «permanente sindical, que, al parecer, dijo a los obreros de los muelles, en una reunión, que le importaba un bledo lo que pudieran pensar de él,

7. »The Dock Worker», University of Liverpool Press, 1954, p. 65, citado por «Contemporary Issues», 25 (oct.-nov. 1955), pp. 70-71.

queño sindicato N.A.S.D., que prefería un acuerdo nacional.

Dado que las negociaciones no conducían a ninguna parte, fueron suspendidas a fines de 1953. Sin embargo, los patronos siguieron pidiendo a los obreros que hicieran horas extraordinarias tanto antes como después de la suspensión, apoyándose en que los sindicatos habían reconocido de hecho que las horas eran facultativas... en el sentido de que eran «razonablemente» obligatorias (lo hacían por medio de los directores de los puertos, que estaban bajo control de la Oficina Nacional de trabajo en los muelles), y en caso de negativa, imponiendo sanciones (en general, tres días de suspensión de empleo y sueldo).

Es evidente que en la cuestión de las horas extraordinarias hay varios aspectos. El sistema actual permite a los empresarios mantener a una parte de los trabajadores en un semi-paro, y ejercer así una presión sobre los salarios, les permite también practicar una contratación discriminatoria, crear una dura competencia entre los obreros, etc. A este podríamos llamarlo el aspecto económico estricto. Tanto los estalinistas como otros «marxistas» ingleses han tratado de presentarlo como si fuera el único, y la lucha de los portuarios como una lucha exclusivamente dirigida contra la duración de la jornada de trabajo. Y sin embargo, no es sino un aspecto secundario, porque el intento de resolver el problema, con ese planteamiento, lleva a plantear el problema de la gestión, el problema de la organización del trabajo en los muelles. No es pura y simplemente una lucha contra la extensión de la jornada de trabajo, pues, como ya dijimos, no es posible el trabajo en los muelles sin horas extraordinarias. Luchando para conseguir que esas horas sean «facultativas», los obreros luchan por el poder de organizar ellos mismos su trabajo. El carácter obligatorio de las horas extraordinarias significa que el trabajo está organizado por los patronos y por los burocratas sindicales. El carácter facultativo de las horas extraordinarias significa que los portuarios lo organizan entre ellos. Esto lo comprendió muy bien el ahora fallecido mister Deakin, gran burocrata sindical y dirigente de la T.G.W.U., que dio una interpretación de la huelga de octubre de

que tenía que pensar primero en sí mismo y en su trabajo, y que si tenía que escoger entre su popularidad entre ellos o la buena opinión de los dirigentes sindicales superiores, no dudaría en quedarse con lo último.

Los resultados de semejante estado de cosas en las relaciones de los portuarios con la burocracia sindical, no se hicieron esperar. El «Observer» escribía:

«Es evidente que los dirigentes sindicales han perdido gran parte de la confianza de sus hombres.

«En los muelles hay una razón específica, entre otras, para que así sea. Las Oficinas de trabajo en los muelles, que son las encargadas de proporcionar la mano de obra de todos los puertos, tienen entre sus miembros a representantes sindicales, que actúan como agentes de los patronos contra los propios hombres que representan.»

Finalmente, la ley no arreglaba nada, ni podía arreglarlo, de la candente cuestión de las horas extraordinarias. La reglamentación general de toda la industria estipula que el trabajo semanal es de cuarenta y cuatro horas, y todo lo que sobrepase ese trabajo, es facultativo. La ley de trabajo en los muelles prevé, como hemos visto, que un estibador está obligado a aceptar el trabajo suplementario todo «el tiempo que se considere razonable en cada caso particular». Es una expresión intencionalmente ambigua, resultado de la imposibilidad de reglamentar mediante una fórmula general este problema sin provocar una explosión entre los portuarios; pero, al mismo tiempo, hacía que el conflicto se transformase en un conflicto permanente. ¿Qué es un «tiempo razonable», y quién lo determina? Durante cinco años, desde octubre de 1948 a octubre de 1953, los representantes patronales y los sindicatos discutieron el sentido de las palabras «tiempo» y «razonable». Todos estaban de acuerdo en que las horas extraordinarias tenían que considerarse obligatorias; y había una pequeña diferencia entre las posiciones del gran sindicato T.G.W.U., que consideraba que lo «razonable» no podía determinarse a escala nacional sino que debía definirse en cada puerto mediante un acuerdo entre el sindicato y los patronos, y el pe-

1954 que, en su lenguaje, fue «una loca tentativa de sumir los puertos del país en el caos».

La organización de los obreros portuarios

Si la primera huelga, en octubre de 1954, se había centrado en la cuestión de las horas extraordinarias, la segunda, en mayo-julio de 1955, fue una lucha por el derecho de los portuarios a organizarse en el sindicato que prefirieran. Se hacen, pues, necesarias algunas palabras sobre la forma en que están organizados los portuarios.

Tradicionalmente pertenecían a la Unión de trabajadores generales y transportes (T.G.W.U.), el mayor de los sindicatos británicos. El núcleo inicial de ese sindicato había sido el sindicato de portuarios que se formó durante la gran huelga del puerto de Londres en 1889. Pero luego, la T.G.W.U. se convirtió en un sindicato «amalgamado» (es decir, que incluye categorías de obreros de muy diversas ramas de la industria), con un millón y medio de miembros aproximadamente, dirigido por permanentes sindicales bien pagados⁹. Paralelamente al crecimiento numérico del sindicato se fue produciendo el abandono de las reuniones de la base, y su abstención masiva en las elecciones sindicales. En la mayoría de los sindicatos británicos, y especialmente en la T.G.W.U., la burocracia dirigente forma una casta inamovible que se perpetúa a sí misma.

La encarnación de esa burocracia de la T.G.W.U. es Arthur Deakin, sucesor de Ernest Bevin, que fue símbolo de la dictadura de la burocracia sindical a los ojos de

9. Según los informes oficiales, los haberes totales de la T.G.W.U. en 1953 alcanzaban unos 10 millones de libras esterlinas. Los beneficios de ese capital (invertido en obligaciones del gobierno, municipales y otros valores), más las cotizaciones de los miembros (más de 2 libras por miembro y año), le permiten unos gastos anuales de aproximadamente un millón y medio de libras, de los que un millón se dedica a sueldos de los funcionarios y gastos del Comité ejecutivo. Informe del Chief Registrar of Friendly Societies, citado por «Contemporary Issues», *loc. cit.*, p. 72.

los obreros ingleses. Su falta de contacto con la base se había hecho proverbial; al morir en la primavera de 1955, los periódicos dijeron de él que era «como un jefe sindicalista norteamericano». «Elegante, con gusto americano a la hora de elegir sus corbatas, Arthur contribuyó a liquidar las barreras de clase entre patronos y obreros que seguían vigentes en la sociedad británica. Se vestía como un patrono y hablaba como un patrono.» Al anunciar su muerte, con el título «Muerte de un hombre de Estado», *The Economist* escribía: «Mister Deakin era un extraordinario ejemplo del tipo de líder sindical aparecido hace unos veinte años... Profundamente consciente de las responsabilidades de un movimiento sindical poderoso frente a los problemas de la nación... Eso le llevó a apoyar la política, impopular, de las restricciones voluntarias de salarios, y a oponerse a la nacionalización masiva... Muere en un momento en que pueden volver a surgir dudas sobre la capacidad de la Gran Bretaña para resolver el gran problema económico de la era postkeynesiana: el mantenimiento de la producción y del empleo al nivel más elevado posible, sin inflación y sin irresponsabilidad obrera, que podrían destruir la producción y el pleno empleo...»¹⁰

La izquierda laborista, los estalinistas, los trotskistas, trataron durante mucho tiempo de convencer a los obreros de la T.G.W.U., y particularmente a los portuarios, de que militasen más activamente en el sindicato, con el fin de expulsar a Deakin. Aconsejaban a los portuarios que asistiesen a las reuniones sindicales y luchasen por un programa de «democratización» del sindicato. Muy recientemente, después de que la primera huelga de portuarios hubiese mostrado cómo saben ellos luchar contra la burocracia, el dirigente del partido estalinista, Harry Pollit, declaraba: «...Los estibadores, portuarios y marinos de gabarras han de utilizar las magníficas posiciones que acaban de conquistar, para afirmar entre ellos una unidad cada vez más estrecha y, sobre todo, entregarse a fondo para que la lucha por la democracia real en la T.G.W.U. alcance nuevas cotas. Esa es la manera de

10. 7 de mayo de 1955, p. 457.

por la patronal como representante de una sección de los obreros. Por medio de sus comités locales y de sus reuniones de base, los portuarios controlan más o menos un sindicato pequeño como la N.A.S.D., cosa imposible de lograr con un aparato de la magnitud de la T.G.W.U.

Esta posibilidad de control no significa que la dirección de la N.A.S.D. sea muy diferente de la de la T.G.W.U. Hemos visto antes como su actitud durante las negociaciones de 1948 a 1953 sobre las horas extraordinarias no difería sustancialmente de la de la T.G.W.U. El dirigente de la N.A.S.D., Barrett, declaró en varias ocasiones que las horas extraordinarias eran «en principio» completamente voluntarias, y debían determinarse «por acuerdo recíproco», pero también que «es esencial cierto número de horas extraordinarias, y en consecuencia se necesita cierto grado de dirección». Y a lo largo de las huelgas, la actitud de Barrett y de los demás dirigentes oficiales estuvo orientada hacia la capitulación.

La huelga de octubre de 1954

El 3 de enero de 1954, cierto número de obreros portuarios, incluido un dirigente de la N.A.S.D., fueron sancionados por negarse a efectuar horas extraordinarias. En respuesta, los obreros de la N.A.S.D. celebraron una reunión el 16 de enero y decidieron prohibir absolutamente cualquier trabajo por encima de las horas normales, rechazando la llamada en favor de las horas extraordinarias que les dirigió el Comité Ejecutivo de su sindicato. La decisión fue efectiva a partir del 25 de enero; los miembros de otro sindicato pequeño, el W.L.T.B.U. (Sindicato de los marinos de remolcadores y gabarras), se unieron a la decisión el 9 de febrero. De enero a agosto hubo numerosas tentativas para lograr que los obreros reconsiderasen su decisión, entre ellas un llamamiento firmado por las directivas de todos los sindicatos implicados; ninguna surtió efecto. Los patronos no se atrevieron a sancionar a los obreros que se negaban a hacer horas extraordinarias; su única respuesta fue negarse a cualquier negociación con la

ayudar a cambiar la política y los dirigentes, no sólo de la T.G.W.U. sino de todo el movimiento sindical»¹¹.

Como los portuarios ignoraron esos repeticidos llamamientos, que pretendían la sustitución del actual grupo dirigente por otro, los organizadores de «izquierdas» llegaron a la conclusión de que los obreros portuarios eran gente sin conciencia de clase y no comprendían nada en cuestiones de organización.

Los portuarios, no obstante, tenían sus propios métodos de organización, aunque de esos métodos los portuarios poco conscientes no entenderían gran cosa.

En Londres, y en todos los puertos ingleses, los portuarios están «sobre el papel», sindicados en la T.G.W.U. Se sindicaban porque no pueden trabajar de otra manera:

el carnet sindical equivale en la práctica a un permiso de trabajo. Pero sólo lo están teóricamente; la mayor parte de las huelgas habidas desde 1945 fueron «no oficiales», es decir, contrarias a las decisiones de la dirección sindical que les negaba su apoyo financiero. Tienen delegados locales, elegidos por la base en cada puerto, permanentemente revocables por sus mandantes, y las reuniones de base, independientes de cualquier convocatoria u organización sindical, son muy frecuentes. Esos delegados representan, de hecho, a los obreros en los conflictos cotidianos que surgen con los patronos y están en oposición más o menos permanente al aparato sindical.

Como nos escribe un compañero desde Inglaterra, «los verdaderos dirigentes de los portuarios son los comités formados por representantes de los obreros de los muelles. Esos representantes son revocables permanentemente, de modo que, si se produce una situación crítica, es sumamente difícil para cualquier extraño entender lo que están haciendo los obreros, porque revocan a sus representantes y cambian de política con una rapidez desconcertante».

Al lado del gran sindicato T.G.W.U., en Londres existe, desde 1923, otro pequeño, la Asociación Nacional de estibadores y portuarios (N.A.S.D.), aceptado

11. «Daily Worker», 1 de noviembre de 1954.
12. En toda la industria inglesa existen delegados de taller (*shop stewards*) del mismo tipo.

N.A.S.D. hasta que sus miembros cambiasen de actitud.

De tal manera que cuando en septiembre de 1954 los empresarios se negaron a discutir con la N.A.S.D. un incidente sin importancia sucedido en la descarga de un barco, en Londres, los miembros del sindicato tuvieron una reunión, rechazaron la propuesta de Barrett que quería aplazar la huelga, y decidieron parar el trabajo hasta que los patronos aceptasen la negociación de «todos los problemas pendientes», es decir, esencialmente, la cuestión de las horas extraordinarias.

La huelga comenzó el 4 de octubre; a los 7.000 afiliados a la N.A.S.D. se unieron inmediatamente los 4.500 del W.L.T.B.U. y 15.300 de los 22.000 portuarios de la T.G.W.U., éstos «no oficialmente», ya que no sólo su dirección estaba contra la huelga, si no que, al revés de lo que sucedía con la N.A.S.D., sus decisiones no podían ser revisadas por la base. Poco después, la mayoría de los portuarios del T.G.W.U. de Hull, de Birkenhead y de otros puertos, se unían a la huelga. En total pararon 70.000 obreros, de los cuales 27.000 (sobre 34.000), en Londres.

La huelga duró cinco semanas, y se terminó con una especie de armisticio: los obreros volvían al trabajo y las horas extraordinarias no serían obligatorias, en espera de que el asunto quedase definitivamente resuelto mediante negociaciones entre los sindicatos y los empresarios.

Los obreros portuarios como propiedad privada de mister Deakin

Poco antes de la huelga de octubre de 1954, 1.600 portuarios de Birkenhead (sobre los 2.000 de ese puerto), decidían abandonar la T.G.W.U. y formar una sección de la N.A.S.D. La T.G.W.U. respondió amenazando con un lock-out.

«P. J. O'Hara, secretario de distrito de la T.G.W.U., dijo durante el fin de semana que su sindicato no bromeaba al advertir a sus miembros de Birkenhead que cualquier tentativa de escisión pondría en peligro sus puestos de trabajo. La sección sindical de Birkenhead,

dijo, "abriría inmediatamente sus listas" y, si era preciso, acudiría a las oficinas de colocación. No tendrían dificultades para encontrar nuevo personal. O'Hara dijo que ningún otro sindicato podía otorgar la tarjeta que los estibadores deben mostrar en el control antes de poder obtener su cartilla de trabajo...»¹³.

Ante esta amenaza, la mayoría de los portuarios continuaron pagando la cotización de la T.G.W.U., pese a organizarse a la vez en la N.A.S.D., que, en represalia, fue excluida por la T.G.W.U. de las reuniones conjuntas con los empresarios.

Sin embargo, a partir de la huelga de octubre, los portuarios comenzaron a adherirse en número creciente a la N.A.S.D. también en otros puertos importantes, sobre todo en los del Mersey (Liverpool, Manchester). La dirección de la T.G.W.U. pidió entonces la intervención del Trade Union Council, organismo supremo de los sindicatos británicos, acusando a la N.A.S.D. de «cazar furtivamente» en sus tierras¹⁴.

El T.U.C. pidió a la N.A.S.D., el 18 de octubre de 1954, garantías de que no continuaría organizando a los obreros portuarios que abandonaban la T.G.W.U., a lo que el pequeño sindicato se negó, siendo suspendido a los pocos días de su puesto en la unión de sindicatos. Pero continuaron constituyéndose secciones de la N.A.S.D., sobre todo en Liverpool, Manchester y Hull.

La dirección de la N.A.S.D. se había mostrado poco segura en su actitud desde un principio, intentando solucionar las diferencias con la T.G.W.U. recurriendo a instancias oficiales; el 20 de noviembre de 1954 se dirigió al Ministerio de Trabajo para solicitar que se autorizase a los trabajadores a afiliarse al sindicato que prefiriesen. El Ministerio respondió con el silencio más absoluto. Pero la base de la N.A.S.D. estaba dispuesta a llevar adelante la lucha por el derecho de los portuarios a organizarse como ellos quisieran. Bajo la iniciativa de los miembros de Londres, algunos de los más combativos del puerto de Londres fueron enviados a los del

13. «Manchester Guardian», 13 de septiembre de 1954.

14. El término inglés *poaching* procede de la jerga de los cazadores y significa exactamente cazar en tierras de otro.

norte de Inglaterra y organizaron en varios puertos secciones de la N.A.S.D., con los hombres que abandonaban la T.G.W.U.

El primer conflicto estalló en abril, a la hora de la renovación de los permisos de trabajo. La T.G.W.U. y sus representantes en la Oficina Nacional de Trabajo en los muelles se negaron a renovar los permisos de los que se habían afiliado a la N.A.S.D., cuyos miembros decidieron entonces parar el trabajo, y los miembros de la T.G.W.U. se unieron a ellos por solidaridad. La Oficina Nacional capituló inmediatamente y renovó todos los permisos.

La huelga de mayo-julio de 1955

Pero, tras la exclusión de la N.A.S.D. decretada por el T.U.C., este sindicato no estaba ya representado en las discusiones con los patronos, que consideraban a sus miembros «sin organización», y dirigían sus demandas a la T.G.W.U. «para que sean tratadas por las vías normales».

De ahí que, el 23 de mayo, 18.000 portuarios de la N.A.S.D. de Londres y el norte de Inglaterra iniciaron una huelga, que había de durar siete semanas, para pedir que las secciones de la N.A.S.D. fueran oficialmente reconocidas donde existiesen, que estuvieran representadas en las comisiones oficiales, etc.

El desarrollo de la huelga demostró una extraordinaria madurez política en los obreros. La huelga se llevó a cabo pese a las constantes tentativas de capitulación de la dirección de la N.A.S.D. y de su secretario, Barrett. Dos días antes de la explosión de la huelga, escribía *The Economist*: «...El T.U.C. ha cambiado de parecer sobre la posibilidad de negociar con un fuera de la ley, a partir de la declaración de mister Barrett de que estaba dispuesto a discutir. Quizas se nuestro dubitativo porque teme señalarse como jefe de huelgas, o porque no está seguro de que le sigan a la huelga más obreros que los de su sindicato. Pero no es el quien desempeña el papel principal en el presente conflicto. Ha sido dejado en se-

gundo plano por dos de sus lugartenientes, y se dice que padece trastornos nerviosos»¹⁵.

En efecto, inmediatamente después de la explosión de la huelga, el comité ejecutivo de la N.A.S.D. se reúne y pide a sus hombres que vuelvan al trabajo. Pero el comité de representantes de las secciones locales de los obreros rechaza la petición y afirma que la huelga seguirá... y decide dar vacaciones a Barrett ¡por motivos de salud!

Hubo 18.000 portuarios en huelga, y hemos visto que, seis meses antes, la N.A.S.D. tenía solamente 7.000 miembros. La diferencia representa el número de obreros que se adhirieron a la N.A.S.D. en ese tiempo, junto a un cierto número de afiliados a la T.G.W.U. que han luchado por el derecho de sus camaradas a organizarse a su voluntad.

La dirección efectiva de la huelga fue llevada absoluta-mente por los representantes elegidos por los huelguistas, y las decisiones principales se tomaron siempre en reuniones de masa. El papel —o, mejor, la falta de papel— de los estalinistas era comentado así por «The Economist»: «...En cuarto lugar —cosa menos reconfortante— no hay, esta vez, agitadores comunistas. Oficialmente, la línea del partido es que resulta preferible trabajar para conseguir el control de la T.G.W.U., con todo su poder y sus tentáculos que se extienden por todas las ramas de la industria, que para dislocarlo; oficiosamente, los comunistas pueden haber decidido que más vale abstenerse de participar en una empresa que, seguramente, consideraran abocada al fracaso»¹⁶.

No es nada sorprendente que el órgano de la burguesía inglesa considere «menos reconfortante» que los comunistas no participen en la huelga; al fin y al cabo, están hechos ambos de la misma pasta, y siempre hay alguna posibilidad de entenderse con el P.C., mientras que no hay ninguna de entenderse con la masa «irresponsable».

Pese a todo, incluso después de las vacaciones concedidas a Barrett, el Comité ejecutivo de la N.A.S.D. con-

15. 21 de mayo de 1955, p. 659.
16. 28 de mayo de 1955, p. 749.

tinuó sus tentativas de capitulación. «El Comité ejecutivo —señala “The Economist” el 4 de junio— quiere terminar con la huelga, a la vista del fracaso de su tentativa de extensión a los obreros de la T.G.W.U. Pero los miembros persisten en su actitud de paro...».

Pocos días más tarde, el Comité ejecutivo envía una carta de capitulación al T.U.C. «La actitud inflexible del T.U.C. ha dado resultado —escribe “The Economist”—. El señor Newman, de la N.A.S.D., tiene que pasar ahora abyectamente (*sic*) bajo nuevas horcas. Acepta de antemano, sin reservas, la resolución que adopte el Comité de conflictos del T.U.C. sobre la disputa entre la N.A.S.D. y la T.G.W.U.; y aceptó dos de las condiciones previas impuestas por el T.U.C. en la reunión de ese Comité. Acepta interrumpir el reclutamiento de nuevos miembros y la percepción de las cotizaciones de los miembros “furtivos” del gran sindicato; pero pide que se le permita proseguir sus esfuerzos para lograr la representación de la N.A.S.D. en las comisiones de puerto por medios pacíficos. Dice, con cierta dosis de verdad (!), que no se puede manejar a los hombres como si fuesen ganado. El señor Newman, en realidad, los encuentra todo menos dóciles, puesto que están mucho más llenos de entusiasmo que sus propios jefes, que trataron de detener la huelga... Pero hace falta algo más que una carta del señor Newman, o que un gesto de las cejas de sir Vincent Tewson¹⁷ para impedir a la gente que se reúna si desea reunirse. El T.U.C. ha obrado, pues, con prudencia aceptando la oferta del señor Newman; no parece que haya ahora más razones para que los portuarios continúen sin reemprender el trabajo.»

En efecto, desde el momento en que el pequeño burócrata escribe al gran burócrata, ¡se acabaron las razones para seguir en huelga! La mentalidad de tratantes de ganado común a «The Economist», a los grandes burócratas del T.U.C. y a los pequeños burócratas del Comité ejecutivo de la N.A.S.D. no podía evidentemente tener en cuenta la voluntad de los propios obreros. La carta de Newman al T.U.C. fue repudiada pú-

17. Burócrata sindical al que se le concedió título de nobleza, presidente del T.U.C.

blicamente por los comités de huelga, y la huelga siguió adelante.

A las cuatro semanas de huelga, el T.U.C. se había limitado a aceptar la reafiliación de la N.A.S.D., y se mantenía intransigente en todo lo demás, ante la actitud rastrera de los burócratas de la N.A.S.D., que consiguieron por fin, en una asamblea de los portuarios de Londres el 21 de junio, que fuera aceptada una recomendación de vuelta al trabajo el día 27 si los hombres de los puertos del norte la aceptaban también. Recordemos que los portuarios londinenses estaban en huelga para que se les reconociera el derecho de organización sindical libre a sus camaradas del norte. Pero los portuarios del norte se negaron en redondo a volver al trabajo. El 29 de junio, después de cinco semanas de huelga, los obreros de Londres votaban la vuelta al trabajo, pese a la oposición de una fuerte minoría; pero los del norte declararon entonces que organizarían una «marcha sobre Londres» para discutir con sus camaradas, y el mero anuncio de esa marcha hizo que los de Londres se volvieran atrás en su decisión.

A fines de junio, el Comité de conflictos del T.U.C. hizo público su veredicto sobre la disputa entre la T.G.W.U. y la N.A.S.D.; como se esperaba, consideraba a la última culpable de «caza furtiva», y la conminaba a devolver a la T.G.W.U. los miembros que le había «robado».

El trabajo se reanudó el 4 de julio, tras seis semanas de huelga en las que los trabajadores lucharon solos, sin apoyo financiero alguno, contra la gran burocracia de la T.G.W.U. y contra las constantes maniobras de su propia dirección sindical. Desde el punto de vista de los objetivos declarados, el reconocimiento de la representatividad de las nuevas secciones de la N.A.S.D. en los puertos del norte, la huelga fue, sin la menor duda, un fracaso. Pero por encima de ese fracaso, queda la significación histórica de la primera gran lucha de una sección del proletariado inglés enfrentada abiertamente con su propia burocracia como tal; queda esa zanja definitivamente trazada para separar a los obreros de los falsarios que pretenden «representarles»; queda la demostración de la sorprendente capacidad de auto-

organización de la fracción más «atrasada» de los trabajadores ingleses.
Queda el que, según todos los indicios de que podemos disponer en la actualidad, los obreros portuarios ingleses no han terminado aun de darnos lecciones.

Los obreros frente a la burocracia *

Los textos precedentes (a) ofrecen la descripción más completa que hemos podido hacer de las principales luchas obreras de 1955, en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Su extensión no se justifica por un prurito informativo, ni por el número de participantes en las luchas, su combatividad física ni las concesiones arrancadas, sino porque esas luchas tenían, para nosotros, un significado histórico, gracias a su contenido. Para el lector que haya recorrido las páginas anteriores no resultará ninguna sorpresa anticipar las conclusiones de este artículo diciendo que, en ese verano de 1955, el proletariado se manifestó de una manera nueva. Determinó de manera autónoma sus objetivos y sus medios de lucha; planteó el problema de su organización autónoma; se definió al fin frente a la burocracia y se separó de ella de una forma que augura consecuencias futuras.

El primer signo de una nueva actitud del proletariado frente a la burocracia fue, sin duda, la revuelta del proletariado de Berlín Oriental y de Alemania del Este, en junio de 1953, contra la burocracia estalinista que detentaba el poder. Durante el verano de 1955, esa misma separación entre el proletariado y la burocracia «obrera» apareció claramente en los países capitalistas occidentales. Lo importante es que se trata, de ahora en adelante, de una separación activa. El proletariado no se limita ya

* «S. ou B.», 18, enero de 1956.
(a) Además de los textos precedentes («Las huelgas salviajes de la industria automovilística norteamericana» y «Las huelgas de los obreros portuarios ingleses»), el número 18 de «Socialisme ou Barbarie» contenía una serie de análisis de las huelgas de 1955 en Francia (en particular las de Nantes y Saint-Nazaire).

a rechazar la burocracia mediante la inacción, ni a comprender pasivamente la oposición entre sus intereses y los de los dirigentes sindicales y políticos, ni siquiera a iniciar una lucha pese a las directrices burocráticas. Plantea sus luchas contra la burocracia misma (Inglaterra, Estados Unidos), o las lleva adelante como si la burocracia no existiera, reduciéndola a la insignificancia y la impotencia con el enorme peso de su presencia activa (Francia).

Es preciso volver atrás un momento para situar los acontecimientos en su verdadera perspectiva. Hace algunos años, los «marxistas» de todos los pelajes estaban de acuerdo, en líneas generales, en ignorar de hecho el problema de las relaciones del proletariado con la burocracia «obrero». Unos consideraban que no hay proletariado fuera de las organizaciones burocratizadas, y por tanto, fuera de la burocracia. Otros, que los obreros no podían sino seguir servilmente a la burocracia, o resignarse a la apatía, que había que resignarse a esa situación. Otros, todavía, más osados, pretendían que los obreros habían olvidado toda su conciencia de clase, y que había que reeducarlos. Diferente en sus motivos, pero no en sus consecuencias prácticas, era la paranoia de los trotskistas «ortodoxos», para quienes la burocracia era simplemente el producto de un cúmulo fortuito de circunstancias, y estallaría en cuanto los obreros luchasen; y para ello bastaba con volver a las viejas consignas bolcheviques y proponer a los obreros un partido y unos sindicatos «honrados».

En esta revista hemos afirmado siempre, frente a la conspiración de los mistificadores de todas las obedencias, que el verdadero problema de la época actual era el de las relaciones entre los obreros y la burocracia; que para el proletariado era una experiencia inédita que había de durar mucho tiempo, porque la burocracia «obrero», fuertemente enraizada en el desarrollo económico, político y social del capitalismo, no puede derrumbarse de la noche a la mañana; que los obreros atravesarían, necesariamente, un período de maduración silenciosa, porque contra la burocracia no puede bastar con la utilización de los mismos métodos de lucha ni las mismas formas de organización tradicionalmente empleadas contra

el capitalismo; pero también, que esta experiencia, históricamente necesaria, llevaría al proletariado a concretar definitivamente las formas de su organización y su poder.

El desarrollo de la sociedad contemporánea estará cada vez más dominado por la separación y la oposición creciente entre el proletariado y la burocracia, y de ahí surgirán las formas de organización que permitan a los obreros abolir el poder de los explotadores, sean quienes sean, y reconstruir la sociedad sobre nuevas bases. Este proceso está todavía en fase embrionaria, pero sus primeros elementos están apareciendo ya. Los obreros de Berlín Oriental en junio de 1953, y tras ellos los metalúrgicos de Nantes, los portuarios de Londres y Liverpool, los obreros del automóvil de Detroit, demostraron claramente, en 1955, que no contaban más que con ellos mismos para luchar contra la explotación.

El significado de la huelga de Nantes

Para comprender las luchas obreras del verano de 1955, y en particular las de Nantes, hay que situarlas en el contexto del desarrollo del proletariado en Francia a partir de 1945.

Al contrario que durante el primer período posterior a la «Liberación», en el que los obreros siguieron en gran mayoría la política de las organizaciones burocráticas y especialmente del P.C., en el que se inicia en 1947-48, se produce un «despegue» cada vez más acentuado entre los obreros y esas organizaciones. Partiendo de la experiencia de su verdadera actitud, el proletariado va sometiendo a tales instituciones a una crítica silenciosa, crítica que se traduce, en la realidad misma, en el rechazo a seguir, sin más, sus consignas. Este «despegue», ese rechazo toma formas claramente distintas que se van sucediendo en el tiempo:

a) De 1948 a 1952, el rechazo total y persistente de los obreros a seguir las consignas burocráticas se expresa mediante la inactividad y la apatía. Las huelgas que deciden los estalinistas no se secundan, en la mayoría de los casos, y no sólo cuando se trata de huelgas «políticas», sino también en los casos de huelgas reivin-

dicativas. No se trata de simple desánimo; existe conciencia de que las luchas obreras son utilizadas por el P.C. y desviadas de sus objetivos de clase para servir a los intereses de la U.R.S.S. Buena prueba de ello es el que, en los raros casos en los que hay «unidad de acción» entre los sindicatos estalinistas, reformistas y cristianos, los obreros se muestran prontos a entrar en acción; y no porque concedan un valor especial a la unidad en cuanto tal, sino porque, en ella, ven la prueba de que la lucha de que se trate no podrá desviarse hacia vías burocráticas ni quedarán divididos entre ellos mismos.

b) En agosto de 1953 entran espontáneamente en huelga millones de trabajadores, sin directrices de las burocracias sindicales, o enfrentándose a ellas. No obstante, una vez en huelga, ceden su dirección efectiva a los sindicatos, y la huelga se hace «pasiva»; son raros los casos de ocupación de locales y en las asambleas la base no se manifiesta casi nunca más que con sus votos.

c) En el verano de 1955 los obreros vuelven a iniciar una lucha espontánea; pero no se limitan a eso. En Nantes, Saint-Nazaire, y otros lugares más, no están simplemente en huelga, ni siquiera se contentan con ocupar los locales. Pasan al ataque, apoyan sus reivindicaciones con una presión física impresionante, se manifiestan por la calle, pelean contra los C.R.S. Además, no dejan la dirección de la lucha en manos de los burocratas sindicales; en Nantes, en los momentos culminantes de la lucha, ejercen un control total de los burocratas sindicales, mediante su presión colectiva directa, hasta tal punto que la burocracia juega un mero papel de mandatario en las negociaciones con la patronal, un papel de portavoz, porque los verdaderos dirigentes son los propios trabajadores.

1. Excepto en algunas localidades, la más importante de las cuales es Nantes.
2. Nos referimos a la fase ascendente del movimiento: su declive significó una cierta vuelta al control de los burocratas, si bien muy relativa.

Les es común su alejamiento de las sucesivas actitudes. En las huelgas de Nantes y Saint-Nazaire, se ha querido ver, esencialmente, una manifestación de la violencia obrera, bien para felicitarle de ello, incluso se debe, como menzar por dejar constancia de que unas luchas obreras que alcanzan un nivel tan alto de violencia no son frecuentes en períodos de estabilidad del régimen. Pero importa mucho más que el grado de violencia, la manera en que se produjo esa violencia, su orientación y las relaciones que evidencia entre obreros, de un lado, y burocracias sindicales, del otro. Más exactamente, el grado de violencia modificado el contenido, haciendo pasar a otro nivel todo el conjunto de la acción obrera. Los trabajadores de Nantes no se comportaron con violencia por seguir las órdenes de una burocracia, como había sucedido en cierta medida en 1948, durante la huelga de mineros. Actuaron *contra* las consignas sindicales. Esta violencia significó la presencia permanente y activa de los obreros en la huelga y en las negociaciones, permitiendo ya ejercer un control sobre los sindicatos, sino *superarlos* ampliamente de forma absolutamente imprevisible. No caben dudas sobre la voluntad de las centrales sindicales, durante toda la huelga, de limitar la lucha en el tiempo, en el espacio, en el alcance de las reivindicaciones, en los métodos empleados, de buscar la obtención de un acuerdo lo más rápidamente posible, de hacer que todo volviera a estar en orden. Pero ante 15.000 metalúrgicos aduénados permanentemente de la calle, esos «jefes» insustituibles desaparecieron discretamente; su

3. En algunos lugares hubo entonces verdaderas operaciones de guerra civil entre los mineros y la policía.

ción» en la huelga resulta invisible a simple vista, y sólo pudieron jugar su triste papel de saboteadores a base de intrigas de pasillos. En las negociaciones, incluso, no fueron sino un hilo telefónico que transmitía a una sala de deliberaciones las reivindicaciones unánimes que formulaban los propios obreros —y eso hasta el momento en que los obreros vieron que ese hilo no les servía para nada e irrumpieron en la sala.

No se puede, desde luego, ignorar los defectos y los lados negativos del movimiento de Nantes. El movimiento superó mediante los hechos a los sindicatos, pero no los eliminó en cuanto tales. En la actitud de los trabajadores nanteses hay una impugnación radical de los sindicatos, puesto que no confiaban en ellos ni para definir sus reivindicaciones, ni para defenderlas, ni para negociarlas, y contaban únicamente con ellos mismos. Esa desconfianza total que se expresa en los actos es infinitamente más importante de lo que los propios obreros «pensasen» o «dijesen» en aquellos momentos (incluyendo lo que votasen en las elecciones legislativas recientes). Pero eso no obsta para que haya contradicciones en la actitud de los obreros: primero entre el «pensamiento» que se manifiesta en las discusiones de los votos sindicales y políticos anteriores y posteriores a la huelga, y la «acción» que constituye la huelga misma. Allí, el sindicato se tolera como un mal menor, aquí, se le ignora. Y las contradicciones subsisten hasta en la acción misma: los trabajadores están, por así decir, «más acá» y «más allá» del problema de la burocracia. Más acá en cuanto mantienen en vida la burocracia, no la atacan de frente, no la sustituyen por sus propios órganos elegidos. Más allá, porque el terreno sobre el que se sitúan, el de una lucha total gracias a su presencia permanente, hace pasar al segundo plano el papel de la burocracia. A decir verdad, se preocupan bien poco de ella; se sitúan masivamente en el escenario, y dejan a la burocracia que se las arregle como pueda entre bastidores. Y los bastidores apenas cuentan durante el primer acto. Los sindicatos todavía no pueden hacer daño: los obreros están demasiado lejos de ellos.

Pero ese alejamiento no conduce, sin embargo, a la cristalización positiva de una forma propia de organiza-

ción, independiente de los sindicatos; ni siquiera hay un comité de huelga, elegido, que represente a los huelguistas, que sea responsable ante ellos, etc.

Pueden reseñarse algunas otras carencias; tienen un alcance limitado. Podemos decir, en efecto, que el movimiento no alcanzó una forma de organización autónoma; pero es porque tenemos en la cabeza ya una idea concreta de organización autónoma. *No hay forma alguna de organización más autónoma que quince mil obreros actuando unánimemente en la calle.* Pero, se seguirá diciendo, al no elegir un comité de huelga directamente responsable ante ellos y revocable, los huelguistas permitieron las maniobras de los burócratas sindicales. Y es cierto. Pero cómo dejar de ver que los trabajadores no hubieran ejercido sobre un comité de huelga mayor control del que ejercieron sobre los representantes sindicales el 17 de agosto, que un comité semejante no hubiera hecho nada más que lo que hicieron éstos bajo la presión de los obreros. Cuando los trabajadores en masa, unidos como si fueran un solo cuerpo, sabiendo con claridad lo que quieren y decididos a todo para conseguirlo, están presentes constantemente en el lugar de la acción, ¿qué puede ofrecer de más un comité de huelga elegido?

La importancia de un comité como ése hubiese sido de otro tipo: hubiera podido, por una parte, tratar de extender la lucha fuera de Nantes, y por la otra, en período de retroceso del movimiento, permitir una mejor defensa de los obreros frente a las maniobras sindicales y patronales. Pero no hay que hacerse ilusiones sobre el papel real que hubiese podido desempeñar: la ampliación del movimiento dependía menos de los llamamientos que pudiese lanzar un comité de Nantes que de muchas otras condiciones que no se daban en el momento. El dirigir las negociaciones en la fase de declive del movimiento tenía una importancia relativamente secundaria, lo decisivo era la relación de fuerzas en la ciudad, y ésa se iba haciendo cada vez menos favorable.

Estamos muy lejos de criticar la noción de un comité de huelga elegido, en general, e incluso en el caso de Nantes. Decimos simplemente que, en este último caso, y a la vista del nivel alcanzado por la lucha obrera, la

los hechos son que la clase obrera francesa no estaba dispuesta a entrar en una acción decisiva, y que no entró. Los rasgos que hemos analizado más arriba sólo se pueden encontrar con claridad en el movimiento de Nantes. En otras localidades apenas si aparecen de forma embrionaria; y forman un contraste impresionantemente con la falta de cualquier movimiento importante en la región parisina. En el mismo momento en que se desarrollaban las luchas de Nantes, la Renault de París era la imagen clásica de la dispersión y de la imposibilidad de superar el sabotaje hipócrita de las direcciones sindicales⁴.

Decir en estas condiciones que la no extensión del movimiento se debió a la actitud de las centrales burocráticas, no significa nada. Es decir que las centrales cumplieron con su papel. Sólo los trotskistas pueden asombrarse y maldecirlas. Los demás, deben comprender que las centrales no pueden hacer su juego sino en la medida en que los obreros no han alcanzado el grado de claridad y decisión necesario para actuar por sí mismos. ¿Si los obreros parisinos hubiesen querido entrar en la lucha, se lo hubieran podido impedir los sindicatos? Probablemente no. ¿Pruebas? Nantes, precisamente.

En definitiva, hay dos modos de ver la relación entre la actitud de los obreros nanteses y la inactividad de la mayoría del proletariado francés. La primera es insistir en el aislamiento del movimiento de Nantes, y tratar de limitar su alcance a partir de ello. Es una posición correcta si se pretende una valoración de coyuntura: es preciso advertir contra las interpretaciones aventuristas, recordar que el proletariado francés no está en vísperas de una lucha total. Pero resulta falsa si se trata del siglo de la actitud de los obreros ante la burocracia, del sentido de la fermentación que se está produciendo en la clase obrera. Desde este punto de vista, un revolucionario dirá siempre: si los obreros de Nantes, aislados en su

4. Véase el artículo de D. Mothé aparecido en el número 18 de «S. ou B.», así como la descripción de la huelga de Citroën en los extractos de «Tribune Ouvrière», al final de ese mismo número.

importancia de su acción hubiera sido secundaria de todas maneras. Si la lucha de los obreros de Nantes no fue rematada con una victoria total fue porque se enfrentaba a unas contradicciones objetivas que ningún comité de huelga hubiese podido modificar.

La dinámica del desarrollo de la lucha de Nantes había desembocado, en efecto, en una contradicción que podríamos definir así: la utilización de métodos revolucionarios en una situación y con unos objetivos que no lo eran. La huelga fue seguida de la ocupación de las fábricas; los patronos respondieron llamando a los re- gimientos de C.R.S.; y los obreros respondieron atacando la huelga. ¿Podía llevarse más lejos una lucha así? ¿Qué había más lejos? La toma del poder en Nantes? Tal contradicción hubiese sido llevada al paroxismo si se hubiesen creado unos organismos que, en esa situación, no podían sino tener un contenido revolucionario. Un comité que hubiera considerado seriamente la situación habría dimitido, o habría tenido que emprender la explotación sistemática de los C.R.S. de la ciudad, y ¿con qué perspectiva? No decimos que esta sensatez a posteriori estuviese en la mente de los obreros nanteses; decimos sólo que la lógica objetiva de la situación confería mucho sentido a una tentativa de organización permanente de los obreros.

Pero existía esa perspectiva, se nos dirá: la ampliación del movimiento. Es, una vez más, la introducción superficial de las propias ideas en una situación real que no se adecuaba a ellas. Para los obreros de Nantes se trataba de una huelga local con un objetivo preciso: un aumento de cuarenta francos. No la veían como el primer acto de una Revolución, no pretendían que durase más de lo necesario. Utilizaron métodos revolucionarios para hacer triunfar su reivindicación; ésta es la esencia de nuestra época, pero eso no quiere decir que la revolución sea posible a cada instante.

Sin embargo, hay quien ha pretendido que la extensión era «objetivamente posible». Y, ciertamente, si la burguesía necesitó 8.000 C.R.S. para hacer frente con dificultades a los 15.000 metalúrgicos de Nantes, es difícil que hubiera podido encontrar fuerzas suficientes para resistir ante los cinco millones de obreros del país. Pero

provincia, han dado muestras de tanta madurez, es que la mayoría de los obreros franceses, y en especial los de París, crearán, cuando se pongan en movimiento, formas de organización aún más elevadas, más eficaces y más radicales.

Al actuar como lo hicieron, como una masa coherente, como una colectividad democrática en movimiento, los obreros de Nantes pusieron en práctica, durante un buen plazo de tiempo, una forma autónoma de organización que contiene en embrión la respuesta a la pregunta: ¿Cuál es la forma de organización proletaria capaz de terminar con la burocracia y con el Estado capitalista? La respuesta es que, al nivel más elemental, esa forma es simplemente la masa total de los trabajadores mismos. Esa masa, no es tan sólo, como se ha querido creer y hacer creer durante mucho tiempo, la fuerza de choque, la «infantería» de la acción de clase. Desarrolla, cuando hay las condiciones precisas, una capacidad sorprendente de autoorganización y de autodirección; crea en su seno la necesaria diferenciación de funciones sin cristalizarlas en diferenciaciones de estructura, una división de tareas que no es una división del trabajo: en Nantes había obreros que fabricaban «bombas» mientras otros servían de enlaces, pero no hubo «estado mayor», ni oficial ni oculto. Ese «núcleo elemental» de la clase obrera se mostró a la altura de los problemas que se le planteaban, capaz de dominar casi todas las resistencias que se le oponían.

Decimos bien: embrión de respuesta. No sólo porque Nantes fue una realidad y no un modelo, y que, por tanto, al lado de esos rasgos se encuentran otros, que traducen las dificultades y los fracasos de la masa obrera; eso es secundario, para nosotros lo más importante en la realidad actual es lo que prefigura el porvenir. También, porque las limitaciones de esa forma de organización en el tiempo, el espacio y en relación a fines universales y permanentes, están claras. Hoy, sin embargo, no es ese nuestro objetivo: antes de seguir adelante, es preciso asimilar la significación de lo ocurrido.

¿Qué condiciones permitieron al movimiento de Nantes elevarse hasta el nivel que alcanzó?

La condición fundamental fue la unanimidad prácti-

camente total de los participantes. Esa unanimidad, la verdadera unidad obrera, no debe confundirse, naturalmente, con la «unidad de acción» de los estalinistas o de los trotskistas. La de éstos no es, aunque pretenda preocuparse de la base, sino la unidad de hecho de las burocracias; existió en Nantes, pero fue como *resultado* de la unidad obrera, fue impuesta a la burocracia por los obreros. No porque ellos se hubieran ocupado de hacerlo ni por un instante, ni que hubiesen «pedido» a las direcciones que se unieran, sino porque, de hecho, las ignoraron y actuaron unánimes; los burócratas comprendieron entonces que la única oportunidad de conservar un mínimo de contacto con el movimiento era presentarse «unidos».

La unanimidad obrera se manifestó en primer lugar a la hora de definir las reivindicaciones. Salvo error, nadie sabe, hasta hoy, «quién» propuso la consigna de los cuarenta francos de aumento para todos. En cualquier caso, no fueron los sindicatos; sería inútil buscar en sus programas ese objetivo. Más aún, dado su carácter no jerárquico, la reivindicación de los trabajadores nanteses va directamente en contra de todos los programas sindicales. La unanimidad lograda entre trabajadores de remuneraciones fuertemente diferenciadas en apoyo de un aumento uniforme para todos, resulta aún más notable.

La unanimidad se manifestó igualmente en cuanto a los medios, a todo lo largo de la lucha: a cada transformación de la situación «táctica», los trabajadores aportaron, espontánea y colectivamente, una respuesta adecuada, pasando de la huelga ilimitada a la ocupación de las fábricas y, luego, a la acción contra los C.R.S.

La unanimidad fue total, finalmente, en cuanto al papel de los obreros: no puede esperarse nada de nadie, excepto lo que se consigue por uno mismo. De nadie, incluidos sindicatos y partidos «obreros», condenados en bloque por los obreros de Nantes en su acción.

Esta actitud ante la burocracia es, evidentemente, el resultado de una experiencia objetiva profunda de ella. No podemos insistir ahora sobre ese punto, que merece un largo examen por sí mismo. Digamos simplemente que las condiciones de esa experiencia en Francia vienen dadas en un hecho elemental: tras 10 años de «acción»

y demagogia sindicales, los obreros comprobaban que no han podido limitar el deterioro de su condición excepto mediante la huelga. Y añadamos que el éxito, aunque sea parcial, de los movimientos de Nantes y Saint-Nazaire, haría dar un salto adelante a esta experiencia, porque proporciona otra prueba más: esos movimientos hicieron ganar a los obreros en unas semanas más que diez años de «negociaciones» sindicales.

El análisis de las condiciones muestra que la forma que tomó el movimiento de Nantes no es una forma aberrante, ni mucho menos un ejemplo de supervivencia de rasgos «primitivos», sino el producto de factores que están operando por todas partes y que dan a la sociedad actual una idea de su futuro. La democracia de las masas de Nantes procedía de la unanimidad obrera y ésta, a su vez, resultaba de la conciencia de los intereses elementales de una experiencia común del capitalismo y de la burocracia cuyas premisas día a día van siendo amplias por la misma actuación de capitalistas y burócratas.

Los rasgos comunes a las huelgas en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos

Sería necesario un análisis, análogo al intentado más arriba, del caso de las huelgas de los portuarios ingleses y de los obreros del automóvil norteamericanos. Eso nos permitiría poner de manifiesto otras características de tales movimientos, igualmente profundas y cargadas de consecuencias: por no citar sino una, la creciente importancia que toman, a medida que se desartollan comúnmente el capitalismo y el proletariado, las reivindicaciones no salariales y, en primer lugar, las que conciernen a las condiciones de trabajo, que llevan directamente a plantear el problema de la organización de la producción y, en definitiva, de la gestión. No podemos comprender ahora ese análisis, pero el lector puede remitirse a los artículos dedicados al tema en las páginas precedentes.

Es importante, sin embargo, definir desde ahora los rasgos comunes a todos esos movimientos. El principal es evidente: la oposición abierta y militante de los

obrigos a la burocracia, su rechazo a «dejarse representar». Apareció en forma absolutamente explícita en Inglaterra: los portuarios ingleses estuvieron en huelga siete semanas contra la burocracia sindical y contra nadie más. Al igual que los obreros de Alemania Oriental en 1953, los portuarios ingleses atacaron a la burocracia —aquí «socialista», allí «comunista», como enemigo directo. Ataque que fue apenas algo menos explícito en Estados Unidos: las huelgas de los obreros del automóvil a raíz de la firma del convenio entre el C.I.O., Ford y General Motors sobre el salario anual garantizado, iban, ciertamente, contra los patronos a causa de las reivindicaciones alegadas, pero suponían, al mismo tiempo, una clarísima manifestación del repudio de la política sindical por parte de los obreros. Equivalían a decir a los sindicatos: vosotros no nos representáis, lo que os preocupa no nos interesa, y lo que nos interesa, lo ignoráis. Hemos visto también que, en Francia, los obreros de Nantes «dejaron de lado» la burocracia a la hora de la lucha, o la «utilizaron» en tareas de menor cuantía.

En segundo lugar, no hay rastro de «desbordamiento» de la burocracia por parte de los obreros en ninguno de los movimientos. Son luchas que no están contenidas inicialmente, por así decir, en un marco burocrático, marcado en el que se desarrollarían y que acabarían por «desbordar». La burocracia está *superada*: el movimiento se sitúa de inmediato en un terreno *distinto*. Eso no quiere decir que la burocracia esté abolida, que el proletariado actúe en un mundo en el que ya no se la pueda encontrar; sigue estando ahí, y las relaciones con ella no son solamente complejas, sino también confusas: es a la vez mandataria, enemigo, objeto de presión inmediata, factor insignificante. Pero hay algo que ya no es: dirección aceptada que se sigue en las luchas, incluso en su comienzo. La concepción trotskista del desbordamiento (teorización de la práctica de Lenin frente a la socialdemocracia y especialmente de la experiencia de 1917), presuponía que las masas se sitúan inicialmente en el mismo terreno que las direcciones «traidoras» y permanecen sostenidas con ayuda del partido revolucionario en el curso de la lucha les permite desembarazarse de ella. Ahora bien,

la experiencia contemporánea, y en primer lugar la de 1955, muestra que las masas entran en acción a partir de una experiencia de la burocracia previa a la acción misma, *independientemente pues de la burocracia*, y hasta *contra ella*. Porque la burocracia, entretanto ha adquirido una existencia objetiva como parte integrante del sistema de explotación. El menchevismo en 1917, no era más que palabras; el estalinismo, el laborismo, el C.I.O., son, en diversos grados, poderes.

Así, nos encontramos con una tercera consideración. Entre 1923 y 1953, los revolucionarios se veían reducidos a contemplar, impotentes, un círculo vicioso. La clase obrera no podría tener una experiencia definitiva de las direcciones burocráticas más que en el desarrollo de la lucha; pero la existencia y poder de las direcciones significaba o bien que las luchas no tenían lugar, o que fracasaban, o que, en fin, permanecían hasta el final bajo el control de la burocracia, utilizadas por ella. Y esto no es una teoría sino la descripción condensada y fiel de los treinta últimos años de la historia del movimiento obrero. La existencia y poder del estalinismo, por ejemplo, impedía que la experiencia del proletariado durante una crisis se realizase en sentido revolucionario. Decir que todo esto se debía a la ausencia de un partido revolucionario no cambia nada la cosa; el poder estalinista significaba la supresión de la posibilidad de un partido revolucionario, empezando por la supresión física de sus posibles militantes⁵.

Las luchas del verano de 1955 son un primer síntoma de la ruptura de ese círculo vicioso. Ha sido roto por la acción obrera, a partir de una experiencia acumulada, no tanto del papel de la burocracia como dirección «traidora» a las luchas revolucionarias, sino de su actividad cotidiana como perro guardián de la explotación capitalista. Para que se desarrolle esa experiencia no es indispensable que la burocracia llegue al poder; el proceso

5. Por lo demás, los trotskistas que mantienen esta postura podrían preguntarse —una vez no sería grave— por qué no pudo constituirse un partido así durante treinta años. De ese modo volverían a encontrarse, otra vez, con el problema precedente.

económico por un lado y la lucha de clases elemental y cotidiana en la fábrica por el otro, la llevan inexorablemente a integrarse en el sistema de explotación y descubren su verdadera naturaleza a los obreros. Lo mismo que era imposible construir una organización revolucionaria explicando a los obreros franceses la traición estalinista en China en 1927, es posible hacerlo ayudándoles a organizar su lucha cotidiana contra la explotación y sus instrumentos políticos «obrerros» y sindicales.

¿Qué conclusiones podemos sacar de este análisis que se apliquen al problema de la organización del proletariado y de la vanguardia?

Tanto la huelga de Nantes como la de los portuarios ingleses nos muestran la forma adecuada de organización obrera durante la acción. No insistiremos sobre el contenido de esa forma ni sobre sus eventuales limitaciones. Pero, por la propia naturaleza de las cosas y hasta nueva orden, tales formas no son ni pueden ser permanentes bajo el régimen capitalista. El problema de la organización de las minorías obreras en los períodos de inacción subsiste. Pero se plantea de manera distinta.

Hay que comprobar en primer lugar que el grado de madurez que ha revelado las luchas de 1955 no permite que se planteen separadamente los problemas «reivindicativos» de los «políticos». Hace mucho tiempo que se sabe que son indisociables objetivamente. Y lo serán cada vez más en la conciencia de los obreros. Una minoría organizada en una empresa, ya tome forma de comité de lucha, de grupo reunido en torno a una publicación obrera, o de un sindicato autónomo, tendrá que afirmar desde el comienzo esa unidad. Con eso no queremos decir que tenga que entregarse a prestidigitaciones trotskistas, como pretender que de una demanda de aumento de cinco francos surja la huelga general y la revolución como un conejo de una chistera: tendrá, al contrario, que evitarlas cuidadosamente y, si se presentan, condenar a los saltimbanquis que quieran hacerlas. 999 veces de cada mil, una huelga por cinco francos es una huelga por cinco francos y nada más. O, más bien, lo que pueda contener «además» proviene no de que lleve a la lucha por el poder, sino de que se tropieze, de una u otra manera, con el aparato de dominación capitalista *interior* de la

Las huelgas de la automatización en Inglaterra *

Hace año y medio que el precario equilibrio en que vive el capitalismo británico desde la guerra, amenaza nuevamente con romperse. Los precios suben, las importaciones aumentan, las exportaciones, bajo la creciente presión de la competencia internacional y especialmente alemana y japonesa, se estancan. El gobierno conserva dor de Eden ha considerado que las raíces del mal están en una demanda interior excesiva, que absorbe una parte demasiado grande de la producción y hace que no quede suficiente para exportar, y ha pretendido combatir las «presiones inflacionistas» con elevaciones de impuestos y restricciones crediticias, especialmente en los créditos de venta de automóviles; pretendía, con estas medidas, crear un cierto aumento del paro, que los capitalistas ingleses consideraran un medio excelente de disciplinar a los obreros y obligarlos a «moderar sus reivindicaciones». Las medidas gubernamentales no han tenido, hasta ahora, sino un efecto tardío, limitado y poco claro, sobre la balanza exterior; en contrapartida, han logrado provocar la detención del aumento de producción, prácticamente estancada desde hace un año, y dañar seriamente a la industria automovilística, en la que se ha reducido por varias veces, desde principios de este año, la jornada de trabajo.

Este es el clima en el que se sitúa la huelga de abril y mayo de 1956 de los obreros de la Standard Motor Company Ltd. en Coventry. Ya en el mes de marzo había estallado un conflicto al no aceptar los obreros la división de la compañía de dejar a doscientos cincuenta obreros al día sin trabajar, por rotación. Pero cuando

fábrica misma, encarnado en la burocracia «obrero». La organización de la lucha contra ésta es imposible si no se saca a la luz su naturaleza *total*, económica, política e ideológica a un tiempo. Simultáneamente, los obreros sólo pueden desenvolverse con eficacia en medio de las múltiples contradicciones del capitalismo decadente — tradicciones que hemos indicado más arriba al exponer el ejemplo de Nantes — si logran situar sus luchas en una perspectiva más general. La función esencial de las minorías organizadas es el aportar esa perspectiva.

Pero hay que comprender también que, incluso cuando se trata de luchas elementales, las minorías organizadas tienen la tarea de facilitar la eclosión de las formas de organización colectivo-democráticas de la masa obrera, de las que Nantes proporcionó buen ejemplo; formas de organización que se revelan como las únicas *eficaces*, que se irán revelando, cada vez más, como las únicas *posibles*.

el 27 de abril los 11.000 obreros de la Standard se pusieron en huelga al rechazar el despido de 3.000 de ellos, el asunto tomó un alcance infinitamente mayor. La Standard es uno de los «cinco grandes» de la industria del automóvil británica, y posee en Coventry la fábrica de Canley, en la que 6.000 obreros fabrican automóviles, y la de Banner Lane, con 5.000 obreros que producen 70.000 tractores al año (aproximadamente la mitad de la producción inglesa). El despido de 3.000 obreros era resultado de la reorganización y reequipamiento completo de la fábrica de tractores; introducción de métodos «automatizados» que permitiría elevar la producción anual hasta 100.000 tractores con la mitad del personal existente. Esta reducción de personal fue presentada por la compañía como «temporal», acompañada de promesas de readmisión al término de la reorganización. Los obreros se negaron a aceptarlo así, y sus delegados presentaron unas contrapropuestas que tendían a la reducción de la jornada de trabajo de todo el personal y la reorganización de los planes de producción de la compañía. Estas propuestas fueron rechazadas por la dirección. La huelga duró quince días, y se terminó el 11 de mayo con la derrota parcial de la dirección que prometió reexaminar el problema consultándolo con los delegados de los obreros. El 25 de mayo, la dirección aceptó una parte de las proposiciones de los obreros, pero el 31 de mayo rechazó las demás y declaró que serían despedidos 2.600 obreros. Desde entonces hay un conflicto creciente entre los obreros y sus delegados de taller, por un lado, que quieren ir a la huelga, y los sindicatos oficiales que intentan, con toda clase de maniobras, evitar la lucha.

La huelga de los obreros de la Standard ha tenido enorme repercusión en toda Inglaterra. Si decimos que desde el 26 de abril, la «automatización» se ha convertido en una preocupación capital para los obreros, los sindicatos, los capitalistas y el gobierno ingleses, no exageramos. Algo que durante mucho tiempo no era sino utopía y ciencia ficción, que hasta ayer mismo era objeto de cálculo y especulación de ingenieros y contables de la gran industria, ha pasado en pocos días a formar parte de la historia social de nuestros días y a las primeras páginas de los periódicos de gran tirada. Y es

que los problemas que plantea la automatización interesan a la vez a la estructura «liberal» del capitalismo occidental y a la estructura de la empresa capitalista. Al mismo tiempo, algunos de los aspectos profundos de las relaciones existentes en las fábricas modernas entre los obreros, los sindicatos y los directivos, se han visto brutalmente desvelados: el grado de organización espontánea de los obreros, su actitud frente a la organización de la producción. La incapacidad de la dirección para controlar eficazmente las fábricas, se han mostrado claramente en la huelga de la Standard.

El papel de los delegados de taller

El papel que desempeñaron los delegados de taller (*shop stewards*) en la huelga de la Standard hace precisas algunas explicaciones sobre esa forma de organización de los obreros ingleses, que no tiene equivalente en Francia (donde los delegados de taller han sido integrados por completo en el aparato sindical).

Los delegados de taller ingleses son, de hecho, independientes de los sindicatos. Cada departamento de la fábrica elige los suyos; pueden ser revocados por una simple asamblea de obreros del departamento, por un voto de «no confianza», en cuyo caso se elige de inmediato otro delegado. Esos delegados son los que conducen la mayor parte de las negociaciones con la dirección en los conflictos que surgen a diario sobre la producción, las normas, cupos, etc. De hecho, el papel de los sindicatos tiende a reducirse a la formulación una vez al año de las reivindicaciones sobre el nivel de los salarios base que en Inglaterra, como en todas partes, tienen una relación cada vez más lejana con los salarios efectivos de los obreros.

El movimiento de los delegados de taller apareció en Inglaterra hacia finales de la primera Guerra Mundial. Entre ambas guerras, fue el objeto constante de una lucha entre obreros y capitalistas, porque éstos se negaban a reconocer a los delegados y los despedían en cuanto les era posible; a menudo se veían obligados a recibirlos, pero aprovechaban el menor descenso de la presión obre-

tienen reuniones regulares, no oficiales en absoluto, de delegados de taller que representan a las fábricas de todo el país; a veces, se reúnen los delegados de todas las ramas de la industria de una región concreta. La prensa burguesa, después de haber ignorado, o pretendido ignorar, ese hecho durante años, ahora se ve obligada a informar sobre él. Los periódicos ingleses del 5 de marzo contaban que el sábado 3 de marzo se había celebrado en Birmingham una reunión del comité (no oficial) de delegados de taller de la industria del automóvil; habían votado una resolución que acusaba al gobierno de ser directamente responsable de la situación de crisis en la industria automovilística, y llamaba a los obreros del sector a celebrar asambleas y manifestaciones masivas el 26 de marzo, e invitaba a los representantes de los obreros de otras industrias afectadas por la política económica del Gobierno a unirse a ellos; también había decidido convocar una conferencia especial de delegados de taller de la industria del automóvil, el 22 de abril, en Birmingham. Igualmente, una vez que se planteó en la práctica el problema de la automatización, los delegados de taller ignoraron las resoluciones gran-dilocuentes y platónicas votadas por los sindicatos, y organizaron sus contactos a nivel nacional. Los diarios del 28 de mayo informaban sobre una conferencia nacional de los delegados de taller de las industrias mecánicas y asimiladas celebrada en Londres el domingo 27 de mayo. Esa conferencia pidió que «se hiciera una consulta completa a los obreros de base (*at shopfloor level*) antes de introducir nuevos métodos de producción... que el aumento de producción se reflejase en un aumento de salarios... Los empresarios quedaban advertidos de que si no tenían en cuenta estas reivindicaciones, se encontrarían frente a una resistencia hasta el fin». La moción votada unánimemente declaraba: «No nos oponemos a la introducción de nuevos progresos técnicos, pero insistimos en que ha de hacerse una consulta completa a los obreros de la base, antes de esa introducción. Estamos decididos a salvaguardar los intereses de los obreros y a luchar por la elevación del nivel de vida tras la automatización, la consulta plena, la eliminación del paro, la paga completa a los trabajadores, en espera de una solu-

ra para atacarlos de nuevo. Pero durante la segunda Guerra Mundial, los capitalistas se vieron obligados a comprender que el desarrollo de la producción, del que dependía la suerte de Inglaterra, no sería posible si no reconocían a los delegados de taller. Y así, lograron un estatuto semi-legal. En la actualidad, los obreros constituirían cualquier ataque contra los delegados como un ataque contra el movimiento sindical y los derechos democráticos elementales.

Los sindicatos controlan teóricamente el movimiento de los delegados de taller, puesto que les entregan un documento que atestigua su calidad de tales. Pero no hay ni un solo ejemplo real en el que el sindicato se haya negado a reconocer un delegado elegido por los obreros (en Francia, como es sabido, los delegados son prácticamente designados por los sindicatos, a los obreros lo único que se les pide es el voto para tal o cual sindicato). La independencia de hecho de los delegados de taller se pone de manifiesto claramente durante las huelgas. Como los sindicatos se oponen casi siempre a las huelgas, los delegados inician la puesta en marcha de la huelga que reclaman los obreros; luego van al sindicato y piden que «se reconozca» la huelga (lo que permitiría a los obreros recibir una asignación de huelga de los importantes fondos de que disponen los sindicatos). El sindicato entonces dirá, casi siempre, que eso es imposible y pedirá al delegado que convenga a los hombres de que reanuden el trabajo. El delegado convocará una reunión de sus hombres, por pura fórmula, y volverá al sindicato para explicar que no hay nada que hacer. La mayoría de las veces, el sindicato cederá y reconocerá la huelga. Si no cede, los delegados, por lo general, seguirán adelante con su acción, ignorándolos¹.

1. Esto sucedió en varias huelgas importantes de 1954 y 1955; véase más arriba «Las huelgas de los obreros portuarios ingleses».

ción satisfactoria de los problemas que surjan en una empresa, la reducción de la semana laboral y tres semanas de vacaciones al año»².

No hay duda de que sería erróneo pensar que el movimiento de los delegados de taller es *completamente* independiente de la burocracia sindical; algunos de los delegados son al mismo tiempo sindicalistas activos, y entre ellos habrá algunos que tenderán a hacer prevalecer entre los obreros la línea sindical. Pero su revocabilidad permanente evita que puedan hacerlo de forma sistemática, o sobre temas que los obreros consideren importantes. Mientras basta con comparar la línea de acción efectiva de los delegados en la gran mayoría de los casos, o la resolución sobre la automatización citada más arriba, con la actitud y la charlatanería de los sindicatos, para comprender que el movimiento de los delegados de taller y la burocracia sindical están, de hecho, separados por una línea de clase.

El poder efectivo en la fábrica y la tendencia de los obreros a hacerse cargo de la gestión

En el momento en que existe una organización así, pese a su carácter parcial e informal, pese a las maniobras de la burocracia sindical y el peso enorme de los medios de que dispone el capitalismo en la fábrica y en la sociedad, el poder del proletariado moderno aparece en el hecho de que la dirección capitalista ya no es amo único en su «propia casa». Los obreros, unificados en torno al delegado de taller, se negarán muchas veces a ejecutar, pura y simplemente, las directrices de los despachos; en los conflictos que se plantean a diario dentro de la producción, se realiza en todo momento un compromiso perpetuamente inestable y fluctuante entre la línea de la dirección y la resistencia colectiva de los obreros. Los dos ejemplos que siguen muestran que, a cierto nivel de organización y combatividad de los trabajadores, sin barricadas ni soviets, lo que se pone más

2. «Manchester Guardian», 28 de mayo de 1956.

o menos en cuestión es el poder mismo de los capitalistas en la fábrica.

En 1954, la dirección de la Standard publicó un reglamento de la actividad y los derechos de los delegados de taller —lo que indica el grado de tensión permanente que existía en la empresa. Los delegados no le hicieron más caso que en tanto en cuanto les pareció bueno. En diciembre de 1954, la dirección despidió a tres delegados por faltar al reglamento en cuestión. Los 11.000 obreros de la fábrica se pusieron en huelga, y a los pocos días la dirección capitulaba y readmitía a los delegados.

El segundo ejemplo nos viene dado por la serie de movimientos que comenzaron en la Standard a partir del mes de marzo. A principios de marzo, antes de todo el conflicto referente a la automatización, la Standard decidió reducir su producción de automóviles, que había sobrepasado la demanda, e introducir un sistema de rotación que implicaba el paro alternativo de 250 obreros por día. Los obreros respondieron, a través de los delegados, proponiendo otro sistema de llegar a la reducción de producción deseada: la semana laboral de 36 horas, con la misma paga. Bajo la amenaza de huelga, se llegó a un acuerdo con la dirección.

Aún más característica resultó la actitud de los obreros y los delegados al producirse el problema de los despidos consecutivos a la introducción de la automatización de la fábrica de tractores de Banner Lane, que se planteó a finales de abril. La dirección había anunciado inicialmente su intención de despedir temporalmente a 2.500 obreros durante la reorganización de la fábrica afectada por la automatización; luego, subió la cifra a 2.900, al mismo tiempo que anunciaba que se negaba a cualquier reducción de la jornada laboral. Los 11.000 obreros de la empresa iniciaron una huelga y los delegados presentaron un plan para evitar los despidos, que era de hecho un plan de reorganización de la producción de la planta. Propusieron: que una parte de los obreros se ocupase en la producción de piezas comunes al modelo antiguo y al nuevo, que servirían por un lado para los stocks de piezas de recambio del modelo antiguo y por el otro para la ulterior fabricación del nuevo modelo; que la producción comenzase de inmediato y a

sada con claridad por Mr. J. Crawford, miembro del Consejo General de las Trade Unions:

«Cuando se trata de la formulación de la política sindical relativa a la automatización, las discusiones han de llevarlas personas del más alto nivel (*men at the top level*), no delegados de taller... Si no es así, la anarquía se introducirá entre nosotros...»⁶

Durante la huelga de abril-mayo, los sindicatos habían logrado, mediante una serie de maniobras dilatorias, evitar tomar posición ante la huelga. Pero, en adelante, no pudieron escabullirse con tanta comodidad.

Cuando la dirección de la Standard anunció el 31 de mayo el despido definitivo de 2.600 obreros, el secretario sindical del distrito de Coventry declaró que su sindicato estaba «altamente sorprendido» por la noticia. El mismo día, los delegados de taller de la fábrica decidieron pedir a los sindicatos que convocasen oficialmente a los trabajadores a la huelga. La actitud prudente de los delegados se explica por el cambio de situación desde el mes de abril: la Standard estaba reduciendo la producción de automóviles, una parte de los despedidos pertenecía a la fábrica de coches de la compañía; la huelga podía ser larga y los obreros no podrían aguantarla sin el apoyo financiero de los sindicatos. Las direcciones sindicales tenían que reunirse el 3 de junio para decidir su actitud. La reunión se aplazó luego hasta el día 6. Cuando se celebró, los dirigentes sindicales se pronunciaron unánimemente contra la huelga. «En vez de huelga — señala inocentemente el «Manchester Guardian» del 7 de junio —, solicitarán al ministro de Trabajo, Mr. Macleod, que convoque una reunión de todas las partes interesadas para discutir la situación.» El ministro de Trabajo recibió, efectivamente, a los dirigentes sindicales el 7 de junio, y les declaró que «el saber si tal empresa tenía trabajo suficiente para conservar todos sus obreros, no podía decirlo más que la propia empresa...».

No hay duda de que los obreros de la Standard y de otros lugares, apreciaron en su justa medida tan palpable resultado de una «discusión al más alto nivel».

6. «Manchester Guardian», 18 de mayo de 1956.

pleno rendimiento en aquellas partes de la fabricación ya reequipadas y en las que podrían serlo rápidamente; fuera absorbido por la de automóviles, organizando el trabajo de día y uno breve de noche como se venía haciendo. Ante el argumento de la dirección de que eso haría preciso triplicar el número de capataces y del resto del personal no productivo, el comité de huelga indicó que los capataces podrían trabajar en dos equipos largos que correspondieran a los tres breves de los obreros; y que, en todo caso, «que los capataces estén o no presentes no tiene ninguna importancia real, porque quien estimula el trabajo es la prima»⁷.

Lo importante aquí, aparte de esas proposiciones concretas, es la actitud de obreros y delegados, su intento de intervenir en la gestión, el hecho de que tengán en cuenta la organización de conjunto de la producción de la fábrica, y de que estén obligados a hacerlo para ponder concretamente a la organización capitalista de la fábrica y resistir frente a los daños que implica para ellos.

La actitud de los sindicatos

Desde el mes de abril de este año, se suceden las resoluciones de las Conferencias anuales de diversos sindicatos o de sus órganos dirigentes, «felicítándose» por la resistencia de los obreros a los despidos⁴, amenazando a los empresarios con huelgas⁵, etc. En realidad, los sindicatos — las directivas oficiales — han hecho cuanto han podido por evitar que el problema se plantee en el terreno de la lucha real de los trabajadores contra los capitalistas. Después de una serie de declaraciones contradictorias y de evasivas, su actitud fue finalmente expre-

3. «The Times», 3 de mayo de 1955.
4. «Amalgamated Engineering Union: Manchester Guardian», 25 de abril de 1956.
5. «Electrical Trades Union: Manchester Guardian», 16 de mayo de 1956.

octubre, sin preocuparse de lo que sucede en otros lugares y ramos, pidiendo reivindicaciones que dejen de lado el problema de la adecuación de los salarios a las medidas de precios. Hacen otro tanto en la S.N.C.F. y la metalurgia el 25 de octubre, con los funcionarios el 17 de noviembre.

Pero, si existen Confederaciones sindicales y no solamente sindicatos por profesión, es porque los trabajadores tienen intereses comunes, independientes de su pertenencia a tal o cual empresa. ¿Puede haber circunstancias mejores que la actual para definir esos intereses comunes y lanzar la reivindicación común que de ellos se deriva? En qué circunstancias podría discernirse con más claridad la necesidad de una lucha generalizada y coordinada, frente a un ataque que todas las categorías de trabajadores sufren en igual medida?

La actitud de las direcciones sindicales en la Renault es perfectamente característica.

Ante la creciente efervescencia de los obreros, F.O. lanzó una orden de huelga para el viernes 27 de septiembre, que duraría cinco horas, a distintas horas para cada equipo: la C.G.T. y la C.F.T.C., por miedo a que se diera atrás, publican entonces un panfleto que critica la consigna de F.O., entre otras razones porque hacia huelga separando a los diversos equipos, y llaman también ellas a una huelga, para el mismo viernes 27 de septiembre, de dos horas... por equipos.

Por toda la fábrica, los obreros criticaban irritados esas consignas, diciendo que era imposible conseguir cosa alguna con «demonstraciones» de ese tipo. Y en efecto, todo lo que se consiguió fue una carta insolente del presidente de la compañía, Dreyfus, en la que aseguraba no poder dar un centímetro más y recordaba a los sindicatos que se habían comprometido, al firmar el famoso «contrato Renault», a no entorpecer la producción.

A la semana siguiente había animadas discusiones en los talleres. Todos estaban profundamente irritados ante la actitud de las direcciones sindicales. La mayoría expresaban la convicción de que sin un enfrentamiento serio no se conseguiría nada. En uno de los talleres, los obreros reunidos durante el paro habían votado una resolución afirmando que era la última vez que partici-

de dar al país cualquier inicio de solución para sacarlo de la crisis actual? ¿Qué son esos gobiernos, ya ni se sabe cuántos, que nunca tienen mayoría en el parlamento, ni mucho menos en el país, que están dispuestos a todo para sacar diez votos de aquí, quince de allá? El régimen está podido hasta los huesos, y si sigue adelante es sólo por inercia.

En los tres años que dura la guerra, los trabajadores no han dificultado apenas la política de los gobiernos. La burguesía ha tenido las manos libres. ¿Qué ha hecho para resolver sus problemas? Nada. No ha hecho más que agravarlos, hundiendo a la totalidad del país en una situación cada día más intolerable.

Las direcciones sindicales rechazan una lucha seria y coordinada

¿Qué hacen las direcciones sindicales ante esta situación? En realidad, intentan no hacer nada de nada.

Los problemas, sin embargo, son claros. El poder adquisitivo de los trabajadores descende de mes en mes. Es preciso exigir y obtener su revalorización integral. Las subidas de precios son iguales para todo el mundo. Hay, pues, que pedir un aumento uniforme para todos. La revalorización que hay que obtener es importante. No se ve, por tanto, cómo podría concederla una empresa o una sociedad aislada, si las otras la rechazasen. Se trata, pues, de hacer ceder al conjunto de la patronal y al Gobierno, que se opondrán con todas sus fuerzas porque la cuestión es vital para ellos. Sólo una lucha general y seria, que mueva el mayor número de empresas y sectores, que se lleve hasta el final con obstinación, puede hacer retroceder a la patronal.

Y en vez de esto, ¿qué piden las direcciones sindicales? Piden subidas salariales, pero piden una cantidad en Nantes, otra en París, una cifra para la construcción, otra para el metal, etcétera. Dan orden de ir a la huelga en la Renault el 27 de septiembre, pero no en las demás fábricas de automóviles; el 3 de octubre en el metal y la construcción, pero no en los otros sectores. Convocan a la huelga del gas y electricidad el 16 de

paban en movimientos limitados e ineficaces de aquel tipo y que estaban dispuestos a meterse a fondo en la única lucha eficaz: huelga ilimitada con ocupación de las plantas. Pero los sindicatos volvieron a lanzar una consigna de huelga para el 3 de octubre, una huelga... de 4 horas, esta vez de todo el metal. Luego, nada. Y luego, de nuevo, el 25 de octubre, huelga; esta vez, de 24 horas.

Como era de esperar, esta huelga sólo fue seguida muy parcialmente. Por un lado, los obreros veían en ella solamente una manifestación de descontento más, que no molestaba seriamente a la Dirección y que, desde luego, no la haría ceder. Además, no se había hecho ninguna preparación seria de la huelga, no había habido discusiones previas en los talleres, ni sobre los objetivos ni sobre los medios de acción. Simplemente se había dado una orden burocrática a los obreros: parad 24 horas. No es sorprendente que los obreros no hicieran caso.

Más característica resulta todavía la experiencia realizada este otoño por los obreros de Nantes, de Saint-Nazaire.

Los obreros de los astilleros e industrias metalúrgicas del Loire-Atlantique, estaban dispuestos a entrar en lucha a la vuelta de vacaciones. Estaban tan decididos a ello como lo habían estado en su magnífico movimiento del verano de 1955. Muchos ni siquiera se habían ido de vacaciones para poder resistir financieramente durante las luchas que esperaban al regreso. Pero las direcciones sindicales, perfectamente unidas entre sí, recomendaban calma y paciencia. Finalmente, y para que no desesperasen los obreros, ordenaron «huelgas por turnos» por talleres. La consigna fue aplicada durante más de un mes. Por lo general, no molestó demasiado a las empresas: la Dirección y los ingenieros, al saber de antemano el lugar y el momento en que se pararía el trabajo, organizaban la producción de forma tal que las pérdidas fueran mínimas. Los únicos casos en los que esos paros pudieron tener alguna eficacia, fueron los que declararon por sí mismos los obreros obteniendo del sindicato una orden de huelga en blanco y escogiendo ellos mismos el momento y el lugar. Pero estos casos fueron, forzosamente, limitados y en todo caso, fueron finalmente los patronos quienes comenzaron a practicar el lock-out con-

tra los obreros. De este modo, los sindicatos, al prohibir la verdadera huelga y preconizar otras por turnos con el pretexto de que son «más económicas», colocaron a los obreros ante el lock-out patronal, obligándolos a volver, pura y simplemente, al trabajo. Durante ese tiempo, las direcciones sindicales de París hablaban y hablaban de la magnífica unidad conseguida en Nantes y de la eficacia de las huelgas por turnos que permitían a los obreros ahorrarse el costo de una verdadera huelga.

Los obreros de Nantes, sin embargo, estaban convencidos desde el principio de la ineficacia de las huelgas por turnos, pero, ¿qué podían hacer? Comprendían que lanzarse a una huelga de la metalurgia limitada a Nantes y Saint-Nazaire, no conduciría a nada; una huelga así no podía triunfar si se quedaba aislada y el gobierno apelo-tonaba miles de C.R.S. en las dos ciudades. La única salida era la generalización del conflicto por toda la metalurgia del país. En varias ocasiones se expresaban algunos obreros, de minorías sindicales, durante las reuniones, en favor de la generalización; incluso algunos de los responsables sindicales locales lanzaron llamadas a todos los obreros del metal de Francia y especialmente a los de París. Pero las organizaciones sindicales nunca llegaron a difundir esas llamadas desesperadas.

¿Qué resultados lograron esos movimientos? ¿Hacer ceder a la patronal? Los hechos responden por sí solos. Pero lo que sí podían acarrear, era el cansancio y el desgaste de los trabajadores. Lo que, de hecho, buscan las centrales sindicales. Durante un tiempo la base dejará de importunarlas pidiéndoles que actúen. Y, en efecto, después de las huelgas por turnos, los obreros de Nantes quedaron asqueados, como lo estaban los obreros de la Renault desde el 25 de octubre. Y se comprueba un fenómeno análogo en la mayoría de los demás sectores. Así, las centrales sindicales pueden decir, ahora: qué quieren que hagamos, los obreros son apáticos. Pero se equivocan. Cuando los obreros parecen apáticos, están sacando silenciosamente conclusiones sobre la política de las direcciones sindicales, y reflexionando sobre los medios de acción eficaces.

La experiencia de los tres últimos meses, igual que la de los años precedentes, muestra que las direcciones sindicales se burlan de los obreros, dando largas al asunto, que tratan por todos los medios de canalizar su descontento con escaramuzas sin importancia. Esto no quiere decir que se opongan siempre y necesariamente a la acción: incluso algunas veces son capaces de tomar la delantera y lanzar una huelga si sienten que la presión es demasiado fuerte y que se corre el riesgo de una explosión; en esos casos, como sucedió con Gas y Electricidad el 16 de octubre, tomarán la cabeza del movimiento para controlarlo y limitarlo mejor. Pero su línea general está clara: dar la impresión de que «tratan de hacer algo» mientras desgastan a los trabajadores con el cansancio y el desánimo que producen unas formas de acción absolutamente ineficaces. En una palabra: *quieren evitar a toda costa que se produzcan luchas importantes.*

Hay varias razones para explicar esta actitud de las direcciones sindicales.

En primer lugar, razones políticas: F.O. y la C.F.T.C. están muy ligadas a los partidos del Gobierno, y lo sostienen desde hace años. Procuran hacerle más fácil su

tarea, evitando o limitando los «trastornos sociales». La C.G.T., por su parte, subordinada al Partido Comunista, sirve a éste de instrumento para realizar una «unidad de acción» con los socialistas, prelujo de un Frente Popular que permitiría al P.C. volver al gobierno, para lo que está dispuesto a cualquier infamia, como votar poderes especiales a Mollat en 1956, lo que permitió a Lacroix y a los *parus* ensañarse a gusto con los argelinos. Pero, sobre todo, hay una relación cada vez más profunda entre los sindicatos, por un lado, y el Estado y las empresas por el otro. Los sindicatos están presentes junto a los representantes de la patronal y del gobierno en el Consejo Económico, cuya función es asesorar al Gobierno sobre los mejores medios de administrar la economía francesa, es decir, los intereses del capital. Participan en el «estuerzo para el desarrollo de la productividad», es decir, del aumento del rendimiento y la explotación de los trabajadores. Desempeñan un papel de cre-

ciente importancia en todas las cuestiones que conciernen a la suerte del personal, especialmente su promoción. En muchas fábricas, la única posibilidad de ascenso depende del «enchufe» o del apoyo sindical: para asegurarse la fidelidad de los trabajadores, el sindicato distribuye los favores de la dirección, cosa que no obtiene gratuitamente. La C.G.T. parece que, en general, cae menos en la colaboración con los patronos, pero es solamente porque el P.C. está en la oposición; entre 1945 y 1947 no actuó de manera distinta a como lo hacen hoy F.O. o la C.F.T.C., ni lo hará en el futuro. En la Renault, todos los sindicatos —incluida la C.G.T.— firmaron el acuerdo con la dirección comprometéndose a hacer todos los esfuerzos posibles para incrementar la producción y reconociendo que toda huelga que no se anunciase a la dirección con ocho días de adelanto, sería ilegal.

Los sindicatos no son más que unos «intermediarios» entre los trabajadores y la patronal, cuyo papel es tranquilizar a los trabajadores, mantenerlos unidos a la producción, evitar que haya luchas, y obtener de cuando en cuando, y siempre que no moleste demasiado al capital, algunas concesiones. Lo que, claro está, no impide que se dediquen entre ellos al conocido juego de la competencia y la denuncia recíproca.

Hay algunos trabajadores que siguen pensando que la raíz del mal está en la división sindical. Si los sindicatos actuasen conjuntamente o se unificasen, dicen, la situación sería distinta. La experiencia nos demuestra que no es así. En Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos, no hay división sindical. Y sin embargo la actitud de los sindicatos de esos países es la misma que en Francia: tranquilizar a los trabajadores mediante concesiones menores negociadas con la patronal, y evitar que haya luchas importantes. En Rusia y en las «Democracias Populares» no hay más que un sindicato; su función primordial es impulsar el rendimiento y no defender los intereses de los trabajadores.

Pero hablemos de unidad sindical en Francia. La C.G.T.,

al terminar la guerra, estaba unificada. Pero eso no le impidió oponerse violentamente a cualquier lucha obrera hasta el verano de 1947. Su consigna era «primero, producir», mientras la inflación reducía día tras día el poder adquisitivo de los asalariados.

La unidad de acción entre los diversos sindicatos se realizó también en varias ocasiones recientes, en distintos sectores. ¿Qué nos aportó?

En julio pasado tuvo lugar la huelga de los bancos. Un movimiento magnífico, lanzado espontáneamente por los trabajadores de un sector considerado hasta entonces como «atrasado» o «poco combativo». La enorme mayoría de los empleados de banca —con excepción de algunos encargados— participó con entusiasmo en la huelga, que apoyaron con vigorosas manifestaciones en la calle. La rápida generalización del movimiento y la combatividad de los huelguistas hubieran permitido, sin duda, obtener una victoria total. Si la huelga se hubiera prolongado hasta el 31 de julio, día de vencimientos a fin de mes, se hubiera producido la completa paralización de la economía. La patronal se hubiera visto obligada a ceder en toda la línea.

Las direcciones sindicales no habían tenido parte alguna en el desencadenamiento de la huelga. Realizaron apresuradamente su «unidad de acción» una vez comenzada. ¿Y para qué? Para imponer arbitrariamente comités de huelga compuestos por sus propios representantes y no por delegados elegidos por los huelguistas. Para retrasar sistemáticamente la entrada en la huelga del Banco de Francia, que hubiera permitido a todos los huelguistas lograr sus reivindicaciones en pocos días. Y, finalmente, para ordenar la vuelta al trabajo cuatro días antes del vencimiento definitivo del 31 de julio, negociando con la patronal un acuerdo que abandonaba lo esencial de las reivindicaciones de los huelguistas y del que se beneficiaban sobre todo el personal de dirección (que, repitámoslo, no había estado en huelga) y apenas nada la masa de empleados que había luchado durante 15 días.

Quienes siguen pensando que la unidad de los sindicatos puede aportar algo a los trabajadores, debieran interrogar a los empleados de banca sobre su huelga de julio pasado.

Más recientemente, la S.N.C.F., Gas y Electricidad, los «funcionarios públicos, vieron a las grandes centrales realizar su «unidad de acción». En todos los casos, la unidad sirvió únicamente para controlar mejor el movimiento y limitarlo. Ninguna de estas huelgas aportó nada a los trabajadores del sector respectivo.

No hay que confundir unidad de los trabajadores y unidad de las burocracias sindicales. La unidad de los trabajadores es la condición indispensable de cualquier lucha seria. Se realiza por sí sola desde el momento en que los trabajadores deciden actuar en favor de sus verdaderos intereses, porque esos intereses son fundamentalmente idénticos. A esta unión verdadera es a la que, precisamente, se oponen los aparatos sindicales. Primero, introduciendo cada uno de ellos consignas diferentes. Luego, apoyando a las categorías más favorecidas y a la jerarquía, en general, que la patronal mantiene sistemáticamente para tener divididos a los asalariados. La unidad de los aparatos sindicales, cuando se realiza, tiene una sola función: encuadrar con presión un movimiento para controlar más eficazmente a los trabajadores y devolverlos con más facilidad al redil.

La dirección sindical y la base

Los sindicatos pueden actuar así porque hace mucho tiempo que no son dirigidos ya por la masa de sus miembros. La burocracia que los dirige, formada por permanentes privilegiados, escapa enteramente al control de la base. Hay, ciertamente, muchas profesiones, localidades o empresas en las que las secciones sindicales o los sindicatos locales siguen unidos a sus miembros y tratan de expresar sus aspiraciones. Y, ciertamente, la gran mayoría de los militantes sindicales de base son militantes obreros honrados y sinceros. Pero ni esos militantes ni las secciones locales a las que dan vida pueden influir sobre la actitud de las Federaciones o Confederaciones. Cuanto más nos acercamos a la cima de las organizaciones sindicales, más comprobamos que llevan su propia vida, siguen su propia política, independientemente de la base. Las direcciones sindicales son, de hecho, inamovibles e

mentar y aislar unas secciones de base de las otras, impedir que las ideas, iniciativas, experiencias que en ellas se realizan se difundan a través de toda la organización. Veamos un ejemplo, entre mil:

A mediados de septiembre, los obreros de la sección sindical de la C.G.T. del departamento II de la Renault se reunieron para discutir las reivindicaciones por las que querían luchar. Y llegaron a ponerse de acuerdo, casi por unanimidad, en la siguiente resolución:

«1. Un aumento de 40 francos a la hora para todos, rechazando los aumentos porcentuales.
«2. Semana de 45 horas, primer escalón hacia la vuelta a las 40 horas, sin disminución de salarios ni aumento de cadencias.

«3. Inclusión de todas las primas en el salario, por considerar que esas primas son parte del salario que no debe estar sometido a ninguna clase de restricciones.
«Los trabajadores sindicados del Departamento II comisionan a su sindicato para que examine de nuevo un coeficiente de los O.E. del sector del automóvil que se acerque más al de los profesionales, teniendo en cuenta que un O.E. trabaja con máquinas-herramientas perfectas. Proponen un coeficiente del 140.»

Finalmente, la resolución pide la supresión de la categoría de Peón que debe asimilarse a los O.E.
?Asumió la C.G.T. tales reivindicaciones? No. ?Procuró hacer que los obreros de otros departamentos se pronunciaran respecto a ellas, las aceptasen, rechazasen, formularan otras? No. ?Trató de difundirlas en la fábrica? No. Solamente la sección sindical del Departamento II publicó la resolución en su boletín, destinado en principio a los propios obreros del departamento que, naturalmente, ya conocían esa resolución puesto que ellos mismos la habían preparado. La C.G.T. continúa, simplemente, impulsando hacia adelante las reivindicaciones definidas en sus despachos.

Más arriba criticamos el hecho de que los sindicatos impulsan, actualmente, distintas reivindicaciones en distintos lugares y ramos, frente a una disminución de la capacidad adquisitiva que es igual para todo el mundo. Los sindicatos responden a esto algunas veces: es que

incontrolables. Pese a las comedias de «cuadernos de reivindicaciones» y «referéndums» organizados de vez en cuando para dar una apariencia democrática a las acciones del sindicato, su línea casi no tiene en cuenta, en definitiva, la voluntad de los miembros. O en todo caso, sólo en la medida en que resulte indispensable para no perder completamente su influencia. ?Qué control efectivo tienen los trabajadores de una empresa sobre la designación de los delegados del personal? El sindicato nombra los candidatos y el personal se limita a votarlos, o abstenerse. ?Qué trabajador puede sentir que él y sus camaradas tienen alguna influencia en la línea del sindicato?

Esta situación es lo que explica el enorme movimiento de alejamiento de los sindicatos que se está produciendo en Francia desde hace diez años y que se traduce en un descenso considerable de los efectivos sindicales; los trabajadores que siguen en ellos cotizan, pero nunca aparecen por las reuniones sindicales, sencillamente porque han comprobado que lo que en ellas se pueda decir, o incluso decidir, no tiene casi influencia sobre la política real de la organización. Ni siquiera donde las secciones sindicales permanecen vivas se puede hacer algo, en cuanto los problemas que se plantean sean un poco generales. La mayor parte del tiempo se ven obligadas a someterse a la línea de la dirección sindical, sin poder influir nunca sobre ella. Si los militantes de esas secciones ponen en cuestión las consignas del sindicato, se arriesgan a ser expulsados. Y, de hecho, están privados de medios de expresión: en la prensa sindical no se expresa más que la línea oficial de la dirección. Esos camaradas se encuentran, en definitiva, en una situación paradójica: pertenecen al sindicato porque éste, en teoría, debía permitirles y facilitarles los contactos con el conjunto de los trabajadores de su empresa, de su localidad o de su sector. Pero de hecho están tan aislados como cualquier otro organizado. No pueden ponerse en contacto con el resto de su clase sino por mediación y bajo control de la burocracia sindical. Están unidos a su sección de la empresa, pero en cuanto quieren llegar un poco más lejos se encuentran ante una barrera infranqueable. La primera preocupación de la dirección sindical suele ser comparti-

los trabajadores presentan reivindicaciones diferentes. Pero cuando se les reprocha que no tengan en cuenta la opinión de los trabajadores en lo referente a las reivindicaciones responden: no podemos tener en cuenta esas opiniones, porque son diferentes unas de otras y el sindicato debe tener una línea coherente y unificada. En realidad, ambos argumentos se destruyen mutuamente. Es posible que, en principio, los trabajadores presenten distintas reivindicaciones en un sitio y en otro, pero esa diversidad sólo puede superarse mediante una verdadera discusión colectiva, en la que se den a conocer las diferentes posiciones y se forme una opinión clara. En vez de esto, los sindicatos evitan precisamente esa confrontación e imponen su propia línea, que no es la línea de nadie. Esta arbitraria y dictatorial unificación es, evidentemente, absolutamente incapaz de crear una verdadera unanimidad de los trabajadores y, por lo tanto, de crear también una solidaridad y una coherencia en el combate.

¿Tal vez la C.G.T. no tiene tiempo ni medios para cumplir con la que debiera ser su principal función, es decir, informar a los habitantes de esa ciudad que es la fábrica Renault de lo que piensan sus camaradas? En vez de organizar mítines como el del 27 de septiembre o el del 3 de octubre, en que un dirigente cegetista de la Renault, Linet, vino para explicar a los obreros que estaban en una difícil situación —seguramente necesitaban que Linet se lo dijese—, podía perfectamente haber utilizado el paro en el trabajo para invitar a los obreros a discutir y decidir democráticamente sobre sus reivindicaciones y su acción. Linet no enseñó nada a los obreros, pero hubiera podido aprender mucho de ellos. Pero, si los sindicatos aceptasen someter sus consignas a la discusión de los trabajadores, ¿dónde iríamos a parar? Si por milagro se llegase a ver que los trabajadores saben lo que necesitan y cómo puede obtenerse, ¿para qué servirían en adelante sus geniales jefes?

Los trabajadores pueden prescindir de los burócratas sindicales

Ante esta situación y esta actitud de los sindicatos, ¿qué pueden hacer los trabajadores?

En primer lugar, comprender que no pueden esperar nada de nadie más que de ellos mismos. La patronal y su Gobierno no están dispuestos a aflojar, y no aflojarán más que obligados por la acción de los trabajadores. Los sindicatos se pasarán el tiempo con demostraciones, con peticiones, con palabras, y estarán dispuestos a firmar malos compromisos en cuanto tengan ocasión.

Es totalmente falso pensar que los trabajadores no pueden actuar fuera de las organizaciones sindicales. Al contrario. La historia entera de las luchas obreras muestra que las acciones más importantes y más eficaces se han realizado siempre al margen de las organizaciones existentes. No fueron los sindicatos los que hicieron el junio del 36, sino los mismos trabajadores que organizaron la huelga por sí solos y que ocuparon las empresas. Más cerca de nosotros, en 1955, no fueron tampoco los sindicatos los que movieron Nantes, sino que la iniciativa salió igualmente de los obreros, tanto para la huelga como para la reivindicación esencial, 40 francos a la hora para todos, que fue lo que galvanizó y unificó todo el movimiento; tampoco fueron los sindicatos, sino los obreros, quienes impusieron a los patronos la capitulación; y fueron otra vez más los obreros los que se organizaron por sí mismos para luchar contra los C.R.S. Los militantes sindicales que participaron en aquel movimiento pudieron actuar efectivamente tan sólo en la medida en la que se pusieron del lado de los obreros, en la medida en la que pretendieron servir al movimiento autónomo de los trabajadores y no de imponerles las consignas de los burócratas sindicales, a los que, naturalmente, se vieron pronto enfrentados. Y durante la huelga de banca de julio de 1957, los empleados fueron los que iniciaron la huelga y los que lucharon por ella, mientras los sindicatos la saboteaban.

Una vez que la situación y su propia experiencia los conduce a conclusiones unánimes sobre las cuestiones esenciales, los trabajadores que actúan colectivamente no

los talleres, en las oficinas, en las empresas, deben definir sus reivindicaciones y darlas a conocer a sus camaradas.

Medios y organización de la lucha

¿Existen medios eficaces de lucha?

Sí, es indudable que sí, pero sólo uno: la huelga. Imitada hasta la completa satisfacción de las reivindicaciones.

Hace años que los sindicatos rivalizan en ingeniosidad

des para inventar formas completamente ineficaces de huelga. Paros de un cuarto de hora, de una hora o dos

horas en el trabajo; huelgas a horas diferentes para cada

equipo diferente; huelgas en las que se deja a un taller

o una fábrica que se batan solos y hasta agotarse para

lanzar la huelga en otro taller o en otra fábrica al día

siguiente. Estas parodias de lucha no causan grandes

problemas a la patronal. Sólo sirven para gastar a los

trabajadores, que no ganan nada con ellas y pierden sus

salarios.

Los sindicatos se han dedicado a ello con tal ahínco

que los trabajadores, por así decir, han olvidado casi lo

que significa una huelga de verdad. Una huelga no significa

volverse a casa a la hora de trabajar, jugar al tute,

u organizar debates radiofónicos. Las condiciones para

que una huelga sea eficaz son:

— *Primero, dirección de la huelga por los propios huelgistas.* Lo que está en juego son las reivindicaciones de los huelgistas, no las de los sindicatos. Si la huelga fracasara serían los huelgistas quienes pagarán, no los funcionarios sindicales. Son pues los huelgistas los que deben dirigir su huelga. Para ello es necesario, sin duda alguna, un Comité de huelga. Pero este Comité no debe ser nombrado arbitrariamente por los sindicatos, bajo ningún pretexto. Sin exclusivismos, el Comité de huelga debe ser elegido por los huelgistas. Sus miembros tienen que ser revocables en todo momento, es decir, que los trabajadores deben poder sustituir sobre la marcha a cualquier delegado que haya perdido su confianza. El Comité de huelga debe rendir cuentas de su actividad regularmente, ante la Asamblea general de huelgistas. Naturalmente,

pueden menos de manifestarse como la mayor fuerza de organización que existe sobre la tierra. Y es fácil comprobar que un número cada día creciente de trabajadores extrae conclusiones esencialmente idénticas de la experiencia de estos últimos meses. Conclusiones que podrían resumirse así:

- *Reivindicaciones no jerarquizadas (lineales).*
- *Elección democrática de los Comités de huelga.*
- *Generalización de las luchas.*

Las reivindicaciones

Los objetivos reivindicativos que pueden lograr la unanimidad de los trabajadores son, en la actualidad, evidentes. El problema planteado es el mismo para todas

las fábricas, todas las empresas, todas las localidades: el

rápido deterioro del poder adquisitivo. Frente a este deterioro, las reivindicaciones *específicas* de tal o cual sector

sólo pueden tener un lugar secundario. Por otro lado, los

trabajadores no pueden sino condenar las reivindicaciones

separadas *por categorías*, especialmente aquellas que favorecen

la ampliación o simplemente el mantenimiento de la jerarquía

salarial existente. Esta jerarquía, sistemáticamente favorecida

y ampliada por el capital y el Estado con ayuda de los

sindicatos para dividir a los trabajadores y alzar a unos

contra otros, no corresponde en absoluto al trabajo efectuado

en las industrias actuales, que se hace cada vez más semejante

entre todas las categorías.

Las reivindicaciones como las del Departamento 11 de la Renault

citadas más arriba: Aumento uniforme de 40 francos a la hora para todos e incorporación al salario de todas las primas, Vuelta a las 45 horas, Reducción de la jerarquía,

corresponden sin duda a la situación actual y probablemente a las aspiraciones de todos los sectores. Pero las mejores reivindicaciones del mundo no valen nada si no expresan la opinión libremente formada de quienes deben defenderlas. Son los mismos trabajadores quienes, en

ca deberá poder concluir acuerdos con el patrono sino someter las propuestas a la Asamblea general, que las discutirá y votará. Es preciso acabar con los acuerdos negociados en secreto por los sindicatos e impuestos después a los obreros en huelga. Es preciso terminar igualmente con la comedia de los «referéndums», que lo que hacen, en realidad, es poner a los huelguistas ante el hecho consumado, sin que hayan tenido posibilidad de discutirlo, ante un acuerdo que hay que tomar o dejar.

— *La ocupación de los locales de trabajo.* Esta ocupación es el único medio que permite a los huelguistas permanecer unidos, mantener controlada su acción, burlar las maniobras de la patronal, evitar el gradual desgaste de la desmoralización.

— *La extensión de la huelga a otras empresas.* Cuando la acción de los trabajadores está fraccionada, los patronos pueden resistir mucho más fácilmente. La extensión de la huelga es indispensable, sobre todo, en las circunstancias actuales, en las que ningún patrono puede ceder por separado sin crearse enormes dificultades. Las empresas no concederán, aisladamente, más que algunas migajas, y sólo una lucha generalizada puede obligar a la patronal a aceptar unas reivindicaciones importantes. La generalización de la huelga no se producirá sola; menos aún, se puede pensar que la organicen los sindicatos. Los sindicatos ni siquiera informan a los trabajadores de una empresa de lo que pasa en otra empresa. En 1956, los trabajadores de un taller de la Renault estuvieron en huelga durante una semana, y el resto de la fábrica se enteró cuando ya se había terminado. No habrá extensión del movimiento a menos que los trabajadores se ocupen de ello, enviando, por ejemplo, delegaciones masivas a otras empresas del ramo o de la localidad para explicar a sus camaradas su acción y sus objetivos.

Preparación de la huelga

¿Cómo puede, entonces, organizarse una huelga así? ¿Cómo superar el aislamiento que separa cada taller, cada oficina, cada fábrica, de las otras, en una gran empresa que ocupa millares de personas en localidades dis-

tintas, o en los lugares en que las empresas están dispersas? ¿Cómo ponerse de acuerdo para una acción, sobre sus objetivos, sobre sus medios?

Estas son las cuestiones que frenan actualmente a los trabajadores. La mayoría sabe qué reivindicaciones se imponen, y que sólo una lucha sería podrá satisfacerlas; e incluso, la mayor parte de las veces, que no puede esperarse demasiado de los sindicatos. Pero no se ve cómo podría prepararse esa lucha, cómo organizarla y dirigirla al margen de los sindicatos.

No hay más que una respuesta al problema de la dirección de la huelga: que la dirijan quienes la hacen. La Asamblea general de huelguistas, los Comités de huelga por taller, por oficina, o del conjunto de la empresa, la formación de un Comité de huelga de ramo o de localidad mediante la unión de los representantes de los Comités menores, son las formas de organización, las únicas, perfectamente adaptadas a las necesidades de la lucha a desarrollar. Son necesarias y suficientes. Son las únicas formas de organización eficaces, que pueden llevar la lucha a la victoria.

Es cierto que estas formas no pueden existir más que cuando ya la acción está en marcha. Y precisamente el desencadenamiento de la acción es lo que obstaculizan los sindicatos. Y que ante estos obstáculos titubean los trabajadores. Hay pues un problema de preparación de la huelga que a muchos les parece insoluble.

Pero la respuesta es, en el fondo, la misma: la manera más eficaz de preparar una acción es asociar a esa preparación al mayor número posible de trabajadores. En muchos lugares, por cierto, esta preparación se está haciendo ya de forma colectiva, espontánea y no oficial. Sindicados y no sindicados discuten en los talleres, en las oficinas, la situación, las reivindicaciones, la acción posible. Las discusiones se muestran siempre extremadamente fecundas, y pueden generalizarse con facilidad, tomar una forma organizada y llevar a conclusiones precisas que se plasmen sobre un papel. De esas discusiones en los lugares de trabajo saldrán las ideas que guiarán la acción. Esas ideas, una vez formuladas clara y precisamente, pueden comunicarse a los otros talleres, oficinas o empresas.

ble ante todos para realizar la huelga con ocupación de la fábrica. Cada taller deberá organizar un turno de piquetes de huelga, en número proporcional a los efectivos del taller.

«3. Organizar tomas de contacto con otras fábricas: — mediante el envío de delegaciones amplias que tran en masa a pedir a los obreros de las otras fábricas que se sumen al movimiento;

« — con reuniones comunes con los comités de huelga de las otras fábricas;

« — constituyendo un comité de huelga regional y un comité de huelga nacional.

«Proponemos también que se incluya en las reivindicaciones el pago de los días de huelga.

«Los firmantes se comprometen a difundir lo más ampliamente posible estas propuestas y a contribuir al pago de los gastos de impresión.»

No hay que hacerse ilusiones respecto a la actitud que adoptarán las direcciones sindicales ante cualquier tentativa de los trabajadores de preparar y dirigir por sí mismos su acción. Se opondrán a ello con todas sus fuerzas; la violencia y la astucia, la suavidad y la calumnia, el rechazo brutal y las maniobras dilatorias. Los trabajadores que quieran actuar de forma autónoma tendrán que enfrentarse primero con la dictadura de los sindicatos. En esta lucha, los camaradas más decididos, los que ven más claramente los problemas, pueden desempeñar un papel decisivo desemmascarando las maniobras de los sindicatos, respondiendo sistemáticamente a sus argumentos, convirtiéndose en canal de las informaciones de lo que sucede en otros lugares, informaciones que los sindicatos pretenden siempre bloquear, organizando discusiones colectivas e insistiendo en que todo el mundo exprese su opinión. Si se constituyen sobre esta base pequeños grupos de camaradas en talleres y oficinas, con la única preocupación de quebrar el monopolio que actualmente ejercen los sindicatos sobre la información y la comunicación de los trabajadores, y permiten que los trabajadores expresen libremente sus necesidades, su pensamiento y su voluntad, lograrán rápidamente el apoyo a su esfuerzo de la gran mayoría de los trabajadores. Cuanto más desconfíen en adelante los trabajadores de

Si, por ejemplo, se vota una resolución como la del Departamento I I de la Renault citada más arriba, los trabajadores que tomaran la iniciativa deben ponerla en conocimiento de sus camaradas. Pueden difundir el texto, enviar delegados a tomar contacto con los otros sectores de la empresa, y establecer con ellos una comunicación permanente. Si la mayoría de los talleres u oficinas designan delegados, si los delegados se reúnen para allanar el terreno, si después se celebra una Asamblea general del personal que discuta y decida el programa de las reivindicaciones y las modalidades de la acción, la huelga habrá sido preparada infinitamente mejor que hubiera podido prepararla ningún sindicato. Porque habrá sido preparada por los mismos que tendrán que hacerla, que sabrán por qué luchan porque lo han decidido ellos mismos y para los que esa lucha será el medio libremente escogido para imponer sus necesidades y sus ideas.

De este modo fue como unos camaradas de un taller de la Renault propusieron al taller el llamamiento siguiente a los obreros del resto de la fábrica, que se adoptó tras una discusión celebrada en un paro decidido a ese efecto:

«1. Pedimos que *todos los obreros* de todos los talleres decidan juntos, sin discriminación política ni sindical, sobre las reivindicaciones y las posibilidades de acción.

«2. Que los obreros envíen delegaciones amplias para reunir una Asamblea general de todos los talleres en el Comité de empresa para coordinar y aplicar las decisiones tomadas en los talleres. Pedimos a los obreros que acudan en el mayor número posible para expresarse en esa Asamblea.»

Después de haber asumido las reivindicaciones del Departamento I I de la fábrica ya mencionadas más arriba, los autores del llamamiento continuaban:

«Para obtener esas reivindicaciones, proponemos: «1. Que la Asamblea general decida lanzar una orden de huelga en la fábrica y, simultáneamente, mediante cartavallas y mediante la prensa, llame a todas las fábricas a parar al mismo tiempo que la Renault.

«2. Que todos los talleres que no lo hubieran hecho, designen durante la huelga un comité *elegido y responsable*»

los agitadores profesionales que importan unas consignas fabricadas en otro lugar, tanto más abiertos estarán a aquellos de los suyos que actúan exclusivamente para permitir que se imponga la voluntad común.

Esas agrupaciones minoritarias, que reúnen a camaradas conscientes de la necesidad que tienen los trabajadores de tomar en sus propias manos la dirección de sus luchas, existen ya ahora mismo en varias empresas. Unas veces están formadas por camaradas que han abandonado el sindicato, otras agrupan sindicatos y no sindicatos, pero todos ellos apuntan esencialmente al mismo fin: informar a los trabajadores de la situación en su empresa y de las luchas en otras empresas, promover una amplia discusión democrática sobre los objetivos y los medios de las luchas. La acción de tales agrupaciones siempre ha encontrado un eco favorable entre los trabajadores. En la Renault, hay un grupo de obreros que publica desde hace cuatro años «Tribune ouvrière»; en la compañía de seguros Assurances Générales-Vie, los camaradas se agrupan en torno a un «Bulletin employé»; en la fábrica de Bréguet de París, un grupo de obreros sindicados y no sindicados publican juntos, desde la primavera pasada, una «Tribune libre»; muy recientemente, unos camaradas, profesores de instituto, iniciaron la publicación de «Tribune des enseignants». La multiplicación de esas manifestaciones en los últimos tiempos muestra que crece el número de trabajadores que toma conciencia de que *La primera condición para la eficacia de cualquier lucha es una preparación democrática.*

¿Puede lograrse una victoria duradera?

Así preparada, organizada, dirigida por los participantes, la lucha puede terminar con la victoria. Pero hay otra pregunta que surge en la mente de muchos.

Suponiendo que impongamos nuestras reivindicaciones, que arranquemos un aumento sustancioso, ¿qué pasará después? ¿No procurará la burguesía recuperar lo que ha dado con nuevas subidas de precios? ¿Qué habremos ganado al final si conseguimos el aumento de 40 francos y luego los precios vuelven a subir un 10 o un 15 %?

Es una pregunta perfectamente justificada; la burguesía puede reaccionar a un alza de los salarios con un nuevo alza de precios, como ya lo hizo en 1945 y 1949. No es algo fatal, pero sí, al menos, probable. La burguesía, al contrario que en el período 1952-1955, tiene actualmente márgenes pequeños. No puede mantener los beneficios, cuadrar sus cuentas con el extranjero y continuar la guerra de Argelia sin atacar el nivel de vida de los obreros. Si es derrotada en los salarios, contraatacará en los precios.

Los obreros pueden defenderse exigiendo e imponiendo una escala de salarios móvil, basada en los precios. Esta escala móvil existe desde 1952, ¿funcionó al producirse las alzas de precios de 1956? No, se limitaron a manipular y falsificar los índices de precios. En el convenio de la Renault hay una escala móvil. Jamás funcionó.

No se trata de decir que habría que obtener una escala móvil «mejor». Toda escala móvil tiene que basarse en un índice de precios, y ese índice está en manos de los patronos, el gobierno y las burocracias sindicales. Los trabajadores no tienen el menor control, ni pueden convertirse en estadísticos. Cuando el problema de precios y salarios se vuelve vital la escala móvil solamente funciona si se lucha para hacerla funcionar. Porque si el poder adquisitivo de los salarios ha de mantenerse con el funcionamiento de la escala móvil, habría que reducir otros capítulos del gasto nacional. La burguesía tendría que aceptar el cese de la guerra de Argelia, la disminución de sus beneficios, o ambas cosas a la vez. Y esto no depende de una ley sobre escalas móviles, sino de la capacidad de los trabajadores para imponer tales cambios mediante la lucha, porque la burguesía y su gobierno resistirán esa imposición con todas sus fuerzas.

¿Qué hacer, entonces? Está fuera de cuestión, naturalmente, que los trabajadores deban sufrir pasivamente la explotación suplementaria que el capital quiere imponerles para hacer su guerra. Pero no existen soluciones mágicas. La salida a la crisis actual vendrá determinada por el grado de fuerza, de conciencia, de cohesión que demuestren los trabajadores.

Si los trabajadores se organizan dentro de las empre-

a la lucha a los trabajadores a la menor tentativa que se descubra, viniere de donde viniere, de atentar contra su nivel de vida.

Los sindicatos argumentarán que esa clase de órganos permanentes ya existe, que son ellos. Los trabajadores tienen ya una experiencia de varios años para responderles.

Si esperamos que las negociaciones sindicales produzcan algún efecto; si nos limitamos a seguir las consignas de hacer huelgas de dos horas, que no tienen futuro; si permitimos que los sindicatos dirijan la huelga y nos volvemos a casa; si, después de haber luchado, dejamos la suerte final de la lucha en manos de los sindicatos, que negociarán un mal compromiso con el capital, nuestra situación empeorará y seremos los únicos responsables. En esta comedia cada uno —patronal, Gobierno, partidos, sindicatos— representa su propio papel y persigue sus propios intereses. Nadie se preocupa de los nuestros y no podemos esperar nada de nadie. Sólo nosotros podemos salvarnos a nosotros mismos (b).

sas en torno a Comités democráticamente elegidos que expresen sus aspiraciones y permanezcan bajo su control; si luchan a una escala general, utilizando todos los medios capaces de hacer triunfar sus reivindicaciones; si, durante esa lucha, obligan al capital y a su gobierno a ceder, el problema de precios y salarios podría verse largamente superado. Las consecuencias de una lucha así podrían tener un alcance extraordinario. Un movimiento así, análogo en su amplitud al de junio de 1936, sería capaz de producirse creando formas de organización a medida que éstas mismas fueran agrupando la masa de los trabajadores y expresando su voluntad, y sobre ellas, las maniobras de la burocracia incidirían muchísimo menos de lo que lo hacían las de Blum y Thorez, que acabaron por llevar al movimiento de 1936 a una vía muerta. En estas condiciones, una huelga coordinada por Comités de fábrica que se desarrollase hasta el final, plantearía la cuestión de la gestión de la producción y del país por los trabajadores.

Pero sería falso pensar que a falta de una sacudida así, los trabajadores se encontrarían de nuevo a merced de la política de la patronal y del gobierno. Si los trabajadores, después de haber impuesto la revalorización integral de su poder adquisitivo, manifiestan su determinación de responder inmediatamente a cualquier tentativa de la burguesía de quitar con la mano izquierda lo que había dado con la derecha, pueden hacer retroceder a la burguesía. Pero para eso es preciso que la determinación se materialice concretamente, que la fuerza y la cohesión de los trabajadores se manifiesten de forma visible y permanente. Para eso no hay más que un medio:

Es preciso que los órganos de lucha creados por los trabajadores, y especialmente los Comités de huelga elegidos democráticamente, no se disuelvan una vez logradas las reivindicaciones. Es preciso que esos órganos se mantengan, que organicen sus contactos permanentes de empresa en empresa y de localidad en localidad, que proclamen públicamente su intención de controlar la evolución de la situación en general y del poder adquisitivo del salario en particular, que convoquen de nuevo

(b) Un primer proyecto de este texto, redactado en septiembre de 1957, fue objeto de discusión en varias reuniones del grupo «S. ou B.». Estas discusiones llevaron a su modificación, gracias a las aportaciones de los camaradas de la región de París que la discutieron ampliamente en una reunión convocada a ese efecto. El texto final, que recoge los puntos de vista expresados en esa reunión, fue publicado, además de en «S. ou B.», en tirada aparte, y difundido en varias empresas.

Acracia

1. ¿Qué es la propiedad?
Pierre-Joseph Proudhon. Prólogo de Mirko Roberti. Traducción de Rafael García Ormaechea (1903).
2. Historia del movimiento macknovista
Pedro Archinof. Prólogo de Volin. Traducción de Diego Abad de Santillán
3. El movimiento anarquista en China
Robert A. Scalapino y George T. Yu.
4. «Mujeres Libres» España 1936-1939 (Libertarios)
Edición de Mary Nash.
5. Malatesta, vida e ideas
Vernon Richards.
6. Consultorio psíquico-sexual (Libertarios)
Félix Martí Ibáñez.
7. Los trajes nuevos del presidente Mao. Crónica de la «Revolución Cultural»
Simon Leys.
8. La sociedad burocrática. Vol. I: Las relaciones de producción en Rusia
Cornelius Castoriadis.
9. La anarquía según Bakunin
Edición a cargo de Sam Dolgoff con apuntes biográficos de James Guillaume.
10. La sociedad burocrática. Vol. II: La revolución contra la burocracia
Cornelius Castoriadis.
11. Las escuelas racionalistas en Cataluña (Libertarios)
Pere Solà.
12. Breves apuntes sobre las pasiones humanas (Libertarios)
Ricardo Mella.
13. La Escuela Moderna (Libertarios)
Francisco Ferrer Guardia.
14. Mirando vivir (Libertarios)
Rafael Barrett.
15. Las colectividades campesinas (1936-1939) (Libertarios)
«Los de Siempre».
16. Para la anarquía (Libertarios)
Fernando Savater.

17. La revolución
Gustav Landauer.
18. Folletos revolucionarios I: Anarquismo: su filosofía
y su ideal
Pedro Kropotkin.
19. Folletos revolucionarios II: Ley y autoridad
Pedro Kropotkin.
20. Guerra de clases en España 1936-1937 (Libertarios)
Camillo Berneri
21. Entre los campesinos de Aragón (Libertarios)
Agustín Souchy Bauer
22. El terror bajo Lenin
Jacques Baynac. Traducción de Juan Gómez Casas
23. Boletín de la Escuela Moderna (Libertarios)
Edición a cargo de Albert Mayol
24. Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-
1937)
Carlos Semprún-Maura
25. El homosexual ante la sociedad enferma (Libertarios)
Edición a cargo de José Ramón Enriquez
26. ¡Dios, ni amo, ni C.N.T. (Libertarios)
Carlos Semprún-Maura